LAYLA HAGEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR



Eternamente CON EL CEO

Eternamente con el CEO
Nick & Allison ~ Los Hermanos Whitley
Libro 8

Layla Hagen

Eternamente con el CEO
Copyright ©2025 Layla Hagen
Portada: Uplifting Designs
Foto de portada: Wander Aguiar
Traducido por HANA FOX LITERARY BOUTIQUE
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Tabla de Contenido

Derechos de Autor

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Capítulo Veinticuatro

Capítulo Veinticinco

Capítulo Veintiséis

Capítulo Veintisiete

Capítulo Veintiocho

Capítulo Veintinueve

Capítulo Treinta

Capítulo Treinta y Uno

Capítulo Treinta y Dos

Primer Epílogo

Segundo Epílogo

Capítulo Uno

Nick

—Me marcho —anuncié al recepcionista de mi gimnasio.

Justo en ese momento, me crucé que con mi hermano Leo, que acababa de llegar:

—¡Hola, tío! —saludó—. Qué temprano has terminado hoy.

—Sí, quiero visitar a Allison y a los niños.

—Claro, está bien.

Mis hermanos entrenaban en la sucursal de mi gimnasio insignia y, por lo general, me quedaba con ellos después del ejercicio para ponernos al día. Pero les había prometido a los niños que los visitaría y no quería faltar a mi palabra. Eran los hijos de mejor amigo, Jim, y su esposa, Nora, que habían fallecido hacía poco. Desde entonces visitaba a los pequeños tanto como podía.

—¿Cómo está Allison? —preguntó Leo.

Allison, la hermana de Nora, se hizo cargo de los niños desde el primer momento, y se los llevó a vivir con ella.

—Hace lo que puede.

—¿Sigue estando tan buena como la recuerdo?

—No olvides que estás comprometido, hermano —respondí, con el ceño fruncido.

—¿Y qué tiene que ver? No lo preguntaba por mí, obviamente.

Gruñí y negué con la cabeza:

—No tienes remedio. Les prometí que les llevaría la cena y no quiero hacerlos esperar. Que tengas un buen entrenamiento.

Acto seguido, me fui del gimnasio. Leo me conocía demasiado bien, y si me quedaba un segundo más, se daría cuenta.

Allison estaba buena de cojones, cualquiera podía notarlo, pero apenas la había visto un par de veces en toda mi vida antes de la tragedia. Y de pronto, empecé a verla dos veces por semana.

La conocí en la boda de Jim y Nora. Estaba impresionante, y, por supuesto, me llamó la atención. Pero como era un mujeriego

empedernido, y ella, la cuñada de Jim, decidí comportarme. Además, dada la situación actual, estaba más fuera de los límites que nunca.

La ayudaba en todo lo que podía e intentaba que no se me fueran demasiado los ojos. Cuando la visitaba, me empeñaba en centrarme en los niños, que habían sufrido un golpe devastador.

Allison tenía una casa en el sur de Boston, ideal para una persona sola, pero con los dos niños, se le había quedado pequeña. Annie y Jack, mellizos de cuatro años, eran lo más preciado del mundo para Jim y Nora. La situación era completamente desgarradora.

Pasé por la pizzería que quedaba cerca de allí y pedí las favoritas de todos: extra de queso para Annie, extra de beicon para Jack y con champiñones para Allison.

Media hora más tarde, me paré frente a la casa de dos plantas que contaba con un altillo y un sótano. La parte inferior estaba pintada de blanco y la superior cubierta de ladrillo rojo. Había tres grandes ventanas en cada piso y dos en el altillo.

Mientras subía las escaleras hacia la puerta principal, escuché las voces de Annie y Jack; eso quería decir que estaban en la parte trasera. Di media vuelta, bajé los escalones y rodeé la casa para ir al jardín.

—¡Ha llegado la pizza! —anuncié.

Los gemelos gritaron de alegría y corrieron a abrazarse a mis piernas.

—¿Pizza con queso? —preguntó Annie.

—Claro, y beicon para Jack.

—Eres su persona favorita —dijo Allison.

Su voz era suave y melodiosa. Siempre estaba tranquila, lo que me sorprendía mucho. A pesar de que Allison tenía mucho entre manos, se lo tomaba con calma. No era de extrañar que los niños se sintieran tan a gusto con ella.

Como de costumbre, respiré hondo antes de mirarla. Sí, así era. Llevaba dos semanas visitando su casa a la hora de la cena y todavía tenía que armarme de valor para mirar a esa mujer porque estaba *increíblemente* buena. Tenía una larga melena de color castaño, que solía llevar suelta. Más de una vez había fantaseado con agarrarla

del pelo y tirar suavemente de él para besarla. Esa tarde se lo había recogido en una coleta. Tenía unos grandes y preciosos ojos verdes. Era evidente que Annie y Allison eran familia, ya que se parecían mucho.

—Como sigas así, se creerán que todos los miércoles toca pizza —comentó, mientras me quitaba las cajas de las manos.

—¿Y eso sería un problema? —pregunté.

Ella se rió, echando la cabeza hacia atrás:

—Para nada, pero si es demasiado compromiso para ti, dímelo y no te daré el coñazo. —Allison hizo una mueca y miró a los niños, pero luego hizo un gesto con la mano—: Me oyen decir palabrotas a menudo, no creo que pase nada. Aún son demasiado pequeños para entender lo que decimos.

Nos acercamos a la mesa del jardín y apoyamos las cajas en las sillas de madera. Mientras Allison preparaba todo, los mellizos corrían con un globo.

—¡Hora de cenar! —los llamó, pero no respondieron de inmediato —. Creo que quieren seguir jugando. Otra vez se irán a la cama más tarde de lo habitual. —Suspiró, y se encogió de hombros—. Mi hermana estaría que trina.

—Allison —dije, acercándome a ella.

Era imposible no quedar prendado de su belleza. Tenía pecas en la nariz y su fragancia me atraía. Pero entonces me di cuenta de que sus hermosos ojos color salvia estaban un poco rojos. Era evidente que había estado llorando, y odiaba que estuvieran pasando por esa situación. No podía imaginar el dolor de perder a un hermano. Si me pasara, me derrumbaría por completo.

—Lo estás haciendo muy bien —le aseguré.

—A ver si me permiten seguir haciéndolo —susurró.

—¿Qué quieres decir? —Volví a fijarme en sus pecas y aparté la mirada. Descendían hasta su escote.

No intentes nada con ella. Llevaba repitiéndome ese mantra desde la primera vez que fui a su casa, dos días después del funeral.

—El abogado de Bob y Sophie se ha puesto en contacto conmigo.

Bob y Sophie eran los padres de Jim.

—¿Para qué? —pregunté, quizá con demasiada dureza.

Conocí a Jim en el instituto y congeniamos enseguida. Había visto a sus padres un par de veces y no eran precisamente las personas más cálidas del mundo. De hecho, eran del rollo intelectual *snob*, totalmente diferente a la educación que me había dado mi madre. Además, nunca aprobaron a Nora y no les hizo mucha gracia que Jim se casara con ella.

—Quieren la custodia de Annie y Jack —respondió con voz temblorosa.

—¡¿Qué cojones?! —dije en voz demasiado alta, y los mellizos levantaron la vista—. Mierda —susurré en voz baja.

Allison no dijo nada.

—¿Ya te lo habían comentado antes?

—No, y no entiendo por qué. Si ni siquiera mostraron interés en pasar más tiempo con los niños —susurró y se agarró el pelo.

Tiró de su gomilla y su cabello le cayó hasta la cintura. Era evidente que necesitaba jugar con su pelo: cogió un mechón y lo enrolló entre los dedos. El impulso de acercarme se intensificó.

—¿Tenían una relación cercana? Quiero decir... antes del accidente —pregunté.

—La verdad es que no. Esa es la cuestión: solo se veían en Navidad y en el cumpleaños de Jim, que eran las únicas veces que venían a Boston. E incluso entonces, no pasaban mucho tiempo con los niños, así que esto no me lo esperaba. —Negó con la cabeza—. Nora y Jim rara vez hablaban con ellos, así que supongo que el contacto telefónico con sus nietos también era mínimo. No lo entiendo... Aún no logro asimilarlo del todo.

Se ajustó los finos tirantes del vestido, y pude echar un leve vistazo a sus pechos. Casi se me cae la baba.

—No tienen derecho a pedir la custodia —dije con más seguridad de la que sentía por dentro. Era un empresario de éxito: cogí un negocio en ruinas y lo transformé en la cadena de gimnasios más prestigiosa del país, pero no era abogado.

—No lo sé. Lo he consultado con un compañero del trabajo, que no está especializado en derecho de familia, y me ha dicho que todo depende de las circunstancias personales.

—¿De qué puñeteras circunstancias? Tu hermana falleció, y ella y Jim dejaron por escrito expresamente en su testamento que en caso de muerte, querían que tú te hicieras cargo de los niños. Y no dudaste un segundo en llevártelos a vivir contigo.

Allison era un ser humano maravilloso. No mucha gente haría algo así. Sin ir más lejos, mi propio padre no logró asumir la responsabilidad de criar a sus hijos.

—Tienes un buen trabajo —continué—, y una casa propia. ¿Cómo es posible que te puedan denegar la custodia?

Además de ser guapísima, Allison era también muy inteligente, y la directora financiera de una gran marca de moda.

—Ya, pero, como ha comentado el abogado, tengo unos buenos ingresos, pero no suficientes para los gastos extras de dos niños.

—Esas son... chuminadas —dije.

Ella se rió:

—Qué palabra más graciosa.

—Lo sé, para no decir algo peor delante de los niños —respondí, haciendo un gesto con la cabeza hacia donde estaban los mellizos.

—Has estado bien. —Pero entonces su sonrisa volvió a desvanecerse—. Volviendo al abogado... me recalcó que no cree que el juez desestime la demanda de los abuelos por falta de fundamento. Me pregunto si el hecho de haberme traído a los niños a vivir aquí, y no haberme quedado en su domicilio habitual me puede jugar en contra.

—¿Qué pasa con la casa de Jim y Nora?

—La hipoteca es demasiado elevada, y no me quedó más remedio que ponerla en alquiler. Jim y Nora tenían un buen seguro de vida, pero querían que ese dinero se destinara a la universidad de los niños, no a la casa. Soy la albacea de la herencia hasta que ellos cumplan la mayoría de edad, y entonces ellos podrán disponer de la casa a su antojo. Mientras tanto, con el alquiler, puedo cubrir la hipoteca.

Jim y Nora poseían una mansión en Beacon Hill. Jim había ganado mucho dinero como banquero de inversiones, y hasta él mismo reconocía que destinaba la mayor parte de sus ingresos a la cuota hipotecaria.

—Oh, Nick... No quiero separarme de ellos. —Su rostro se descompuso y las lágrimas amenazaron con derramarse.

Aparte del funeral, era la primera vez que la veía desconsolada.

—Tranquila, eso no va a pasar. Ya encontraremos una salida a todo este asunto. Ahora vamos a comer.

Ella asintió y se secó los ojos:

—¡Annie! ¡Jack! ¡A la mesa! —llamó al cabo de un momento—. Se está enfriando la pizza.

—Sí, tía Allison —respondió Annie.

Hablaba un poco más que Jack, que entendía las conversaciones, pero solo respondía con monosílabos o frases muy cortas desde que Jim y Nora fallecieron.

Mientras cenaban, les pregunté cómo les había ido en la guardería. Annie me contó con detalle cuáles eran sus juguetes favoritos: el señor Beagle seguía ocupando el primer puesto.

Allison los miraba como si fueran su mundo entero. ¿Quién en su sano juicio le quitaría la custodia de sus sobrinos y por qué?

Cuando terminamos de comer, Jack empezó a llorar. Era evidente que estaba cansado. A los pocos segundos, Annie también rompió en llanto.

Allison suspiró:

—Nick, es mejor que te vayas. Va a costar bastante acostarlos y dormirlos.

—Puedo echar una mano —ofrecí, aunque no tenía ni la menor idea de las rutinas para dormir a los niños.

Yo tenía un sobrino, Ben, que era hijo de mi medio hermano Spencer. Pasábamos mucho tiempo juntos, pero nunca me había encargado de dormirlo.

Ella se rió:

—Créeme, es el momento más complicado del día.

—Oye, tengo un amigo que es abogado de familia. Hablaré con él.

Sus ojos se iluminaron:

—Sería maravilloso. Tenía intención de buscar uno, pero estoy con mucho trabajo y no me da la vida. Mi día se basa en llevarlos a la guardería, ir a la oficina, recogerlos y volver a casa.

—No sé cómo te las apañas —comenté. Maldita sea, debería haberle preguntado sin rodeos si necesitaba ayuda con las tareas cotidianas—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Con que vengas dos veces por semana con la cena es suficiente —dijo.

Los llantos de Annie se hicieron aún más fuertes, y Allison la cogió en brazos. Luego tomó a Jack de la mano y subieron las escaleras.

Me quedé clavado en el sitio, mirándola.

¿Llegaría algún día en que no miraría a Allison Holmes y pensaría inmediatamente en cosas inapropiadas?

Me resultaba imposible.

Capítulo Dos

Allison

—Allison, necesito que me firmes un documento antes de irte —dijo mi asistente, asomando la cabeza por la puerta de mi oficina.

Miré el reloj: eran las cinco y veinte.

—Claro. Déjalo aquí, en mi escritorio.

—Siento haber tardado tanto. Quería tenerlo listo para la hora de comer.

—No te preocupes. —Firmé en todos los sitios donde había colocado señaladores—. Aquí tienes. Lo siento, pero tengo que irme.

Me dedicó una sonrisa comprensiva:

—Claro. Gracias.

Antes de que mi vida cambiara radicalmente, mi horario de salida era alrededor de las siete. Pero muchas cosas habían cambiado desde que perdí a mi hermana y a Jim. Y eso no era todo. Después de acostar a los mellizos, compensaba desde casa el trabajo pendiente que me quedaba por retirarme a las cinco de la oficina. De momento, no había recibido quejas, aunque tampoco esperaba que nadie me viniera con reclamos: tenía un cargo alto y era muy buena en mi trabajo.

Mis compañeros de departamento seguían con sus tareas, mientras yo recogía mis cosas para marcharme. Siempre bromeábamos en la empresa que los pringados del departamento de finanzas éramos los últimos en irnos. Y no nos faltaba razón. Pero los números movían el mundo, y nunca me importó hacer horas extras.

Mi oficina estaba en el centro, en un enorme rascacielos que albergaba más de diez mil empleados. Lo mejor era que contaba con una guardería en el propio edificio. No lo supe hasta que necesité desesperadamente un lugar para los niños que no estuviera lejos de mi trabajo. Me sentía un poco culpable por dejarlos allí tantas horas al día, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Mi hermana los llevaba solo tres horas cada mañana. El resto del día hacía todo tipo de actividades con ellos, desde hornear bizcochos hasta pintar y jugar. Era una madre y una hermana increíble. Nora era simplemente maravillosa en todos los sentidos, y la echaba muchísimo de menos.

No, no debo pensar en Nora. Ahora no.

Porque cada vez que lo hacía, se me llenaban los ojos de lágrimas. Además de hermanas inseparables, fue mi mejor amiga y mi persona favorita del mundo. Me llevaba tres años y la había idolatrado desde que tenía uso de razón. Algunos días seguía sin creer que se hubiera ido.

Cuando llegué a la guardería, solo quedaban otros cinco niños. Suspiré al verlos.

—¡Hola! —saludó la acompañante—. Se han portado muy bien hoy —comentó, señalando a Jack y Annie.

Parecían encantados con su guardería, pero no podía evitar sentirme culpable. En cuanto me vieron, se les iluminó la cara con una sonrisa y corrieron hacia mí.

Me incliné para que me abrazaran, y en ese mismo instante, la hoja de cálculo que ocupaba mis pensamientos se desvaneció. Los abracé con fuerza, disfrutando el contacto y el aroma de mis pequeños.

—¿Listos para irnos? —pregunté.

—¡Sí! —respondieron al unísono.

Con una sonrisa, los cogí de la mano y los llevé al coche.

Llegamos a casa cuarenta minutos más tarde. Todavía nos quedaba pizza de la noche anterior, que calenté junto con brócoli al vapor y unas sobras de pollo. La cocina nunca había sido mi fuerte. La verdad era que, antes de hacerme cargo de los mellizos, ni siquiera pensaba en qué iba a comer.

Esa noche cenamos en la mesa del comedor porque hacía demasiado frío para sentarnos fuera. El tiempo en Boston era muy cambiante.

Me encantaba mi casa: era mucho más pequeña que la anterior, pero tenía espacio suficiente para nosotros tres. El único inconveniente era que solo tenía dos dormitorios, y los niños tenían

que compartir el suyo. De momento, no suponía un problema, pero más adelante... Bueno, ya se me ocurriría algo. Era la directora del departamento financiero de una gran empresa, por el amor de Dios. Ganaba mucho dinero y haría lo que fuera necesario por su bienestar.

—Muy bien, pequeños —dije una vez que terminamos de cenar —. Vamos a cepillarnos los dientes.

Los dos empezaron a llorar al mismo tiempo.

—¿Podemos ver dibus? —preguntó Annie, para ver si colaba.

—Antes de dormir leemos libros —le recordé.

La televisión los sobreestimulaba y dificultaba que se durmieran. En cambio, leer un cuento los ayudaba a conciliar el sueño.

—Vaaale...

Cuando ponía morritos me recordaba a mi hermana y me transportaba a mi infancia, una época rebosante de amor y ternura. Rememoré con cariño aquellos días en los que, a pesar de que nuestros padres eran mayores, jugaban incesantemente con nosotras.

Mi madre solía bromear diciendo que su edad les pasó factura en cuanto me fui a la universidad. Después de que mi hermana falleciera, me preguntaron si quería que se mudaran a Boston para ayudar con los niños, pero estaban demasiado débiles para eso.

Para mi sorpresa, todo el proceso de acostarlos me llevó solo cuarenta minutos. Normalmente, podía llevarme hasta una hora y media. Les di un beso en la frente antes de salir de su habitación y bajar las escaleras.

Bostecé mientras me sentaba en el sofá. Antes, salía con amigos o veía una serie, pero ahora tenía que ponerme al día con el trabajo.

Al abrir el portátil, no pude evitar preguntarme si Nick ya habría hablado con su amigo abogado. Antes de sumergirme en las hojas de cálculo, decidí llamarlo.

—Hola —respondió al primer tono.

Sentí un vuelco en el estómago. Su voz resultaba increíblemente sexy. Era, sin duda, el hombre más atractivo que había conocido nunca.

—Hola —susurré.

—¿Qué estás haciendo?

—Comiendo las sobras de la pizza. Pero a los niños les preparé pollo con brócoli, ya sabes, algo sano.

—Pues yo me quedo con la pizza.

Su comentario me hizo sonreír:

—Yo también. No soy muy buena cocinera, pero seguiré practicando —me detuve un momento antes de decir—: Te llamaba para saber si habías hablado con tu amigo abogado.

Hubo una pausa y sentí un nudo en el pecho. No conocía muy bien a Nick, pero no parecía el tipo de persona que dudara a menos que no tuviera buenas noticias.

—Sí, pero solo por encima. Necesita más información antes de dar algún consejo.

—¿Pero qué opina? ¿Los padres de Jim tienen derecho a reclamar la custodia?

—Su respuesta fue que los casos de custodia son muy complicados. Y que no cree que los jueces desestimen su solicitud a la primera.

Sentí como si me hubieran echado un cubo de agua helada:

—No era lo que esperaba oír. Pero, por supuesto, es mejor saber a qué atenerme. ¿Qué tipo de información necesita saber de nuestro caso?

—Se pondrá en contacto pronto. Lo pillé antes de un viaje de negocios, así que no tuvo mucho tiempo para hablar conmigo.

Respiré hondo:

—¿Cuándo vuelve del viaje?

—La semana que viene.

Por dentro sentí que no debería esperar tanto tiempo.

—Pero le pedí expresamente que trabajara en ello mientras estaba fuera y se comprometió a hacerlo —añadió.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Nick. Mientras tanto, voy a buscar otra opinión profesional.

—Claro. ¿Quieres dejar esto en mis manos?

—Gracias. Ahora mismo eres mi persona favorita.

—¿Solo ahora mismo? —bromeó—. ¿Y el resto del tiempo?

—Apenas me relaciono con otras personas, así que eres el único.

—Ahhh, entonces no tengo competencia.

Me reí. Dios, qué bien me sentaba. Llevaba los últimos meses en modo supervivencia, el único momento en el que parecía capaz de relajarme y reír era cuando Nick venía de visita.

—Nick, llevo un tiempo como en la película *El día de la marmota*. Todos los días son iguales.

—Eso no puede ser verdad. ¿Qué haces para relajarte después de acostar a los peques?

—No te rías, pero me pongo al día con el trabajo.

—¡Allison, eso no puede ser! —exclamó.

—Si vas a criticarme... —me quejé.

—No era mi intención, pero es que... no tienes vida.

—Mi trabajo es muy exigente. Antes no era un problema, pero ahora siento que el día no tiene suficientes horas.

—Tengo una propuesta para ti. Me has comentado que tienes una niñera ¿verdad?

—Sí. Viene una vez a la semana, para poder trabajar nada más llegar a casa. Doreen les da la cena y los acuesta.

—¿Y si la contratas para el sábado por la noche?

—¿Para qué? —pregunté, frunciendo el ceño delante de mi portátil.

—Porque vamos a salir.

Me enderecé en el sofá de inmediato, como si me hubieran dado una descarga eléctrica.

—Vaya. ¿Por qué?

—Porque te mereces un poco de distracción.

Me bastó con considerar seriamente su propuesta un segundo para que me invadiera una oleada de culpa.

—Déjame pensarlo, ¿vale? No sé si debería... Quiero decir...

—Solo di que sí.

—¿Por qué no puedo pensarlo?

—Porque te sentirás culpable y acabarás diciendo que no.

Me mordí el interior de la mejilla. ¿Cómo sabía que eso era lo que me estaba pasando?

—Es muy probable que eso ocurra. —Hice una pausa, y acto seguido decidí lanzarme a la piscina—. ¿Sabes qué? Acepto la

invitación.

—¡Genial!

Me reí entre dientes:

—Nick, gracias. Significa mucho para mí... tu ayuda significa mucho: que traigas la cena, que le preguntes a los mellizos cómo les ha ido en la guardería. Que te acuerdes de sus juguetes favoritos. Me hace sentir menos sola.

—Allison, no estás sola. Debería haberte ayudado más desde el principio. —Su tono se había suavizado con un matiz de tristeza.

—Tampoco es tu responsabilidad.

—No, pero me gusta ayudar.

Me pregunté vagamente por qué Nick se había involucrado de ese modo. Nadie más había mostrado tanto interés. Nora y Jim eran personas sociables y tenían muchos amigos, pero tras un par de semanas, dejaron de llamar. ¿Por qué Nick era diferente?

—Bueno, ¿qué hacemos el sábado?

—Lo pensaré y te lo diré. Te prometo que te divertirás.

—Es lo único que necesito. De hecho, quiero que me sorprendas y no me adelantes nada.

—Ahora nos estamos entendiendo. —Podía oír la sonrisa en su voz.

Me sentía más viva que en meses, y todo mi cuerpo vibraba de emoción. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza contratar a Doreen y salir a dar una vuelta. Me parecía totalmente fuera de lugar.

Volví a centrar mis pensamientos en que el sábado saldría con el hombre más atractivo del planeta.

Tendré que ignorar el hecho de que está más bueno que el pan, y pensar en Nick como el mejor amigo de Jim. Eso es todo. Lo último que necesito es liarme con alguien. Ya tengo bastante con lo mío.

—¿A qué hora quedamos? —pregunté.

—A la hora que quieras. Estoy a tu entera disposición.

—No lo digas dos veces, Nick. No me conoces lo suficiente y podría cogerte del brazo.

—Es cierto, pero me encantaría conocerte más. ¿Y qué mejor que pasar un rato juntos el sábado?

Capítulo Tres

Nick

El sábado, como de costumbre, teníamos reunión familiar en casa de mis abuelos. Aunque la mayoría de los nietos teníamos casas grandes donde reunirnos, mis abuelos siempre preferían que la celebración fuera en la suya.

Jeannie y Abe Whitley tenían más de noventa años, pero estaban muy lúcidos y vitales. Durante años, la abuela se encargó de preparar elaboradas cenas, pero como la familia crecía a pasos agigantados, entre todos la convencimos de cambiar las cenas por un buen *brunch*, y cada uno llevaba algo. Ese día en particular, me ocupé de llevar el beicon, algo que tanto a mis hermanos como a mí nos encantaba.

Tuve que utilizar tres sartenes en la vitrocerámica porque cocinar beicon para diecinueve personas era demasiado. Sí, *diecinueve*. Mis dos hermanos y mis cinco medio hermanos, estaban comprometidos o casados. Yo era el único bicho raro. Además estaban mis sobrinos pequeños Ben y Halsey, aunque Ben contaba como un adulto y le gustaba el beicon tanto como a Jake y a mí. Así que sí, necesitaba todas las sartenes que había en la casa.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó la abuela, asomándose a la cocina.

La mayor parte de la familia ya había llegado y estaban en el salón charlando animadamente.

—¿Tienes más sartenes, abu? Esto puede llevar un buen rato.

Ella se rió:

—No, pero es el mejor problema del mundo. Me encanta tener la casa llena.

Sabía qué quería decir con su comentario. En la familia Whitley no siempre había reinado el buen rollo. Hacía solo un par de años, la tensión era insoportable. El motivo por el que tenía hermanos de parte de madre y medio hermanos paternos era porque nuestro

padre llevaba una doble vida. Tenía una familia aquí en Boston, y otra en Maine. Estaba casado con la madre de mis medio hermanos, y nuestra madre era su amante. Ninguna de las dos sabía de la existencia de la otra hasta que Jake descubrió que algo no cuadraba. Y fue entonces cuando todo se derrumbó como un castillo de naipes.

Mis abuelos tuvieron que hacerse cargo después de que nuestro padre se largara de la ciudad y se quitara del medio. El muy cobarde permitió que ambas familias se desmoronaran. El grupo empresarial, *Whitley Industries*, también estaba en ruinas debido a su mala gestión. Pero hoy en día prosperaba, y cada uno de nosotros cogió el mando de una rama del negocio familiar.

Por suerte, terminé de cocinar antes de lo que pensaba, y disfruté de la charla con la abuela mientras esperábamos a que se terminara de hacer. Pocas veces la tenía solo para mí, así que era un lujo.

—¡Está listo!

Puse todo en una bandeja y la cogí antes de que la abuela se me adelantara. A pesar de su edad, se encontraba en buena forma, pero aún así, quería evitar que se esforzara.

De camino al salón, comprobé que el resto de la familia ya había llegado.

—Mi parte favorita del *brunch*: ¡el beicon! —dijo Jake con entusiasmo, besando la cabeza de su hija.

A Halsey le encantaba que su padre la llevara en brazos. Ya no era un bebé, pero tampoco una niña grande.

—He hecho suficiente para todos —aseguré.

Colton extendió la mano y cogió uno de los trozos más crujientes. Nuestra relación con él había sido particularmente difícil, y a veces todavía parecía un milagro que pudiéramos llevarnos tan bien.

Colton, Jake, Spencer, Cade y Gabe eran nuestros medio hermanos. Leo y Maddox eran mis hermanos de padre y madre, aunque con Gabe parecía que nos habíamos criado juntos. Éramos los más jóvenes del grupo cuando nuestra vida familiar se desmoronó. En cuanto nos conocimos, conectamos. La verdad es que, de niño, no piensas en esas cosas, y solo quieres jugar.

—La comida tiene una pinta deliciosa —dijo el abuelo—. Me alegro mucho de que todos estéis aquí.

—Como siempre, haced turnos para servir los platos —nos recordó la abuela.

—Tío Nick, yo quiero beicon —dijo Ben, corriendo hacia mí. Cada día se parecía más a Spencer.

Lo de mi hermano era admirable: la madre de Ben prácticamente abandonó al bebé en su puerta, pero Spencer no se acobardó y se hizo cargo de la crianza de su hijo, demostrando ser un padre excepcional.

—¡Claro! Y te contaré un secreto: los trozos más crujientes los he guardado solo para nosotros en la cocina.

—Hermano... —dijo Colton, como si fuese la peor traición del mundo.

—¿Qué?

—Siempre te quedas con lo mejor.

Gabe y Spencer se rieron:

—Es verdad. Estás mayorcito para esas tonterías —me regañó Gabe.

—Te los traeré de la cocina —le dije a Ben.

—No, yo voy. Ya soy un niño grande.

Me hizo gracia porque tampoco era *tan* grande.

—Voy contigo —dijo Penny.

Spencer era el hombre más afortunado del mundo. El destino quiso que Penny estuviese viviendo temporalmente en la casa de al lado cuando él se hizo cargo del bebé, y se enamoraron. A decir verdad, todos mis hermanos eran muy afortunados, supieron elegir a la mujer perfecta para ellos y que encajara bien con la familia.

—Estás pensativo —dijo la abuela, que me observaba fijamente.

Me aclaré la garganta antes de preguntar:

—¿Por qué lo dices?

—Nada, nada... no me hagas caso.

—Rápido, que alguien cambie de tema —dijo Maddox.

Por suerte, mi hermano siempre me cubría las espaldas, porque presentía a dónde podía llegar el comentario de la abuela

—Anda ya... ¿Por qué os ponéis a la defensiva, chicos?

—¿Estabas buscando algún indicio que confirme que ya es momento de buscarle pareja a Nick? —preguntó Leo.

La abuela se limitó a negar con la cabeza:

—Llevo años estudiándolo, pero aún no está preparado, y tengo una teoría al respecto.

—¿Y cuál sería? —pregunté. Tenía verdadera curiosidad.

—Con la experiencia que he adquirido con tus hermanos, he aprendido que nadie está verdaderamente preparado hasta que encuentra a la persona indicada.

Colton frunció el ceño:

—Tengo que reconocer que la abuela tiene razón.

—Las cosas suceden cuando tienen que suceder. No hay motivo para presionarte y hacer de celestina con las nietas de mis amigas —concluyó la abuela.

Leo silbó:

—Tío, ser el último de la lista tiene sus ventajas. Al menos, te ahorrarás los intentos de encontrarte novia.

Abrí la boca para decir *"Menos mal, joder"*, pero entonces la abuela añadió:

—No te equivoques. Lo *intentaré* en cuanto tenga la más mínima sospecha de que está preparado.

¿Preparado para qué?

Mis hermanos se echaron a reír.

La abuela nos guiñó un ojo y se fue a la cocina. Ella, Penny y Ben regresaron casi de inmediato con los trozos crujientes de beicon que había apartado especialmente para él. Aún seguía un poco confundido por el comentario de la abuela cuando fui a la mesa y me serví comida en el plato.

Mis abuelos se acercaron, y mi abuelo preguntó:

—Hijo, ¿cómo le va a esa chica con los hijos de Jim?

Conocía a mi amigo de unos partidos de béisbol que fuimos a ver los tres juntos.

—La pobre está hasta arriba.

—Me lo imagino. Lo que está haciendo es muy admirable, y más aún con todo lo que ha sufrido —expresó la abuela con afecto en su voz—. Debe de ser una mujer maravillosa.

—La verdad que sí. Y para colmo, han surgido unos problemas con los padres de Jim. Le han insinuado que quieren la custodia completa de los niños.

—¡¿Qué cojones?! —preguntó Leo, mientras se servía huevos cocidos. No me había percatado de que estaba escuchando la conversación.

Gabe y Maddox también parecían haber pegado la oreja. Ellos conocieron a los padres de Jim en varias ocasiones, y tampoco les guardaban un cariño especial.

—Eso mismo pensé yo —respondí—. Así que me he puesto en contacto con Hugo.

—Bien hecho, es un *crack* en derecho de familia —comentó Maddox.

Habíamos sido compañeros de instituto, y más adelante, empezó sus estudios de Derecho. Era uno de los mejores de su sector.

—Los visitas a menudo, ¿verdad? —preguntó Gabe.

Miré a Maddox, que levantó las manos en señal de defensa. Aunque a los siete los consideraba mis hermanos, era innegable que tenía un vínculo más estrecho con Maddox y Leo. Eran los únicos que sabían de mis visitas a casa de Allison, pero de los dos, Maddox era el más propenso a contárselo todo a Gabe. La mirada de culpa lo confirmaba.

—Intento ir dos veces por semana. Cenamos juntos y juego con los niños. Aunque no sé hasta qué punto estoy ayudando.

—Seguro que Allison lo agradece —dijo la abuela. Me miraba fijamente con una expresión extraña que no lograba descifrar. Quizá era mejor no hacerlo.

—¿Qué vais a hacer hoy? —pregunté, decidiendo cambiar de tema porque sentía que me estaba adentrando en terreno peligroso.

No podía explicarlo, pero había aprendido a no ignorar nunca mi intuición.

Casi todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Era difícil seguirles el hilo, pero no importaba. Me gustaba escuchar fragmentos de conversaciones aleatorias. Conseguíamos reunir a la familia al completo una vez al mes, aunque veía a mis hermanos un poco más a menudo. Cada uno se encargaba de una rama diferente

de *Whitley Industries*. Mi abuelo la había fundado en su juventud y, con el paso de los años, fue incorporando con éxito nuevas empresas. Luego mi padre tomó el relevo y empezó a añadir aún más negocios sin considerar si eran rentables o no, y cuando literalmente abandonó el país, la mayoría de las empresas estaban al borde de la quiebra.

Yo me ocupé del sector del *fitness*, que estaba en sus inicios. Aunque fue un proyecto de última hora, vi su potencial. Maddox, por su parte, dirigía una empresa de diseño de oficinas. Leo era el director de *Whitley Real Estate*. Colton, el mayor, dirigía el laboratorio de biotecnología. Spencer se hizo cargo de la editorial que había dirigido su madre, que falleció de cáncer poco después de descubrir la doble vida que llevaba su marido. Cade estaba al mando del negocio del café, y Gabe había empezado con una destilería artesanal y luego abrió un bar. Recientemente había construido un hotel junto a Maddox. Todos estábamos haciendo crecer con éxito el legado de nuestros abuelos y sabía que estaban orgullosos de nosotros.

—¿Y *tú* tienes planes para hoy? —me preguntó Natalie, la esposa de Jake.

—Voy a salir con Allison.

El murmullo se acalló al instante.

—¿Qué quieres decir con "salir"? —preguntó Leo.

—Desde que ocurrió la tragedia, Allison no ha tenido tiempo para hacer otra cosa que no sea trabajar y cuidar de los niños. Así que le ofrecí salir para que se distraiga un rato.

—Vaya... qué interesante —comentó la abuela.

Miró a Leo, que tenía una sonrisa de oreja a oreja. Los ojos de la abuela se iluminaron.

Mierda. Estaba seguro de que sacaría conclusiones precipitadas.

—Dile que aunque no la conocemos, le enviamos todo nuestro apoyo, y que estamos a su disposición para lo que necesite. Lo digo en nombre de toda la familia.

Bien, ha sido una respuesta muy considerada de su parte. Debería darle más crédito a la abuela, y no pensar que su único propósito es emparejar a sus nietos.

Aunque, en honor a la verdad, Jeannie Whitley había sido una prestigiosa actriz de teatro. Se le daba bien actuar.

Leo frunció el ceño, claramente tan perplejo como yo por su sentido comentario.

Afortunadamente, nadie mencionó a Allison ni que saldría con ella durante el resto del día, aunque por las miradas que me lanzaron Maddox, Leo y Gabe, estaba claro que querían meterme en un lío. Agradecí que se mordieran la lengua.

Me fui de casa de mis abuelos a primera hora de la tarde, ya que tenía que recoger a Allison a las cinco. De camino, decidí llamar a Hugo. Al principio, cuando le conté el caso, me pidió algunos detalles sobre Allison, como cuál era su trabajo y otros datos personales. Tenía suficiente para empezar, pero les puse en contacto, ya que necesitaba más información sobre ella. Me intrigaba saber si había hecho algún progreso.

Hugo era el número uno en su sector, pero también estaba desbordado de trabajo. Quería asegurarme de que podía seguir adelante con su caso, independientemente de mi amistad con él. Por suerte, respondió después de un par de tonos.

—¡Hola, Nick!

—¿Qué tal, Hugo? Siento llamarte un sábado, pero sabía que tenía más posibilidades de localizarte.

—Supongo que quieres saber cómo va lo de Allison —dijo.

—¿Te ha enviado toda la información?

—Sí, se mostró muy abierta y dispuesta a cooperar, lo cual siempre viene bien.

—¿Y cómo pinta el asunto?

—Me gustaría saber un poco más sobre los suegros, pero...

No me gustó esa pausa.

Suspiró:

—Los abuelos suelen tener muchas posibilidades de obtener la custodia.

—Pero Nora y Jim querían que Allison se ocupara de sus hijos. Lo pusieron expresamente en el testamento.

—Los testamentos se pueden impugnar, y pueden demostrar que están en mejores condiciones que Allison para encargarse de la

crianza. Por eso, como dije al principio, los jueces no rechazarán de plano su solicitud. Se tienen en cuenta varios factores, claro, como la edad y los ingresos.

—Tienen alrededor de cincuenta y cinco años. Tuvieron a Jim muy jóvenes.

—Vale, eso les jugará a favor. ¿Sabes algo sobre su situación económica?

—Por lo que sé, viven muy bien. Pagaron los estudios universitarios de Jim, y no necesitó solicitar un préstamo. Incluso los ayudaron con la entrada de la casa que él y Nora compraron —expliqué.

—Bien. Investigaré un poco más antes de decirte nada.

—¿Cuándo será eso?

—En algún momento de la semana que viene. Te prometo que me ocuparé personalmente de este caso.

—Mira, sin ánimo de ofender... —empecé a decir.

—Nick, sabes que no prometo nada que no pueda cumplir. Te he dicho que voy a ocuparme, y como mínimo, te daré algún consejo legal. ¿Puedes darme los nombres completos de los abuelos y todo lo que sabes de ellos para buscar referencias? Tengo gente que se dedica a eso.

—Excelente —dije, y le pasé sus nombres. —Gracias, Hugo.

—No hay problema.

No tenía un buen presentimiento. Al principio pensé que sería pan comido y que bastaría con que Allison adoptara un par de medidas para quedarse con la custodia sin más jaleo.

Decidí dejar el tema en un segundo plano por el momento. Tenía muchas ganas de ver a Alison.

Mi teléfono volvió a sonar. Pensé que quizá Hugo quería comentarme algo más, pero entonces vi que era Maddox. Respondí enseguida.

—Veo que mi hermano me ha estado ocultando cosas —dijo a modo de saludo—. Te aviso que estoy con Cami y Leo. —Se oyó silencio de fondo, lo que significaba que ya no estaban en casa de la abuela.

—¿Sobre qué?

—Sobre Allison.

—Tienes una cita —dijo Cami, su prometida—. Es una noticia importante.

Gruñí:

—¡Madre mía! ¿Eso es lo que pensáis?

—Claro que sí —dijo Leo.

—Pues estáis muy equivocados. Solo voy a salir a dar una vuelta con ella, literalmente, porque necesita despejarse.

—¿En serio? —preguntó él—. ¿No puede salir ella sola?

—Si quisiera, ya lo habría hecho —señalé.

—Así que esa es la solución que se te ocurrió. —Su tono estaba teñido de burla—. Podrías haberte ofrecido a cuidar a los niños para que ella pudiera quedar con una amiga, por ejemplo.

Tenía razón. Ni siquiera se me había ocurrido.

—Por favor, decidme que no le habéis dado munición a la abuela para acosarme.

Cami se rió:

—Nick, ya conoces a tu abuela. No necesita munición de nadie, ella la consigue solita. Estaba en la gloria después de que te fueras.

—Estáis exagerando.

—Para nada, hermano—dijo Leo—. Quizá tú no lo ves, pero nosotros sí. Es evidente que es alguien muy importante para ti. Al igual que todo lo que has hecho desde que falleció Jim, especialmente ir a casa de Allison.

—Adoro a esos niños. No seas gilipollas.

—No estaba insinuando eso. Pero esa no es la única razón por la que vas todas las semanas.

—Basta, he llegado a la casa de Allison, y tengo que colgar.

Técnicamente, todavía estaba a dos calles de distancia, pero necesitaba terminar la conversación. Me estaba empezando a cuestionar a mí mismo y no me gustaba. Evitaba los momentos de reflexión, de introspección... o como fuera que se llamaran.

Después de colgar, no pude evitar preguntarme *por qué* la invité a salir.

Joder. Más me vale mantener la cabeza fría y ponerme las pilas.

Y eso fue lo que hice.

Aparqué justo delante de la casa, y cuando salí del coche, la voz de Allison se coló por las ventanas. Levanté la vista hacia la segunda planta, y la vi moviéndose de un lado a otro y... ¿cantando?

Ella era diferente a todas las que había conocido antes.

Mi imaginación se disparó de inmediato. Podía vislumbrar sus pezones asomando a través de la tela de su camiseta. ¿O era un vestido?

En ese momento me di cuenta de que Leo tenía razón. No la había invitado a salir solo para hacerle un favor. Tenía un interés personal en ella.

Capítulo Cuatro

Allison

Cantaba a pleno pulmón mientras miraba la ropa que había dejado sobre la cama. Estaba decidida a pasar una buena noche y no iba a dejar que nada estropeara mi buen humor, a pesar de la breve llamada que había recibido el día anterior de Hugo, el abogado de Nick. No me comunicó las buenas noticias que esperaba. Aún así, decidí disfrutar del momento. Los niños estaban en la planta baja con Doreen, a quien adoraban. Tenía unos sesenta y cinco años y se llevaba muy bien con ellos.

Me concentré en elegir mi atuendo. El verano era sin duda mi estación favorita. Me encantaba Boston todo el año, pero en verano tenía algo especial. Había reducido las opciones a tres vestidos: uno rojo, uno amarillo y otro azul. Aunque eran de estilos diferentes, me decanté por el color, y el rojo era mi preferido. El vestido era sencillo: de tirantes finos, escote en V, y ajustado al cuerpo.

Me lo terminé de poner justo cuando oí la voz de Nick procedente del jardín. *¿Qué hora es?*

Eché un vistazo al reloj y me quedé sin aliento. *Mierda*, ya eran las cinco y no estaba lista.

Corrí hacia la ventana del pasillo que daba al jardín con la intención de llamar a Nick, pero me quedé sin voz. Estaba jugando en el suelo con los niños montados a su espalda, y se lo estaban pasando en grande. Doreen estaba de pie a un lado, mirándolos con alegría. Sin duda, era una estampa digna de contemplar.

Por fin recuperé la voz:

—¡Ahora bajo! ¡Siento la espera!

Nick levantó la vista:

—Tranqui, nos estamos divirtiendo.

—¡Sí! —exclamó Annie aplaudiendo.

Me alegró mucho ver la sonrisa en sus caritas. El primer mes tras la muerte de mi hermana había sido muy duro: lloraban todas las

noches hasta quedarse dormidos. No sabía qué hacer, y la mayoría de las veces lloraba con ellos. Entraba en su habitación para consolarlos y acabábamos los tres en un mar de lágrimas. No paraban de preguntar cuándo volverían mamá y papá. Finalmente, parecía que estaban empezando a aceptar que no regresarían.

Mi corazón se encogió al pensarlo, pero rápidamente intenté no desmoronarme.

No, esta noche me lo quiero pasar bien. No debo pensar en cosas tristes. Nora querría que me divirtiera.

Volví a mi habitación y me miré en el espejo antes de combinar el vestido con unas bailarinas negras. Llevaba tacones en la oficina, pero me negaba a someter a mis pies a ese tormento en mi tiempo libre. Cogí una chaqueta muy ligera y me pasé la mano por el pelo. Todavía estaba húmedo, pero no me gustaba usar el secador. También tenía un bolso muy pequeño a juego con los zapatos.

Después de comprobar mi aspecto una última vez en el espejo, bajé corriendo las escaleras, sintiéndome viva por primera vez en meses. Salí fuera con los demás y vi una enorme bolsa de papel sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Nick ha traído comida —dijo Doreen con una sonrisa genuina.

Los niños le habían contado acerca de él, pero era la primera vez que lo conocía en persona. Por su sonrisa, me di cuenta de que a Doreen le caía bien. Era un buen indicio; siempre confiaba en el criterio de las personas mayores. No hay nada como la experiencia de muchos años vividos.

Mis sobrinos eran adorables y si por mí fuera, me habría quedado allí toda la tarde, mirándolos.

Pero de repente, se bajaron de la espalda de Nick, y él se incorporó.

Madre mía. Intenté no comérmelo con la mirada, pero era imposible. Nick Whitley era un espectáculo para los ojos. Llevaba una camisa azul oscuro con el botón superior desabrochado y las mangas apenas subidas hasta los codos, comprensible por el calor. Me encantaron las manchas de hierba en las rodillas de sus vaqueros, prueba de que había estado jugando con los niños.

—Cuando tú digas, Allison —comentó.

Me volví hacia Doreen:

—¿Segura que estarás bien?

—Claro que sí, corazón. Diviértete, te lo mereces. Me alegro mucho por ti.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Aunque no éramos muy cercanas y nuestra relación era más bien formal, de vez en cuando le pedía consejo a Doreen sobre temas relacionados con los niños.

—Gracias. —Lentamente posé mi mirada en Nick—. Soy toda tuya, entonces. Vamos.

Me dedicó una sonrisa irresistible. ¿Siempre sonreía así o era que, por alguna razón, de pronto me percaté de su forma de sonreír?

—Genial.

Al cruzar la casa, un escalofrío me invadió justo al llegar a la puerta principal. Era la primera vez que iba a pasar tiempo a solas con Nick. En otras ocasiones, cuando se quedaba después de que los mellizos se acostaran, estar solos no se sentía igual porque sabíamos que había alguien más en la casa. Pero esta vez estaríamos completamente a solas, al menos en el coche.

—¿En qué piensas? —preguntó, mientras cerraba la puerta.

—En nada en particular... Por cierto, tenemos que hacernos un *selfie*.

A Nick se le abrieron los ojos como platos:

—¿Y eso?

—Para mi madre. No se creía que fuera a salir esta noche, así que quiere una foto como prueba.

—Pues adelante —respondió, antes de esbozar otra sonrisa devastadora.

Saqué el teléfono de mi bolso y lo sostuve frente a mí mientras Nick se colocaba detrás.

Yo también sonreí, y un pequeño jadeo se me escapó al sentir su mano en mi cintura. Inclinó la cabeza hacia mi hombro para que cupiera bien en la foto. Sentí su aliento caliente en mi mejilla y su pecho contra mi espalda. Tragué saliva y, por un momento, olvidé lo que estaba a punto de hacer.

Ah, sí, el selfie*.*

Hice unas cuantas fotos. En la primera, Nick solo sonreía. En la segunda, me miraba con una enorme sonrisa. Me giré para mirarle:

—¿Por qué me miras? —pregunté, mientras seguía haciendo fotos.

—Porque puedo. ¿No es razón suficiente?

Mmm. No me esperaba esa respuesta.

Bajé el teléfono y Nick me soltó, exhalando con fuerza. Abrió los ojos como si no pudiera creer que me hubiese tocado. Se aclaró la garganta y miró al suelo durante un instante.

—Vamos al coche.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —pregunté.

—Te lo iré contando a su debido tiempo.

Qué bonito era no saber a dónde iríamos y qué bien sentaba soltar el control. Últimamente tenía que planificar cada minuto de cada día. Me encantaba que otra persona tomara la iniciativa y no tener que organizar nada de nada. Tenía muchas expectativas y estaba preparada para pasar una noche divertida.

Nick caminaba detrás de mí, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo. Aún recordaba la sensación de sus músculos contra mi espalda. Eran tan duros y definidos como siempre había imaginado. Pero claro, era el dueño del gimnasio más exitoso del país. Estar en forma era parte de su trabajo.

—Estás callada otra vez —dijo.

Levanté la vista y sonreí tímidamente. ¿Qué podía decirle? *¿Sigo sin poder creer lo bueno que estás?*

Cuando me subí a su Lexus, me relajé contra el asiento de cuero negro. En cuanto él se subió al coche y cerró la puerta, sentí que algo cambiaba en el aire. Por primera vez en nuestra vida, estábamos realmente solos.

¿Por qué estaba tan obsesionada con eso? Quizás porque me ardía la piel en todos los rincones de mi cuerpo y tenía el pulso acelerado. Me humedecí los labios y miré por la ventana hacia el porche. ¿Todo eso por una simple *selfie*? ¿Por su estrecho contacto?

Madre mía, no era una adolescente que nunca había estado con un chico. ¿Por qué estaba reaccionando así? Quizás porque llevaba

tiempo sin tocar a un hombre, y era evidente que tenía los nervios a flor de piel.

Sí, esa era una explicación plausible.

—Allison, ¿estás segura de que quieres salir? —preguntó Nick, y me di cuenta de que tal vez estaba interpretando mi silencio como falta de interés.

—Pues claro. Me vendrá muy bien.

—Por tu cara, no pareces nada convencida.

Arrancó el motor y nos pusimos en marcha.

—Todo esto es nuevo para mí... Antes salía mucho con mis amigas. Pero desde que los mellizos vinieron a vivir conmigo, siento la necesidad de aprovechar cada rato libre con ellos. Me siento culpable si no estoy en casa.

—Esta noche no tienes permiso para sentirte culpable. —Al detenernos en el semáforo, me tomó la mano y me miró directamente a los ojos.

No sabía cómo parar la sensación de su contacto que se intensificaba a cada segundo.

—¿Crees que necesito tu permiso para eso?

—Claro que sí. Te propongo un trato.

—¿Un trato?

—Cada vez que te vea distraída, daré por hecho que es porque te sientes culpable. Entonces haré algo disparatado para apartarte de esos pensamientos.

Me aclaré la garganta:

—No creo que te atrevas a...

—Sí que me atrevo, Allison —dijo con una sonrisa—. No me conoces muy bien, ¿Jim nunca te ha contado algunas de nuestras historias?

Mi sonrisa se desvaneció.

—Lo siento. No hablaremos de Jim y Nora —dijo, negando con la cabeza.

—Tampoco tiene que ser así —susurré. Habían fallecido hacía tres meses y, por mucho que me entristeciera, lo único que quería era hablar de ellos.

Nick dudó:

—Pero no esta noche. Estamos devastados, pero podemos evitar un tema que nos deprime a los dos, ¿vale?

Me preguntaba si lo hacía por su bien o por el mío, pero tenía razón. Además, habíamos salido para divertirnos.

Asentí:

—Está bien. Volvamos a lo que decías antes. ¿Qué quieres decir con "disparatado"?

—Lo sabrás cuando lo veas —me aseguró, y volvió a concentrarse en la carretera—. Vamos a comer en un asador junto al mar.

—Oh, qué buena idea. Hace un tiempo estupendo, y no me apetecía quedarme encerrada en casa.

—Me lo imaginaba.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté.

—Porque siempre que voy a veros los fines de semana, os encuentro disfrutando del sol al máximo.

—Soy una persona muy activa. Me gusta montar en bicicleta, de hecho, era mi entrenamiento todas las mañanas.

—¿Vas al gimnasio ahora?

—¿Por? ¿Estás intentando venderme una suscripción a *Whitley Fitness*?

—Es la mejor cadena del país —respondió con una pícara sonrisa.

—Eso dicen. Por desgracia, nunca he visitado ninguno de tus gimnasios.

—Nunca es tarde. Avísame cuando quieras ir.

—Lo tendré en cuenta —respondí, pero enseguida me percaté de que no sería posible. No había forma de que pudiera cuadrar un rato de entrenamiento en mi agenda, por muy cerca que estuviera de mi oficina o de mi casa. Decidí decírselo en ese mismo momento para que no pensara que era por falta de interés—. Aunque no creo que tenga tiempo. Ahora mismo estoy haciendo ejercicio tres veces por semana en casa. De momento me vale.

—Lo entiendo —dijo Nick—. No te preocupes.

—¿Y cómo has encontrado este asador? ¿Qué especialidades tienen?

—Ya lo verás. Es un lugar muy relajado. He estado varias veces con mis hermanos y nos encanta.

—¿Vendrá alguno de ellos también?

—No, solo nosotros dos.

—¡Qué ganas de comer una buena carne! —exclamé con una palmada.

Durante el trayecto, hablamos sobre el restaurante. Poco después, Nick anunció:

—Hemos llegado.

Vivía cerca del paseo marítimo, y me encantaba ir, pero nunca había explorado esa zona en particular. No era un embarcadero y el puerto deportivo más próximo quedaba bastante lejos.

—No puedo creer que no conociera este lugar. —Parecía una playa. Había arena, tumbonas y sombrillas—. Nick, creo que has encontrado mi nuevo lugar favorito de la ciudad.

—Me alegro.

El aire se impregnaba con el inconfundible aroma de la carne a la brasa. Busqué el origen y divisé un bar a la izquierda y un asador justo enfrente.

—Mmm —dije, frotándome el estómago. Ni siquiera tenía hambre, pero el olor era delicioso.

Nick asintió en esa dirección:

—Echemos un vistazo.

Había varias mesas alrededor de la parrilla, pero la mayoría de la gente prefería comer de pie junto a la enorme barra. Mi cuerpo se relajó, como si meses de tensión acumulada comenzaran finalmente a ceder.

Echamos un vistazo al menú. Nick me rodeó los hombros con un brazo y sentí cómo mi temperatura corporal aumentaba gradualmente. Era muy cariñoso. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Y por qué me atraía tanto? El aroma de su loción para después de afeitar... ¡era adictiva!

Dios mío, necesito sexo cuanto antes. Pero no puede ser con Nick Whitley. Es una de las pocas personas que forman parte de la vida de los niños. No puedo arruinarlo por un simple descontrol hormonal.

—Quiero un pincho mixto.

Por lo que pude ver, los cocineros también tomaban los pedidos. Me pregunté cómo se las arreglaban con tanta gente, pero el sistema funcionaba.

—Lo mismo para mí —dijo Nick.

—Enseguida —respondió el chico—. Las bebidas se piden al otro lado.

Para mi sorpresa, nos sirvieron la comida solo unos minutos después.

Cada uno cogimos un pincho al mismo tiempo. Sonreí y choqué el mío con el suyo.

—¡Salud!

—Salud, Allison. Por una noche memorable.

—¿Memorable? ¿Lo dices por todas las cosas disparatadas que planeas hacer? —pregunté, moviendo las cejas.

Él se rió entre dientes:

—No tengo pensado hacer nada, pero si hace falta, se me ocurrirá algo sobre la marcha.

—¿Ese es el plan? ¿Improvisar sobre la marcha?

—Es lo que llevo haciendo toda mi vida.

Le di un mordisco al pincho. Estaba delicioso.

—Pues no pareces ese tipo de persona. Quiero decir... eres el CEO de una empresa grande y prestigiosa.

Nick negó con la cabeza:

—Cuando se trata de negocios, no me queda otra que ser organizado y planificar todo al milímetro. Tampoco al extremo, como algunos de mis hermanos. Pero en mi vida privada, me tomo las cosas con calma.

—¿Qué has hecho hoy? —pregunté.

—Almorcé en casa de mis abuelos.

—Vaya, es increíble. ¿Tus abuelos aún viven? ¿Cuántos años tienen?

—Más de noventa años, pero no lo aparentan.

—Y tienes muchos hermanos, ¿verdad? Lo siento, no estoy muy al tanto de tu familia. Sé que los Whitley son muy importantes y

conocidos en Boston, pero vivo en Babia. —Ambos nos reímos de mi cómico comentario.

Cuando dejó el pincho a medio comer, mis ojos se fijaron en las venas de su antebrazo, que se marcaban con cada movimiento. No lograba entender por qué me resultaba tan atractivo, pero así era. Era evidente que estaba perdiendo la razón.

—Somos ocho: tengo dos hermanos y cinco medio hermanos.

—Leí algo sobre la familia Whitley, pero no recuerdo los detalles.

—Mi padre tenía una doble vida —soltó Nick con el ceño fruncido.

—Oh —susurré casi sin aliento—. No había atado cabos. Vaya. Supuse que tal vez... —Me aclaré la garganta—. Mejor cambiemos de tema. Debe ser algo triste para ti.

Nick esbozó una pequeña sonrisa:

—Sí, pero no me importa contártelo.

Lo cierto es que había despertado mi curiosidad.

—Vale. Pero solo si tú quieres.

—La historia empezó fatal, pero ahora todos nos llevamos muy bien y tenemos un vínculo muy estrecho con nuestros abuelos. Nos reunimos tan a menudo como podemos. Casi todos están casados, Maddox y Leo están comprometidos, así que cada vez que nos reunimos, somos un montón de gente.

—Debe ser algo muy bonito.

—Sí. Por cierto, mis abuelos se han ofrecido a cuidar de los mellizos si alguna vez necesitas ayuda.

Eché la cabeza hacia atrás:

—Pero si no me conocen ni a mí ni a los niños.

—Lo sé, pero ellos son así. Obviamente, en algún momento los conocerás, pero quiero que lo tengas en cuenta.

No pude expresar con palabras lo emocionada que me sentía. La familia de Nick era increíblemente amable, ofreciéndose a cuidar a mis sobrinos, un gesto que ni siquiera la mejor amiga de Nora había tenido. Tragué saliva, asombrada por su generosidad.

—Gracias. Ya me caen bien tus abuelos.

Me guiñó un ojo:

—Algo me dice que tú también les gustas.

—¿Por qué?

—Esa historia la dejaré para más adelante.

No parecía una historia triste, pero era evidente que prefería evitarla en ese momento.

Terminamos nuestras brochetas y nos alejamos de la barra. Parecía haber un acuerdo tácito entre los clientes para dejar sitio a los siguientes clientes una vez terminada la comida.

—Vamos a tomar algo —dijo Nick.

—Sí, por favor. Algo con alcohol pero no muy cargado.

Nick sonrió:

—No te preocupes, Allison. Esta noche cuidaré muy bien de ti.

—No me emborraches.

—Ni se me ha pasado por la cabeza.

Después de mirar la carta, dijo:

—¿Vino blanco?

—Me has leído el pensamiento. No soy muy de cócteles.

Nick pidió mi copa de vino y una cerveza para él.

—Vamos un poco más cerca de la orilla —sugirió, después de que nos sirvieran las bebidas.

—Buena idea —dije. Aunque me gustaba el ambiente del lugar, la barra estaba abarrotada. Señalé unos columpios junto a la orilla—: ¡Qué guay! Me apetece sentarme en un columpio.

—Tus deseos son órdenes.

—¿Siempre o solo por esta noche? —bromeé.

Estaba de un humor excelente, la noche era perfecta y me acompañaba el hombre más atractivo del mundo; un detalle sin importancia, pero que vale la pena mencionar. Había disfrutado de una deliciosa barbacoa y ahora saboreaba una copa de vino.

—Siempre puedes contar conmigo, Allison. —Se inclinó hacia mí y, mientras me sentaba en el columpio, agregó—: Y si quieres pasar un buen rato, me llamas.

En el momento en que se sentó, me di cuenta de que la mecedora era solo para dos personas. Nuestros muslos se tocaron y mi estómago dio un vuelco. Estando tan cerca de él, era imposible ignorar el efecto que tenía sobre mí. Mi pulso se aceleró, tenía la boca seca y sentía que la piel me ardía por *todas* partes.

Intenté fingir que no me afectaba en absoluto, porque no tenía otra alternativa. Así que disimulé cerrando los ojos y tomando un sorbo de vino tras otro.

—Me gusta verte así de relajada.

Abrí los ojos de golpe y sentí que se me enrojecían las mejillas. Nick me estaba mirando.

—Es agradable. Había olvidado cómo era.

Se giró ligeramente hacia mí antes de volver a su posición. Es probable que se percatara de que si volvía a girarse terminaría encima de mi cuerpo.

Eso no sería un problema, ¿verdad?, dijo una voz traviesa en mi mente.

—Voy a dedicarme más tiempo a mí misma —prometí—. Aunque sea con un baño caliente con pétalos de rosa y una exfoliación.

Nick empezó a toser.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, sí. —Y entonces se levantó inmediatamente del columpio.

Me puse en el medio para equilibrar la mecedora.

Se aclaró la garganta, miró su cerveza y luego me dedicó una sonrisa pícara:

—No puedo ayudarte con eso, pero parece que ya tienes claro cómo hacerlo.

Me tomó un segundo darme cuenta de lo que quería decir. *Oh*. Quizás mi descripción del baño con pétalos había sido inoportuna.

—Te prometo que te llamaré para cualquier cosa que no pueda hacer yo sola.

Sus ojos se agrandaron.

¡Eso tampoco ha sonado bien!

Miré mi copa. No había bebido lo suficiente como para soltarme la lengua. Estaba claro que el efecto de Nick combinado con el vino se me estaba subiendo a la cabeza. Decidí fingir que no había dicho nada.

—¿Qué te gustaría hacer en tu tiempo libre? —preguntó.

Incliné la cabeza:

—Ahora mismo no lo sé. —Ya no me apetecía salir con amigos hasta tarde ni ir de compras con mis amigas, de quienes no sabía

nada desde hacía meses—. No estoy segura. Tendré que pensarlo.

—Avísame cuando lo tengas claro. Si necesitas compañía, me encantaría que me avisaras.

—Nick, ¿lo dices en serio?

Se acercó, pero no intentó sentarse. En lugar de eso, puso la mano en la barra de metal que había encima del columpio, flexionando los músculos con el movimiento. *Madre mía*. Nick era realmente irresistible.

—Sí.

—Pero, ¿por qué? Seguro que tienes un millón de cosas que hacer.

—Tengo muy claras mis prioridades, y quiero que *vosotros* seáis una de ellas. Debería haber sido así desde el principio.

Mi corazón se estremeció, al igual que otras partes de mi cuerpo.

—Francamente, estás haciendo más que todo el resto.

—Aún así no es suficiente. Quiero implicarme más.

—¿Sabes que los padrinos de los niños parecen haber olvidado el rol que supuestamente les toca? —pregunté, sin que viniera a cuento.

—Nunca entendí que eligieran a Phil y Lola como padrinos —dijo con cierta indignación.

—Es que en ese momento, eran la única pareja de amigos que tenían hijos. Y pensaban que tendrían más experiencia y que los peques jugarían juntos, al menos eso fue lo que me dijo Nora. Pero sé con certeza que a ella le hubiera encantado que tú fueras el padrino. Su explicación fue: "Es una pena que nunca se haya tomado en serio a una mujer. No quiero que su novia actual sea la madrina, que quién sabe cuánto le va a durar".

Nick se quedó perplejo:

—Dios mío. Tampoco puedo rebatir ese comentario porque ni siquiera recuerdo con quién salía cuando bautizaron a los niños.

Me eché a reír:

—Ay, Nick.

—Eso es malo, ¿verdad? ¡No respondas! Lo veo en tu cara —dijo riendo—. Es terrible.

—En absoluto. Cada uno tiene su personalidad y no hay nada de malo en eso —respondí, dando unos sorbos más a mi vino.

Al cabo de un rato, empecé a tiritar, así que me puse la chaqueta:

—¿Quieres sentarte? Puedo hacerme a un lado. Perdona por no preguntarte antes.

—No te preocupes, estos columpios son muy pequeños.

¿Se había sentido tan incómodo como yo cuando estábamos sentados juntos? Ahora que me había terminado la copa de vino, ya no podía controlar mis pensamientos. Si se sentaba junto a mí, encontraría cualquier pretexto para acomodarme en su regazo; al fin y al cabo, estaríamos mucho más a gusto.

¡Dios mío! Era un peligro para mí misma y para Nick.

—Creo que debería volver a casa.

—No es tan tarde —dijo Nick.

—Lo sé, pero llevo varias horas fuera. Prefiero volver.

—Por supuesto. Lo último que quiero es que estés incómoda. Eso arruinaría el sentido de esta noche.

—¡Que ha sido todo un éxito! —Intenté levantarme del columpio... y fracasé. Volví a caer de culo—. ¡Uy! He bebido el vino demasiado rápido; hacía meses que no bebía.

—¿Y eso? —preguntó, dejando la botella de cerveza vacía en la mesita junto a mi copa.

—Me resulta raro beber alcohol teniendo niños a mi cargo.

—Te ayudo a levantarte —ofreció, tendiéndome la mano.

Puse mi mano en su palma, fuerte y callosa, y sentí sus dedos deslizarse contra los míos. ¿Sería por las pesas u otros aparatos de gimnasio? Tenía que ser eso. No podía imaginarlo haciendo otro tipo de trabajo manual.

—Ahora solo tienes que levantarte. —Me ayudó a incorporarme y tropecé, golpeándome la cabeza contra los trabajados pectorales de Nick.

Me enderecé rápidamente mientras Nick sonreía. De inmediato sentí sus manos en mi espalda y costado, su tacto fue tan intenso como si no llevara ropa.

¿Qué me está pasando? Normalmente sabía controlarme.

—¡Uf! —exclamó.

Di un paso atrás para mirarlo, y le ofrecí una tímida sonrisa:

—Lo siento mucho. ¿Te he hecho daño?

—No te preocupes por mí. —Su mirada era salvaje, pero no creí que fuera porque estuviese enfadado conmigo. Luego añadió—: Te llevaré al coche.

—No estoy borracha, de verdad. Ni siquiera sé qué ha pasado.

—Creo que te has tropezado con la arena. —Su voz sonaba extraña.

Me sentía un poco avergonzada. No tenía por qué guiarme hasta el coche. Era mayorcita para esas cosas.

Sin embargo, una vez en su coche, me tranquilicé un poco.

—Última oportunidad para cambiar de opinión. ¿Quieres ir a casa o...?

—¿Hacer algo disparatado? —terminé por él, sintiéndome aún más atrevida que antes.

—Iba a decir "seguir pasando un buen rato", pero ahora que has mencionado lo disparatado, mi sugerencia es un aburrimiento. ¿Qué tienes en mente?

Sonreí, encogiéndome de hombros:

—No lo sé. Hace tiempo que no hago nada alocado. Pero hoy no es el mejor día para empezar.

Él se rió mientras salía del aparcamiento:

—Aún tienes tiempo para pensarlo antes de que lleguemos a tu casa.

Era tentador, pero sabía que era hora de dar la noche por terminada. Aunque parecía que acabábamos de llegar, habíamos pasado tres horas allí. A esas alturas, los mellizos ya estarían en la cama.

Dios, era como si no pudiera desconectar del todo. No dejaba de pensar en ellos. ¿Estarían bien? ¿Estarían contentos? ¿Les habría faltado algo?

Cuando por fin llegamos a casa, Nick preguntó:

—¿Y bien? ¿Has cambiado de opinión? —Al ver que me mordía el interior de la mejilla, agregó—: Podemos dejar lo disparatado para

otro momento y seguir con el plan original: pasar un buen rato —añadió.

—Se está haciendo tarde, pero muchas gracias. Me lo he pasado muy bien esta noche.

Una extraña expresión cruzó su rostro:

—¿Qué tal si hacemos de esto algo habitual?

—¿Qué?

—Que quedemos para salir los sábados por la noche.

Mis ojos se abrieron como platos:

—Nick, seguro que tienes cosas mucho mejores que hacer los sábados.

—Como te he dicho, soy muy estricto con mis prioridades.

Su propuesta era tentadora en más de un sentido. Pero antes tenía que practicar un poco el autocontrol.

—Lo pensaré.

Él asintió:

—Está bien. ¿Puedo pasar a saludar a los niños?

—Es muy amable de tu parte, pero se acuestan temprano y ya deben estar durmiendo.

Arqueó una ceja y miró el reloj del coche:

—¿En serio?

—Nick, son niños pequeños.

Él se rió entre dientes:

—Sí, no sé qué hacía yo a su edad, pero estoy bastante seguro de que no estaría en la cama. Mi madre decía que la volvíamos loca por las noches.

—Nora y Jim eran muy estrictos con el horario de ir a la cama. Decían que era la única manera de que descansaran lo suficiente y no estuvieran de mal humor al día siguiente. Me lo he pasado muy bien, Nick.

—Te acompaño hasta la puerta.

Negué con la cabeza:

—No, de verdad, no hace falta.

—Escucha...

—Nick, no estoy borracha, ¿vale? Ni siquiera achispada. Solo he perdido el equilibrio —dije, aún más avergonzada que antes.

—Está bien, como quieras.

—Muchas gracias por todo.

Salí rápidamente y subí los escalones de la entrada a toda prisa. Al llegar a la puerta, me giré y le dije adiós con la mano. Nick me saludó con la cabeza antes de marcharse.

No podía dejar de sonreír al entrar en casa. Reinaba un silencio inquietante, pero la luz del salón me indicó que Doreen estaba viendo la televisión sin sonido. Inmediatamente se acercó al vestíbulo:

—¿Ya has vuelto?

—He estado fuera bastante tiempo.

—Cariño, pensaba que hasta medianoche, como mínimo, no estarías de vuelta.

—Oh, no he podido...

Doreen se acercó:

—Mira, no es mi intención entrometerme, pero te veo bien. Pareces relajada y sonríes. Todo el mundo necesita un poco de tiempo para sí mismo de vez en cuando.

—Es todo tan nuevo que no sé cómo manejarlo —respondí, con los hombros hundidos.

—Lo sé. Y no lo digo para que me des trabajo, pero estoy a tu disposición cuando quieras, ¿de acuerdo? No tengo mucho que hacer, mis hijos y mis nietos ya son mayores. Todos mis clubes de lectura y actividades para personas mayores son durante el día, cuando tú estás en el trabajo y los niños en la guardería. Pero por las tardes y los fines de semana estoy libre.

Le dediqué una cálida sonrisa:

—Gracias, Doreen. Significa mucho para mí.

—Pero no le cuentes a nadie lo que te he dicho, ¿vale? No quiero estar a disposición de todo el mundo.

—¿Estás haciendo una excepción conmigo?

—Tú eres quien más me necesita, cariño.

Sus palabras me llegaron al alma.

—Gracias, Doreen. Que tengas una buena noche.

—¡Tú también!

Después de que se marchara, cerré la puerta con llave y apagué las luces exteriores. Doreen era una mujer encantadora, y tenía suerte de haberla encontrado.

Subí de puntillas las escaleras y eché un vistazo al dormitorio de los niños. Eran dos angelitos. Quería despertarlos solo para darles un beso y decirles lo mucho que los quería. Pero si lo hacía, me tendrían despierta durante horas. De modo que cerré la puerta, me apoyé contra ella y sonreí.

Había sido una noche increíble. Y por si fuera poco, Nick se había ofrecido a hacerlo todos los sábados. Me moría por aceptar su propuesta, pero tenía la sensación de que era una idea peligrosa.

Capítulo Cinco

Allison

Era lunes por la tarde, y aún seguía en las nubes. No podía creer el efecto que había tenido en mí la noche con Nick. El domingo me sentía llena de energía y llevé a los niños al zoológico.

En ese momento, estaba dando por finalizada la jornada laboral. Tras visitar a un cliente después de comer, me dirigí al edificio para recoger a los mellizos de la guardería.

De camino, recibí una llamada del abogado. Respondí inmediatamente.

—Hola, Allison. Soy Hugo.

—¡Hola, Hugo! Dame un momento, por favor.

Me enderecé en el asiento y busqué un lugar para aparcar. Conducir no era mi actividad favorita y no podía hacer varias cosas a la vez. Por eso, para poder prestar toda mi atención a la llamada, aparqué en el primer sitio libre que encontré.

—¿Tienes alguna novedad? —pregunté después de estacionar—. Una vez más, gracias por asesorarme en este asunto.

—De nada. He investigado un poco sobre los suegros de tu hermana. De tu difunta hermana —corrigió—. Siento mucho tu pérdida.

—Gracias.

Se me hizo un nudo en la garganta. Maldita sea. Por mucho que quisiera concentrarme en sus palabras y escapar del dolor de lo ocurrido, la tristeza me invadía.

—En primer lugar, los asuntos de familia son complicados. Tienes algunas cosas a tu favor, como el hecho de que te nombraron tutora y te llevaste inmediatamente a los niños a vivir contigo. Según tu expediente, ni siquiera pasaron una noche con los servicios sociales.

—¡Por supuesto que no! Pasé la noche con ellos en su casa cuando ocurrió. Luego me los llevé a la mía. Y como no podía afrontar la hipoteca de su mansión, la alquilé.

—Sí, ese es otro punto. No me gusta sacar conclusiones apresuradas, pero ese podría ser el motivo por el que los padres de Jim están tan interesados de repente en quedarse con los niños.

—¿A qué te refieres?

—Quien tenga a los niños también tiene el derecho de administrar la casa.

¡¿Qué?!

—Pero la casa es de los niños.

—Pero no pueden disponer de ella hasta que cumplan dieciocho años. Hasta entonces, el tutor es el albacea. Y en determinados casos, podrían solicitar la venta de la casa con el argumento de que es lo mejor para los niños. Insisto, no quiero dar nada por sentado, todo son suposiciones. En definitiva, los motivos no son relevantes, lo único que importa son los hechos. He revisado tus ingresos y tu patrimonio, y son bastante considerables. —Eso sonaba alentador—. Sin embargo —continuó, y se me revolvió el estómago—, con dos niños a cargo, la cosa cambia.

—¿Qué quieres decir? —susurré.

—Dependiendo de a qué colegio vayan más adelante, eso podría suponer una gran parte de tu nómina.

—Entonces lucharé por un puesto mejor o buscaré otro trabajo extra para complementar.

—Lo que te dejaría menos tiempo para estar con ellos.

Suspiré:

—Claro. Es como la pescadilla que se muerde la cola.

—El problema es que sois una familia con un solo ingreso. Si perdieras tu trabajo, la calidad de vida de los niños se vería sensiblemente afectada.

—Hugo, seré sincera. Mi situación de familia monoparental no cambiará en el corto plazo. No tengo tiempo para salir ni conocer a nadie. Y en el improbable caso de que eso ocurriera, no podría arrastrar a alguien a quien apenas conozco a una batalla por la custodia de mis sobrinos.

—No, claro que no. Tener pareja solo te beneficiaría si se tratara de alguien con quien ya tuvieras una relación duradera o con quien llevaras saliendo un tiempo. Casarte a la primera con alguien a quien

apenas conoces, sería perjudicial porque te haría parecer una persona impulsiva. Esperaba que me dijeras que llevas tiempo en pareja... con alguien que esté dispuesto a pedirte matrimonio.

—¡¿Qué?! —Parpadeé rápidamente, como si eso fuera a ayudarme a entender mejor lo que me había dicho.

—Si estuvieras casada y tu pareja tuviera unos buenos ingresos, tus posibilidades de seguir con la custodia serían más altas.

—Por desgracia, no es la realidad, y no puedo inventarme a alguien así de la noche a la mañana. ¿Tienes algún otro consejo que pueda favorecer mi situación?

—Otra posibilidad es ir contra los abuelos, y demostrar que no están en condiciones de cuidar de los niños. Pero no te lo aconsejo: son situaciones que a menudo acaban muy mal. Los niños perciben todo y, al fin y al cabo, los padres de Jim son sus abuelos; con el tiempo, querrán tener un vínculo con ellos. Ahora son pequeños, pero ese tipo de cosas destrozan a las familias. —Suspiró—. De momento, no se me ocurre ninguna otra solución. Tengo que investigar un poco más. Pero esperaba que tú...

—Estuviese a punto de comprometerme —murmuré—. Gracias de nuevo, significa mucho para mí. Que tengas un buen día, Hugo.

—Tú también.

Después de colgar, me quedé un rato sentada en el coche. Necesitaba recomponerme. Esperaba noticias mucho mejores, o al menos una solución que no fuera "casarse".

No podía creer que no fuera suficiente. Tenía un trabajo estupendo y hacía siete años que pagaba religiosamente la hipoteca de mi casa. Podía ofrecerles a los mellizos una vida fantástica, y además los quería con locura. ¿Cómo no podía ser suficiente?

Aún no había arrancado cuando, unos minutos más tarde, la pantalla de mi teléfono se iluminó con un mensaje de Nick.

Nick: Hugo me ha dicho que ha hablado contigo, pero no me ha dado detalles. ¿Tienes tiempo para hablar? Me gustaría estar al tanto de todo.

Sonreí a pesar de que todavía tenía el corazón encogido. ¿Cómo era posible que Nick tuviera el poder de alegrarme el día con tan solo un mensaje?

***

Nick

Eran las cinco en punto, y el gimnasio estaba en su hora punta, una de las razones por las que me gustaba estar allí presente. Como dueño de varios locales, no podía estar en todos a la vez, pero pasaba la mayor parte del tiempo allí, en la sede principal. Gabe y Maddox estaban en la zona de pesas. Quería charlar con ellos, pero esperé a que Allison me respondiera. En lugar de enviarme un mensaje, me llamó.

—¡Hola! —respondí.

—Buenas...

—¿Qué tal? Hugo no me ha dicho nada porque tenía que entrar a una reunión.

—Mal. En pocas palabras, me ha dicho que debería casarme —dijo Allison.

—¡¿Qué coño?! —espeté.

—Así como te lo cuento. Dijo que lo ideal sería que tuviese una relación estable y un novio dispuesto a pedirme matrimonio.

—¿Ese fue su consejo legal? —Tendría que hablar con Hugo. Bajé la voz y me acerqué a una esquina para no llamar la atención.

—Sí. Tiene que ser alguien a quien conozca desde hace tiempo, o levantaría sospechas. El otro camino es desacreditar a los suegros de Nora, demostrar que no están capacitados para el cuidado de los niños y todo eso.

—¡Joder! —*Y yo que no quería llamar la atención*. Miré a mi alrededor, pero nadie se fijó en mí.

Allison se rió:

—No puedo hacer eso, Nick. Son los abuelos de los niños, e incluso Hugo dijo que no lo recomienda porque complica mucho la vida familiar.

—¿Pero te ha dado *algún* consejo que puedas poner en práctica?

—Primero quería saber si yo estaba en posición de contraer matrimonio. Supongo que ahora que sabe que no es posible, evaluará otras opciones.

—Bien. Porque si no se le ocurre nada útil, tendré que buscar a otro profesional, sea amigo o no.

—Veamos qué se le ocurre —dijo Allison en voz baja, y luego suspiró—. Tengo que ir a recoger a los mellizos. Gracias por contactar con él, ha sido de gran ayuda.

—De nada. ¿Hay algo más que pueda hacer? Mi invitación no se limita solo a los sábados por la noche —dije, tratando de sonar despreocupado para que ella no notara lo alarmado que estaba, a pesar de seguir enfadado con Hugo.

—Les prometí a los niños que esta noche se darían un baño de burbujas, pero gracias por la oferta.

—Si quieres, puedo llamarte por la noche para hablar un rato. Solo si te apetece, claro. A la hora que sea. —Quería que supiera que siempre podría contar conmigo como amigo.

—Nick...

—Estoy para lo que necesites, Allison.

Ella se rió de nuevo, pero aún con cierta contención.

Maldita sea. Las noticias de Hugo claramente la habían afectado, lo cual era comprensible dada la gravedad del asunto.

Después de colgar, fui directamente a ver a mis hermanos. Gabe había terminado de correr en la cinta, y Maddox, que estaba levantando pesas, se detuvo al verme.

—Has dejado las pesas por él, pero no por mí —bromeó Gabe.

Maddox arqueó una ceja:

—Nick parece que está a punto de explotar.

Eché la cabeza hacia atrás:

—¿Es tan obvio?

—Para mí, sí —dijo—. ¿Qué pasa?

—Acabo de hablar con Allison, y Hugo no le ha dado ningún consejo útil. La única idea brillante que se le ha ocurrido es que se case.

—¿Es eso factible? —preguntó Maddox—. ¿Tiene pareja?

—No.

Gabe me dedicó una sonrisa burlona:

—Podrías hacer un sacrificio por la causa.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Cásate tú con ella.

Maddox se echó a reír. Yo también y respondí:

—Sí, claro.

Una vez que se calmó, Maddox añadió:

—Sería una locura... pero por una causa noble. Imagínate la cara de la abu si le dijeras que te vas a casar así, de repente.

Negué con la cabeza:

—No estáis ayudando en nada.

—Pero piénsalo —insistió Gabe—. Ganas mucho dinero, los niños te conocen y te quieren. Apuesto a que eso ayudaría a mantener la custodia.

—Gabe —gruñí—. Centrémonos en soluciones realistas.

Se encogió de hombros:

—No se me ocurre ninguna. Por cierto, ¿qué tal la salida con ella el sábado? No has dicho ni una palabra.

—Nos lo pasamos muy bien.

—¿Lo suficiente como para pedirle matrimonio? —preguntó Gabe con una sonrisa.

Oh, Dios. No iba a dejarme en paz.

Pero, por extraño que pareciera, quizás no estaba tan errado como pensaba.

Capítulo Seis

Nick

La idea de mi hermano me persiguió durante toda la maldita semana. No tenía ni pies ni cabeza y no entendía por qué no podía quitármela de la mente. Llamé a Hugo para que me explicara mejor todo el asunto, y confirmó que la solución más simple y efectiva para que Allison mantuviese la custodia era que se casara. De todos modos, seguiría evaluando otras alternativas, y tenía claro que accionar contra los abuelos debía ser el último recurso.

Tras escuchar sus explicaciones, me tranquilicé un poco. Los niños percibían cuándo algo iba mal. Yo mismo lo sufrí en mis propias carnes.

Que mi padre tuviera otra familia no me tomó por sorpresa. En cierto modo, lo presentía; sus escapadas de fin de semana no me encajaban, así como el hecho que estuviera al tanto de trivialidades infantiles, como las pegatinas o series de televisión de moda. Lo que nunca logré comprender fue cómo mi madre no se dio cuenta, creyendo sus excusas de que no podían casarse porque sus padres no lo aprobarían. ¿Cómo es que no se dio cuenta de que él ya estaba casado?

Pero tampoco quería juzgarla con demasiada dureza. Mi madre no tenía las mismas herramientas que existían en la actualidad, y no te podías enterar de la vida de alguien con unos pocos clics. Y mi padre había sido muy cuidadoso: nunca se hizo mención a su otra familia en ningún periódico. Cómo lo hizo, es un misterio, sobre todo teniendo en cuenta que su esposa estaba al frente de *Whitley Publishing*. Curiosamente, esa información nunca se había divulgado. Era como si hubiéramos sido inexistentes, tanto nosotros como ellos, hasta que, de repente, todos ocupamos los titulares. En cuanto estalló el escándalo, desapareció sin dejar rastro.

Hacía mucho tiempo que había aceptado lo sucedido y pasado página, y no entendía por qué lo estaba volviendo a recordar.

Probablemente el asunto de la custodia me estaba removiendo.

Pero ahora no tenía tiempo de pensar en ello y necesitaba enfocarme en todo lo que quería hacer. Tenía previsto abrir cinco sucursales de *Whitley Fitness* ese año en todo el país. Teníamos suficientes locales en Boston, pero había muchas zonas de Estados Unidos a las que aún no habíamos llegado.

Consideré proponerle matrimonio a Allison, pero era una idea descabellada. Sería un matrimonio de conveniencia, y nadie podría conocer la verdad, ya que, de lo contrario, perdería la custodia por completo.

No, era una idea horrible. Quería ayudar a Allison, pero no creía que pudiera hacerlo. Sería una mentira demasiado pesada de soportar.

Cuando me acosté esa noche, la idea seguía dando vueltas en mi cabeza. No podía compartirla con Allison. Era una locura.

Sin embargo, a la mañana siguiente, ya no pude más. Me desperté a las seis en punto y fue lo primero que pensé.

A tomar por culo. Tengo que hablarlo ya con ella.

Llamé a Allison incluso antes de meterme en la ducha. Tenía una regla de oro: si algo me carcomía era porque tenía que tomar cartas en el asunto.

—Buenos días. Espero no llamar demasiado temprano —dije cuando contestó.

—No, llevo más de una hora despierta. ¿Pasa algo? ¿Alguna noticia del abogado? —Parecía muy nerviosa. Era normal que se alarmara por recibir una llamada a primera hora de la mañana.

Joder, no era mi intención asustarla.

—No, en absoluto. ¿Te pillo en mal momento?

—La verdad es que sí. El desayuno está siendo un caos y aún nos falta subir al coche.

—Ah, sí, lo siento. Después de dejar a los niños en la guardería, ¿podríamos tomar un café cerca de tu oficina? Quiero comentarte algo. Son solo cinco minutos. —No quería hacerle la propuesta por teléfono. *¿He dicho propuesta?*

—¿Qué pasa?

—Quiero hablar de algunas cosas.

—Nick, me estás asustando.

—No es nada malo, te lo prometo.

—Está bien. —Todavía parecía recelosa—. Claro, me saltaré el café y haré que los peques terminen el desayuno cuanto antes. Me reuniré contigo en la cafetería de la planta baja de mi edificio. ¿Te parece bien allí?

—¿A qué hora?

—Dentro de una hora, más o menos.

—Perfecto —dije antes de colgar.

Era una locura. Una completa y absoluta locura. No podía entender por qué me obsesionaba tanto. Esos niños se merecían un buen hogar, y Allison podía dárselo. Se desvivía por ellos, lo había visto con mis propios ojos. No podía creer que sus abuelos quisieran alejarlos de ella, alejarlos de Boston y llevarlos a un pueblo pequeño en Montana. Sería un cambio muy radical para los mellizos.

Al entrar en la ducha, me di cuenta de la magnitud de la situación. *¿De verdad voy a sugerirle a Allison que nos casemos? ¿Qué me está pasando?*

Sin embargo, a pesar de la incredulidad, empecé a fantasear con la idea de casarme con ella. Mi cuerpo reaccionó intensamente a este pensamiento, en especial mi pene.

¡Maldita sea! No podía dejar que mi lujuria dictara mis decisiones. Que la deseara con locura no debía influir en ese asunto. El sábado por la noche, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tocarla, para no ceder a la tentación de seducirla. Casarme con ella era impensable, pero debía plantear la sugerencia, ponerla sobre la mesa. Ambos nos reiríamos y acordaríamos no volver a hablar del tema. Estaba completamente seguro.

***

Allison me estaba esperando en una mesa de la cafetería cuando llegué.

Sonrió tímidamente al verme:

—Lo siento, me he adelantado con el café. Salí de casa sin tomarme uno y estaba que me caía.

—No te preocupes.

—Hay que ir a buscar el café a la barra. ¿Quieres que te traiga uno?

—No, estoy bien. Lo dejaré para más tarde —respondí, antes de tomar asiento.

—Nick, me estás asustando otra vez —dijo con el ceño fruncido.

—Iré directamente al grano. Me dirás que es una locura total y nos olvidaremos de todo el asunto.

Sus ojos se agrandaron:

—Te escucho. Aunque no suena muy alentador.

Me recosté en la silla y la observé. Estaba despampanante, como siempre. El pelo le caía sobre un hombro dándole un aire sexy pero elegante a la vez. Estaba bastante apartado de la mesa, y podía deleitarme con sus muslos. No llevaba una falda corta, pero sus piernas eran infinitas. Y quedaban increíbles con esos tacones altos.

—¡Nick!

Su voz me sacó de mis pensamientos.

—Ah, sí. Cuando me contaste el consejo que te dio Hugo, estaba en el gimnasio con mis hermanos. Se lo comenté a ellos y me sugirieron, en broma, que tú y yo podríamos casarnos.

Se quedó boquiabierta, le tembló el ojo derecho y luego negó con la cabeza, haciendo una mueca de sorpresa:

—Lo siento. Creo que no te he oído bien.

—Sí, has escuchado bien.

—No entiendo nada.

—En otras palabras, necesitas un candidato que cumpla con todos los requisitos, ¿no? Pues yo tengo un negocio y un patrimonio más que solvente, sin ánimo de presumir. Y como nos conocemos desde hace unos años, no daría la impresión de que me has conocido de la noche a la mañana. —No fui consciente de todos esos argumentos hasta que los verbalicé en voz alta.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Entonces Allison empezó a reír:

—Oh, Nick, ¡qué gracioso eres! —exclamó con una sonrisa—. Me has alegrado la mañana, que empezó con un berrinche y acabó con un vaso de leche derramado sobre mi camisa.

—Pues no lo parece —respondí—. Estás impecable. —Y tras una pausa, añadí—: Allison, sé que es una locura, pero lo digo en serio.

Ella frunció el ceño:

—Venga ya, Nick. No creo que Hugo pretenda que me case por conveniencia.

—Yo creo que es exactamente lo que quiso sugerir, pero no lo expresó de ese modo. —Porque era abogado y, legalmente, no lo podía aconsejar.

Tragué saliva con dificultad bajo la mirada de Allison, quien me observaba como si hubiera perdido la razón. Tuve que apartar la vista de sus labios para evitar que se diera cuenta.

—No creo que esto vaya a...

Un fuerte pitido nos interrumpió. Ella miró su teléfono:

—Vaya, es mi asistente, tengo que contestar. Nunca llama si no es importante.

—Claro, no hay problema.

Se llevó el teléfono a la oreja:

—¿Cómo que ya están esperándome? La reunión empieza dentro de quince minutos. —Suspiró—. Vale, ahora mismo voy. Sí, ya estoy aquí, he bajado a tomarme un café. —Escuchó y luego respondió—: Vale, sí. Claro.

Después de colgar, frunció los labios:

—Me tengo que ir. Quieren empezar la reunión antes.

—No te preocupes.

—¿Quieres pasar por casa esta noche?

¿Eso significaba que lo estaba considerando?

Le dediqué una sonrisa:

—¿Noche de pizza?

Ella se rió:

—¿Por qué no? El lunes es el peor día de la semana y sería genial darse un gusto para hacerlo más llevadero.

Guardé esa información en mi cerebro por si más adelante la necesitaba.

Allison se puso de pie abruptamente, y tuve que ahogar un gruñido. Dios, qué sexy era. ¿Cómo lograban concentrarse sus compañeros con ella cerca? De pie, tenía una vista aún mejor de sus

piernas. Se me vino la imagen de ella recostada sobre esa misma mesa, con el vestido subido hasta la cintura y yo haciéndola mía.

—Nick, ¿estás bien? Pareces que te has quedado pillado.

No, estoy perdido en una fantasía. La forma en que pronunció mi nombre no hizo más que avivarla.

—Ve a tu reunión, nos vemos esta noche.

Ella se rió, y noté un atisbo de nerviosismo.

—Siento mucho que hayas venido hasta aquí para solo quince minutos. Te juro que se suponía que iba a ser media hora.

—Vaya, conque media hora ¿eh? Me haces sentir muy importante —bromeé, y me levanté. Si tenía esas piernas delante de mis ojos un minuto más, perdería la compostura.

La observé atentamente mientras atravesaba la puerta de cristal hacia el vestíbulo de mármol. Puede que mi propuesta fuese una locura total, pero estaba seguro de que ella lo estaba considerando. Después de la conmoción y la incredulidad iniciales, no creía que la hubiera descartado del todo.

Mi pulso se aceleró. Siempre había seguido mis instintos y actuado de manera espontánea, pero esto era algo completamente diferente. Sin embargo, no me arrepentía de haberle dicho lo que pensaba. Para nada. Ella estaba dispuesta a luchar por sus sobrinos y quería ayudarla en todo lo que estuviese a mi alcance.

Otra imagen apareció en mi mente: los dos juntos en la cafetería completamente vacía. Esa vez, la tomaba en mis brazos, le ordenaba que me rodease con las piernas y la empotraba contra la pared más cercana, para hacerla mía de todas las formas posibles.

Capítulo Siete

Allison

—Tus previsiones son acertadas, como siempre —dijo Derek.

Derek era el director general de *M.K. Ledger*, y junto al jefe de marketing llevaban dos horas sentados en mi oficina revisando todos los informes en los que había trabajado cada noche durante la última semana. Mi esfuerzo había dado sus frutos.

Sin embargo, me costaba concentrarme en la reunión porque seguía pensando en lo que me había dicho Nick. Hasta llegué a pensar que quizás se trataba de un sueño.

El jefe de marketing se retiró porque tenía otra reunión, pero Derek se quedó:

—Ahora podemos pasar a otros asuntos —dijo—. Tengo una propuesta para ti.

—Te escucho.

Siempre que me traía una propuesta, se trataba de algo innovador y emocionante, y mi respuesta solía ser un sí rotundo.

—Estoy en negociaciones para adquirir una pequeña empresa. ¿Te gustaría encargarte del proceso de fusión y adquisición?

Comprar una empresa implicaba todo un reto, que se traduciría en un gran logro y una valiosa adición a mi currículum.

—Me encantan las fusiones y adquisiciones —respondí. Eran procesos entretenidos, desafiantes, y consumían mucho tiempo... pero no podía decirlo. *Mierda*.

—Tómate tu tiempo y piénsalo. Puedo enviarte algunos documentos para que tengas un panorama de la situación. Primero tendrás que firmar un acuerdo de confidencialidad.

—Claro, no hay problema.

—Sé que en el pasado lo habrías hecho sin pestañear, pero tus circunstancias han cambiado un poco.

Derek me miró directamente a los ojos. Había sido muy comprensivo cuando sucedió lo de mi hermana y estuve desbordada

por la situación. Incluso llegué un par de veces tarde a trabajar durante el primer mes con los mellizos en casa. Pero una vez que las cosas se estabilizaron, y encontramos una rutina, todo funcionó un poco mejor. Aún así, no quería darle motivos para pensar que no podía hacer bien mi trabajo.

De repente, eso me dio una idea.

—Lo pensaré, pero un proceso de esa magnitud me tomaría mucho tiempo.

—Lo sé.

Ni siquiera lo dudé. Enderecé los hombros y solté:

—Estaría bien recibir una bonificación extra por mi trabajo.

Él sonrió:

—Allison, admiro que no tengas reparos en pedir lo que te mereces. Eres muy hábil para negociar.

Le devolví la sonrisa, aunque mi corazón latía con fuerza. Eso significaría ingresos extra. No era un incremento de sueldo, por supuesto, y duraría lo que el proyecto. Pero las fusiones y adquisiciones podían durar hasta dos años. Con suerte, el juez lo vería como una muestra de que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para proporcionarles a los mellizos una buena vida.

Lo que sea con tal de no casarme con Nick, ¿eh?, dijo una voz en mi interior.

No se me había pasado por la cabeza.

—Envíame el acuerdo de confidencialidad y los documentos, y te daré una respuesta lo antes posible.

—Y yo pensaré en tu petición.

Sabía que no iba a conseguir que aceptara una bonificación a la primera. Mi jefe y yo trabajábamos muy bien juntos, sin embargo, pedirle un aumento era como hablarle a la pared. Me frustraba muchísimo que me dijera que no había presupuesto para aumentos, especialmente cuando la empresa estaba logrando ganancias récord.

Se había marchado de mi oficina y yo, para estirar las piernas y relajarme un poco, me puse de pie. Giré los tobillos para activar la circulación, ya que se habían entumecido en las últimas dos horas. La mayoría de mis compañeros se quitaban los zapatos mientras estaban sentados en sus escritorios, pero me negaba a hacerlo. En

verano, los pies se me hinchaban tanto que, a veces, me costaba volver a ponerme los zapatos.

Ahora que estaba sola en mi oficina y la adrenalina había desaparecido, empecé a repasar la conversación de esa mañana con Nick. Hasta ese momento la había relegado a un segundo plano, pero resurgió de repente, ocupando mi atención por completo.

"Podríamos casarnos" resonó con claridad en mi mente.

Dios mío. Necesitaba sentarme de nuevo.

Me dejé caer en la silla, cogí mi vaso de agua con gas y dos rodajas de limón, y di un buen trago.

No podía asimilar sus palabras y eso solo aumentaba mi ansiedad.

Tengo mucho trabajo. Más me vale ponerme las pilas, me dije a mí misma.

Pero ¿cómo iba a hacerlo si no podía pensar en otra cosa?

Saqué mi teléfono para enviarle un mensaje, aunque mi bandeja de entrada estaba a punto de explotar. Necesitaba volver a comprobarlo. Me sentí un poco tonta al escribirlo, pero lo envié antes de poder cambiar de opinión.

Allison: ¿Nos hemos visto esta mañana o lo he soñado?

Dejé el teléfono con la intención de revisar mi primer correo electrónico pero él me respondió de inmediato.

Nick: Sí, nos vimos.

Luego me envió otro.

Nick: Sé que es una locura.

Allison: Totalmente.

Nick: Bueno, ¿qué te parece si esta noche llevo una botella de vino blanco además de la pizza? La conversación lo requiere.

Eso me hizo sonreír.

Allison: Claro.

Nick: No creo que llegue antes de que hayas acostado a los mellizos. Tengo una reunión hasta tarde.

Allison: No hay problema.

Nick: ¿Hay algo que pueda hacer que un lunes de mierda sea un poco mejor?

Sin duda, podría ser un buen marido.

¿De dónde demonios había salido ese pensamiento? Estaba convencida de que se debía a la conversación de esa mañana; sin embargo, nadie antes se había interesado en preguntar cuál era mi vino favorito, o algo parecido.

Allison: Chocolate.

Ya que lo ha preguntado...

Nick: Dalo por hecho.

Me quedé mirando la pantalla embobada. Sí, tenía muchas ganas de ver a Nick. Muchas más de las que estaba dispuesta a admitir.

***

A las ocho en punto, los niños se quedaron dormidos. Me quedé unos minutos mirándolos desde la puerta de la habitación, hasta que mi estómago empezó a rugir.

Los dos habían cenado, pero estaba esperando a que llegara la pizza. Por lo general, cenaba después que ellos. Me resultaba más fácil.

Nick debía llegar en media hora, así que tenía tiempo para cambiarme. Me metí en la ducha y me lavé rápidamente el pelo. Como hacía una noche preciosa, me limité a desenredarme pero no utilicé el secador.

Me puse un vestido veraniego, mucho más cómodo que el traje que llevaba en la oficina, me eché perfume sin motivo alguno y decidí que también me vendría bien un poco de rímel. No entendía por qué me esforzaba tanto, ya eran las ocho y media de la noche y no tenía planes de salir; simplemente no quise detenerme a analizarlo.

Cuando terminé, bajé las escaleras. Una sombra se proyectaba en la ventana del jardín trasero; era Nick, que ya había llegado. Abrí la puerta de inmediato.

—¡Hola! —saludé.

—¡Ey! —Me dedicó una ligera sonrisa—. No me di cuenta de que...

—Había cerrado con llave —terminé por él—. Sí. Lo siento.

—¿Quieres que nos sentemos fuera? —preguntó.

Miré la botella de vino y las pizzas:

—Claro. Voy a buscar copas y platos. Ahora vuelvo.

Nick nos visitaba a menudo desde la muerte de mi hermana, así que no era la primera vez que me fijaba en lo atractivo que era. Joder, si cuando Jim me lo presentó, por poco se me cayó la baba. Pero siempre puse el foco en mi carrera profesional. Y desde entonces, lo veía como un amigo que intentaba ayudarme porque los niños eran los hijos de su mejor amigo.

¿Y ahora qué está pasando?

Dios mío, pensé y contuve el aliento.

Los ojos de Nick estaban fijos en mí. Sentí un vuelco en el estómago mientras volvía a entrar en la casa. Cogí dos copas y dos platos y volví a toda velocidad. Nick estaba apoyado en la mesa, y ya había abierto las cajas y la botella de vino. Fue entonces cuando vi una bolsa más pequeña.

Me humedecí los labios:

—¿Es chocolate?

—Sí. Tus deseos son órdenes para mí. Y no lo digo para hacerte la pelota y que aceptes ser mi esposa. —Sus palabras me cortaron la respiración, y tuve que exhalar profundamente.

—Nick... —murmuré mientras me acercaba.

Encontré un punto en su pecho en el que fijar la vista, porque era imposible mirarle a los ojos. Luego me centré en sus brazos: su camiseta ajustada revelaba cada músculo con claridad.

Menos mal que quería distraerme. Al final, mirarle a los ojos *era* la opción más segura, así que volví a levantar la vista.

—Entiendo que es todo muy precipitado... pero iremos poco a poco —dijo con una sonrisa.

¿Cómo podía estar tan tranquilo?

—Claro —respondí y tragué saliva.

—Y quizá una copa de vino ayude.

—Pero primero pizza, por favor.

Le di un bocado a un trozo antes de que Nick llegara a coger uno.

—¿Qué? —pregunté, al ver que me miraba con una sonrisa.

—Ni siquiera has preguntado cuál es tu pizza —dijo entre risas.

—Oh, di por hecho que era esta.

—Es broma, Allison. Me gustan las dos y podemos compartirlas.

Sonreí, pero rápidamente comí otro bocado porque me moría de hambre.

Tras zamparme el primer trozo, fui a por el segundo, pero no logré calmar los nervios. También bebí unos sorbos de vino para ver si me relajaba, y tampoco tuve éxito. Oír la palabra "esposa" de su boca lo hizo más real.

Dejé la copa, otra vez sin saber dónde posar la mirada. Me resultaba extraño no mirarlo a la cara, pero supe que era más vulnerable que nunca a esos hipnotizantes ojos oscuros.

—¿Has podido pensar en lo que te dije esta mañana? —preguntó Nick.

—Sinceramente, he tenido un día muy ajetreado. Pero cada vez que lo consideraba, me parecía aún más descabellado que cuando me lo sugeriste. —Hablaba casi en susurros, pese a que nadie podía oírnos.

—Lo sé. De hecho, me pasé una semana entera rumiando esa idea antes de hablarlo contigo. —Sus ojos estaban fijos en mí, casi como si estuviera esperando una reacción.

—Por un lado, no puedo ni siquiera empezar a considerarlo seriamente —admití—. Hay muchas posibilidades de que todo acabe mal. Pero, por otro, Bob y Sophie no quieren dar el brazo a torcer. No tengo tiempo para sentarme a esperar una solución mágica. Hugo dijo que no se le ocurría otra alternativa. A ver... tampoco es la panacea, pero incrementa mis posibilidades de mantener la custodia. —El corazón me latía con fuerza—. Aún no puedo asimilar que pueda perder a los niños... que alguien quiera quitármelos. —Se me quebró la voz. Hasta ese momento, no me había atrevido a expresar ese temor.

—Eso no debería pasar, Allison. Has estado con ellos desde que nacieron; te adoran, y ahora eres su pilar fundamental. Los padres de Jim deberían darse cuenta de que un cambio tan radical en la vida de los niños podría repercutir de forma negativa. De hecho, si

realmente se preocupan por sus nietos, no deberían tomar una medida así.

Nick se acercó y me tomó el rostro entre las manos. Su tacto era reconfortante.

—No quiero que te alejen de ellos. Joder, yo también me he encariñado y no quiero que se vayan al quinto pino. Aquí tienen estabilidad, y juntos podemos mejorar sus vidas aún más. Pero tiene que ser justo para ti también.

Qué palabras más bonitas y amables. Nunca había visto esa faceta de Nick, solo su belleza exterior.

—¿Quieres chocolate? —preguntó en tono divertido. Lo que, por supuesto, me distrajo inmediatamente.

—No, gracias. Primero la pizza y después el chocolate, para saborearlo como es debido.

—Tomo nota. —Frunció el ceño y añadió—: No perderás a tus sobrinos, Allison. Decidas lo que decidas, haré lo que sea necesario para asegurarme de que eso no suceda. —En ese momento su tono no era divertido. De hecho, nunca lo había oído hablar con tanta vehemencia.

—Ya veo... si hasta estás dispuesto a casarte conmigo —bromeé.

—Joder, sí. —Bajó la mano y dio un paso atrás.

—Lo siento, es que... no me lo creo. —Di otro sorbo al vino y recuperé la voz—. ¿Y cómo sería? ¿Por cuánto tiempo?

—Tendríamos que preguntárselo a Hugo —respondió Nick en tono mesurado. También dio un sorbo a su copa sin apartar la mirada de mí—. En cuanto a las cuestiones prácticas, tendremos tiempo suficiente para organizar todo. Yo podría mudarme aquí o podríais veniros a mi casa, que es bastante grande. Los mellizos podrían tener cada uno su propia habitación si quisieran. O dormir juntos y tener una sala de juegos independiente.

Sentí una oleada de calor, y no era por el vino. Había pensado en hacer una sala de juegos para los niños. *¿Se puede ser más adorable?*

—Quizá lo mejor sea que nos quedemos aquí —respondí—, para que no tengan que pasar por otra mudanza. Pero no tengo una habitación libre para ti.

¿Era un rubor lo que se extendía por mis mejillas? Las sentía muy calientes.

Nick esbozó una sonrisa:

—Ya lo veremos llegado el momento. —Sonaba un poco presumido, casi como si tuviera información privilegiada.

¿Cómo sería tenerlo en mi casa todas las noches?

—Yo podría dormir en la habitación con los niños. Pero no sé qué le diríamos a nuestros amigos y familiares... Dios, esto es... —Dejé mi copa sobre la mesa—. Hora del chocolate.

—Pero aún no has terminado la pizza.

—Lo sé. Pero necesito una dosis de azúcar.

Nick se rió y sacó un chocolate negro con pasas, la combinación perfecta. Me comí cuatro trozos del tirón, masticando con cuidado. *Delicioso*.

—Bien. Ahora puedo pensar con más claridad.

—Qué graciosa eres —dijo Nick entre risas.

Le sonreí:

—Soy la CEO financiera de una gran empresa, por ende, soy una persona muy pragmática y lógica. Pero esto no tiene lógica alguna. Bueno... sí la tiene, pero ya sabes a qué me refiero. —Mi corazón latía a toda velocidad—. No creo que vaya a colar lo del matrimonio viviendo en casas separadas.

—Podríamos preguntarle a Hugo. No le des más vueltas, ¿vale? Quizá nos diga que tener domicilios diferentes no tiene ninguna importancia. Aunque no lo creo.

—Yo tampoco, pero ya veremos. —Me mordí el interior de la mejilla—. Primero hablemos con Hugo para saber que no estamos haciendo algo ilegal, ¿vale? Y qué pasaría si se enteran que es un matrimonio de conveniencia, y si eso jugaría en mi contra.

—Allison —susurró—. Relájate. No era mi intención provocarte más estrés.

—No sé por qué de repente estoy tan alterada —le confié, y empecé a relajar los hombros. No servía de nada.

Me masajeé la nuca con una mano.

—¿Te duele el cuello? —preguntó.

—Un poco. Cada vez que estoy nerviosa, toda la tensión se acumula en mi cuello.

Nick llevó su mano derecha a mi nuca, y cuando hizo presión con los dedos, su contacto fue como una corriente eléctrica. Quité mi mano y él presionó ese mismo punto.

—Oh... —murmuré, cerrando los ojos—. Qué maravilla.

—Es un punto gatillo.

Respiré hondo. No podía creer lo bien que me sentaba su masaje. Quería más... en todas partes, no solo donde sentía dolor. Era una sensación...

Dios mío. Abrí los ojos de golpe. *¿Se me ha escapado un gemido o estoy alucinando?*

Nick respiró hondo.

Mierda. Sí, se me ha escapado un gemido.

Empecé a toser, esperando que eso lo disimulara un poco. Nick echó la silla hacia atrás y bajó la mano.

Tengo que pensar en algo urgente para desviar la atención. ¡Y distraerlo como sea!

—¿Cómo aprendiste a dar masajes en los puntos gatillo? —pregunté, tratando de mantener un tono indiferente, como si realmente me interesara y no estuviera tratando de ocultar cuánto me había excitado—. Creí que te encargabas de gestionar el negocio.

—Me suelo apuntar a los cursos y capacitaciones que les proporciono a mis entrenadores. Me gusta ver si el contenido es de calidad y aprender nuevas técnicas.

—Muy inteligente de tu parte. Gracias, me has aliviado mucho el cuello.

—De nada. —Una vez más, su voz sonó diferente, más ronca. —Tengo una idea: llamaré a Hugo y le pediré si puede recibirnos a primera hora de la mañana.

—¿Crees que estará disponible?

—Si vamos muy temprano, sí.

Me mordí el interior de la mejilla:

—Es una idea estupenda, porque si dejo pasar más tiempo, voy a volverme loca. Le pediré a Doreen si puede llevar a los niños a la

guardería. Ya lo ha hecho un par de veces que tuve que entrar muy temprano a la oficina.

—Perfecto. ¿Qué tal si ahora nos relajamos y disfrutamos del resto de la pizza y el chocolate? En el orden que quieras —añadió, con una sonrisa pícara—, y no hablamos más de esto.

—Podemos intentarlo, pero no estoy segura.

—Entonces hagamos un trato: cada vez que alguien saque el tema...

—¿Tiene que hacer algo disparatado? —adiviné.

Él sonrió:

—Me has leído el pensamiento. ¿Ves? No te preocupes, todo saldrá bien.

Capítulo Ocho

Nick

A las siete y media del día siguiente, estábamos en la oficina de Hugo. Lo llamé después de salir de casa de Allison y accedió a recibirnos antes de reunirse con su primer cliente del día. Me preguntó de qué se trataba y se quedó muy sorprendido cuando le conté lo que estábamos pensando hacer.

Nos recibió en la puerta:

—Buenos días, pasad. Allison, me alegro de conocerte por fin en persona.

—Igualmente —dijo ella, estrechándole la mano. Llevaba un traje ceñido y mi imaginación se estaba disparando.

Hugo nos invitó a sentarnos. Nunca había estado allí antes, la oficina se encontraba en un edificio de ladrillos rojos en el centro de la ciudad. Su despacho era espacioso y tenía un aspecto muy profesional, con estanterías por todas partes.

—¿Os apetece un café? —nos ofreció—. Ahora tengo una máquina de *espresso*.

—Prefiero que vayamos directo al grano —dije—. Tenemos poco tiempo.

—De acuerdo.

Cuando tomamos asiento, Hugo empezó:

—Tengo que deciros que me quedé impactado cuando Nick me contó lo que estáis planteando hacer.

—¿Entonces crees que es una mala idea? —preguntó Allison.

Me giré hacia ella. Estaba sentada en el borde del asiento, jugueteando con los pulgares.

—No, es solo que no me lo esperaba. Te di ese consejo pensando en que quizás ya estabas en una relación formal. Entonces habría sido una solución simple y conservadora, que por lo general, suele ser lo más atinado. Las demás opciones conllevan demasiados riesgos.

Allison me miró y yo asentí:

—Pregúntale todo lo que quieras.

—Sí, no te cortes —dijo Hugo—. Estoy aquí para escuchar tus dudas y aconsejarte legalmente.

—¿Qué pasa si todo se va al garete? ¿Si alguien descubre que no es un matrimonio auténtico? —preguntó ella.

Hugo se encogió de hombros:

—Como en cualquier matrimonio, las cosas pueden funcionar o no. Más de la mitad terminan en divorcio. Si eso ocurriera después de que se calmara la batalla por la custodia, nadie podría echártelo en cara, y no afectaría a la custodia de los niños. —Dudó un momento—. Los abuelos podrían volver a presentar una demanda contra ti. Pero, según mi experiencia, una vez que un juez concede la custodia a una persona específica, no suele revocarla.

—Eso me lleva a mi siguiente pregunta —dijo Allison—. ¿Cuánto tiempo tendríamos que permanecer casados?

Hugo apoyó las manos sobre la mesa:

—No puedo darte una respuesta exacta, pero depende de cuánto dure el litigio por la custodia. Podrían ser unos meses, un año, quizá dos. Puedo dejar redactados los papeles del divorcio para tenerlos listos, de modo que en cuanto consigas la tenencia, lo pongamos en marcha.

Allison bajó la mirada:

—¿Y tenemos que vivir juntos?

Miré a Hugo, esperando su reacción.

Él asintió:

—Sería lo suyo. Es difícil demostrar estabilidad familiar y económica si vivís en casas separadas. Podría funcionar, pero no lo aconsejo.

Me volví hacia ella y le dije:

—Allison, podemos resolver eso. No es un obstáculo insuperable.

—¿Qué más queréis saber? —preguntó Hugo.

Allison se rió, mirando al suelo:

—Lo siento. No puedo dejar de pensar en lo absurdo de toda esta situación. —Me miró—. Y que Nick esté dispuesto a hacerlo.

Hugo me miró fijamente y supe lo que estaba pensando. ¿Por qué *coño* me estaba metiendo en semejante lío? Éramos amigos desde hacía mucho tiempo, pero no tenía la suficiente confianza como para decírmelo. Cuando lo llamé para organizar la reunión de esa mañana, me di cuenta de que se moría por preguntármelo... al igual que ahora.

—Por si os sirve de algo —añadió—, la gente se casa por motivos aún peores. Es loable que queráis hacerlo por el bien de los niños y salvaguardar sus intereses. Os sugiero que firméis un acuerdo prenupcial para que no haya problemas *a posteriori*. Llegado el caso, el divorcio sería una simple formalidad.

—Está bien —murmuró Allison—. ¿Crees que servirá? ¿Tienes la certeza de que esta jugada hará que mantenga la custodia?

—Sin duda, aumenta tus posibilidades. Dejarías de ser familia monoparental de un único ingreso, y los niños se beneficiarían de una figura paterna. Que conozcas a Nick desde hace años lo hace bastante creíble. Aún tenemos tiempo para decidir cómo vamos a planteárselo al juez, si vais a decir que estáis juntos desde que os conocísteis, por ejemplo.

—Eso nos llevaría a la boda de Nora y Jim —respondí.

Allison negó con la cabeza:

—No creo que cuele. Fue hace siete años, y apenas nos vimos un par de veces en fiestas de cumpleaños. Y durante todo ese tiempo, lógicamente, hemos salido con otras personas.

—Entonces, podemos decir que os volvisteis a encontrar tras la tragedia, y que una cosa llevó a la otra —dijo Hugo en un tono muy pragmático. Allison hizo una mueca. A mí tampoco me gustaba—. Claro que solo han pasado cuatro meses. Pero en la actualidad que vivimos, las cosas suceden muy deprisa. Y la dramática situación que os tocó vivir hizo que os uniérais mucho, dando paso a una relación romántica.

Allison finalmente lo miró:

—¿Estás seguro de que esto no traerá otras consecuencias? ¿Que no tengo otra forma de mantener la custodia?

—Está la posibilidad de ir contra los suegros de tu hermana, responder a su demanda con argumentos que los dejen muy mal

parados, y las cosas podrían ponerse feas —admitió Hugo.

—Sí, ese sería el último recurso —dijo ella, con voz angustiada.

Odiaba el estrés que todo el asunto le generaba. Cuanto más hablábamos de la opción del matrimonio, más claro veía lo mucho que ayudaría a mantener la custodia, y hacerle la vida más fácil. Y en honor a la verdad, a mí no me suponía ningún sacrificio. Viviría con una mujer preciosa y pasaría el rato con los mejores niños del mundo. Estaba dispuesto a hacerlo durante un tiempo.

—Las batallas por la custodia pueden ser muy denigrantes —respondió Hugo—. Por eso no aconsejo optar por esa vía. —Miró su reloj—. Lo siento, tengo que asistir a una reunión por Zoom.

—Sí, claro —dijo Allison—. Muchas gracias por recibirnos tan temprano.

En cuanto salimos del edificio, Allison suspiró y se llevó una mano a la sien.

—¿Quieres un café? —pregunté.

Aunque estaba cabizbaja, al ver que sus labios esbozaban una sonrisa, lo sentí como una victoria personal.

—No es mala idea. Hoy salí de casa sin beberme un café.

—¿A qué hora tienes que estar en el trabajo?

—Aún tengo un rato.

Le puse una mano en la espalda mientras la acompañaba al Starbucks que había al final de la calle.

Aunque era temprano, ya hacía calor. No sabía por qué me molestaba en llevar traje en pleno verano. Quedaba bien, pero me estaba asando.

Me quité la chaqueta y me remangué hasta los codos. Vi que Allison me miraba. Cuando se dio cuenta de que la estaba observando, apartó la vista inmediatamente. Volví a sentirme victorioso sin motivo aparente.

El Starbucks estaba casi vacío, así que después de pedir los cafés, sugerí:

—¿Quieres que nos sentemos?

—Claro, vamos a uno de esos sofás. Parecen muy cómodos —dijo.

Eligió el más alejado de la puerta y me senté a su lado. El sofá era grande, pero quería estar cerca de ella. En la oficina de Hugo, apenas pude resistir la tentación de acercar mi silla a la suya.

—Hemos hecho bien en venir a hablar con Hugo. Para estar más tranquilos.

Allison se encogió de hombros:

—Tengo las cosas un poco más claras, pero no estoy más tranquila.

—Te entiendo.

—¿De verdad? Tú estás tan tranquilo que parece que no te preocupara lo más mínimo.

—Es una apuesta grande, y sin duda, una locura total. Pero creo que merece la pena. Y una de mis reglas de oro es que, si algo merece la pena, voy adelante con ello. No importa lo complicado o difícil que pueda resultar en el futuro.

—Es una forma fantástica de ver la vida. Yo soy igual, en realidad, pero esto es tan... ya sabes, tan arriesgado que... —Cruzó las piernas y dio un sorbo a su café. La falda se le subió unos centímetros.

Cerré los ojos y aparté la mirada. Las imágenes en mi mente cobraban vida propia. *¿Qué demonios me está pasando?* Abrí los ojos, cogí la taza de la mesa que teníamos delante y le di un sorbo.

Desde que conocí a Allison en la boda de Jim, supe que era una mujer increíblemente atractiva. Sin embargo, también fui consciente de que ella merecía a alguien que buscara una relación seria y estuviera dispuesto a comprometerse.

El destino era realmente curioso. ¿Quién iba a imaginar que años más tarde la llevaría en brazos al umbral de una casa con una familia ya formada para ser su "marido" y "padre" de los niños?

Vaya. Ese pensamiento me hizo respirar hondo. Aunque fuese una pantomima, de repente se volvió real.

—¿Qué les diremos a nuestros padres y amigos? —preguntó, sacándome de mis pensamientos.

Buena pregunta.

—Lo que nos haga sentir cómodos. Si les decimos la verdad, nadie nos juzgará, al menos por mi parte. Pero no pueden cometer

ningún desliz y delatar nuestro acuerdo, o todo se irá al traste. Tendré que pensarlo. ¿Y tus padres?

—Mis padres son muy comprensivos y lo entenderán —respondí con tono afectuoso—. Estos últimos meses han sido muy duros para ellos.

—Me lo imagino. Perder a un hijo debe de ser lo peor del mundo —dije, y pensé en todo lo que su familia había tenido que sufrir en los últimos meses.

Allison hizo una mueca de dolor:

—No hablemos de eso o me pondré a llorar.

—Perdona. ¿Qué más te preocupa?

—Que tengamos que vivir juntos.

—Haremos lo que haya que hacer. Puedo dormir en el sofá todo el tiempo que sea necesario. No me importa.

—Nick, mi sofá es muy pequeño. Ni siquiera puedes tumbarte sin dejar los pies fuera.

Me incliné hacia ella y entrecerré los ojos:

—Compraremos un sofá nuevo.

Ella se rió:

—Claro, no había pensado en eso. Supongo que podríamos comprar uno plegable y turnarnos. Y... —Se detuvo de repente y se quedó mirando su taza.

—¿Qué pasa?

Mientras sorbía mi café, noté que sus mejillas se habían sonrojado. ¿A qué se debía ese rubor?

La mera posibilidad de que sus pensamientos estuvieran tan descontrolados como los míos me excitaba aún más. Allison me atraía de tal manera que me impedía pensar con lucidez. ¿Cómo pude siquiera considerar la posibilidad de vivir con ella?

—Durante ese tiempo... ¿haremos voto de castidad? —preguntó vacilante—. ¿O podemos salir con otras personas?

—¡Joder! —exclamé.

—Por fin te asustas por algo. Pensaba que yo era la única rara —dijo entre risas.

Me eché a reír:

—No había pensado en eso. Ya lo veremos... supongo.

Ella arqueó una ceja:

—Es un aspecto importante, no creo que se pueda improvisar sobre la marcha.

—Es que las dos opciones son una cagada —dije con franqueza —. Quizá deberíamos pensar en otra cosa.

—¿Como qué?

—Ni idea. Por eso digo que ya lo veremos.

Cuanto más lo pensaba, más inaceptables me parecían ambas opciones. No podía tolerar la idea de que Allison saliera con un tío. Pero el voto de castidad era lisa y llanamente insostenible. Poco a poco, empecé a darme cuenta de que no había otras opciones.

—Siento que estás entrando en pánico —dijo Allison, y me dio un golpecito con el hombro.

Pero calculó mal el ángulo, y sentí claramente el roce de su su pecho contra el mío. Se le cortó la respiración y, tras un leve jadeo, levantó la mirada.

Tragué saliva con dificultad e incliné la cabeza para mirarla. Estaba tan cerca que podía oler el café en sus labios. Esos labios perfectos y tentadores.

—Le buscaremos la vuelta. —Mi voz era tan ronca que apenas pude entender lo que estaba diciendo—. Lo importante es que los niños se queden contigo.

—Ahora que lo pienso, ¿qué les diremos a ellos? —susurró.

Su pecho seguía subiendo y bajando con respiraciones entrecortadas. Era evidente que mi proximidad la estaba afectando, y eso alimentaba mi ego.

No puedo ser tan cabrón. Mientras le decía que podía contar conmigo, que estaba dispuesto a casarme con ella para que pudiera obtener la custodia de los mellizos, fantaseaba con llevármela a la cama y disfrutaba de que se pusiera colorada.

—Puede que todo esto los confunda bastante —concluyó.

—Sí, es innegable. La verdad es que es una mierda que estemos obligados a vivir juntos para fingir el matrimonio. Yo, que de niño experimenté una situación familiar complicada, lo sé perfectamente.

Su expresión se suavizó:

—Estarán encantados de tenerte en casa: todos los días preguntan cuándo vendrás. Les resultará muy fácil aceptarte y tenerte como figura paterna, el tema es si tú estás preparado para eso.

—¡Claro que sí! Adoro a esos niños. Y después del divorcio, me aseguraré de seguir formando parte de sus vidas. Voy a consentirlos hasta el infinito y más allá —prometí.

—Pues somos dos. Ya los consentía cuando mi hermana vivía y era solamente su tía. Y ahora que estoy a cargo de ellos, mucho más.

—¿Y qué? Se puede mimar a los niños sin que se conviertan en unos malcriados.

—Es verdad. —Parecía que Allison necesitaba más argumentos.

—Eso es lo que hicieron mis abuelos. Éramos un poco más mayores que los mellizos cuando los conocimos, y la situación era diferente, pero lo equilibraron muy bien.

Hubo una pausa y luego Allison preguntó:

—¿Cómo crees que se lo tomarían tus abuelos?

Se alejó un poco, otra señal de que mi cercanía le afectaba.

—Son personas muy comprensivas, pero no soportan el engaño.

—Has dado con la palabra clave para describir esto —dijo con tono de disgusto.

—No tengo ninguna duda de que nos apoyarán, independientemente de si les parece bien o mal. Pero no quiero mentirles.

—Me alegro de que puedas contar con el apoyo de tu familia.

Exhalé profundamente:

—Es curioso, pero no siempre hemos estado tan unidos. Durante mucho tiempo, hubo dos bandos: mis hermanos y yo, y mis cinco medio hermanos. Los dos mayores pasaban olímpicamente de nosotros, como si no existiéramos, pero no les guardo rencor. Eran bastante mayores cuando se enteraron de la infidelidad de nuestro padre, y recuerdan cada detalle, así como el enorme daño que le provocó a su madre.

—Oh —susurró Allison—. ¿Y como está ella ahora?

—Por desgracia, enfermó y falleció poco después.

Ella hizo una mueca de dolor:

—Qué terrible. Pobres chicos.

—Exacto.

—Me da apuro preguntártelo, pero... ¿cómo está tu madre?

Sonreí:

—A decir verdad, disfrutando de la vida al máximo. Viaja por todo el mundo, da clases de yoga y pilates de vez en cuando. Mis hermanos y yo nos encargamos de que no le falte nada, pero ella insiste en tener sus propios ingresos.

—Sois unos buenos hijos.

—Intentamos serlo. Nuestra madre merece todo lo mejor. Nunca lo tuvo fácil, incluso antes de que se descubriera el engaño. De hecho, creo que antes era aún peor porque le costaba mucho hacer frente a todos los gastos familiares.

—¿Qué quieres decir? ¿Tu padre no le pasaba dinero?

Negué con la cabeza:

—Muy poco. Le decía que su padre, nuestro abuelo, que controlaba las finanzas de la empresa, le había cerrado el grifo. Y mi madre tenía dos trabajos para llegar a fin de mes. —Sus propios padres habían cortado la relación con ella porque no aprobaban que tuviera hijos sin estar casada.

—Pero tu padre es un *Whitley*. —La forma en que pronunció nuestro apellido me produjo incomodidad. Sin duda, el legado tenía sus pros y sus contras.

—Sí, por desgracia —dije, con los dientes apretados—. Ahora vive en Australia, y no tenemos mucho trato con él, gracias a Dios. Cuando mencionaste por primera vez que estabas dispuesta a hacer lo que fuera para mantener la custodia de los niños, me puse a pensar en mis propios padres... en toda la situación. En cómo mi padre se quitó del medio y no mostró el más mínimo interés por sus hijos después del escándalo. En cómo se marchó sin más.

—Oh, Nick.

No tenía ni idea de por qué había sacado el tema. Ella no tenía por qué saber esos pormenores. Fue hace mucho tiempo.

—¿Así que creciste sin él? —preguntó ella.

—Sí. Echando la mirada atrás, probablemente fue lo mejor. Se respiraba un aire muy tenso entre mis hermanos, incluso cuando él ya no estaba. Y de niño, fue traumático sentirse poco querido, poco importante, y abandonado.

Sus hombros se hundieron:

—Debe ser terrible crecer con ese estigma.

—Nos aseguraremos de que los mellizos nunca tengan que pasar por algo así —intenté reconfortarla, y decidí dejar de hablar de temas negativos.

¿Qué me pasaba? Rara vez hablaba del pasado. No tenía sentido y no afectaba al presente en absoluto.

Allison sonrió de oreja a oreja:

—Esto es una locura. No podemos pensar en todos los escenarios posibles y prever lo que puede salir mal. Pero, por primera vez desde que recibí el correo electrónico reclamando la custodia, me siento esperanzada. Y debería decirles que estamos...

—Comprometidos. —La palabra me sonaba completamente extraña—. Deberías decírselo, sin duda. —Me moví en el sofá para poder inclinarme más hacia ella. Puse una mano en el respaldo y acerqué la boca a su oído—. Te lo prometo, Allison, lo conseguiremos.

—¡Pero qué confiado eres! —dijo con humor, lo cual era una buena señal.

La vi tan nerviosa en la oficina de Hugo que no sabía si conseguiría tranquilizarse en algún momento.

Al instante, le dediqué una sonrisa:

—Siempre. Es el secreto de mi éxito.

—¿Cuál?

—Confiar ciegamente en mi capacidad para lograr mis objetivos. Me ha funcionado muy bien y estoy seguro de que lo podemos aplicar a este caso.

—Nick, no es un acuerdo de negocios.

—No, es mucho más que eso. Pero lo conseguiremos, Allison —repetí—. Tú y yo. Todo saldrá bien.

Capítulo Nueve

Allison

Durante los días siguientes, estuve bastante aturdida. Aunque Nick y yo habíamos acordado seguir adelante con nuestra descabellada idea, me sentía estancada. El martes por la mañana, reuní el valor y envié un correo electrónico a los padres de Jim. Tardé más de media hora en redactarlo y acabé borrando la mitad. Al final, mi correo electrónico fue breve y conciso:

Hola. He estado muy ocupada, como podréis imaginar, y no he tenido tiempo de responder a vuestro correo electrónico. Creo que deberíamos hablarlo en persona. Por cierto, tengo noticias. Me acabo de comprometer.

Eso fue todo. No quería dar más detalles. Seguro que me preguntarían más tarde, pero de momento, era suficiente.

Pulsé "Enviar" antes de perder más tiempo con ese correo. Era una mierda de todos modos.

Me quedé mirando la pantalla durante unos segundos y decidí informarle a Nick que ya había notificado oficialmente a terceros.

Allison: Listo. Les he dicho a los padres de Jim que estoy comprometida.

Nick: Genial. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Su positividad era admirable. No se lo había dicho, pero agradecía que al menos uno de los dos mantuviera la calma.

Comencé a teclear pero justo me llegó un correo a la bandeja de entrada.

Joder. Los padres de Jim ya han contestado.

¿Cómo que comprometida? Ni siquiera sabíamos que tenías novio. Vamos a Boston este fin de semana y queremos conocerlo.

A medida que asimilaba las palabras, me costaba respirar. Me puse una mano en el pecho, para intentar calmarme. Estaba acostumbrada a trabajar bajo presión, de hecho, me resultaba muy

estimulante, y era uno de los motivos por los que había elegido las finanzas. Pero esto era completamente diferente.

Soy la directora financiera de una gran empresa, y he gestionado situaciones de crisis, ¡joder! Puedo lidiar con que los padres de Jim vengan un fin de semana a conocer a mi supuesto prometido.

¿En qué estaba pensando? Era una idea pésima. Ni siquiera sabía si Nick estaría disponible el fin de semana, o si ya tenía planes.

Estuve a punto de decirles que quién se pensaban que eran y que el mundo no giraba a su alrededor, pero me detuve al recordar el consejo de Hugo: evitar las discusiones lo máximo posible. Decidí consultarlo primero con Nick.

Allison: Ya han respondido. Quieren venir a conocerte este fin de semana. ¿Estás libre? Si no, los mando a paseo.

Escribir esa palabrota me sentó de maravilla.

Nick: Me haré un hueco. No te preocupes.

¿Así sin más? Nick no puede ser más increíble.

Nick: Dime dónde y cuándo, y allí estaré.

Empezaba a darme cuenta de que se estaba convirtiendo en realidad. Intenté imaginar cómo sería. Nick se presentaría como mi prometido, ¿y luego qué? Tendríamos que explicar cómo habíamos iniciado la relación.

Ya empezaba a sentirme abrumada, pero estaba decidida a no perder los nervios, así que les respondí el correo:

Claro. Podemos quedar para comer o cenar. La próxima vez, os agradecería que me avisarais con un poco más de antelación. Este fin de semana estamos disponibles de casualidad.

Ya está. No ha quedado tan mal.

Después de enviarlo, por fin me pude concentrar en el trabajo. La semana pasada había firmado el acuerdo de confidencialidad y Derek me hizo llegar todos los archivos preparatorios para que los revisara. En otras circunstancias, ni lo habría dudado y me habría puesto manos a la obra del tirón. Pero en ese momento tenía mucho que considerar, como cuánto tiempo extra me llevaría y si me compensaba económicamente. Derek aún no había dicho nada al respecto.

Durante el almuerzo, mi mente volvió a la visita de Bob y Sophie. Nick y yo teníamos que aclarar algunos detalles, así que le envié otro mensaje.

Allison: Tenemos que hablar antes del fin de semana. Ellos querrán saber detalles de nuestra relación.

Nick: Ya se nos ocurrirá una historia creíble. Esta semana no tengo tiempo para vernos en persona, lo siento. Estoy de viaje, visitando potenciales locales.

Hice un puchero. *¿Qué? ¿No voy a verlo esta semana?*

Madre mía, ¿pero qué pretendía? Claro que Nick tiene su propia vida.

Nick: Pero podemos hablar por teléfono.

Allison: Estupendo. Quiero que nos preparemos bien para el fin de semana.

Nick: Entonces llámame después de acostar a los niños.

Allison: Será sobre las 8.30 pm.

Nick: Pues tenemos una cita.

Mi pulso se aceleró y, de repente, se me secó la boca y los labios.

Tranquila, es solo una forma de hablar.

Tenía que controlarme porque las cosas solo iban a ponerse más difíciles a partir de ahora. No podía emocionarme cada vez que me tocaba o me miraba de una manera que yo pensaba que era seductora. Porque hasta ahora, Nick *no* había coqueteado conmigo. Estaba segura de que era solo mi imaginación.

Terminé el resto de mis actividades del día con energía, sabiendo que hablaría con Nick esa noche. No era una cita, pero el simple hecho de saber que oiría su voz me hacía sentir mejor.

Por desgracia, esa noche me llevó más tiempo de lo habitual acostar a los mellizos. Al final, no pude llamarlo hasta las nueve. Cuando me atendió, me acomodé en mi rincón favorito del sofá .

—Buenas noches —respondió Nick.

—Siento la espera.

—No te preocupes. —Oí el ruido de unos cubiertos de fondo.

—¿Estás cenando?

—Sí, la he pedido al servicio de habitaciones.

Fruncí el ceño:

—Nick, me siento culpable. ¿No te habrás quedado en la habitación solo porque habíamos quedado en hablar por teléfono?

—No, tranquila. Siempre prefiero cenar en el hotel cuando estoy de viaje.

—¿Estás seguro de que te viene bien charlar ahora?

—Sí. De hecho, ya se me han ocurrido algunas ideas.

—Soy toda oídos. A mí se me dan bien los cálculos, pero mi imaginación es bastante limitada. —Los dos nos reímos, pero él pronto descubriría que era verdad.

—Les diremos a Sophie y Bob que nos hemos visto varias veces a lo largo de los años, en diferentes eventos de Jim y Nora, como barbacoas y cosas así. No hace falta entrar en muchos detalles, pero sí transmitirles la idea de que ya nos conocíamos antes de que ellos fallecieran, que es la verdad.

—Me parece bien.

—Y luego... bueno, perdona por ser tan grosero, pero creo que esto los dejará descolocados y no preguntarán más. Después de que Jim y Nora fallecieran, nos volvimos muy cercanos, y no pude evitar intentar algo contigo porque estás más buena que el pan.

Me reí:

—No me parece un comentario grosero.

—Esa es la versión edulcorada. La original es que desde la primera vez que te vi en tu casa, no he dejado de fantasear con llevarte a la cama porque eres increíblemente sexy, pero pensé que era demasiado atrevido decirlo.

El corazón casi se me sale del pecho. Su relato parecía auténtico, no inventado. Todo mi cuerpo ardía. Tragué saliva con dificultad y poco a poco recuperé la compostura.

—Demasiado indecente para los abuelos, sin duda.

Nick se rió entre dientes:

—Eso pensé. Podemos decir que empezamos a pasar más tiempo juntos, y que os visitaba a menudo. Una cosa llevó a la otra y ahora no podemos vivir separados.

—Suena bastante creíble. No eres ningún extraño, y formas parte de la vida de los niños.

—Exacto. No creo que haya que complicarlo más.

—Cuanto más sencillo sea el relato, más fácil será recordarlo. ¿Elegimos una...? —No me atreví a decirlo.

—¿Una qué? —preguntó Nick.

Esperaba que captara la indirecta, pero estaba claro que no.

—Ya sabes, el día D.

—No había pensado en eso.

—Y qué tipo de ceremonia queremos.

—Joder, no había pensado en eso en absoluto.

—Puedo encargarme de organizar algunas cosas. Nos casaremos por el juzgado, ¿no?

—No pareces muy entusiasmada —bromeó Nick.

Suspiré:

—Lo siento. Sé que ha sonado muy seco.

—Es broma, el juzgado me parece bien. ¿Se lo vas a decir a tus padres?

—Por supuesto, no puedo ocultarles algo así. ¿Tú vas a mantenerlo en secreto con tu familia? No me imagino que eso pueda ser posible.

—No, en mi familia no hay secretos. Y, como te he dicho, me apoyarán. Allison, no te preocupes por lo del juzgado, ya veremos qué fechas tienen disponibles. Ahora, lo importante es el encuentro con Bob y Sophie.

—Es verdad. Me gusta tener todo controlado, pero debería empezar a aceptar que en este caso no es posible.

—Esa es mi chica.

Me encantó su comentario. *Mi chica.*

—Seguro que cometeré algún error, pero tampoco se trata de tener una historia perfecta —continuó—. Incluso si fuera real, mucha gente se preguntaría por qué tanta prisa. Vamos a ir paso a paso.

—Intentaré bajar las revoluciones. Dios, tengo el cuello durísimo.

—¿En el mismo punto gatillo que la última vez?

—Sí.

—Qué pena que no pueda darte un masaje.

Tragué saliva con dificultad y no pude emitir palabra.

—Pero pronto estaré allí. —Su tono era juguetón, pero también pecaminoso. Apreté los muslos mientras el calor inundaba mi

cuerpo. Estaba perdida.

—Voy a darme un baño caliente. A ver si me relaja un poco.

—Es verdad, te gustan los baños calientes.

—¿Por qué lo dices así? —pregunté.

—Supongo que me viene bien saber más cosas de ti.

—Ah, claro. ¿Crees que saldrá en la conversación?

—No, pero esa información me ayudará a inventar la historia.

—Tiene sentido.

—Bueno, te dejo disfrutar la cena. Yo voy a descansar.

—¿Cuándo vuelves? —le pregunté mientras me levantaba del sofá.

—El jueves por la noche. Si quieres, podemos quedar el viernes para prepararlo todo un poco mejor.

—Creo que los suegros de Nora vendrán el viernes por la tarde.

—Todo saldrá bien —me aseguró.

—Qué confiado eres.

—Ya te lo he dicho, no sé vivir de otra manera.

—No suelo ser tan insegura y ansiosa. Y eso que he cerrado acuerdos de cientos de millones de dólares.

—Esto es diferente, Allison —dijo Nick en voz baja—. Es un asunto muy serio con niños de por medio.

—Así es...

—Pero no te preocupes. Bob y Sophie se tragarán que somos pareja.

Su tono había cambiado ligeramente y se me puso la piel de gallina.

¿Qué tenía exactamente en mente?

Capítulo Diez

Allison

El viernes llegó mucho más rápido de lo que esperaba. Bob y Sophie habían acordado venir a cenar a mi casa. Se rieron cuando les dije que cenaríamos a las seis, pero me mantuve firme. Quería tener tiempo suficiente para acostar a los niños sin prisas y no iba a alterar su rutina solo porque a ellos no les gustara cenar temprano.

Nick llegó a las cinco y media con comida para llevar. Había tenido un día terrible en el trabajo y no estaba de humor para cocinar. Eligió comida italiana porque a los niños les encantaban los espaguetis con albóndigas. En cuanto llegó, se me dispararon los nervios.

Estaba en el jardín, vigilando a los mellizos. Ya había puesto los platos y los cubiertos en la mesa. Nick se acercó por detrás y me puso las manos en la cintura.

—¿Estás nerviosa? —me susurró al oído.

—Demasiado.

Sentir su cuerpo cerca del mío parecía calmarme. Por supuesto, también me ponía nerviosa de una forma completamente diferente, y no sabía si eso ayudaba o empeoraba mi situación. Pero prefería estar emocionada por un hombre guapo que angustiada por Bob y Sophie.

—Lo tenemos controlado. Confía en mí. —No dejaba de repetirlo, pero, por alguna razón, no me lo creía—. Por cierto, tengo algo para ti.

Metió una mano en el bolsillo y sacó un anillo precioso con un enorme diamante rectangular. Me quedé boquiabierta.

—Vas a necesitar esto, prometida.

—¡Nick! Debe de haber costado una fortuna. ¿Puedes devolverlo... más adelante?

—No te preocupes por eso.

—Pero yo...

—¡Ya estamos aquí! ¡¿Por dónde entramos?! —preguntó Bob desde el jardín delantero.

—Rápido, pónmelo —susurré, y Nick me deslizó el anillo en el dedo. Era extraño tener un anillo de compromiso que no representara una relación real.

Aclarando la garganta, grité:

—¡La puerta está abierta! Entrad y abrid la cancela para niños, y llegaréis directamente a la parte trasera.

El jardín rodeaba la casa por completo, pero preferí separar la parte delantera de la trasera para que los niños pudiesen corretear libremente sin perderlos de vista.

Ha llegado el momento de la verdad.

Bob y Sophie aparecieron segundos después. Los niños dejaron de correr y los miraron, pero no los reconocieron. Les expliqué que iban a ver a sus abuelos, pero no podía culparlos. La última vez que los habían visto fue en el funeral, y no habían recibido ningún abrazo ni consuelo de ellos. Me indignaba que ahora quisieran reclamarlos, cuando eran prácticamente unos desconocidos. Después del accidente, estuve viviendo en casa de mi hermana hasta que finalmente me llevé a los niños a mi casa. Por suerte, se habían adaptado bastante bien a su nuevo hogar.

—Bob, Sophie, ya conocéis a Nick.

Los padres de Jim se arreglaron como si fueran a la ópera o a una cena elegante. Él iba con un traje y ella con un vestido largo de noche.

—Nos conocemos de cuando iba a la universidad con Jim —les recordó Nick.

—Sí, Nick *Whitley* —dijo Bob con un deje de admiración.

Apenas pude contener una risita. Era obvio que quedaría impresionado por el apellido Whitley. Nora me había contado que su suegro era bastante *snob*.

—¿Tenéis un evento luego? —preguntó Nick.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió Sophie.

Nick señaló su ropa; me hubiera gustado advertirle que su elegante atuendo se debía a sus aires de superioridad, como parte de un juego psicológico.

—Oh, qué va. Es que nos gusta arreglarnos —dijo Sophie.

Nick silbó:

—Cariño, no nos hemos arreglado nada, pero no estamos mal para una simple cena en el jardín. —Me rodeó los hombros con el brazo, y el contacto me calentó al instante.

Sophie no dejaba de mirarnos.

—¡Annie, Jack! —llamé a los mellizos—. ¡Venid aquí, por favor! —Me volví hacia Bob y Sophie para decirles—: Os recomiendo que os pongáis algo más cómodo si queréis jugar con ellos. ¿Queréis que os traiga algo para cambiaros?

—Por Dios, no. Imagino que la niñera cuidará de ellos mientras hablamos.

—¿Qué niñera? —pregunté con el ceño fruncido.

—¿Quién se ocupa de ellos?

—Yo.

Sophie resopló:

—No seas ridícula. ¿Dónde está la interna?

—No hay ninguna niñera viviendo en esta casa. —La voz de Nick fue tan tajante que Sophie se estremeció.

—Van a la guardería por la mañana, y yo estoy con ellos las tardes y los fines de semana —expliqué.

Sophie arqueó una ceja:

—¿En serio? ¿Crees que una guardería es mejor que una niñera?

¿Me está buscando las cosquillas? Quería seguir el consejo de Hugo, mantener la calma y no discutir. Aunque estaba tentada de hacerlo... con un bate de béisbol, de ser posible. *Tranquila, no entres en su juego.*

—Les gusta la guardería, y es bueno para su desarrollo. Se relacionan con otros niños y aprenden cosas nuevas. Es mucho mejor que estar encerrados aquí todo el día.

—Mmm —dijo Sophie—. Al menos podrías pedirle a alguien que los cuide por las tardes. ¿Cómo se supone que tendremos una conversación de adultos?

—No te preocupes, nos las arreglaremos —dije secamente—. Podemos hablar de lo que sea delante de ellos. —Casi me echo a

reír por mi último comentario, sabiendo que eso no era lo que Sophie quería decir en absoluto.

Los niños se acercaron tímidamente. Jack levantó las manos para que Nick lo cogiera en brazos. Era entrañable ver lo mucho que se querían. Nick se agachó sin dudarlo, y lo levantó.

Me estoy derritiendo de amor. Estaban tan monos que me dieron ganas de hacerles una foto en ese mismo instante.

—Niños, ¿queréis saludar a vuestros abuelos? —les animé.

Annie no dijo nada durante unos segundos. Luego dijo: "Hola".

—Hola —respondió Bob. Sophie solo asintió.

—Jack aún no habla mucho.

—Pero habla contigo, ¿verdad? ¿Los dos hablan? —preguntó Sophie.

—Claro. —Acaricié el pelo de Annie y pellizqué con ternura la mejilla a Jack para que sintieran mi cariño—. Pero son tímidos cuando hay gente nueva.

—Nosotros no somos nuevos —dijo Sophie con brusquedad—. Somos sus abuelos.

No podía creer que un juez considerara concederles la custodia, pero no quería darlo por sentado.

Respiré hondo y decidí cambiar de tema:

—Espero que os gusten los espaguetis con albóndigas.

—Deberíamos haber quedado en un restaurante —dijo Sophie—. Solo los adultos.

Era evidente que había que marcar unos límites. Enderecé los hombros y dije:

—No, Sophie. Me dijiste hace unos días que querías venir a visitarnos. Tienes suerte de que hayamos tenido tiempo para recibiros.

—Aún podemos ir a un restaurante. Donde nos sirvan comida de verdad.

¡Qué mujer más detestable! Tampoco era ninguna novedad; Nora solía contarme lo mal que sus suegros se comportaban con ella. Y después de todo lo sucedido, creí que quizá habrían cambiado, pero al parecer, no fue así.

La gente no cambia.

—No, Sophie, comeremos aquí. Ya te he dicho que los mellizos se acuestan a las siete. No hay tiempo para ir a un restaurante, cenar y volver a casa a esa hora.

—Por eso deberías haber planeado nuestra visita con antelación —insistió Sophie.

—Esto es vergonzoso —dijo Bob, y me enfadé.

Annie se dirigió directamente a su silla y la ayudé a sentarse. Jack seguía en brazos de Nick.

—Un momento... habéis venido sin ser invitados. Si no queréis cenar con nosotros pues iros a un restaurante. Ya organizaremos otra reunión con tiempo suficiente cuando nos venga bien a todos. —Mi tono fue categórico.

Sophie abrió la boca, pero Nick la interrumpió:

—Sugiero que empecemos a cenar. No tenemos mucho tiempo. Allison ya os lo ha dicho, pero os agradeceríamos que la próxima nos aviséis con más antelación.

Sophie gruñó, pero no dijo nada.

A mí me suelta cualquier cosa, pero con Nick se queda callada. Qué curioso.

Nick ayudó a Jack a sentarse en su silla antes de acercarse y ponerme un brazo alrededor de los hombros:

—¿Necesitas que traiga algo de la cocina, cariño? —me susurró al oído, lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran. Toda mi piel se estremeció cuando me llamó "cariño". ¿Por qué me gustaba tanto?

Negué con la cabeza:

—Creo que estamos bien, gracias.

Bob y Sophie estaban ridículos con sus trajes, sentados en las sillas del jardín e intentando comer espaguetis sin salpicarse con la salsa. Como resultado, tardaron una eternidad en terminar su plato. A pesar de eso, terminaron manchados por todas partes, y mi camisa también. Parecía que había estado en la escena de un crimen.

Nick se rió:

—¿Quieres que te haga el relevo para que puedas comer? —preguntó en un momento dado.

Al bajar la vista, me di cuenta de que apenas había tocado mi plato. Le sonreí porque sabía que lo preguntaba de corazón, no para fingir delante de Bob y Sophie.

—Estoy bien. Comeré después de dormirlos.

—¿Por qué no nos dijiste que vinieramos después de acostar a los niños? —dijo Sophie, con tono exasperado.

Tragué saliva y la miré directamente a los ojos:

—Teniendo en cuenta el motivo por el que me llamaste, pensé que querías verlos.

Evité mencionar el asunto de la *custodia* delante de los niños ni insinuar lo que ella pretendía, para evitarles un estrés innecesario.

Sophie apretó los labios, y Bob le lanzó una mirada severa.

El resto de la velada transcurrió con incomodidad. Nadie decía nada, pero probablemente era porque Annie y Jack hacían suficiente jaleo de por sí. Yo estaba acostumbrada y, en cierta medida, Nick también. Bob y Sophie parecían querer salir corriendo. Eso me dio un poco de esperanza; quizás después de esa noche abandonarían por completo su estúpida idea. Entonces, Nick y yo no tendríamos que seguir adelante con el matrimonio.

—Voy a acostar a los niños —dije a las siete—, y luego vuelvo. No tardaré mucho. —Miré a Nick con un aire de disculpa en la mirada, y por la media sonrisa que me dedicó supe que significaba: "Tranquila, yo me encargo".

Y estaba segura de que así sería.

Los niños parecían que tenían ganas de acostarse, algo que rara vez ocurría. Lo normal era que dieran guerra e intentaran quedarse despiertos todo el tiempo posible. Ni siquiera eran las ocho cuando ambos estaban en la cama.

—Te queremos —dijo Annie, llenándome el corazón de amor.

Sentada al borde de la cama, Jack se unió a nosotras, levantándose de la suya para tumbarse junto a su hermana. Los dos me abrazaron.

—Os quiero mucho —dije, antes de inclinarme para besar primero a Jack en la mejilla y después a Annie, y me volví a levantar.

Era muy extraño que Sophie no tuviera ningún interés cuando le dije que podía acompañarme a acostar a sus nietos. No daban con el

estereotipo de abuelos afectuosos.

—¿Hasta la luna? —preguntó Annie, porque era algo que les decía a menudo.

—Sí, hasta la luna.

—¿Y el sol?

—Os quiero hasta el sol, la luna y las estrellas —añadí, tocándole la nariz con el dedo, y ella se rió.

Ambos bostezaron. Normalmente, los viernes estaban menos cansados, pero esa vez se quedaron dormidos antes de que saliera de la habitación. Temía que Sophie les dijera algo que los perturbara durante la cena. Por fin podía relajarme. Un poco al menos.

Ahora era el momento de continuar con el espectáculo.

Enderecé los hombros mientras bajaba las escaleras. Me detuve en el último escalón y admiré el precioso anillo que Nick me había comprado. Si se tratara de un compromiso real, estaría encantada. Pero no lo era, y más me valía no olvidarlo. Ya tendría esa bonita oportunidad con otra persona.

Al llegar al último escalón, escuché parte de la conversación.

—El gimnasio se ha hecho muy conocido —decía Bob.

—¿Y piensas expandir la cadena? —preguntó Sophie.

—Exacto. Quiero abrir cinco locales más en todo el país —respondió Nick.

—¿Y tienes acciones en las otras empresas que pertenecen a *Whitley Industries*? —preguntó Bob.

Entonces salí y dije:

—Ya está. Los mellizos se han dormido.

El ambiente cambió al instante. Bob buscó la mirada de Sophie, indicándole que tomara la iniciativa. Ella se la devolvió con los ojos entrecerrados. Por mi parte, tomé asiento junto a Nick, que soltó:

—Vamos, cariño, ven aquí. Ahora que los niños están en la cama, podemos ser un poco más demostrativos. —Les dedicó a Bob y Sophie una sonrisa forzada—. No os importa, ¿verdad?

Por la expresión de Sophie, sí parecía importarle. Así que siguiendo la sugerencia de Nick, me senté en su regazo.

Al instante me di cuenta de que no era la mejor idea. Especialmente cuando Nick me rodeó la cintura con un brazo,

pegando mi espalda a su pecho. ¿Notaría el aumento de mi temperatura corporal? ¿Percibiría la aceleración descontrolada de mi pulso? Tenía que acostumbrarme a eso. Necesitaba poner una barrera entre nosotros, pero en ese momento, era imposible.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó Sophie—. Porque Jim y Nora no nos comentaron nada de lo vuestro.

—Y es lógico porque apenas nos conocíamos en ese entonces —dijo Nick, con tono totalmente relajado.

Capítulo Once

Allison

—Durante años, nos cruzábamos en cumpleaños o eventos de Jim y Nora —dije, siguiendo el juego de Nick.

—Y fue después de que fallecieran —continuó él—, que nos acercarnos realmente.

—Pero si apenas han pasado unos meses... es muy poco tiempo como para casarse —dijo Bob con severidad.

—Eso no es vuestra incumbencia —sentenció Nick.

¡Ja! Me encantó que utilizara ese tono autoritario.

Los dos se quedaron perplejos, como si Nick les hubiera dado una bofetada.

—¿Y cuándo va a ser... la boda? —preguntó Sophie, y me encogí al darme cuenta que no habíamos previsto ese detalle.

—Ya veremos —respondió Nick—. Aún no hemos cogido cita en el juzgado.

—Bueno, que sepáis que nosotros queremos estar allí presentes —continuó ella, y yo entorné los ojos.

—Será una ceremonia muy íntima, solo para la familia y los amigos más allegados, Sophie. —Luego eché los hombros hacia atrás—. Lamento tener que decirlo de esta manera, pero Bob y tú no sois familiares cercanos.

—Somos los abuelos de tus sobrinos —dijo Bob apretando los dientes.

Sí, y no podía discutírselo. En caso de que ganaran la custodia, lo que me destrozaría por completo, quería tener la posibilidad de visitar a los niños. Me moría por mandar a Bob y Sophie a freír churros, pero tenía que pensar en las repercusiones si me dejaba llevar por aquel impulso.

—Os avisaremos cuando tengamos más detalles —les aseguré.

—¿Y dónde vais a vivir? —continuó Sophie.

—Me mudaré aquí con Allison y los niños.

—¿A esta casa tan pequeña?

—No es tan pequeña —respondí—. Y el barrio es fantástico.

—Los mellizos ni siquiera tienen una habitación para cada uno —replicó Sophie.

Nick se rió entre dientes:

—Sophie, yo compartí habitación con mis hermanos hasta que fuimos mucho mayores. Y los peques pueden compartir la suya por unos cuantos años más. Si vemos que se nos queda pequeña, tengo un ático de seis habitaciones en Back Bay.

Lo dijo como si no fuera gran cosa, pero Bob puso los ojos como platos. No eran oriundos de Boston, pero sabían que se trataba de una zona muy exclusiva de la ciudad.

—No queremos meternos en una mudanza porque aquí están a gusto, y ya han pasado por muchas cosas —expliqué.

—¿Entonces vais a vivir en dos sitios diferentes? —preguntó Sophie. *Qué tía más astuta*.

—No, Sophie —respondió Nick—. Como acabo de decir, me mudaré aquí con Allison. Mientras tanto, estoy evaluando alquilar mi ático, o venderlo para comprar algo más grande. No es algo que me quite el sueño, mi hogar está donde mi esposa y los niños estén —dijo, y entonces me derretí por completo.

Guau, quiero un marido exactamente así. Algún día, Nick hará muy feliz a su verdadera mujer.

—Podrías haberte mudado a la mansión con los niños —dijo Sophie.

—No podía pagar esa hipoteca —respondí, encogiéndome de hombros.

Bob sonrió triunfante.

Observé a Sophie, que nos miraba a todos con cara de desagrado. Ninguno de los dos sacó el tema de la custodia, pero yo no iba a traerlo a colación. Tampoco sabía qué decir, y tenía miedo de perder los papeles.

Nick tenía una mano en mi cintura y empezó a acariciarme el brazo con la otra. Me encantó ese gesto que parecía tan natural, casi como un acto reflejo.

—Sophie, creo que es hora de irnos —sugirió Bob finalmente.

Menos mal, pensé, tras sentir una enorme sensación de alivio. Pensé que se quedarían horas y me echarían en cara el haberme llevado a los niños a mi casa. Así que, al final de todo, no fue tan malo. Pero debería haberlo intuido; Nora me contaba que Bob y Sophie jamás les decían las cosas a la cara, y que esperaban a llegar a casa para llamar por teléfono o enviar mensajes de texto con sus "opiniones".

Cuando se levantaron, Nick me giró en su regazo para hacer contacto visual y dijo:

—¿Has visto, cariño? Tenemos el resto de la noche para nosotros solos. —Arqueó las cejas y sentí que se me sonrojaba la cara.

Una sonrisa pícara apareció en su rostro. ¿Qué estaba tramando?

Y entonces posó sus labios sobre los míos y una oleada de calor se extendió por todo mi cuerpo como un incendio forestal. Me entregué a su boca porque la necesitaba como el aire para respirar. Su beso ardiente e indecente exploró mi boca descaradamente con su lengua. Incapaz de alejarme, gemí cuando me acercó más, sintiendo su excitación contra mí.

¿Eso que siento en mis nalgas es la cremallera del pantalón o una erección? Joder, no había lugar a dudas. Y saber que yo se la había provocado, me puso a mil.

El sonido de alguien aclarándose la garganta interrumpió nuestro beso. Me di cuenta de que Bob y Sophie seguían allí.

Maldita sea.

En ese momento me percaté de dos cosas.

La primera: que las muestras de afecto en público habían sido parte del espectáculo.

La segunda: que había olvidado ese detalle por completo. Me entregué al beso porque lo deseaba con ansia.

Me di la vuelta y les sonreí.

Sophie me miraba la boca horrorizada. Supuse que mis labios estarían enrojecidos por los besos de Nick. ¿Estaba mal que me sintiera orgullosa?

—Lo siento, se nos ha ido la cabeza—dijo Nick—. Acabamos de comprometernos. Seguro que lo entendéis.

Nick apenas podía contener la risa, y yo estaba a punto de estallar en carcajadas. Apostaría la mitad de mis ahorros a que Bob y Sophie llevaban décadas sin besarse.

—Nos vamos —dijo Sophie secamente—. Ha sido un gusto volver a verte, Nick. Esperamos la invitación a la boda.

Su comentario fue inquietante.

Ninguno de los dos nos molestamos en acompañarlos a la puerta. Que salieran solos.

Unos segundos después cerré la cancela de seguridad de la entrada, para no olvidarme de hacerlo por la mañana.

Mientras aseguraba la puerta, me di cuenta de que estaba sola con Nick. Mi cuerpo aún vibraba por aquel beso. No habíamos hablado de las demostraciones de afecto. ¿Con qué frecuencia tendríamos que hacerlo?

En ese instante, preferí no seguir dándole vueltas al asunto. Me acerqué de nuevo a él, aún sintiéndome algo aturdida.

Nick estaba sentado en el mismo sitio, con una ligera sonrisa.

—Ha salido bien, ¿verdad? —Su tono era arrogante y descarado.

—En general, creo que ha sido un éxito —dije con una sonrisa.

—No sabes las ganas que tenía de echarlos de aquí, pero he logrado contenerme.

—A mí me ha pasado lo mismo.

Mucho más relajada que antes, me acerqué a él pero me di cuenta de que no podía volver a sentarme en su regazo. Justo cuando estaba a punto de hacerlo, me detuve bruscamente delante de la mesa, como si fuese a recoger los platos, aunque Nick ya se había ocupado de limpiar mientras yo acostaba a los niños.

Nick se levantó y el lateral de su muslo rozó mi trasero. Me enderecé al instante, sintiendo una oleada de calor en mi cuerpo. Estaba en un gran aprieto.

—Me encantaron las caras que pusieron después del beso —susurró.

Me di la vuelta y sonreí:

—Has estado muy convincente.

—No era para menos, no cuando hay tanto en juego.

¿A qué venía ese comentario? No pude evitar sentirme un poco decepcionada.

—Claro —dije.

Nick me levantó la barbilla con dos dedos, y su contacto me quemó.

—Todo bien, Allison. ¿Estás preocupada?

—Me pregunto si hay alguna posibilidad de que cambien de opinión y no tengamos que seguir adelante con esto. Apenas han interactuado con los niños.

Sus ojos cambiaron al instante. Su mirada se volvió fría y bajó la mano:

—Ni me lo recuerdes... No me entra en la cabeza que gente así se haga con la custodia de dos niños. No entiendo para qué quieren hacerse cargo, en primer lugar. Se lo comentaré a Hugo.

—Quizá cambien de opinión. Tal vez era solo un capricho, y ahora que han visto a los mellizos en acción se hayan dado cuenta del trabajo que lleva. Aunque claro... ella les pondrá una niñera las veinticuatro horas. ¡Ni siquiera quiso ver cómo los acostaba!

Nick me miró intensamente y asintió:

—Pensaba contarle a mi familia lo nuestro este fin de semana, pero puedo esperar hasta que tengamos noticias de Bob y Sophie.

Mi decepción no hacía más que aumentar. ¿Por qué? ¿Porque no tendría que fingir estar prometida con Nick? No entendía qué me estaba pasando.

—Muchas gracias por esta noche. Has estado increíble con los espaguetis, y con el cuidado de los niños.

—¿Y el beso? —sugirió él.

—¡Nick!

—Venga ya. Tenemos que hablar de eso. No puedo pasarlo por alto.

Tragué saliva con dificultad, y me reí nerviosamente. Para mí, no hacía falta aclarar nada, pero parecía que él sí lo necesitaba.

—No quería pillarte por sorpresa —continuó—. Ni siquiera lo había planeado, pero en el momento vi que lo haría más creíble, ¿sabes? —Al ver que asentí, añadió—: Y tenemos que hablar de lo otro.

—¿De qué? —Levanté la vista hacia él, realmente confundida.

Inclinó la cabeza con la mirada pícara:

—No me digas que no te has dado cuenta. Sería un golpe para mi ego.

Jadeé y me tapé la boca con la mano:

—Nick.

—Lo único que puedo decir es que ha sido una reacción automática de mi cuerpo.

Negué con la cabeza:

—No tienes por qué explicarme nada.

¿No veía que ya estaba roja como un tomate? Esas cosas no necesitan aclaración. Por lo menos, no en lo que a mí respecta.

—Me gustaría decirte que si vamos a volver a besarnos como parte del espectáculo, intentaré controlarme... pero no me gusta prometer cosas que no sé si podré cumplir.

—No sé qué decir —respondí con una risa nerviosa.

—Nada, solo quería aclararlo.

Me pasé la mano por el pelo y me humedecí los labios. Quería abanicarme, aunque no hacía tanto calor fuera. No estaba segura de haber aclarado las cosas, pero era evidente que Nick sabía lo que hacía.

—Gracias por traer la cena —dije, tras un bostezo.

Sus ojos volvieron a brillar:

—No te has dado cuenta, ¿verdad?

—¿De qué?

—Te he traído algo extra solo para ti. Está guardado en la nevera.

—¿Qué es?

—Chocolate... por si necesitabas refuerzos esta noche.

Dios mío, qué ganas de comérmelo a besos.

¡No! No pueden haber más besos. De hecho, si las cosas salían como esperaba, y Bob y Sophie renunciaban a reclamar la custodia, no volvería a besar a Nick Whitley nunca más.

¿Por qué esa idea tampoco me gustaba nada?

—Voy a buscarlo y lo compartimos.

—A decir verdad —dijo Nick—, tengo que irme.

—Ah.

¿Por qué me sentía cada vez más decepcionada conforme avanzaba la velada? ¿Qué esperaba? ¿Que se quedara a pasar la noche conmigo? Había estado de viaje toda la semana, y era lógico que quisiera irse a su casa a descansar. O salir por la ciudad a divertirse.

Estuve a punto de preguntarle qué planes tenía, pero no era asunto mío.

—Avísame si Bob y Sophie se comunican contigo, ¿vale?

—Claro, aunque no creo que sea pronto. Que te lo pases bien esta noche —añadí, esperando que me diera alguna pista sobre qué haría a continuación.

—Eso espero.

¿Qué significa eso? ¿Tiene una cita?

Madre mía, solo de pensarlo, se me hizo un nudo en el estómago y sentí el corazón encogido. ¿Así será cuando vivamos juntos? No puedo descompensarme de esta manera cada vez que Nick quiera salir solo.

No debo precipitarme. Si aún no sabemos si será necesario vivir juntos.

—Buenas noches, Allison.

Se inclinó y, por un instante, estuve segura de que iba a volver a besarme. Todo mi cuerpo se preparó para ello. Pero entonces acercó sus labios a mi mejilla, y me raspó ligeramente la piel con su incipiente barba. Ese ligero contacto me abrasó y me estremecí tan fuerte que recé para que no se diera cuenta.

Después de enderezarse, mi mejilla seguía ardiendo.

—Buenas noches, Nick.

Lo vi alejarse y suspiré. Maldita sea, si hasta su forma de caminar era sexy. Por no hablar de su espalda. Bajo la luz del porche, vi el destello del diamante que me había regalado. *Es temporal, mejor que no se me olvide.*

Lo único que tenía claro era que Nick Whitley era increíblemente atractivo, y que, por circunstancias de la vida, podía convertirse en mi marido falso.

Capítulo Doce

Nick

El sábado me levanté tarde. La noche anterior, después de una semana de trabajo muy ajetreada, me encontré con un amigo de la universidad que estaba de paso por Boston y nos quedamos charlando hasta altas horas de la madrugada. Me alegré de haberlo podido ver, ya que solo estaría un par de días en la ciudad.

Mi familia tenía previsto hacer un picnic en el hotel de Maddox y Gabe, a cuarenta minutos de la ciudad, si el tiempo lo permitía. Si no, comeríamos en el restaurante del hotel.

Al levantarme de la cama, mis pensamientos se remontaron a la noche anterior en casa de Allison. Los padres de Jim seguían siendo igual de desagradables de lo que recordaba. La velada había sido bastante insufrible, salvo porque pude besar a Allison, y volvería a soportar una cena con Bob y Sophie con tal de poder besarla. Estaba deseando que llegara el momento de repetirlo, porque en algún momento tendría que pasar. Era parte del papel de novio falso.

Después de salir de la ducha, comprobé mi teléfono para ver si todos estaban en camino a Essex. Primero vi un mensaje de Allison, luego me di cuenta de que me había enviado una foto. A decir verdad, era una captura de pantalla de un correo electrónico.

Hola, Allison. Me alegro de haber podido veros ayer a Nick y a ti, pero no creas que esto cambia nuestros planes respecto a la solicitud de custodia. Esperamos la invitación a vuestra boda.

Allison: …

Yo también me quedé sin palabras.

Qué cabrones. No entendía qué pretendían. Recordaba claramente que Jim me había dicho que sus padres no se implicaban mucho con sus nietos, que preferían hacer cualquier otra cosa antes que cuidarlos.

Pero no debía comerme el coco pensando qué los motivaba a pedir la custodia. Sabía de primera mano que algunas personas obraban con mala fe sin razón aparente.

Le contesté enseguida.

Nick: Entonces seguimos con el plan.

Allison: Parece que sí.

Nick: Hoy se lo diré a mi familia.

Me vestí con unos vaqueros y un polo antes de salir del ático. Sería un reto acostumbrarme a habitar en un espacio más pequeño. La casa de Allison era acogedora, pero hacía años que no vivía en un sitio con menos de cuatro dormitorios. Aunque solo necesitaba uno, me gustaba la flexibilidad de tener un despacho y habitaciones libres. Incluso tenía una mesa de billar en una sala. Pero podía renunciar a eso, y a todo lo demás, para asegurarme de que Annie y Jack no acabaran en medio de la nada con sus abuelos.

Tendría que pensar seriamente qué hacer con mi piso mientras tanto. No quería venderlo, y tampoco me convencía la idea de alquilarlo y que vivieran otras personas.

Entonces se me ocurrió una idea genial: lo pondría en alquiler, pero pediría un precio tan elevado que nadie querría alquilarlo. Así me cubría las espaldas por si alguien investigaba mientras vivía con Allison y los niños, pero mantenía mi piso intacto.

Para que nuestro plan fuese más creíble tendría que vivir en su casa durante al menos un año, quizá dos.

Madre mía. Dos años. ¿Estaba preparado para poner mi vida en pausa de esa manera?

Tenía que estarlo.

Llegué a Essex justo a tiempo. El aparcamiento del hotel estaba lleno, lo que hacía imposible ver quién había llegado.

Gabe y Maddox montaron un negocio espectacular. La primera vez que me contaron que habían solicitado el permiso al ayuntamiento para abrir un hotel, me mostré reacio, ya que ambos estaban a tope de trabajo. Pero lo lograron. En un principio, tenían previsto construir un hotel en otro lugar, pero cuando nos enteramos de que nuestro padre quería hacerse con esa propiedad en Essex, se la arrebataron de las manos. Bajo ninguna circunstancia queríamos

que se mudara a un pueblo cerca de Boston. Tras lo cual, se volvió a Australia, donde también trabajaba en el sector hotelero. Se había quedado allí desde entonces y, por mi parte, esperaba no volver a saber de él.

Me dirigí directamente al enorme jardín trasero, que circundaba al edificio y disponía de una zona exterior para los huéspedes. El picnic se celebraba en el terreno que antes pertenecía al parque de aventuras de Cami, la prometida de Maddox. Al principio, ella se opuso terminantemente a venderle la propiedad, y pensé que mi hermano no lograría convencerla, pero al final se salió con la suya, y con creces.

Ya había llegado un número considerable de miembros de la familia. El picnic era de carácter muy informal, con bancos y mesas de madera que nunca antes había visto en los alrededores del hotel.

Cami me saludó con la mano:

—Bienvenido.

—Buenos días. Oye, qué bonito está todo —dije.

—Solo lo mejor para la familia —respondió Maddox.

Gabe llevaba en brazos a nuestro sobrino Ben. Me impactaba ver lo rápido que estaba creciendo.

—¿Habéis llegado bien? —pregunté a mis abuelos, besando a la abuela en la mejilla.

—Por supuesto —respondió el abuelo con voz severa—. Son solo cuarenta minutos. Aún nos queda cuerda para rato.

Intercambié una mirada con Maddox, pero no dijo nada. Con los abuelos nunca se sabía; a veces asumían su edad y otras no.

Terminé de saludar al resto. Maddox, Gabe, Colton y Jake estaban con sus respectivas parejas, al igual que Spencer y Penny, a quienes, aunque no los veía, sabía que debían de andar por algún lado, ya que había visto a Ben.

Como de costumbre, Jake sostenía a su hija en un brazo y no la soltaba por nada del mundo. No lo juzgaba; a mí también me costaba soltar a Annie y Jack cuando estaba con ellos. Tenía muchas ganas de que pasáramos más tiempo en familia, a pesar de la complejidad de los motivos y la logística.

—¿Tenemos que coger la comida de dentro? —pregunté.

—Los camareros traerán unas cestas para que parezca un picnic de verdad —explicó Gabe.

—Es lo más práctico para traer toda la comida hasta aquí —añadió Maddox—. Además, utilizaremos platos de papel.

—Qué buena idea el picnic —comentó Cami. Estaba sentada en uno de los bancos con los ojos cerrados y disfrutando de los rayos de sol en la cara.

—Sabía que te gustaría, prometida —dijo Maddox, que se inclinó para besarla en la frente.

—¿Cuándo le vas a poner el anillo, Maddox? —preguntó la abuela, lo que hizo reír a mi hermano.

—Ya lo he hecho, abu, pero los dos estamos muy ocupados con el trabajo. Queremos planificar bien nuestra boda.

No pensé que se presentaría la oportunidad dar la noticia tan pronto, pero ahí estaba y no la iba a desaprovechar. Además, mi hermano me agradecería que desviara la atención de ellos. La abuela se estaba aburriendo tras su rotundo éxito como casamentera, y estaba empezando a dar la lata con las fechas de las bodas.

—Hablando de prometidas... me he conseguido una.

Todo el grupo se quedó tan callado que hasta dio miedo.

—¿Qué has dicho? —preguntó la abuela.

Gabe resopló.

—Tío —dijo Maddox—, dime que no lo has hecho.

Por supuesto que se había dado cuenta por donde venían los tiros.

—Estábamos bromeando aquel día, Nick —continuó Gabe.

Maddox parpadeó:

—Sí, tío. ¡Vamos! No lo dices en serio, ¿no?

—¿Qué pasa? —preguntó el abuelo—. Tampoco es una mala noticia, Nick.

—Por supuesto —dijo la abuela—, pero es un poco inusual. ¿Quién es la joven? Nunca la hemos visto, ¿verdad? Excepto Maddox y Gabe, al parecer.

Negué con la cabeza:

—No es lo que pensáis. Lo único que quiero es ayudar a Allison.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo, y era imposible escuchar a nadie en concreto.

—No puedo responder a todas vuestras preguntas a la vez —dije, luchando por no reírme.

—¿Te parece divertido? —preguntó Maddox.

—Sí, la verdad es que sí. Si os calmáis, os lo explicaré.

Las conversaciones se detuvieron al instante.

—Bueno, todos sabéis que hace unos meses perdí a mi mejor amigo, Jim, y su esposa, Nora, en un accidente de tráfico. Por suerte, sus hijos no iban con ellos, y han quedado al cuidado de Allison, la hermana de Nora.

—Eso lo sabemos —dijo la abuela con impaciencia—. Pasa al momento en que *decides* casarte con ella.

Mmm. La forma en que enfatizó el *decides* me hizo dudar. Esperaba que comprendiera la trascendencia del matrimonio.

—Tengo un buen motivo, abu. Los padres de Jim quieren iniciar acciones legales para solicitar la custodia de los niños. He hablado con Hugo que, como ya sabéis, es el mejor en su sector, y me explicó que es bastante plausible que se la concedan a los abuelos. Al fin y al cabo, Allison está soltera, mantiene la unidad familiar con un único ingreso, y todo lo que ello implica. Si estuviera casada, lo tendría mucho más fácil.

—Joder, ¡qué sistema tan misógino! —exclamó Leo—. ¿Y por qué Gabe y Maddox lo sabían y yo no?

—En realidad, no lo sabíamos —dijo Gabe—. Es que... da igual.

Mi medio hermano Gabe parecía completamente atónito. Solo había conseguido dejarlo en *shock* en dos ocasiones en toda mi vida, y esta era la tercera. *Menudo logro*.

—Nick nos contó hace unos días el consejo que Hugo le dio a Allison —continuó Gabe.

—Y nosotros, *en broma* —enfatizó Maddox, dirigiéndome una mirada furiosa—, le dijimos que por qué no se casaba con ella.

—Tío, ¿estás loco o qué? —preguntó Gabe.

Me encogí de hombros:

—Tiene sentido. Allison no puede casarse con un hombre cualquiera o un desconocido. A mí, al menos, me conoce desde hace

tiempo.

—Cariño —dijo la abuela en un tono muy cauteloso. Estaba sentada lejos de mí, en el banco de madera—. ¿Crees que es algo prudente? Casarse con alguien implica mucho más que firmar un papel.

—Lamento decirlo así, pero eso es exactamente lo que va a hacer: ir al juzgado, firmar los papeles y a otra cosa mariposa. Todo es por la custodia.

—No creo que sea tan fácil como lo estás planteando —intervino Colton—. ¿Has hablado con Hugo si existe alguna posibilidad de que salga mal? ¿Y si los padres de Jim se enteran de que no es verdad?

Asentí:

—Hugo nos ha asegurado que arrepentirte por haberte casado con determinada persona no constituye ningún delito. Incluso si nos divorciamos más adelante, estaremos dentro de la media de lo que ocurre en el cincuenta por ciento de los matrimonios.

—¿"Incluso si nos divorciamos"? —preguntó Cade, levantando una ceja.

Ya me parecía raro que Cade no hubiese comentado nada. Le había llevado un rato recuperarse del *shock* inicial.

Madre mía, la que me espera.

—Entonces, según tu fantástico plan, ¿puede ocurrir que *no* os divorciéis? —continuó.

—Lo he dicho para explicarlo mejor. —*Mierda*.

Me dedicó una sonrisa cómplice:

—Lo que tú digas. ¿Allison es la chica guapa de la que me hablasteis? —preguntó a Gabe y Maddox.

Esa vez fui yo quien se quedó sin palabras. No sabía que mis hermanos habían hablado a mis espaldas.

La abuela apenas decía palabra. De hecho, la mitad de los presentes seguían mudos.

Me aclaré la garganta y dije:

—Ahora ya lo sabéis todos. Bueno, Spencer y Penny no, pero...

—¿Qué tenemos que saber? —preguntó Penny, que acababa de unirse al grupo.

Me giré para verla: Spencer y ella venían cogidos de la mano.

—Nuestro hermano se va a casar con Allison para ayudarla a mantener la custodia de los mellizos —les explicó Maddox.

Spencer puso los ojos como platos, y Penny se quedó con la boca abierta. Miró a Spencer y luego susurró:

—No sé qué decir.

—¿Cómo puede ser? —dijo Spencer con la mirada entornada—. Tiene que haber otra manera. No creo que los casos de custodia sean para tanto.

—Es cierto, pero Hugo nos sugirió evitar el conflicto legal a toda costa. Al fin y al cabo, Sophie y Bob *son* los abuelos de los niños.

—¿Y por eso vais a montar esta farsa? —preguntó la abuela. La desaprobación en su rostro me desconcertó.

—Abu —dije con cautela—, no estoy pidiendo ni el permiso ni la bendición de nadie. Quería compartirlo con todos vosotros y te agradecería que me apoyaras, porque lo vamos a hacer pase lo que pase.

La abuela cerró los ojos y apretó los labios:

—Siempre tendrás mi apoyo, Nick.

—Nos preocupamos por ti, y no queremos que esto te perjudique de ningún modo —dijo Jake.

—No va a pasar nada —les aseguré—. Pero hay algo muy importante que debéis saber: nadie, aparte de vosotros, se puede enterar que es un matrimonio falso, por si acaso Bob y Sophie empiezan a investigar. Le diré a todo el mundo que me enamoré locamente de Allison y que decidimos casarnos porque sí. Y dada mi naturaleza impulsiva, encaja en el relato. Si los padres de Jim se presentan el día de la boda en el juzgado tendremos que esforzarnos aún más para hacerlo creíble.

—Me parece bien —acotó Maddox.

—Venga, veamos qué pasa con la comida —dije, y mirando directamente a Ben, añadí—: ¿Nos echamos una carrera hasta ese árbol?

Ben sonrió:

—Yo llego primero. —Y echó a correr, sin dejar de reír.

Corrí detrás de él lo suficientemente cerca como para poder alcanzarlo en caso de que tropezara o se cayera.

Mi sobrino llegó primero al enorme árbol, y un par de segundos después, dije:

—Ja, ¡me has ganado, amigo!

—¡Este árbol es muy chuli!

Era realmente impresionante: llevaba cientos de años en el parque y era una de los motivos por los que Cami se oponía con tanta vehemencia a la venta del terreno. Estaba muy encariñada con esos viejos árboles, y Maddox tenía la intención de talarlos al principio.

—Volvamos con los demás.

—¿Qué es una prometida, tío Nick? —preguntó.

—Es la persona con la que te vas a casar.

Él asintió y preguntó:

—¿Como mamá y papá?

—Exactamente. —Era entrañable que llamara "mamá" a Penny. En un instante, imaginé a Annie y Jack llamándome "papá".

Dios mío, ¿cómo había llegado a ese punto? Eso nunca sucedería. No iba a permitir que olvidaran a Jim y a Nora, de eso estaba seguro. Me conformaría con ser una figura paterna en sus vidas mientras crecían. Pensar en ello me afectó de una forma que no esperaba.

—¿Entonces ahora vendrás siempre con ella?

Sonreí:

—Sí, ¿y sabes qué? Tiene dos niños pequeños.

—¿Qué? ¿Tu prometida tiene dos niños?

—Así es, una niña y un niño majísimos.

—No lo entiendo... ¿tú eres su papá? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, yo no soy el papá de los niños —respondí cuando volvimos con el grupo—. Te prometo que encontraré la manera de explicártelo, amigo.

El personal había dispuesto las cestas con una gran variedad de aperitivos en las mesas. Mientras todos llenaban sus platos, Maddox y Gabe se acercaron a mí y, por sus expresiones, me di cuenta de que querían seguir hablando de mi boda con Allison. Asentí con la cabeza hacia el bosque para que pudiéramos alejarnos de la familia.

—Hermano, perdona por lo de antes, nos pillaste por sorpresa. Obviamente, siempre tendrás nuestro apoyo —dijo Maddox—. Pero podrías meterte en un follón si se hace público el verdadero motivo de la boda. Por no hablar de Allison.

—Sí, tendrás que convencer a mucha gente. Y aunque creemos que es un disparate total —añadió Gabe—, cuenta con nosotros.

Asentí:

—Gracias. Significa mucho para mí.

—Entonces, ¿cómo vas a hacerlo? ¿Seguirás viviendo en tu ático, verdad? ¿Ella se mudará allí con los niños?

—Yo me mudaré a su casa.

—¿No tiene solo dos dormitorios? —preguntó Maddox. Ya no parecía preocupado. De hecho, me dedicaba una sonrisa burlona que pronto se convirtió en una sonrisa de satisfacción—. Tío, estás frito.

—Tanto Allison como yo, somos personas adultas. Nos las arreglaremos. Dormiré en el sofá cama si es necesario.

Gabe se echó a reír:

—Sí, claro, vas a vivir con un pibón en una casa diminuta, y dormir en el sofá cama. No te lo crees ni tú.

—No es asunto tuyo —le advertí.

—No, tienes razón, no es asunto mío. Pero qué divertido es meter baza. Empiezo a entender por qué le gusta tanto a la abu —dijo Maddox.

—Entonces, ¿vas a hacer voto de castidad durante todo el tiempo que dure la farsa? —preguntó Gabe.

—Eso queda entre Allison y yo —respondí, aunque la pregunta me había dado *mucho* que pensar.

—Entonces te deseamos suerte —dijo Gabe—. Y, por cierto, tenemos noticias sobre papá.

—¿Se ha metido en un lío otra vez? —pregunté con un resoplido.

—Está intentando abrir un restaurante en Sídney... y quiere llamarlo "Whitley" —explicó Maddox.

—¿Qué demonios? La gente pensará que es parte de *Whitley Industries*.

—Creemos que eso es exactamente lo que quiere. Al fin y al cabo, es su apellido —dijo Gabe, con tono indeciso.

—Chicos... os agradezco que me lo hayais contado pero tengo bastante con lo mío. No puedo preocuparme también por papá —respondí con total honestidad.

—Estaremos pendientes. Ahora volvamos con el grupo —sugirió Maddox, y asentí.

Todo el mundo debió de estar hablando de mí mientras no estábamos, porque los susurros cesaron en cuanto llegamos a la mesa. Eso me hizo gracia.

—No hace falta que cotilleéis a mis espaldas —dije.

—Íbamos a hacerlo delante de ti —respondió Meredith, la esposa de Cade, que era tan divertida y espontánea como él. Con los años me había encariñado con todas las novias y prometidas de mis hermanos. Por eso, no me sorprendió cuando añadió: —Quiero conocer a Allison. De hecho, todos queremos conocerla. Tenemos que darle una bienvenida a la familia como Dios manda.

Sus palabras me tocaron la fibra sensible. No lo entendía. Se trataba de un matrimonio por conveniencia pero quería que Allison se sintiera a gusto con todos nosotros.

—Hablaré con ella para organizar una reunión —le aseguré.

Meredith ladeó la cabeza:

—Bien. Porque tenemos algunas preguntas para los dos sobre la ceremonia en el juzgado. Pero os daremos tiempo para que os organicéis primero.

—Vaya, qué noble de tu parte —dije para picarla.

—Claro que sí —dijo—. No esperes menos.

Pasé todo el día con mi familia y no miré el teléfono ni una sola vez. Afortunadamente, habíamos dejado de hablar de mi inminente matrimonio y pasado a otros temas. No revisé los mensajes hasta que salí de Essex.

Allison me había enviado uno unas horas antes.

Allison: ¿Cómo ha ido? ¿Qué ha dicho tu familia?

Sonreí mientras respondía.

Nick: Lo que suponía, que es una locura pero que nos apoyan incondicionalmente. Y puede que vayan al juzgado.

La abuela se niega a perderse una boda.

Allison: ¡Pero no es una boda de verdad!

Nick: No les importa. Y puede que lo haga más creíble. Empezaré con todos los trámites y te mantendré informada.

Allison: ¡Muchas gracias!

Iba a suceder. Allison y yo nos íbamos a casar, y estaba deseando que llegara el momento.

Capítulo Trece

Allison

Nick: Me estoy encargando de todo lo relacionado al trámite del matrimonio. Se supone que en una semana estará listo.

Menuda forma de empezar el día. Ni siquiera había empezado a tomar un café que ya tenía el corazón a mil por hora. Lo cierto es que las últimas dos semanas fueron tan intensas que estuve actuando en piloto automático. Los días eran interminables, y aunque se trataba de una boda sencilla, había un montón de cosas que organizar.

Allison: Gracias por ocuparte de todo.

Me llamó al segundo siguiente.

—¡Buenos días!

—¿Cómo puedes estar tan alegre? —pregunté entre risas.

—He tomado tanta cafeína que podría correr una maratón. Oye, Frances, mi asistente, me ha dicho que tenemos que elegir una sala del juzgado para celebrar la ceremonia.

Parpadeé:

—Pensaba que nos la asignarían aleatoriamente según el número de invitados.

—Sí, de eso quería hablarte.

Me sorprendí sonriendo sin motivo:

—No pudiste convencer a tu familia para que no vinieran.

—La verdad es que ni lo intenté. A los Whitley les encantan las bodas.

—¿Aunque no sea de verdad? —pregunté para asegurarme—. Saben que es una pantomima, ¿no?

—Sí, y les da igual. Mi abuela debe de pensar que quizás sea la única vez que me verá en esa situación, y no quiere perdérselo por nada del mundo.

Qué triste.

—Está bien, si son conscientes de qué va todo esto, nos vendrá bien la compañía.

—Genial. La familia está emocionada por darte la bienvenida.

De repente me sentí como si estuviese flotando entre nubes.

—Qué detalle tan bonito.

—Tenían ganas de conocerte desde que Jim y Nora fallecieron, pero ahora aún más.

—Estoy muy conmovida, Nick. — Que su familia apoyara a una desconocida me llenó de calidez—. ¿Viene alguien más de tu parte?

—No. ¿Y de la tuya?

—No lo sé. Se lo he dicho a mis padres, pero son demasiado mayores para viajar. —Me mordí el interior de la mejilla—. Les he contado a dos amigas que voy a casarme, pero no les dije la verdad, y sinceramente, no sé si quiero que estén. Es raro, ¿sabes? Muchas dejaron de hablarme cuando me hice cargo de los niños.

Me había vuelto muy selectiva con mis amistades después de perder a Nora. Mis dos mejores amigas, o al menos así las consideraba, solo me escribían para salir de fiesta. Mi respuesta había sido que me resultaba imposible, pero que podían visitarme en mi casa y ver una película juntas. Ese plan les resultó aburrido y ahí quedó todo.

Tenía otras amigas, por supuesto, llevaba casi seis años viviendo en Boston, pero no quería involucrarlas en esa nueva etapa de mi vida.

—Sophie y Bob quieren asistir a la ceremonia. Mi plan es avisarles por email un par de días antes, solo para complicarles la vida.

Nick se rió:

—Eres lista. Me encanta.

—Me siento como en una película... como si nada fuera real. ¿Tú cómo lo llevas? —Necesitaba saber que no era la única que lo sentía así.

—Cuanto más me comunico con el juzgado, más real se vuelve. Por cierto, tenemos que hablar de otra cosa. Creo que debería mudarme a tu casa antes de firmar cualquier papel.

—Oh, claro. Ni siquiera lo había pensado.

De repente, sentí como si me hubieran sumergido en una bañera llena de agua caliente. Notaba un calor extraño entre los muslos.

—Primero tengo que comprar un sofá cama. El que tengo es... demasiado pequeño.

—Puedo llevar el de mi ático —se ofreció.

—¿Se hace cama? Lo pregunto porque tienes muchos dormitorios y no tendrías por qué tener un sofá para visitas.

—No te preocupes, aunque nunca lo he abierto, parece muy cómodo.

—¿Crees que cabrá en mi salón?

Hubo una pausa.

—No tengo ni idea.

—¿Traerás más muebles? —pregunté entre risas.

—No, no es necesario. Tienes todo lo que necesitamos.

—Excepto espacio —respondí.

—Hay mucho espacio. ¿Sabes qué? Voy a probar el sofá que tienes ahora, y si me resulta incómodo, entonces llevaré el de mi ático.

—Vale.

Esto no es real. Esto no es real. No podía quitarme esa sensación de encima.

—Bien, tú te encargas del trámite de matrimonio. ¿De qué me encargo yo? ¿Nos falta algo?

—Allison, te noto tensa.

—¿Tan obvio es? —pregunté entre risas.

—Tu voz suena diferente.

—Es que todo va demasiado rápido —respondí, encogiéndome de hombros.

—Podemos posponerlo, si quieres.

—No, Bob y Sophie no dejan de recordarme que quieren la custodia. Y, sinceramente, no creo que vaya a acostumbrarme nunca a esto que estamos planeando. Me he resignado al hecho de que el futuro será bastante caótico.

Nick chasqueó la lengua y dijo:

—Eso no puede ser. Como tu futuro marido, no puedo permitirlo.

Sentí mariposas en el estómago. Mi corazón dio un vuelco y parecía que se me iba a salir del pecho.

Tu futuro marido. ¿Era una locura que me gustara cómo sonaba, por más que supiera que no era auténtico?

—¿Y qué piensas hacer al respecto, futuro marido? —pregunté en tono burlón.

—Impedir que pases las próximas semanas estresada.

—No creo que puedas evitarlo.

—Yo sí lo creo.

—A ver... cuéntame.

—Lo primero que se me ocurre, por supuesto, es hacer que te distraigas. ¿Puedes pedirle a Doreen que cuide a los niños el viernes o el sábado por la noche?

Mi estómago dio otra vuelta. La sensación estaba empezando a abrumarme:

—Claro.

—Bien, ya me encargaré de pensar en algo.

Me emocionaba la idea de volver a estar a solas con Nick. Pero... ¿era lo más sensato?

La última vez, no podía dejar de mirarlo. Mi cuerpo se aceleró solo por estar sentada a su lado en el columpio. Ahora, más que nunca, debía poner distancia, porque pronto empezaría a vivir con él. Hasta ese momento, mirarlo cuando venía de visita dos veces por semana, me parecía inofensivo. Era muy atractivo, y yo estaba soltera; cada uno tenía su propia vida.

Pero ahora las cosas serían diferentes. Íbamos a vivir juntos.

¿Podría haberle puesto cualquier excusa y rechazar su propuesta? Claro, sería lo más sensato. ¿Fue lo que hice? Por supuesto que no.

—Te avisaré cuando Doreen me confirme su disponibilidad —respondí.

—Perfecto. Ojalá pueda el viernes *y* el sábado.

—¿Nos quedaremos el viernes hasta tarde? Porque entonces debería decirle que se quede a dormir aquí.

—Mejor aún. Pídele ese favor.

—De acuerdo. —Todas mis partes íntimas ardían.

¿Cuánto tiempo hace que no estoy con un hombre?

Demasiado.

—Eso me da mucho tiempo para ayudar a que te relajes —añadió con picardía.

—¿Necesitas dos días?

—Sí, me tomo muy en serio mis obligaciones como falso prometido.

—Pinta bien. Gracias, Nick —bostecé.

—¿Vas a acostarte temprano? —preguntó.

—Sí, así es mi glamurosa vida.

—Pronto será *nuestra* glamurosa vida.

Tragué saliva. ¿Cómo íbamos a conseguir vivir juntos?

Estaba a punto de cancelar los planes para el fin de semana. Pero al final, me contuve.

—Estoy deseando verte el viernes.

—Yo también.

Capítulo Catorce

Nick

Siempre me había guiado por dos principios fundamentales: aceptar las cosas tal como vienen y cumplir con mis responsabilidades. Aunque me gustaba anticiparme a los acontecimientos, nunca imaginé que mi madre se enteraría tan pronto de mi inminente boda.

—¿Cómo es que mi hijo se va a casar y me vengo a enterar por otras personas? —dijo en lugar de saludar.

Lo normal era que yo la llamara para evitar interrumpirme en reuniones o asuntos laborales. Pero eran las siete y media de la mañana, y sabía que no tenía ninguna reunión tan temprano. Como estaba en Asia, había perdido completamente la noción del huso horario e ignoraba si allí ya habría anochecido.

—¿Quién se ha chivado? —pregunté, mientras tiraba la ropa que me iba a poner sobre la cama.

—No importa. ¿Creías que no me enteraría?

—Mamá, tenía pensado contártelo.

—¿Cuándo? Tengo que organizarme y comprar los billetes.

Me quedé inmóvil mientras descolgaba una corbata:

—¿Vas a venir?

—¡Nick! ¡Por supuesto! —Era la primera vez en años que le oía hablar con tanto ahínco.

—Quien sea que se haya chivado, te habrá contado los *motivos*, ¿verdad?

—Sí, estoy al tanto de todo.

—¿Y aún así quieres venir? —volví a preguntar.

—Pues claro. Va a ser un momento muy bonito y quiero estar presente.

—Pero no hay nada que celebrar —le repetí.

—No estoy de acuerdo. Mi hijo está dando un gran paso para que los hijos de su mejor amigo estén en buenas manos.

Su comentario me dejó sin palabras.

—No te preocupes por los billetes de avión. Yo los compro.

—Tonterías. Me encanta que mis hijos se preocupen por mí, pero gano bastante con mis clases de yoga y pilates. Además, el coste de la vida es muy bajo aquí en Bali. —Últimamente pasaba allí la mayor parte del tiempo, aunque saltaba de una isla a otra de Indonesia.

—Yo me encargo del pasaje —insistí—. Con tan poca antelación va a costar un ojo de la cara. ¿Cuánto tiempo quieres quedarte?

—Depende de cuándo sea. Tengo algunos retiros planificados.

—Mamá, de verdad, no tienes por qué venir... —insistí, pero ella me interrumpió.

—No me lo perdería por nada del mundo, y no pasa nada si tengo que cancelar un retiro. Además, os echo de menos, a los tres. —Tras una pausa, añadió—: A menos que...

—¿A menos que qué? —pregunté.

—A menos que creas que sería muy incómodo para tus medio hermanos.

Respiré hondo. Por más que pasara el tiempo, ese tema siempre sería difícil. Mis hermanos y yo estábamos más unidos que nunca, pero no sabía cómo sería la situación con mi madre. Sin duda, iba a ser incómodo. Gabe era el único que la había conocido y tratado educadamente, pero eso no significaba que los demás fueran a reaccionar igual.

—Seguro que todo saldrá bien. —Nunca permitiría que mi madre pasara un mal rato, independientemente de lo que cada uno sintiera.

—Entonces estoy deseando que llegue el momento. ¿Hay algún código de vestimenta?

—Es solo una ceremonia en el juzgado.

—Ah.

Me reí:

—¿Te decepciona cruzarte medio mundo solo para eso?

—¿No habrá fiesta?

—No, almorzaremos todos juntos en un buen restaurante.

—Bueno, lo importante es la compañía. Ahora, cuéntame de Allison. Creo que nunca he oído nada sobre ella.

Renuncié a la idea de vestirme mientras hablábamos y salí a la terraza con vistas a Boston. Echaría de menos el paisaje, pero era por una buena causa. Además, solo sería por un tiempo. ¿Quién sabe? Si la situación se alargaba demasiado, quizá nos mudaríamos todos a mi piso. Estaba seguro de que a los mellizos les encantaría tener una sala de juegos. El agente inmobiliario que me vendió el ático dijo que era perfecto para una familia. En aquel momento me había partido de risa, pero ahora veía las ventajas.

Joder, voy a tener una familia. El matrimonio podría ser una farsa, pero la responsabilidad hacia los niños era real. Quería cuidar de los mellizos genuinamente, y que tuvieran lo mejor.

Y quería lo mismo para Allison.

—Allison es genial. Es directora financiera de una gran empresa y muy trabajadora. Se hizo cargo de sus sobrinos inmediatamente después del accidente.

—Pero, ¿cómo es como persona?

—No la conozco muy bien.

—Eso no puede ser. —Como de costumbre, mi madre fue directa al grano.

—Hace solo unos meses que empecé a tratar con ella. Es una persona muy cálida y dedicada.

—Y guapa, según he oído.

—A Leo se le ha ido la lengua, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, puede que me haya dicho que a ti te parece muy guapa.

Cerré los ojos con fuerza y los abrí de nuevo. No quería ser grosero con mi madre, pero más tarde hablaría con Leo. No tenía por qué haber mencionado ese tipo de cosas, ya que la situación ya era bastante difícil y confusa.

—Eso es irrelevante, mamá.

—Está bien.

—Por el momento, vamos a compartir una casa y nuestras vidas. Más adelante, cuando se calme la batalla por la custodia, cada uno seguirá su camino.

—Sí, sí. Lo entiendo —dijo mi madre. Noté que estaba conteniendo la risa—. Estoy segura de que todo saldrá según lo planeado.

No pude resistirme:

—¿Te estás riendo de mí?

—Nick, te conozco... Vas a vivir con una mujer preciosa y, de alguna manera, crees que...

—Mamá, no me estás ayudando —dije respetuosamente.

—Vale, lo siento. No quería entrometerme. Bueno, estoy deseando veros a ti y a tus hermanos. Y conocer a Allison, por supuesto, y a los mellizos.

—Te gustará Allison.

—No lo dudo. Si a ti te gusta, debe de ser muy especial.

—Lo es. —Volví al interior del ático—. Tengo que irme, mamá.

—Claro. —Y tras una breve pausa, añadió—: Nick, estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, mamá. Significa mucho para mí.

Después de colgar, me puse el traje y salí. No solía vestirme tan formal, pero tenía una reunión importante y quería estar a la altura. Los trajes y las corbatas me daban un toque sofisticado.

La reunión era en dirección opuesta a mi oficina, pero no muy lejos del edificio de Allison. Estaba deseando que llegara el fin de semana, pero entonces pensé que podía hacer algo para que se relajara unos días antes.

Sabía exactamente qué le vendría bien, así que le envié un mensaje a Frances por el camino. Allison había dicho que le gustaba hacer baños de inmersión, y se me ocurrió algo aún mejor.

Pensé a quién podría preguntarle sobre los gustos de Allison, pero no tenía ningún contacto con sus amistades. Mi único vínculo había sido Nora, y nunca habíamos hablado de su hermana. Solíamos compartir barbacoas y disfrutar de buenos momentos. Sin embargo, tras el nacimiento de los niños, mantener una conversación se volvió complicado, ya que toda su atención se centraba en ellos.

No, no sabía mucho sobre Allison. Pero tendría muchas oportunidades para averiguarlo.

De momento, le prepararía una bonita sorpresa.

***

Allison

Había días en los que me encantaba llevar tacones, y otros en los que soñaba con ponerme unas chanclas en cuanto me sentaba en mi escritorio. Ese era uno de esos días.

Derek me había enviado los detalles de la bonificación por aceptar el proyecto de fusión y adquisición de la nueva empresa. Sin embargo, esta cantidad no era suficiente para justificar el tiempo extra que demandaría. Esto me enfrentaba a un dilema: rechazar un proyecto laboral por primera vez en mi carrera, lo que me hacía temer que Derek dudara de mi compromiso como trabajadora.

Pero quizá fuera lo mejor. Antes no imponía mis propios límites porque el trabajo era lo primero, pero había dejado de serlo. Annie y Jack eran mi máxima prioridad.

Mientras redactaba un breve y conciso correo electrónico para Derek, sentí una sensación de alivio. Aunque temía las posibles consecuencias de una acción imprudente, no iba a dejar que el miedo me paralizara. Era una excelente directora financiera. Y si ya no me querían en la empresa, conseguiría un nuevo trabajo. Había llegado a lo más alto de mi sector en tiempo récord. Nadie me iba a quitar ese logro.

Después de enviar el correo, miré mi teléfono y vi que tenía un mensaje de Nick.

Nick: Tengo una sorpresa para ti.

Me había enviado un enlace a la página web de *The Relaxing Oasis*. Las fotografías mostraban un baño turco, una sauna y hasta varias piscinas pequeñas con agua caliente. Solo con mirar las imágenes ya empezaba a relajarme y a sentir cómo se aflojaban mis músculos. Luego revisé el resto de los mensajes.

Nick: ¿Qué te parece pasar una tarde allí? Yo me quedaré con los niños.

Ay, no puede ser más mono.

Nick: Compraré el vale, así no tendrás que preocuparte de nada. Yo invito, por supuesto.

Sonreí de oreja a oreja. Nick Whitley era una persona increíble, y de gran corazón. Que estuviese bueno de cojones y la fuerte

atracción que sentía por él no le quitaba mérito.

Allison: No tienes que invitarme. Puedo pagarlo yo.

Nick: Lo sé, pero fue idea mía.

Mmm. Por lo que lo conocía, sabía que jamás aceptaría mi dinero. No sé qué me llevó a escribir el siguiente mensaje, pero me di cuenta de lo que hice después de enviarlo.

Allison: Está bien. Acepto tu invitación pero con una condición: que vengas conmigo. Le preguntaré a Doreen si puede cuidar a los peques.

Nick: Trato hecho.

Madre mía, en la que me he metido yo solita. ¡Tendría que ponerme un bikini delante de Nick! Y él, con bañador o una toalla. Ya me costaba mantener la compostura cuando estaba completamente vestido. ¿En qué estaba pensando al pedirle que me acompañara a un espacio reducido donde estaríamos ligeros de ropa?

¿Era una locura? Sí. ¿Estaba pisando terreno peligroso? Totalmente.

¿Me arrepentía de habérselo pedido?

Ni un poco.

Capítulo Quince

Allison

El resto de la semana transcurrió con más tranquilidad, y el plan de *The Relaxation Oasis* me tenía muy entusiasmada.

Derek se había mostrado muy comprensivo, aunque su correo electrónico me hacía sospechar que eso podría volverse en mi contra en algún momento.

Allison, claro que entiendo que tus circunstancias han cambiado. Encontraré otra solución.

Pero, sinceramente, no me importaba.

Llegué a *The Relaxation Oasis* justo a las seis en punto. Era un edificio discreto de ladrillos rojos, que, por su ubicación, probablemente había sido un almacén en el pasado.

—Tan puntual como de costumbre —dijo una voz a mi derecha.

—¡Oh, lo siento! No te había visto —respondí, sobresaltada.

Nick, vestido con vaqueros y un polo, estaba demasiado sexy.

Oh, Dios mío. Ya estaba nerviosa y aún no se había quitado la ropa.

—¿Lista para entrar? —preguntó, pasándose la mano por el pelo.

Me encantaba cuando se lo acomodaba con los dedos y algunos mechones le caían sobre los ojos.

—Sí. ¿Ya habías venido antes?

—No, nunca.

—¿Cómo lo has encontrado? —pregunté, mientras me abría la puerta.

Desde el momento de la entrada, el local ofrecía un ambiente relajante, aroma a incienso de jazmín y luces tenues. Los bordes del suelo estaban iluminados con velas decorativas.

—Recordé que te gustan los baños calientes y le pedí a Frances que me buscara un *spa*.

Volví la cabeza hacia él, con la boca abierta por la sorpresa:

—¿De verdad le has pedido eso a tu asistente?

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Porque tú eres de las personas que les gusta improvisar sobre la marcha.

Me guiñó un ojo y respondió:

—Eso no significa que no me guste planificar algunas cosas con antelación. Aunque no me haya encargado de ello personalmente...

—Es casi lo mismo —terminé por él.

—Exacto —se rió mientras llegábamos a la recepción, donde una joven morena nos sonrió.

—Bienvenido señor Whitley. Y usted debe de ser...

—Allison.

El personal nos atendió muy bien y ya estaba al tanto de nuestra cita.

—Tienen a su disposición todo el espacio durante dos horas.

Nick entrecerró los ojos:

—Me gustaría ampliarlo a toda la tarde.

—Me temo que no es posible.

—Dos horas son más que suficientes —respondí, preguntándome a qué se refería la recepcionista cuando dijo "todo el espacio".

—Como van a estar solos, no hace falta que les entregue las llaves de los vestuarios.

Parpadeé varias veces:

—¿Vamos a estar solo nosotros dos?

—Así es. El señor Whitley ha reservado todo el *spa*.

Me quedé boquiabierta y me volví para mirarlo. *Esa sonrisa... no puede ser más pícara y seductora*. Ya estaba ardiendo, y ni siquiera habíamos llegado a la sauna.

La mujer señaló a la izquierda y dijo:

—El vestuario de hombres está en la planta superior y el de mujeres al otro lado. En su caso, pueden utilizar el mismo espacio para cambiarse. —Le sonrió a Nick como si él le hubiese bajado la luna... y no podía culparla.

—Si necesitan algo más, estamos a su disposición. —Se volvió hacia mí con una sonrisa radiante—. Su prometido es un hombre muy generoso.

Estaba demasiado atónita para responder, así que me limité a sonreír y asentir.

Cuando la recepcionista se marchó, miré a Nick. Su sonrisa era aún más presumida que antes, si es que eso era posible.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó en tono juguetón.

—No, tú me la has comido. —No me percaté de lo mal que sonaba eso hasta que lo dije. *Dios mío*. Y la velada no había hecho más que empezar—. Nick, no puedo creerlo... Esto es demasiado.

—Allison... conmigo todo es a lo grande. La vida es demasiado corta para hacer las cosas a medias.

¿Cómo no estar de acuerdo?

—Gracias. Esto es más de lo que jamás podría haber imaginado.

—Pensé que estarías más a gusto sin gente alrededor.

—Tienes razón. Voy a cambiarme. Oh, ni siquiera te lo he preguntado. ¿Se puede ir en bikini a la sauna y al baño turco? ¿O tengo que estar...? —Me daba vergüenza pronunciar la palabra *desnuda*, lo cual era absurdo. Éramos adultos, en la treintena, no adolescentes.

—Con bañador está bien —dijo Nick, y su voz ya no sonaba tan indiferente.

—Genial. ¡Ahora te veo!

Era una sensación extraña estar completamente sola en un vestuario. En lugar de usar los cubículos, dejé la ropa sobre el mostrador grande frente al espejo y me puse el bikini. Aunque no había podido ejercitarme como antes, me sentía orgullosa de mi cuerpo; los mellizos me mantenían activa, lo cual era de gran ayuda.

La culpa por estar lejos de los niños volvió a carcomerme por dentro y me reprendí a mí misma.

Paso todas las tardes con ellos. Puedo tomarme un descanso.

Aunque ya le he avisado a Doreen para el viernes y el sábado...

¡Basta! ¡A disfrutar se ha dicho!

Y eso hice. Me recogí el pelo con una goma elástica y salí del vestuario. Cuando vi a Nick, casi me trago la lengua.

Estaba absolutamente irresistible en bañador. Dios mío, ¡qué abdominales! ¿Cómo era eso posible? Cuando iba al gimnasio, veía a muchos hombres entrenados, pero Nick parecía esculpido a mano.

Esa tableta de chocolate y la uve que desaparecía bajo el bañador... *Joder*. Y sus brazos fuertes y trabajados complementaban su altura y corpulencia a la perfección.

—¿Me estás escuchando?

Su tono daba a entender que me había preguntado algo y estaba esperando mi respuesta. Pero mirar a Nick Whitley era un esfuerzo que requería todo mi cuerpo. Mis oídos no funcionaban en absoluto.

—¿Mmm? —pregunté.

Él sonrió:

—¿Qué te apetece hacer primero?

—Entremos en una de las pequeñas piscinas. No, espera, mejor la sala de vapor. —Me reí—. No puedo decidirme. ¿Tú tienes alguna preferencia?

—Voto por la piscina.

Asentí:

—En realidad, no me agrada la idea de meterme en una piscina después de usar el baño de vapor o la sauna. Por mucho que me duche, siento que no logro quitarme todo el sudor. —Hablaba muy rápido, algo que me pasaba cuando estaba nerviosa, aunque esperaba que no se diera cuenta.

Caminé delante de él para evitar mirarlo tan descaradamente. Si seguía así, al final lo notaría.

Usamos las duchas que había junto a la piscina. El agua estaba agradablemente caliente, lo que me relajó al instante. Odiaba las duchas estaban frías, no le veía sentido, salvo para provocar hipotermia.

Después, bajé con cuidado los escalones. El agua estaba perfecta. El fondo de la piscina era de color azul oscuro con luces iridiscentes que parecían el cielo estrellado. La iluminación general de la zona estaba atenuada.

Nick tenía razón: tener el *spa* para nosotros solos era mucho más relajante. No se escuchaban voces, no había nadie en el agua y ni leyendo revistas en las tumbonas.

Había una enorme claraboya en el techo, y me recosté para admirar la vista.

—Esto es increíble —dije.

—Sí, realmente lo es.

Miré a Nick, que tenía la vista clavada en mí.

Tragué saliva. ¿Había sido un error ir juntos a un *spa*? No, solo eran los nervios. Nick estaba siendo muy amable. Eso era todo.

—Gracias por invitarme.

—De nada. Y, por cierto, hay más.

—¿Ah, sí? —pregunté, mientras se acercaba a mí.

Oh, no, no. No podía soportar ver su torso perfectamente esculpido. ¿Acaso quería que me desmayara? ¿Era ese su propósito final? Sentía que estaba al borde del colapso.

—No te adelantaré nada.

Me sumergí en el agua y nadé de espaldas para tener algo en qué ocuparme. Pero la piscina era pequeña, y no se podía dar más que un par de brazadas. Me pregunté qué sentido tenía poner tantas tumbonas alrededor, si con diez personas bastaría para estar apretujados como sardinas.

—¿Te estás relajando? —preguntó.

—Sí —respondí con sinceridad, y volví a mirarlo.

Se había metido en el agua conmigo. *Menos mal, así es más seguro*. A ver... sus ojos también eran sumamente atractivos, pero al menos ya me había acostumbrado a ellos. Pero no podía con esos músculos.

—Ha sido una semana dura —concluyó.

—He tenido semanas más duras, pero esta en particular ha sido intensa. No dejo de preguntarme si he tomado la decisión correcta en un aspecto.

—¿Quieres contármelo?

Me sorprendió su pregunta. Nunca había tenido a nadie con quien hablar de temas de trabajo; ni siquiera con mi pareja solía hacerlo.

—Mi jefe me ha pedido que me encargue de un proyecto extra, una fusión de dos empresas.

Nick frunció el ceño:

—¿Una fusión y adquisición? Eso es un montón de trabajo.

—Sí, lo sé. En el pasado, lo habría hecho sin pestañear. Pero ahora con los mellizos...

—Allison —dijo Nick—. A partir de ahora cuentas conmigo para lo que sea, y si te apetece participar en el proyecto, deberías hacerlo.

Dios mío, ¿el agua se había calentado de repente? Necesitaba respirar.

No. En realidad era yo, que me estaba derritiendo.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

Negué con la cabeza:

—No sé qué decir.

—Somos un equipo, Allison. No lo olvides nunca.

—Vaya.

Nick se acercó con el ceño fruncido, y sus irresistibles abdominales volvieron a captar mi atención, lo que me puso nerviosa de nuevo.

—¿Por qué te sorprende? —preguntó.

—Porque hasta ahora nunca lo había pensado así.

—¿No te dio pistas el hecho de que esté dispuesto a casarme contigo? —preguntó, arqueando una comisura de la boca.

—Tienes razón. Es solo que... no sé... Soy consciente de que quieres echarme una mano, pero esto es otra cosa. Sería como compartir las responsabilidades con otra persona, y es algo nuevo para mí.

—Para mí también, y espero no estropearlo. Ya lo resolveremos de alguna manera. Tengo mucha confianza en que todo saldrá bien.

—Eso es porque siempre tienes confianza en el futuro.

Le di un golpecito en el hombro de broma, pero acabé con la palma de la mano en su pectoral. Era aún más firme de lo que había imaginado. Estaba desesperada por comprobar la dureza de sus abdominales.

Un suave gemido escapó de sus labios e inmediatamente retiré la mano.

—Es verdad. —respondió, aclarando su garganta. Di un paso atrás en el agua, pero no llegué muy lejos porque estábamos casi en el borde—. Bueno, cuéntame. ¿Qué pasó con el trabajo?

—Por primera vez en mi vida, exigí que me pagaran más por el proyecto. Normalmente, me limitaba a decir que sí y esperar con los

dedos cruzados una bonificación. El dinero que me ofrecen no es suficiente para las horas que tendría que dedicarle, así que lo rechacé. Y para mi sorpresa, me siento muy bien por haberlo hecho.

Nick sonrió:

—Eso está muy bien. Que seas consciente de lo que vales y pedir que te paguen por ello.

—Exacto.

—Solo para que lo sepas, si en el futuro quieres aceptar un proyecto, podemos organizarlo juntos.

—Pero tú también estás a tope de trabajo. Si hasta tienes pensado abrir nuevas sucursales.

—Me las arreglaré.

Por primera vez, me di cuenta de que su confianza me tranquilizaba. No tenía que estar todo el tiempo en tensión pensando en lo que podía salir mal.

—¿Qué te parece si nadamos un rato? —sugerí.

—Hazlo tú. Esta piscina es tan pequeña que llegaría al otro lado en tres brazadas.

Puse los ojos en blanco mientras flotaba hacia atrás:

—No me refería a nadar propiamente dicho, sino solo a movernos un poco.

—Está bien. Me gusta mirarte.

Nos quedamos en silencio mientras yo seguía nadando de espaldas. Me di la vuelta y nadé en dirección contraria, con el único sonido del agua en movimiento. *Es mejor tenerlo fuera de mi vista.*

Me relajé hasta que me topé con una pared de músculos, lo que me hizo enderezarme de inmediato. Al girar, rocé accidentalmente sus increíbles abdominales con el antebrazo y la palma de la mano.

—Vaya, Allison.

Di un salto hacia atrás:

—Lo siento, Nick. No te había visto.

—Me cambié de sitio, debería haberte avisado —dijo él, con la voz ligeramente más ronca.

Me dedicó una sonrisa forzada mientras me alejaba unos pasos hacia atrás. Apoyó los brazos en el borde de la piscina, como exhibiendo sus bíceps.

Un momento. Su cara reflejaba una sonrisa de satisfacción. Lo *estaba* haciendo a propósito.

¡Mierda! Eso significaba que se había dado cuenta del efecto que tenía sobre mí.

Estaba perdida.

Capítulo Dieciséis

Allison

—Voy a probar la sauna de vapor —dije.

—Claro. ¿Quieres ir sola o te acompaño?

Ven conmigo, quítame el bikini y hagámoslo, por favor.

Me moría por decirle eso, pero tampoco podía decir que prefería ir sola. Y, a decir verdad, quería estar con Nick. A pesar de la fuerte atracción que sentía, disfrutaba de nuestras conversaciones y me *caía* muy bien. Que no pudiera resistirme a él lo complicaba todo.

—Claro, prefiero ir contigo.

—Entonces vamos.

Después de otra ducha rápida, nos dirigimos a la sala donde un denso vapor emanaba un increíble aroma a citronela.

Me senté en un banco y Nick en el otro. Había espacio suficiente entre nosotros como para que cada uno tuviese cierta intimidad.

Rápidamente descubrí otra ventaja: el vapor era tan espeso que complicaba el contacto visual. Con lo cual podía contemplar a mis anchas a ese magnífico espécimen. *Genial*.

Nick estaba sentado con un pie apoyado en el banco, ligeramente ladeado, descansando sobre una palma. Hasta sus pantorrillas eran puro músculo. Era, sin duda, el hombre más atractivo que había visto en mi vida.

Tragué saliva con dificultad cuando volví la vista para asegurarme de que el vapor aún impidiera el contacto visual. Se había disipado... y por la sonrisa de Nick, supe que se había dado cuenta.

—No te cortes, Allison.

—¿Qué dices?

—¿Quieres que me acerque para que me veas mejor?

¿Y ahora qué hago? ¿Hacerme la desentendida o negarlo todo?

No tenía sentido negarlo, había sido demasiado evidente.

—Nick... —susurré.

—Podemos hacer de cuenta que nada ha pasado.

—Ja. Por tu sonrisa sé que no lo vas a dejar pasar.

—Lo siento, es que es divertidísimo. Qué lista has sido al esperar el momento justo para echarme un repaso.

—Pensé que no te darías cuenta —dije, con la respiración entrecortada.

La risa de Nick hizo vibrar su pecho, realzando aún más sus abdominales. *¡Madre mía!*

—Para que quede claro... noté que me estabas mirando porque yo también tenía los ojos puestos en ti.

Todo mi cuerpo se tensó. Nick me estaba mirando y no me había dado cuenta.

—Tampoco es la primera vez que lo hago —continuó, como si me hubiera leído la mente.

—¿Qué? —balbuceé—. Pues no me he dado cuenta.

—Entonces soy más disimulado de lo que pensaba.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Finalmente, murmuré:

—Nick, no creo que esto sea buena idea.

Se levantó y se sentó a mi lado en el banco:

—Es una pésima idea, por supuesto. Vamos a vivir juntos.

—Sí, y por eso mismo deberíamos parar cuanto antes —respondí, antes de aclararme la garganta.

—Allison —dijo inclinándose hacia mí—, teniendo en cuenta que a los dos nos pasa lo mismo, no creo que sea posible.

No podía rebatir su argumento. Tenía toda la razón.

—No sé qué debo hacer a partir de ahora.

Su cercanía lo hacía más difícil, pero tampoco quería alejarme. De hecho, lo único que deseaba era acercarme más, y sentir su piel contra la mía.

—¿Cómo hemos llegado a esta situación?

—No lo sé —admitió Nick.

Para mi sorpresa, era la primera vez que no me decía "Tranquila, ya veremos qué pasa, todo saldrá bien". Un indicio de que estaría haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener el control en ese momento.

Fui yo quien sucumbió al deseo... apenas... lo suficiente para que nuestros hombros entraran en contacto. Pensé que me bastaría con ese ligero roce, pero desencadenó una reacción por todo mi cuerpo que me pedía más a gritos.

Respiré hondo, para armarme de valor, y exhalé lentamente.

—Joder —susurró Nick—. Esto es lo más difícil del mundo. —Su voz era muy baja y grave, como si le costara horrores pronunciar las palabras.

Cerré los ojos con la esperanza de que eso me ayudara a poner distancia, pero todo mi ser me imploraba que me acercara aún más a él. Acto seguido, sentí un movimiento y abrí los ojos.

Nick se había apartado, apenas unos centímetros, pero esa pequeña distancia bastó para romper el encanto. Negué con la cabeza, me erguí y me alejé. Nos mantuvimos en silencio, aunque percibía su respiración agitada.

Me arriesgué a mirarlo y vi que Nick se aferraba al borde del banco de madera. Su control pendía de un hilo.

—Allison...

Por cómo pronunció mi nombre estuve a escasos segundos de subirme a su regazo. Y como no dijo nada más, le pregunté en un susurro:

—¿Sí?

—¿Por qué no vas tú primero y te das una ducha?

Parpadeé a la vez que intentaba asimilar sus palabras. ¿Qué quería decir con eso? Si había un montón de duchas allí y estábamos solos.

¡Ah! Nick necesita que me vaya ya mismo o no responderá de sus actos.

—Sí, claro.

Me levanté y mientras me envolvía torpemente en la toalla, se me cayó sin querer.

—Dios —gruñó Nick.

Una descarga de energía me atravesó. Ni siquiera me atreví a mirarlo; me limité a coger la toalla del suelo, pero él volvió a gemir. No entendí lo que estaba sucediendo hasta que noté que mi bikini se había movido, exponiendo mi trasero.

Salí de la sala de vapor sin mirar atrás, respirando hondo en un intento inútil de calmarme. Ignoré las tres duchas cercanas y me dirigí a los vestuarios. Necesitaba ganar tiempo para que a *ambos* se nos pasara el calentón. Aplicarme gel de ducha, champú y hasta crema corporal sería la excusa perfecta.

Mientras me enjuagaba el pelo, miré mi anillo, que me recordó que todo aquello era una ilusión. ¿Cómo íbamos a seguir adelante con esa farsa? En la sala de vapor la realidad se impuso sin barreras: era innegable que nos sentíamos atraídos el uno por el otro. ¿Íbamos a ser capaces de fingir que no pasaba nada? ¿Era lo correcto?

Siempre había sido una persona muy decidida en mi vida. Desde muy temprano tuve claro que quería ir a la universidad, y en cuanto empecé mi carrera, supe que quería ser directora de finanzas. Cuando ocurrió lo de mi hermana, no dudé un segundo en hacerme cargo de los mellizos. Nunca me arrepentí de nada; cada vez que tomaba una decisión, seguía para adelante sin mirar atrás.

Pero en ese momento, estaba perdida. Y no podía llamar a mi hermana Nora para pedirle consejo, como siempre había hecho. *Dios, cómo la echo de menos*. Era mi confidente y consejera, y aunque podría preguntarle a mis padres si estaba haciendo lo correcto, no quería preocuparlos sin motivo. Ya estaban muy afectados por la muerte de su hija; no era justo cargarles más problemas.

Al salir de la ducha, decidí seguir el ejemplo de Nick. Si él fingía que nada había pasado, yo también. No sabía cómo, pero estaba decidida a intentarlo.

Me sequé el pelo con una toalla antes de vestirme y salir del vestuario. Nick ya estaba sentado junto al mostrador de recepción, en un sillón de cuero, con un enorme vaso de zumo de naranja. Se levantó y me dedicó una de esas sonrisas devastadoramente encantadoras que me derritieron las bragas. Ni siquiera pude devolverle la sonrisa; aún no estaba recuperada, y era evidente que él tenía más control sobre sí mismo.

—¿Quieres algo de beber? —ofreció—. El zumo de naranja está muy bueno.

—No, gracias. He bebido agua con limón en los vestuarios.

—Entonces, ¿estás lista para irnos? —preguntó, y asentí en respuesta.

La recepcionista salió a nuestro encuentro:

—Ha sido un placer tenerlos hoy aquí, pero ¿ha pasado algo que les haya obligado a retirarse antes del *spa*?

Eché un vistazo al reloj: todavía nos quedaba media hora. No sabía qué decir.

Nick carraspeó:

—Ha estado todo perfecto, pero tenemos que irnos.

—De acuerdo. —La mujer seguía mirándonos con recelo mientras nos despedíamos.

No cursamos palabras mientras salíamos del *spa*. Una vez en la calle, Nick se volvió hacia mí:

—Allison, ¿cómo estás?

Respiré hondo y me atreví a mirarlo. Me bastó con una simple mirada para que todo mi cuerpo vibrara.

—Un poco confundida —susurré.

Está claro que no soy capaz de fingir que no ha pasado nada.

Nick ladeó la cabeza:

—Entonces vayamos a tomar algo y aclarar las cosas.

Por instinto, supe que no era una buena idea. Él todavía me afectaba demasiado.

—Esta noche no puedo.

—No pasa nada. Mañana nos vemos —dijo con un brillo en la mirada.

Dios mío, había olvidado que íbamos a salir al día siguiente. Lo que significaba que tenía menos de veinticuatro horas para aclarar mi mente.

Capítulo Diecisiete

Allison

A la noche siguiente, seguía tan confundida como la anterior. Estaba esperando que Nick me recogiera. Siempre me ponía nerviosa antes de verlo, pero esa vez era completamente diferente. No dejaba de repetirme a mí misma que no pasaba nada, si ni siquiera nos habíamos besado la tarde anterior. Pero lo deseaba tanto que mi cuerpo se estremecía solo de pensar en sentir su boca sobre la mía.

Pero Nick y yo éramos adultos. Tendríamos que controlarlo.

Lo esperé en la acera y llegó justo a tiempo. Sonreí conforme se acercaba el coche y, cuando se detuvo, me subí inmediatamente.

—Quería bajarme a abrirte la puerta —dijo con el ceño fruncido.

—Gracias, pero no hace falta.

—¿Te parece bien si entro a saludar a los peques?

—No, por favor. Por eso te estaba esperando aquí fuera: si te ven, no nos dejarán ir.

Me sentí aliviada al ver que habíamos recuperado parte del vínculo natural que teníamos. Que la tensión sexual no era tan palpable. Quizás existía una posibilidad de dejar atrás lo que había pasado en el *spa*.

—Eso cambiará dentro de poco.

Sus palabras me llegaron como un cálido abrazo.

—¿Me vas a decir qué vamos a hacer o es una sorpresa?

—Voy a cocinar para ti —respondió con una sonrisa.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. —Me quedé atónita—. ¿Sabes cocinar?

—No se me da mal.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Entonces, ¿vamos a tu casa?

—¿Te parece bien? —preguntó, y me miró un momento antes de encender el coche.

—Sí, claro.

—Además, quiero que conozcas mi ático.

—¿Para qué?

—Para que lo tengas en cuenta por si tu casa se nos queda demasiado pequeña.

Tragué saliva:

—Es muy considerado por tu parte, gracias.

De camino, seguimos conversando de cosas cotidianas, y eso consiguió relajarme un poco. Llegamos a un impresionante edificio; era una de las torres más altas que había visto junto al paseo marítimo. Y cuando entramos a su ático, me pareció aún más impactante.

—¡Nick, es increíble!

Me enorgullecía mucho tener mi propia casa. Ser propietario ya era un gran logro, especialmente en Boston, una ciudad tan cara para un trabajador por cuenta ajena.

Pero eso era otro nivel.

—¡Y qué luminoso es! —El sol se estaba poniendo y las vistas desde el salón eran preciosas. Tenía suficientes ventanales en toda la sala como para contemplar los alrededores—. Parece que estemos en las nubes.

—Totalmente.

—¿Y aún así estás dispuesto a mudarte a mi casa? —pregunté, dándome la vuelta para mirarlo.

Nick se dirigió a la enorme cocina, que compartía el estilo moderno y minimalista del salón, con una paleta de colores en grises, negros y blancos. Tenía una nevera gigante, además de otra más pequeña para el vino, y una gran isla en el centro con una encimera de granito.

—Estoy enamorada de tu cocina.

Me guiñó un ojo:

—A mí también me gusta. Me salva que sea tan espaciosa porque soy muy desordenado —dijo.

—Mira que han pasado muchas cosas en este último tiempo, pero esto no me lo esperaba en absoluto.

—¿Qué quieres decir? ¿No me imaginabas con un sartén en la mano?

—Para nada.

—¿Por qué?

Buena pregunta.

Me devané los sesos tratando de encontrar una explicación.

—Es que siempre compras pizza para llevar... no lo sé. Lo siento, te he juzgado mal. —Negué con la cabeza—. ¿Qué vas a preparar?

—¿Te gusta la carbonara?

—¡Sí!

—Perfecto, pues eso es lo que vamos a comer. Tengo todos los ingredientes necesarios y se prepara muy rápido.

—Dios mío, qué vistas tan impresionantes. Me encanta ver la puesta de sol.

—Y desde mi habitación se ve el amanecer.

Ese íntimo detalle me hizo sonrojar al instante.

—¿Qué quieres beber? —preguntó mientras se disponía a cortar la cebolla y la panceta—. Tengo vino, obviamente —dijo, y señaló la nevera.

—No quiero beber alcohol. Miraré en la nevera a ver qué más hay.

—¿Te da miedo emborracharte conmigo, Allison? —preguntó Nick en tono juguetón.

Me quedé delante de la nevera y lo miré de reojo. Él me observaba y sentí cómo una corriente de calor me invadía todo el cuerpo.

—Es que no me apetece —susurré.

Sus ojos se oscurecieron un poco, pero asintió. Abrí la nevera y, una vez más, me quedé atónita con la cantidad de comida que tenía.

Había dado por hecho que, como toda persona soltera, incluso como yo antes de acoger a los mellizos, tendría la nevera vacía.

—¿Quieres que te enseñe el apartamento después de comer? ¿O antes? Puedo dejar la preparación en pausa unos minutos.

—Mejor comamos primero.

Saqué una jarra de zumo de naranja. Quizás con el estómago lleno me resultaría más fácil resistirme a él.

—No tardaré mucho.

—Yo puedo encargarme de poner los espaguetis en la olla —ofrecí, mientras él cascaba los huevos.

—Eso sería de gran ayuda.

Llené una olla con agua y cuando empezó a hervir, eché la pasta. A Nick le llevó solo unos minutos preparar la salsa.

—Una cena rápida —comenté.

—Desde luego. Me gusta cocinar platos más elaborados, pero no tengo mucho tiempo y para mí solo no vale la pena. Pero pronto ya no tendré ese problema, y podré cocinar para ti y los mellizos.

Y con ese comentario, el atractivo de Nick se disparó.

—¡Huele de maravilla! —exclamé unos segundos después, tratando de distraerme con otra cosa. El aroma de la cebolla se mezclaba con el de la panceta y las hierbas aromáticas.

Revolví varios cajones hasta que encontré una cuchara de madera, y cuando estaba a punto de probar la salsa, Nick me agarró la muñeca. Su contacto me quemó. Al levantar la vista hacia él, mi respiración se aceleró.

—No la pruebes hasta que esté lista. No sabe igual.

Sonreí, dando un paso atrás al liberarme. El simple roce de su mano en mi muñeca había encendido algo en mí.

Iba a hacer el ridículo esa noche. Lo sabía.

—Entonces esperaré que me des luz verde antes de hincarle el diente.

—Podrás probarlo cuando te sirva tu plato.

Mis hombros se hundieron:

—¡Qué aguafiestas!

—Los dos sabemos que eso no es cierto —dijo, justo después de acercarse e inclinarse levemente hacia mí.

Madre del amor hermoso. No era justo que me provocara así. ¿Cómo podía pasar tan fácilmente del coqueteo a conversar con normalidad? No podía seguirle el juego.

La comida estuvo lista en cuestión de minutos. Comimos en la pequeña mesa que tenía delante de la isla de la cocina.

Di un bocado y apenas pude reprimir un gemido:

—Está delicioso. Eres muy buen cocinero.

—Gracias. Empecé a cocinar de niño, cuando mis hermanos mayores tenían muchas extraescolares y no podían ocuparse. Mi madre hacía todo lo que estaba a su alcance, pero con dos trabajos, las tareas de la casa las teníamos que hacer nosotros.

—Sigo sin poder creerlo —admití—. Que pasárais apuros con un padre multimillonario.

Nick se encogió de hombros:

—Yo tampoco lo entiendo, ni cómo mi madre creyó sus mentiras, pero hay que tener en cuenta que entonces no existía Internet ni las redes sociales. Vivíamos en Maine, y no nos enterábamos de lo que ocurría en otros estados. Mi madre tendría que haber ido a Boston a investigar, pero no me la imagino haciendo algo así. Sin embargo...

—¿Pero tu padre no contribuía en nada?

—Sí, pero no lo suficiente como para que mi madre pudiese mantenernos con un solo trabajo.

—Siento que hayáis tenido que pasar por eso. Es terrible —respondí con el ceño fruncido.

—A decir verdad, no fue tan malo. Nos inculcó una fuerte motivación por el trabajo y el esfuerzo desde muy temprana edad. Pero fue difícil para mi madre —dijo con afecto en su voz—. Por cierto, ella también vendrá a la boda.

—¿En serio? Sabe que es todo falso, ¿no? —pregunté atónita.

—Sí, pero quiere estar presente de todos modos.

—¿Dónde está ahora?

Durante el resto de la comida, hablamos de su madre y su estancia en Bali. También le hice muchas preguntas sobre la receta, porque estaba realmente deliciosa y era un poco diferente de la carbonara que había probado en los restaurantes italianos de la ciudad.

Cuando terminamos, dijo:

—Me gustaría enseñarte el ático. ¿Te apetece?

—Sí, por favor. Sé que me va a encantar, aunque sigo pensando que es mejor quedarnos en mi casa.

—Estoy de acuerdo. Es fundamental que los peques tengan estabilidad en esta etapa de su vida. Además, no estoy diciendo que

tengamos que mudarnos ahora mismo, sino que lo tengas en cuenta.

Asentí, encantada de que se preocupara por el bienestar de los niños. Era algo casi natural en Nick, y era muy importante para mí.

Me sorprendió cuando me dijo que tenía seis dormitorios. ¿Estaba dispuesto a dormir en un pequeño sofá cama en el salón de mi casa cuando tenía todo ese espacio para él solo?

—Mi plan es que Leo lo ponga en alquiler a un precio astronómico, para que nadie lo alquile. Para hacer más creíble que me mude a tu casa... para los padres de Jim. ¿Qué te parece?

Nick tenía razón. Había que mantener las apariencias, y más me valía recordarlo.

—Es una idea genial. Aunque no me gustaría que te quedaras sin tu ático por echarme un cable a mí.

No me parecía justo que Nick sacrificara tanto por ayudarme. Me invadió un gran sentimiento de culpa al darme cuenta de todo lo que estaba haciendo por mí.

—Tranqui, Allison. Estoy encantado de hacer esto por ti... por los niños. Significa mucho para mí. Ya no se trata solo de ayudar a una vieja amiga. De verdad quiero estar ahí para vosotros tres, que puedas confiar en mí... siempre.

Ay, Dios mío. Tenía que cambiar de tema; si no, iba a empezar a pensar cosas que no debía.

—¿Sueles tener muchos invitados? ¿Por eso tienes tantas habitaciones?

—No, para nada. Esta, por ejemplo, es mi oficina —respondió, y abrió la puerta de una habitación grande—. No a todas las habitaciones las utilizo como dormitorios. Algunas están vacías o las utilizo como trasteros.

—¡Tu despacho es increíble! La madera oscura y los muebles que tienes transmiten autoridad, y poder. —Por no decir "energía de macho alfa", que fue lo primero que me vino a la mente.

—¿Esas cosas te ponen...? —Se detuvo a mitad de la frase, pero sabía exactamente lo que iba a preguntar... *si me excitaba*.

Respiré hondo. Nick cerró los ojos y dilató las fosas nasales. Parecía como si estuviera intentando contenerse.

¡Ja! Por fin Nick estaba empezando a perder un poco el control.

—Solo quería decir que tu oficina refleja tu personalidad —fue todo lo que dije.

El ambiente cambió, y se volvió más tenso. Tragué saliva con dificultad mientras pasábamos a la siguiente habitación.

—Esta está completamente vacía. He pensado en montar un gimnasio, la mayoría de mis hermanos tienen su propia sala de entrenamientos en su casa, pero en mi caso no le encuentro sentido, si puedo ejercitar en el trabajo. Sería ideal como sala de juegos para los mellizos.

¿Cómo podía ser tan irresistible sin siquiera proponérselo?

—¿Cómo te la imaginas? —pregunté.

—Con torres y estructuras de escalada que podríamos fijar a la pared. Mi hermano Spencer tiene algo así en su casa y a mi sobrino le encanta.

Tenía un nudo en la garganta y estaba a punto de echarme a llorar. No solo es que Nick fuera muy atento, sino que realmente adoraba a mis sobrinos.

Y sin más, deseé con toda mi alma que nuestro matrimonio falso fuera real.

—Creo que a ellos también les encantaría —respondí.

Sonrió con orgullo, como si esperara esa respuesta de mi parte.

Pasamos a la siguiente habitación, que tenía un sofá y una gran pantalla. Las paredes estaban desnudas, al igual que el resto del apartamento. Me imaginé colgando algunas obras de arte moderno, para darles un toque de color.

—¿Esto es un cine? ¡Pero si ya tienes una tele enorme en el salón!

—En un momento dado, fue lo que se me ocurrió para no dejar la sala vacía. Apenas la utilizo, así que podríamos dejarla para uno de los niños, o la pueden compartir si quieren dormir juntos.

Una vez más, sus pensamientos se centraban en el bienestar de Annie y Jack. Todo en mí se sentía bien con Nick, con lo que teníamos.

—Se nota que lo has pensado mucho.

—Me he puesto a pensar en la distribución del ático si vinierais los tres. La habitación de al lado podría ser la tuya. También hay una con una mesa de billar que podría ser la otra habitación de los peques. Además hay dos baños en el pasillo.

—¿No tienes ninguna habitación en *suite*?

Me guiñó un ojo:

—Solo el dormitorio principal.

—Oh, qué tonta. —Sonreí y volví a mirar hacia el pasillo—. Nick, este ático es increíble. Apuesto a que tu dormitorio es enorme.

—Pues sí.

Caminó hasta la última puerta y lo seguí, aunque no creía que fuese lo correcto. Ver su dormitorio era demasiado íntimo.

Cuando abrió la puerta, me quedé boquiabierta:

—¿Sabes lo que te digo? Que si por mí fuera, me mudaría aquí mañana mismo.

Nick se echó a reír.

—Y además tienes un vestidor independiente... Vaya, tú dormitorio es lisa y llanamente espectacular.

A diferencia del salón, estaba decorado en tonos amaderados que le aportaban mucha calidez.

La cama era imponente, con cabecero de cuero.

Suspiré y miré a Nick:

—Después de ver esto, no creo que quieras dormir en mi sofá cama.

—Te prometo que me las arreglaré.

—Cuando ya no puedas más, puedes venir y descansar en tu apartamento.

Nick negó con la cabeza:

—Sería muy confuso para los niños.

Me sentí la peor tía del mundo. Nick incluía a los niños en todos sus planes y yo ni siquiera lo había pensado.

—Tienes razón —dije, con la cabeza gacha.

—No voy a llevar mucha ropa a tu casa, pero vendré aquí varias veces a la semana a recoger solo lo que necesite para los próximos días. O se lo encargaré a Frances.

—Eso suena muy complicado —respondí.

—No me importa en absoluto.

—¿Puedo echar un vistazo a tu vestidor? Parece de revista.

—Te acompaño —dijo con una pequeña mueca en los labios.

No entendí para qué querría acompañarme hasta que entré en el vestidor. Desde el dormitorio apenas se veía una pequeña parte, pero formaba una gran L a mi izquierda.

—Nick, es como una tienda de ropa. Nunca había visto algo así, solo en las películas.

Tenía cajones en la parte inferior y percheros en los niveles superiores. A medida que avanzábamos, las luces se encendían y todo estaba impecablemente organizado: los trajes a un lado, las camisas al otro y las camisetas cuidadosamente dobladas.

—Si tuviera que describirlo con una palabra, sería... seductor.

Pensaba que no lo había dicho en voz alta hasta que Nick se dio la vuelta y respondió:

—Es un adjetivo muy interesante.

—Es lo primero que se me ocurrió —dije, encogiéndome de hombros—: Y te queda perfecto.

—Entonces, ¿crees que soy seductor?

Su tono pícaro había vuelto. Estábamos a punto de cruzar la línea otra vez.

Tuve un *flashback* de la sala de vapor del día anterior. A juzgar por sus oscurecidas pupilas, él estaba pensando lo mismo.

—Nick... —susurré.

Cerró los ojos por un instante y, al abrirlos, su mirada se había intensificado, tornándose más oscura aún. Un escalofrío me invadió.

Sin darme cuenta, nos acercamos los dos al mismo tiempo. Me levantó la barbilla para acariciarme la mejilla y deslizar sus dedos por mi cabello.

Ya me había excitado. No entendía cómo era posible, pero me estaba entregando al deseo. Bueno, tampoco era tan sorprendente. Hacía un tiempo que la tensión entre nosotros iba en aumento, y el día anterior se había disparado exponencialmente.

—Llevo semanas fantaseando con esto —murmuró contra mi sien.

Cada palabra me excitaba aún más.

—¿Qué exactamente?

—Tocar tu pelo. Más después de lo de ayer. —Exhaló con fuerza y su respiración tembló—. Estuve a punto de cancelar la cita de hoy.

Se me cortó la respiración.

—Pero no pude porque necesitaba verte.

Capítulo Dieciocho

Nick

Llevaba toda la noche controlándome y portándome como un caballero. De hecho, me merecía una maldita medalla por mi comportamiento de la tarde anterior. En la sauna, estuve a un segundo de atraerla a mis brazos y besarla. Pero un beso no habría bastado para calmar mi ansia. Habría sido imposible. Ese día quería hacer las cosas bien, pero ahí estaba... con la mano hundida en su cabello, incapaz de dejar de tocarla.

—¡Nick!

Me aparté lentamente. Quería darle un casto beso en la sien, salir del dormitorio e ir a algún lugar seguro. En cambio, hice todo lo contrario.

Tracé una línea descendente desde su frente hasta la comisura de la boca. Allison temblaba y ya no pude contenerme más. Le lamí el labio superior y le mordí el inferior, y cuando ella abrió la boca sin que se lo pidiera, capturé sus labios. Llevaba semanas deseando besarla, mucho antes de nuestros planes de matrimonio. Aquel beso delante de Bob y Sophie había sido genial, pero no era nada comparado con lo que estaba haciendo en ese momento.

No me contuve en absoluto; introduje mi lengua, explorando su boca. Al mismo tiempo, agarré su cabello con más fuerza, disfrutando de su densidad y sedosidad mientras hundía ambas manos en él.

Interrumpí el beso lo suficiente para tirar suavemente de su cabeza y deslizar mi boca por su mandíbula y cuello. Llevaba un vestido de flores, y lo único en lo que podía pensar era en lo fácil que sería quitárselo. Ya estaba perdiendo la cabeza, y ni siquiera habíamos empezado a vivir juntos.

Cuando sentí sus manos en mi camiseta, me di cuenta de que ella quería lo mismo.

En lugar de apartarse, sus manos se deslizaron bajo mi camiseta.

No iba a dejar que se marchara de allí sin hacerla mía esa noche. Era imposible. Los dos lo necesitábamos desesperadamente.

Allison me recorrió el pecho mientras yo profundizaba el beso. Movía los dedos como si siguiera un patrón determinado, y sonreí contra su boca al darme cuenta de que estaba trazando mis abdominales.

—No te rías —dijo cuando separamos los labios—. Me moría de ganas de tocarte desde que fuimos a aquella barbacoa junto al río.

Moví mi boca hacia su cuello, deseando saborearla en cada rincón. Al mismo tiempo, quería hacer una pausa después de cada beso para disfrutar de su reacción.

—¡Nick! —exclamó cuando le besé la clavícula y me detuve entre sus pechos.

Solté su cabello y deslicé mis manos por sus piernas para levantarle la falda. Necesitaba el contacto de su piel y daba las gracias porque su vestido fuese ligero.

Desplacé una mano por la parte posterior de su muslo izquierdo, le agarré el trasero y gemí contra su cuello.

—¿No llevas bragas? —pregunté.

—Claro que sí, pero son diminutas.

Subí la otra mano por la parte interior del muslo hasta llegar a su entrepierna, pero sin tocar su centro. Ya llegaría allí.

Pero una fracción de segundo después, perdí la batalla conmigo mismo: tenía que comprobar si se había mojado. Presioné mis dedos contra su abertura, y aún con la braga puesta, pude notar cuán excitada estaba.

—¡Oh, Dios!

Levantó una pierna y frotó su muslo contra el mío, como si quisiera rodearme con sus piernas. Fue suficiente para ponerme duro como una roca, levantarla en mis brazos y conducirla hasta el armario más cercano. Aparté todos los trajes a un lado para hacerle espacio.

Ella jadeó, mirando a su alrededor:

—¿Qué estás haciendo?

La senté sobre las camisetas cuidadosamente dobladas. Pero no creía que fuese lo más cómodo, así que volví a levantarla y tiré toda

la ropa al suelo con la otra mano.

—Nick, vamos a dejar todo desordenado.

—Da igual, Allison. Me importa una mierda.

Le subí el vestido hasta la cintura y ella se inclinó ligeramente hacia atrás. Su entrepierna quedó a la altura de mi pelvis, de modo que me agaché para acariciar sus piernas.

—Qué guapa eres, por Dios. Ayer memoricé cada detalle de ti.

—No puede ser verdad —murmuró.

—Tienes una marca de nacimiento aquí —dije, y le toqué la parte posterior de la pantorrilla.

—Así es.

—Y otra aquí —añadí, señalando la parte exterior de su muslo derecho.

Ella asintió. Todo su cuerpo temblaba.

—Vaya, me has observado con mucha atención.

—No sabes cuánto —respondí.

Empecé a besarle el tobillo y ascendí hasta la rodilla. Allison apretó los muslos, pero yo negué con la cabeza:

—Abre bien las piernas y tócate por encima de las bragas.

Tragó saliva con dificultad, y se recostó contra la parte trasera del armario. Allisón trazó una línea perfecta con el dedo desde la entrada hasta el clítoris. Había empapado la tela:

—¿Así está bien?

—Sí, así. Ahora frótate arriba y abajo lentamente hasta que no puedas más.

—¿Y luego qué?

—Te daré más instrucciones.

Le besé el muslo, observando cómo seguía mis indicaciones al pie de la letra. Pasé a la otra pierna, pero no empecé a besarla desde el tobillo hacia arriba porque entonces no podía ver cómo se tocaba, y no me quería perder ese espectáculo por nada del mundo.

Su respiración se estaba volviendo más agitada, y sus caricias se intensificaron.

—No, demasiado rápido.

Entonces me di cuenta de que había disminuido la velocidad pero se estaba frotando con fuerza.

—Estás haciendo trampa. Tienes que hacerlo suave y despacio, hasta que te diga que pares —ordené.

—Nick.

Cerró los ojos con fuerza, se enderezó y se acarició tal como le había dicho. La tela se empapaba cada vez más. Era lo más sexy que había visto nunca.

—No puedo... —susurró.

—¿Qué ocurre?

—No puedo más.

—Sí que puedes, preciosa. Confía en mí. Solo un poco más.

Cuando sus gemidos se convirtieron en sollozos, supe que realmente no podía aguantar más.

—Ahora puedes pasar la mano por debajo de las bragas. Mmm... mejor aparta la tela hacia un lado, y así puedo verte bien.

Su vulva estaba enrojecida y ligeramente hinchada.

—¿Puedo tocarme más fuerte? —jadeó.

—Sí, haz lo que necesites, Allison.

—Oh... Dios, sí. —Echó la cabeza hacia atrás, gimiendo, y frotó dos dedos arriba y abajo en rápida sucesión.

Acto seguido, me bajé los pantalones, lo justo para agarrarme la polla. La observé mientras seguía tocándose frenéticamente. Cuando vi que introducía dos dedos en su abertura, supe que estaba lista para mi polla.

Le levanté el trasero con ambas manos, acercándola al borde del estante, pero entonces me quedé paralizado.

—¡Joder! Necesito un condón.

—Un momento... ¿Tú... estás sano? Porque yo llevo tomando anticonceptivos desde hace años.

—Estoy sano, sí —afirmé—. ¿Estás segura de esto?

—Sí, sí, por favor.

Ni siquiera tuve el autocontrol suficiente para quitarme los pantalones y los calzoncillos del todo, sino que quedaron amontonados en mis tobillos. Tampoco le quité las bragas a Allison, con que las tuviera apartadas a un lado me alcanzaba.

No podía ir despacio. La penetré de un solo movimiento, y me hundí por completo. Debía de estar a punto de correrse, porque sus

músculos internos se contraían con frenesí.

Me retiré antes de volver a penetrarla con embestidas largas y fuertes, y noté que le cambiaba la cara. Apretó los labios y los párpados, como si se estuviera preparando.

No podía creerlo. Me la estaba follando como un cavernícola en mi vestidor, pero ella estaba a gusto y disfrutando de nuestro encuentro.

Y eso era lo único que importaba.

Quería concentrarme en su rostro, pero sus rasgos comenzaron a difuminarse a medida que las oleadas de placer recorrían mi cuerpo. Estar dentro de ella y ver cómo se entregaba con salvaje abandono era indescriptible.

Le besé el cuello, y lamenté no haberle quitado primero el vestido. Pero ya era demasiado tarde para hacerlo. Solo quería hundir la nariz en su cuello y mi polla en su apretado calor.

La penetré una y otra vez hasta que sus músculos internos se contrajeron aún más. Estaba a punto de correrse, y estaba decidido a que ella llegara al clímax antes que yo. Me enderecé para acariciarle el clítoris de forma similar a como se había tocado antes.

Allison respondió de inmediato, recostándose un momento solo para volver a incorporarse, y gritar mi nombre. Me apretaba la polla con tanta fuerza que apenas podía moverme, pero aún así continué con mis acometidas, con la certeza de que necesitaba un último empujón. Ambos lo necesitábamos.

Puse ambas palmas bajo sus muslos y la elevé para cambiar de ángulo. Así podía penetrarla con más profundidad.

—¡Dios mío! ¡Niiick!

Cambié la manera de tocarle el clítoris, pasando de movimientos continuos a caricias esporádicas. Su vestido se desplazó y cubrió mi mano, pero no necesitaba ver lo que estaba haciendo. Dejaba que sus reacciones me guiaran incluso mientras perseguía mi propio clímax.

Ya sabía que pronto tendría que volver a hacerla mía. La próxima vez, le quitaría toda la ropa para poder contemplar su hermoso cuerpo desnudo. Pero en ese momento, me estaba empezando a rendir al orgasmo.

Me ardían los muslos, al igual que los músculos de mi trasero. La penetraba sin respiro, pero ambos estábamos al límite y no podía detenerme.

Cuando sus gemidos se convirtieron en súplicas, supe qué era el momento de intensificar las caricias. Explotó en cuestión de segundos. Todo su cuerpo se estremeció, y se contrajo tan intensamente sobre mi miembro que también me liberé. Me incliné sobre ella para embestirla hasta la última gota de placer; moviéndome sin descanso, rápido y profundo, hasta que ambos llegamos al límite. Entonces reduje el ritmo, sin poder dejar de penetrarla.

—Nick —jadeó ella.

Apenas recuperé la conciencia, me quité los pantalones y los calzoncillos. Sin salir de ella, salimos del vestidor.

Allison dejó escapar un suspiro, apoyando su frente en mi hombro:

—Dios mío —murmuró.

La conduje directamente a la ducha. Aunque se me estaba poniendo dura otra vez, no podía dejarme llevar. Había sido demasiado brusco en el vestidor y no quería hacerle daño. De modo que la acomodé en la ducha y me retiré de ella, a pesar de sus protestas. Le quité el vestido por la cabeza y lo arrojé lejos. Allison se bajó las bragas, contoneando las caderas juguetonamente de lado a lado para quitárselas y apartarlas con una patada.

—Eres preciosa.

—Estamos haciendo todo al revés —murmuró, mientras tiraba de mi camiseta y me la quitaba por la cabeza.

Su comentario me hizo reír. No podía haberlo dicho mejor.

Abrió el grifo, y cuando el chorro le cayó directamente sobre la cabeza, exclamó:

—¡Mierda! No quería mojarme el pelo.

Pero ya era demasiado tarde, así que me metí bajo el chorro y le pregunté:

—¿Te importa si me baño contigo?

—¿No era esa tu idea?

Sonreí con aire burlón:

—Puede ser.

Nos duchamos rápidamente, intentando mantener la compostura, y salimos al espacioso baño. Nos vestimos a toda velocidad y la cogí de la mano para guiarla de vuelta al salón.

—¿Quieres algo de beber? —ofrecí.

—Sí, por favor. No sé por qué, pero tengo mucha sed —respondió con un guiño.

—Qué casualidad, ¡yo también! ¿Quieres que abra una botella de vino?

Dudó un segundo y respondió:

—Mejor no, se está haciendo tarde.

Miré el reloj. Joder, no me había dado cuenta la hora que era.

La miré fijamente. Estaba al otro lado de la isla de la cocina, con los antebrazos apoyados en la encimera.

—Allison, sin compromiso, pero ¿y si le envías un mensaje a Doreen para preguntarle si puede quedarse un rato más? —Tras una pausa, añadí—: ¿O quedarse a dormir en tu casa?

No hizo falta que terminara de decirlo para darme cuenta que era una mala idea. No podíamos hacer eso. ¿En qué estaba pensando?

Allison se mordió el labio inferior y se enderezó. Me acerqué a ella rápidamente.

—¿No te parece bien? —pregunté.

Ella me miró con los ojos llenos de sentimientos encontrados:

—No, no creo que sea lo adecuado. Estoy...

Me reí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó con el ceño fruncido.

—Ayer dijimos que hoy aclararíamos cualquier confusión...

—Y ahora todo es aún más confuso —terminó ella—. No creo que sea buena idea quedarme más tiempo.

—Tienes razón. Esto es solo... —Suspiré profundamente—. Joder. Lo hemos complicado todo. Pero somos adultos y lo solucionaremos.

—¿Cómo logras mantener siempre esa actitud tan positiva?

—Ya te lo he dicho, es mi arma secreta.

Por primera vez, no estaba muy convencido de que fuéramos a solucionar nada. Joder, si estábamos teniendo una conversación de adultos y, sin razón aparente, ya me estaba excitando.

—¿Estás seguro de que todo saldrá bien? —preguntó, y respondí asintiendo.

—Claro, puedes contar conmigo para... —¿Qué narices podía decirle? ¿Que no intentaría volver a acostarme con ella?—. Para hacer lo correcto.

Aún no estaba seguro de qué significaba "hacer lo correcto". Pero, como siempre, ya se vería.

—Nick, eres increíble, y yo... en otras circunstancias...

—Allison, los dos sabemos cuáles son las circunstancias. No tiene sentido torturarnos con lo que podría ser. —Me incliné hacia ella porque la necesitaba más que nada en ese momento—. Ha sido increíble. Y todo queda entre estas cuatro paredes, ¿vale? Será nuestro secreto.

Ella se rió nerviosamente:

—No es que fuera a ir contándolo por ahí...

No pude evitar sentirme un poco mal en ese momento, porque sabía que lo que estábamos haciendo no ayudaría a los niños a largo plazo. Necesitaba recordar el verdadero motivo de aquel matrimonio falso; de lo contrario, lo echaría todo a perder.

Pero la tentación de besarla era casi irresistible, así que aparté la cabeza, respiré hondo y le di un beso en la frente.

¿Cómo narices me las apañaría para vivir en su casa y no ceder a la irresistible atracción que sentía por ella?

Capítulo Diecinueve

Allison

Durante toda la semana siguiente, mis pensamientos giraron en torno a la noche que pasé con Nick. No importaba dónde estuviera: en casa con los mellizos, en el trabajo o de camino al trabajo. Las imágenes se repetían en mi mente y una sonrisa incontrolable aparecía en mi rostro cada vez que lo recordaba. Había sido un momento de debilidad y, en general, una pésima idea, pero eso no me impedía disfrutar de los recuerdos. A pesar de eso, estaba absolutamente decidida a no volver a caer en la tentación.

El matrimonio era solo una farsa por el bienestar de los niños. Si mezclábamos las cosas y la relación no funcionaba, repercutiría de forma negativa para ellos. Aunque tampoco sería fácil cuando tocara tramitar el divorcio más adelante.

Uff. Todo el asunto me estaba volviendo loca.

Era consciente de la problemática de vivir bajo el mismo techo y no tener una habitación para Nick. ¿Y si le apetecía dormir en calzoncillos? Y si, a mitad de la noche, aún medio dormida, se me ocurría bajar a por un vaso de agua, ¿sería capaz de resistirme a esos abdominales y no abalanzarme sobre él?

Esos pensamientos me rondaban la cabeza.

Así que cuando Nick me envió un mensaje para decirme que su asistente había conseguido una cita en el juzgado para dentro de dos sábados, me invadió una avalancha de sentimientos encontrados. Sin embargo, por primera vez, estaba segura de que no era un error.

Allison: Genial. ¿Tenemos que ir al juzgado a elegir una sala?

Nick: Frances se está encargando de todo.

Allison: Voy a poner todo mi empeño en encontrar el vestido ideal para la ocasión. Claro que no me pondré uno

blanco tradicional, pero sí algo elegante. Aunque no sea una boda auténtica, tengo ganas de celebrarla.

Nick: Estarás preciosa.

Allison: Tú también. Los trajes te quedan genial.

Nick: ¿Genial es equivalente a sexy?

Allison: ¡Nick!

Nick: Es que no me queda claro.

Allison: No, lo único que quieres es volverme loca.

Nick: ¿Lo estoy logrando?

Por supuesto que sí. El impulso de coquetear casi se apoderó de mí, pero me contuve y decidí cambiar de tema.

Allison: Avisaré a Bob y Sophie.

Aunque tenía pensado hacerlo el viernes a última hora, literalmente, para que les resultara muy difícil asistir.

Pasé mucho tiempo mirando sitios web de novias buscando mi vestido de boda falso, hasta que me decidí por un diseñador local. Se especializaba en lo que él describía como vestidos de novia "no tradicionales" porque eran muy coloridos.

El que había elegido era de color rosa claro con flores de encaje negro cosidas en la parte superior. Me gasté un poco más de lo previsto, pero me lo podía permitir. Tenía tan poco tiempo que ni siquiera fui a recogerlo, y pedí que lo enviaran a casa. Llegó tres días antes del gran evento. Lo encontré en mi puerta, dentro de una enorme caja, al volver de la guardería con los mellizos.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Annie.

—Mi vestido para el sábado. ¿Queréis verlo?

—¡Sí! —exclamó, aplaudiendo.

Jack no parecía entender nuestro entusiasmo, pero siguió obedientemente a su hermana y ambos se sentaron en el sofá para ver cómo abría la caja.

—Es un vestido de princesa —dijo Annie—, como el mío.

—El tuyo es más bonito —respondí.

También me había gastado un dineral en sus trajes. Estarían monísimos: Jack llevaría un pequeño esmoquin y Annie un precioso vestido dorado, su color favorito del momento. Me encantaba mimarlos a los dos.

—¿Queréis que me lo pruebe? —les pregunté.

—¡Sí! —exclamó Annie, aplaudiendo de nuevo.

Jack parecía confundido, pero también aplaudió.

Oh, mis tesoros. Los adoraba con toda mi alma.

—Ahora vuelvo.

Me cambié en el baño con la puerta entreabierta para estar pendiente de lo que hacían. Le había enviado mis medidas al diseñador, que me prometió que el vestido me quedaría perfecto. Normalmente me resistía a comprar por internet algo tan específico, pero no tenía muchas alternativas. Por suerte, me quedó como un guante.

Volví corriendo al sofá y Annie se rió cuando me acerqué, pero de repente su sonrisa se desvaneció:

—Te pareces a mamá, tía Allison.

Se me encogió el corazón.

—Gracias, Annie. Tu mami era muy guapa.

Me senté entre ellos; ambos apoyaron sus cabezas en mi regazo mientras yo les acariciaba el pelo. Era parte de nuestra rutina diaria de mimos. De repente, me pregunté cómo sería con Nick en casa, teniendo en cuenta que esa iba a ser su cama. Pero tenía demasiado en qué pensar como para preocuparme por esas cosas en ese momento. De una manera u otra, todo saldría bien, como Nick insistía.

—Muy bien, es hora de cenar.

—No te quites el vestido, porfi —pidió Annie.

Mmm. Eso podía acabar en desastre. Pero no tenía que cocinar, solo calentar las sobras del día anterior.

—Bueeeno... pero ayúdame a ponerme el delantal —le pedí a Annie.

Estaba claro que ese día estaba muy animada, porque saltó del sofá y corrió hacia la cocina, aplaudiendo con fuerza. La seguí rápidamente y saqué el delantal del cajón donde guardaba los paños. Me lo pasé por la cabeza y me arrodillé para que Annie pudiera atármelo por la espalda.

—Estoy muy contenta de que el tío Nick venga a vivir con nosotros.

—Yo también, cariño.

—Siempre trae pizza.

Su comentario me hizo reír. Nick sabía cómo ganarse a los niños.

Me preguntaba cómo reaccionaría Annie al verlo allí todas las tardes, formando parte de nuestra rutina. Se me vino a la mente la imagen de los cuatro acurrucados en el sofá y me derretí por completo.

Más me vale recordar que todo esto es por la custodia de los peques. Más adelante, Nick seguirá con su vida, y volveremos a ser solo nosotros tres.

Por supuesto que él se marcharía. Si yo tuviera un ático como el suyo, tendrían que sacarme de allí con una grúa.

Cenamos puchero, uno de los platos favoritos de Nora. Sentía que era una forma de recordarla, y los mellizos lo notaban. Les pregunté qué tal su día en la guarde y, de repente, Jack se puso muy hablador. Me encantaba ver que poco a poco iba ganando confianza y parecía salir del caparazón. Estaba contento con la seño nueva, y estaba segura de que ella tenía mérito en cuanto a sus avances.

Después de acostar a los niños, por fin pude quitarme el vestido y extenderlo sobre el edredón para admirarlo. Era realmente precioso y digno de un día de boda, fuera real o no.

No podía creer que me fuera a casar en dos días. Y, sin embargo, no tenía ni un ápice de nerviosismo.

***

Pero el viernes por la noche, me tuve que tragar mis palabras: no podía conciliar el sueño. Me revolvía en la cama, dándole vueltas a todo sin cesar.

Alrededor de la una, me di cuenta de que no iba a pegar ojo, así que cogí el móvil. Me debatía entre hacer *scroll* por las redes sociales o ver tutoriales de peinados en YouTube. Era demasiado complicado pedirle a Doreen que viniera a primera hora de la mañana para cuidar de los niños mientras yo iba a la peluquería, así

que decidí peinarme yo misma. Para mi sorpresa, tenía un mensaje de Nick.

Nick: Hola, ¿estás dormida ya?

Lo había enviado hacía una hora, así que probablemente ya no estuviera despierto, pero decidí responderle de todos modos.

Allison: Despierta.

Acto seguido, me llamó. Tragué saliva y me llevé el teléfono a la oreja.

—Hola —dije.

—¿Por qué susurras? ¿Estás con los niños?

—Qué va, perdona, es la costumbre —respondí, y me incorporé, apoyándome en el cabecero.

—No puedo dormir —dijo Nick.

Me reí:

—Yo tampoco. Mañana vamos a estar como zombis.

—Seguro que en cuanto pisemos el juzgado nos dará un chute de adrenalina.

—Sí, es muy probable.

No habíamos hablado mucho desde la noche que pasamos juntos. Sabía que estaba tratando deliberadamente de minimizar nuestro contacto, lo cual era bueno, teniendo en cuenta que todo mi cuerpo reaccionaba tan solo al escuchar su voz.

—¿Preparada para mañana?

—La verdad es que no, pero el CEO buenorro de una empresa me ha asegurado que todo saldrá bien.

—Ya veo. ¿Y confías mucho en ese CEO?

Hice una pausa.

—Sí. ¿Acaso no debería?

—Ahora mismo, ni siquiera sé qué decirte.

Mierda. ¿Se refería a la boda o a nuestra noche juntos?

—Nick, si no quieres casarte...

—Nunca me echaría atrás en el último momento. Y menos en algo tan importante.

—Bueno... tampoco sería el equivalente a dejarme plantada en el altar ni nada por el estilo. —Me entristeció la idea. Pero sabía a la

perfección el alcance de nuestro acuerdo, así que no debía enfadarme.

—Allison, no voy a echarme atrás. Es solo que hasta ahora no era muy consciente de lo disparatado de todo esto.

—¡¿Ahora te das cuenta?! —chillé, casi como lo hacía mi sobrina Annie.

—A ver... ya lo sabía, pero ahora es más real. —Suspiró—. Oye, sé que me he dejado estar con lo de llevar mis cosas a tu casa, pero tenía otras cosas más urgentes que atender. Mi hermano Leo llevará mis maletas mañana temprano, tú solo dile dónde las puede dejar.

—Claro. ¿Has decidido dormir en mi sofá después de todo?

—Sí. Y si es demasiado incómodo, lo cambiamos por el mío. Ya lo resolveremos.

—Vale.

—Por cierto, Leo se ha ofrecido para recogerte y llevarte al juzgado.

—¿En serio? ¿Y eso?

—No lo sé. Supongo que quiere oficiar de "chófer de la boda".

Sonreí en la oscuridad.

—Me encanta la idea. Aunque sea una boda poco convencional, ¿por qué no?

—Entonces Leo irá a recogerte.

Tras sus palabras se hizo el silencio y le oí tragar saliva. ¿En qué estaría pensando? Mi pulso se aceleró sin motivo aparente.

—Se me olvidó decirte que Bob me respondió: van a venir.

—¡Joder! —exclamó Nick—. No puedo creerlo.

—Yo tampoco. Y ha tenido el descaro de regañarme por avisarles a último momento. ¿Es que no se enteran que no quiero que vengan?

—Es desesperante, pero todo saldrá bien.

Era desesperante y frustrante a la vez. Los Whitley y los amigos que habíamos invitado sabían de qué iba todo, con lo cual, no teníamos que fingir delante de ellos. Pero con Bob y Sophie era otra historia. Nick me aseguró que su familia sabía que no debía dar un pie en falso, al igual que mis amigas. Aun así, la situación me tenía tensa. Temía que Bob y Sophie sospecharan que se trataba de un

matrimonio falso y estuvieran tratando de obtener pruebas. ¿Por qué si no iban a gastarse tanto dinero en los billetes?

Para mi sorpresa, bostecé.

Nick lo oyó claramente, y dijo:

—Estás empezando a tener sueño. Te dejaré volver a la cama.

—No sé si es buena idea. Tengo que despertarme dentro de cinco horas, y puede que me levante aún más cansada. —Entonces volví a bostezar—. No, mejor me voy a dormir antes de que se me pase el sueño.

—Buenas noches, Allison.

—Buenas noches, Nick.

Después de colgar, me di cuenta de que sería la última vez que nos daríamos las buenas noches por teléfono. Al día siguiente sería en el salón de casa.

Inmediatamente caí en un sueño profundo y soñé que bajaba a buscar agua y me encontraba con Nick completamente desnudo. Fue uno de los mejores sueños que tuve en mucho tiempo.

Capítulo Veinte

Allison

La mañana siguiente fue bastante caótica. Para empezar, Anne y Jack se despertaron de mal humor, lo que a veces solía ocurrir, pero el problema era que, aunque era sábado, teníamos que cumplir un horario. Tuve que sobornarlos con golosinas para que aceptaran ponerse su ropa para la boda.

A las nueve en punto, sonó el timbre.

—Leo ha venido a recogernos —les dije a los niños.

Estaban sentados en la escalera, tan monos que me dieron ganas de llorar. Ojalá Nora pudiera verlos... estaban para comérselos.

—¿Quién es Leo? —preguntó Jack.

Cada vez que pronunciaba un par de palabras, sentía un gran alivio. Después de cuatro meses de haberse encerrado en sí mismo por la muerte de sus padres, finalmente parecía estar superándolo. La guardería había jugado un papel fundamental en su progreso.

—El hermano del tío Nick. Nos va a llevar en su coche.

—¡Qué guay!

Abrí la puerta y vi a Leo con una enorme sonrisa. Llevaba años sin verlo.

—Hola, Allison. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. ¿Estas son las cosas de Nick? —pregunté, señalando las dos enormes maletas que llevaba consigo.

—Sí.

—Puedes dejarlas aquí, junto a la entrada.

Leo entró, colocando las maletas en un rincón y se volvió hacia mí:

—Vaya, estás muy guapa, pareces una novia de verdad.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté con una ceja levantada.

—Nada. Pensé que...

—Quería arreglarme un poco para la ocasión —respondí, y con sutileza señalé a los niños y susurré—: No saben *todo*.

—Claro. —Leo se volvió hacia ellos—: El tío Nick me ha dicho que vosotros sois Annie y Jack —dijo, señalándolos equivocadamente con el dedo.

—No, tonto —protestó Annie.

Solté un bufido y la reprendí:

—Annie, eso no se dice.

—No sabía que era una palabrota —respondió ella.

No era una palabrota propiamente dicha, pero no debía decirla. ¿La habría aprendido en la guardería?

—Bueno, vámonos.

Los niños se acercaron para que los cogiera de la mano. Decidimos ir en mi coche porque tenía las sillas de viaje instaladas.

De camino, le pregunté a Leo:

—¿Sabes si ya ha llegado tu familia?

—Sí. Y nuestra madre también, que está deseando conocerte.

—Ah. —De repente sentí nerviosismo—. Eh... ¿y cómo es ella? Me gustaría causarle buena impresión.

Leo me dedicó una sonrisa burlona muy parecida a la de Nick:

—No tienes que hacer nada, Allison. Confía en mí, ya te quiere.

—¿Qué dices? —No esperaba esa respuesta.

—Has conseguido llevar a Nick al altar.

—Pero... a ver... ella sabe cómo son las cosas, ¿no? Nick me dijo que sí.

—Sí, y le importa un pimiento. Para ella es una boda tan válida como cualquier otra. —Leo parecía tan descolocado como yo.

—Qué raro —susurré.

—Lo sé. Con mi madre nunca se sabe... y con la abuela menos.

—Entonces, ¿las dos se llevan bien? —pregunté.

Leo me miró antes de volver a concentrarse en la carretera:

—No sé cuánto te ha contado Nick.

—Algunas cosas, pero mejor cambiemos de tema. Creo que es la tercera vez que nos vemos, y no tienes por qué contarme cosas personales.

—Ahora eres parte de la familia, Allison, y entre nosotros no hay secretos. No me atrevería a afirmar que mi madre y mi abuela son íntimas, pero se comunican con regularidad. A Maddox, a Nick y a mí nos preocupaba que nuestra madre se sintiera incómoda en eventos junto a nuestros medio hermanos, pero hasta ahora todos se han comportado de manera civilizada.

—No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser esa situación.

—Para ella es lo más duro, por eso no deja de sorprenderme que quisiera estar hoy presente. Y me alegra, porque no suele venir mucho a Boston. Siempre nos pide que la visitemos cuando está en Asia, pero nunca vamos. Y...

Los niños empezaron a pelear por quién tenía más chuches, y pasé el resto del trayecto girada hacia atrás, intentando mediar entre ellos, sin mucho éxito.

Milagrosamente, dejaron de pelear en cuanto llegamos al juzgado. Tardé un segundo en darme cuenta que la causa de que se quedaran callados era porque Nick se estaba acercando al coche.

—El tío Nick se parece a mí —dijo Jack con orgullo.

Madre mía. Parecía que mi sobrino se había largado a hablar. *Qué feliz estoy*.

Cuando Nick abrió la puerta, bajé rápidamente del coche. Dio un paso atrás y me miró de arriba abajo.

—Estás preciosa. —Su voz denotaba sorpresa.

Di una vuelta y comenté:

—Es un vestido de novia de verdad, aunque poco convencional. Quería estar a la altura de la ocasión. —Nick estaba guapísimo con su traje.

Abrió la puerta trasera y, en un santiamén, sacamos a los niños de las sillas del coche.

—Tío Nick, ¿a que la tía Allison está muy guapa? —preguntó Annie.

Mirándola a los ojos, le respondió:

—Sí, es la mujer más guapa del mundo.

Sus palabras me llegaron directamente al corazón. ¿Lo decía en serio? No, seguro que lo dijo para hacer feliz a Annie.

Los cogió a ambos en brazos, y fue la estampa más sexy que había visto en mi vida. Los niños pesaban una barbaridad, y cargarlos a los dos al mismo tiempo requería una fuerza descomunal; yo apenas podía levantar a Annie. Entonces, nos dirigimos hacia un numeroso grupo que se había congregado justo en la puerta del juzgado.

—¡Hola a todos!

De repente, un nudo se formó en mi estómago, similar a la sensación previa a hacer *puenting*. Busqué entre la multitud, pero Violet y Danielle, mis amigas, aún no habían llegado.

—Algunos de vosotros ya conocéis a Allison, otros no, así que vamos a presentarnos —dijo Nick, dejando a los niños en el suelo, pero sin soltarles la mano.

—Yo me encargo de presentarme —le aseguré.

Durante los siguientes minutos me dediqué a saludar a cada invitado, pero me fue imposible recordar todos los nombres. Sabía vagamente quién era Maddox, pero no conocía al resto y me hice un poco de lío.

—Por cierto, siento que no hayamos podido organizarte una despedida de soltera —dijo una mujer llamada Meredith—. Todo pasó demasiado rápido.

—Somos especialistas en organizar salidas —dijo otra chica, que creía que se llamaba Natalie. Tenía en brazos a una preciosa bebé que no dejaba de llorar. Qué ganas tenía de cogerla y abrazarla.

Desde que me había hecho cargo de mis sobrinos, sentía el deseo de tener un bebé, algo inédito en mi vida.

—Ya que estamos todos —dijo Nick—, ¿por qué no entramos?

—En realidad, Violet y Danielle aún no han llegado —comenté—. Pero saben el número de la sala, y podrán ir directamente allí cuando lleguen.

Nick abrió la puerta y, justo cuando íbamos a entrar, oí la voz de Bob:

—Ya estamos aquí.

Tomé aire. En el fondo, tenía la esperanza de que perdieran el vuelo o que surgiera cualquier otro imprevisto.

Sentí que algo en el ambiente se tensó y afectó a todo el grupo allí congregado.

—Nick, no sé si tu familia... —comencé a decir con pánico.

—Tranquila, están al tanto de todo.

Tener la certeza de que podía confiar en él me tranquilizó e inquietó a partes iguales.

Los padres de Jim parecían estar asistiendo al estreno de una película: Bob llevaba un traje demasiado brillante para esa hora del día, y Sophie un vestido negro largo hasta los pies. *Por el amor de Dios, ¿se puede ser más ridículo?* No eran los Óscar, sino una modesta ceremonia en el juzgado.

Se dirigieron directamente hacia nosotros.

—Buenos días, habéis llegado justo a tiempo —dijo Nick a modo de saludo.

—Sí, hemos hecho todo lo posible —respondió Bob secamente.

—Entremos todos así no llegamos tarde. Son muy estrictos con los horarios —instó Nick—. Dejaremos las presentaciones para más tarde.

—No te preocupes —dijo su abuela.

Recordaba claramente que se llamaba Jeannie Whitley. Me miró con tanta amabilidad que me dieron ganas de abrazarla.

Nick soltó la mano de Annie para rodearme la cintura con un brazo, y me mantuvo a su lado. Estaba desconcertada pero luego me di cuenta de que, con Bob y Sophie allí, teníamos que interpretar el papel de novios. Menos mal que me había gastado un dineral en ese vestido tan bonito; de lo contrario, habría levantado sospechas.

Al estar cerca, el aroma de su loción para afeitar se hizo ineludible. Me invadió, calándome hasta lo más profundo.

Annie me dio la mano por el otro lado, y se me hizo un nudo en la garganta. Parecíamos una familia.

Debo recordar que nada de esto es real, sino una puesta en escena para mantener la custodia de los niños. No puedo pretender que Nick se quede siempre a mi lado... al menos, no de esta manera.

Estaba claro que cuando llegara el momento de la separación, sería duro para los mellizos, pero no podía pensar en eso ahora.

Tenía que ir paso a paso.

Al llegar al segundo piso y salir del ascensor, me sorprendió encontrar unos preciosos carteles con nuestros nombres que señalaban la sala, además de globos decorativos.

Miré a Nick, sorprendida, y él me guiñó un ojo:

—Le dije a Frances que se lo currara todo lo que pudiera.

—¿Por qué? —le susurré.

—¿Por qué no? Me dijiste que, a pesar de las circunstancias, te apetecía celebrarlo, y pensé que te gustaría.

Estaba a punto de preguntarle qué significaba "currárselo todo lo que pudiera", pero lo comprendí en cuanto entramos en la habitación. Asumí que encontraría una sala de juzgado sencilla, pero me sorprendió ver que estaba exquisitamente decorada para bodas por un profesional. Había flores, globos y hasta un fotógrafo para capturar el momento.

—Nick... —murmuré—, esto es un despropósito.

—No, está perfecto.

Capítulo Veintiuno

Allison

Como no había ningún pasillo por el que hacer una entrada, Nick y yo nos limitamos a acercarnos al escritorio del oficiante. Eché un vistazo a la sala y contemplé todos los detalles. Era una mezcla entre un sencillo juzgado y un salón de bodas, debido a toda la decoración. No era nada ostentoso, pero al menos no tan vacío como había imaginado.

—Bienvenidos —saludó el oficiante.

Parecía tener unos sesenta y tantos años y, al echar un vistazo a la sala, arqueó las cejas y negó con la cabeza, sin parecer muy impresionado por la decoración.

Nick y yo intercambiamos una mirada y casi me echo a reír. Pobre hombre. Seguramente esperaba una breve y rápida ceremonia, y volver a su casa para disfrutar del sábado. *No se preocupe señor, porque será muy breve*.

—¿Están todos los presentes? —preguntó—. ¿Podemos empezar? ¿Hay música?

—No hay música —dijo Nick, y el hombre pareció aliviado.

Evité a propósito la mirada de Nick; de lo contrario, habría soltado una carcajada. Miré hacia atrás y me percaté de que las únicas invitadas que faltaban eran Violet y Danielle. Me pregunté qué les habría pasado.

No tenía sentido hacer esperar al pobre funcionario; tenía que celebrar otras bodas, y tampoco era justo para los demás invitados. Vi a Bob y Sophie al fondo, sentados solos en una fila. Su mera presencia me ponía nerviosa, pero los Whitley, aunque no los conocía, me alegraban el día. Eran la familia de Nick y, de alguna manera, eso me reconfortaba.

Me volví hacia el juez:

—Podemos empezar.

—Entendido. Estamos aquí congregados para oficiar el matrimonio de Nick Whitley y Allison Holmes. ¿Están todos listos?

Y tras su pregunta no pude evitar echarme a reír, pero el hombre me hizo callar con una mirada severa.

Parece que hemos dado con el oficiante más gruñón de Boston. Aunque tampoco conocía a otros, ya que nunca había asistido a una boda en el juzgado. No tenía ni idea de en qué consistía la ceremonia, pero pensé que al menos nos preguntaría si queríamos tomar al otro como legítimo esposo y esposa, pero no fue el caso.

Tras enunciar tres frases de forma robótica pidió que le firmáramos el acta:

—Por favor, comprueben que sus nombres están bien escritos y que la fecha de nacimiento sea correcta.

—¿Eso es todo? —preguntó Nick, que parecía haber tenido el mismo pensamiento que yo.

El oficial me miró:

—Sí, aquí dice que solicitaron la ceremonia *express*.

—Así es, tenemos niños pequeños, y no sabíamos cuánto aguantarían sentados en la sala —respondí.

Una vez más, arqueó las cejas como diciendo "¿Y a mí qué me importa?". Era comiquísimo.

Al igual que Nick, comprobé rápidamente el nombre antes de firmar.

—Pueden intercambiar las alianzas —dijo el juez.

¿Qué?

La verdad es que me pilló por sorpresa. Para empezar, había olvidado por completo el tema de los anillos.

Pero, sobre todo, porque las alianzas de platino con pequeñas piedras incrustadas que Nick sacó de la nada eran preciosas. La suya era un poco más discreta que la mía. Lo miré y él, simplemente, me guiñó un ojo antes de que las intercambiáramos.

—Enhorabuena, ya son marido y mujer.

Esperaba que dijese "puede besar a la novia", pero no sucedió. Sin embargo, eso no detuvo a Nick. Me giró para que quedara frente a él y me sonrió:

—Vaya. Qué rápido, esposa. Ahora eres mía.

Antes de que pudiera darme cuenta, me rodeó con un brazo por la espalda, me acercó a su cuerpo, me inclinó teatralmente hacia atrás y posó su boca sobre la mía. Me aferré a él para no perder el equilibrio, y todo iba bien hasta que deslizó su lengua entre mis labios.

Madre del amor hermoso. ¿Cómo podía besarme así delante de todo el mundo? Estaba hecha un manojo de nervios, una corriente de energía recorrió todo mi cuerpo, y se concentró entre mis muslos.

Es solo un beso. Nada más.

Pero después de nuestra noche juntos, no estaba tan segura. No fue un beso apasionado ni subido de tono, y cuando terminamos de enderezamos separó su boca de la mía.

Cuando se apartó, me di cuenta de que todo el mundo estaba aplaudiendo y sentí un par de bracitos rodeándome las piernas. Bajé la vista y vi a Annie con una sonrisa de oreja a oreja. Jack tenía las manos en alto. Nick lo levantó inmediatamente en brazos, luego me tomó la mano y me besó el dorso.

Los Whitley sonreían. De hecho, todos sonreían excepto Bob y Sophie, pero no me importaba lo más mínimo. Aunque todo era falso, el entusiasmo en la sala era muy genuino. ¿Y por qué no ser felices? Estábamos haciendo algo muy bueno por el bienestar de mis pequeños tesoros. Sin duda, merecía la pena celebrarlo.

El fotógrafo se acercó y dijo:

—Dejadme hacer una foto de los novios solos.

Annie me apretó con más fuerza.

—Las haremos así, con nuestros niños —dijo Nick.

Me encantó que ni siquiera dudara en incluir a los mellizos. Y no podía creer que hubiese contratado a un fotógrafo. A mí ni se me había pasado por la cabeza, pero era una idea genial para tener un bonito recuerdo de ese día. Aunque podríamos haber hecho fotos con el móvil, tener un fotógrafo profesional le dio un toque más formal.

Nuestras miradas se encontraron cuando me volví hacia Nick, y quedamos a menos de dos centímetros de distancia.

—Qué buena idea lo del fotógrafo —dije.

—Sabía que te gustaría.

¿Cómo podría casarme de nuevo algún día sin que todo lo que viví con Nick fuera el punto de comparación?

—Hecho. ¿Alguien más quiere salir con los novios y los niños antes de hacer las fotos de grupo? —preguntó el fotógrafo a los asistentes.

Todos los Whitley empezaron a hablar al mismo tiempo, se levantaron y se dirigieron directamente hacia nosotros. Bob y Sophie fueron los únicos que quedaron fuera.

Fantástico. No quería que salieran en la foto.

—Abe y yo deberíamos tener prioridad —dijo Jeannie Whitley.

Nick sonrió:

—Por supuesto, abu. Siempre la tenéis.

Era lo lógico, dada la edad de sus abuelos.

Jeannie se acercó radiante. Se inclinó hacia mí mientras el fotógrafo nos indicaba que sonriéramos y dijo:

—Estáis haciendo algo maravilloso. Muchas parejas se casan por motivos mucho peores. Además... ¿quién sabe? Todo puede pasar.

En lugar de sonreír al fotógrafo, me quedé con la boca abierta. Traté de arreglarlo rápidamente, mostrando mi mejor sonrisa y cruzando los dedos para que eliminara esa foto y seleccionara solo las mejores para el álbum.

Vaya. Leo me había adelantado cómo era su abuela, pero pensé que exageraba.

Acto seguido, una mujer preciosa se acercó a nosotros.

—Hola, mamá —saludó Nick.

¡Ah, es verdad! Con tantas presentaciones, había olvidado quién era.

—Hacéis una pareja estupenda. Y a ti, hijo, te queda genial el niño en brazos. —Nick cargaba a Jack y parecían padre e hijo.

Annie había pasado de abrazarme las piernas a querer que la cogiera en brazos, así que la levanté.

Miré a Nick justo cuando él me miraba a mí. Sin necesidad de decir nada, supe que estaba pensando lo mismo. ¿Todos en la familia creían que nuestro matrimonio duraría para siempre? ¿Qué les hacía pensar eso?

Afortunadamente, sus hermanos y sus respectivas parejas parecían más relajados.

—Gracias por hacerlo rápido —dijo Spencer—. Ben ya está deseando reventar todos los globos.

Empecé a reírme. El fotógrafo fue rápido y capturó a Nick, Spencer, Penny y a mí riéndonos a carcajadas.

La sesión duró mucho más de lo que había previsto porque todo el mundo quería hacerse una foto con nosotros, además de las fotos de grupo.

Nos dimos cuenta de que era hora de irnos cuando el oficiante carraspeó:

—La siguiente pareja está esperando.

El señor gruñón al ataque.

—Deberíamos irnos —dijo Nick, mirando su reloj—. Tenemos una reserva.

Eché otro vistazo a la sala: Violet y Danielle seguían sin aparecer. Hacía tiempo que no hablábamos y que había dejado de salir desde que acogí a los niños, pero pensé que les gustaría compartir ese momento conmigo. Empezaba a darme cuenta quiénes eran mis amigas de verdad.

Mejor así. Mi vida estaba cambiando y salir de fiesta ya no formaba parte de mi rutina.

Nick y yo volvimos a ponernos delante del grupo. Los niños nos pidieron que los bajáramos, se cogieron de la mano y se pusieron delante de nosotros. Mi corazón estaba a punto de estallar.

Cuando nos acercamos a Bob y Sophie, finalmente se levantaron. Ambos nos dedicaron sonrisas muy educadas y contenidas.

—¿Vamos ahora al restaurante? —preguntó Sophie.

Nick asintió:

—Sí, tenemos una reserva para almorzar todos juntos.

—Es muy inusual para una boda —dijo ella—. ¿No hay fiesta? ¿Solo un almuerzo en un restaurante?

Enderecé los hombros y la miré a los ojos:

—Queríamos celebrar a mediodía para no alterar el horario de los niños. —Lo cual era totalmente cierto.

Sophie negó con la cabeza:

—Ya te lo he dicho muchas veces, Allison, todo eso se solucionaría si contrataras a una niñera a tiempo completo. Pero supongo que no te lo puedes permitir.

Nick la miró fijamente:

—Sophie, Bob, hoy es un día de celebración. Si vais a hacer comentarios sarcásticos, entonces os retiramos la invitación al restaurante.

Sophie echó la cabeza hacia atrás:

—Nunca entendí que mi hijo te considerara su mejor amigo. Jim era muy educado y cortés, y tú...

—No tengo pelos en la lengua —terminó Nick por ella.

Se oyeron murmullos detrás de nosotros, pero no quise volverme para ver quién había dicho: "¿Y esa bruja quién es?".

Esperaba que Sophie no lo hubiera oído. Aunque tal vez le vendría bien escucharlo.

Ni ella ni Bob dijeron nada. Una vez más, Nick me rodeó la cintura con el brazo y apoyé mi cabeza sobre su hombro.

—Gracias por apoyarme —le susurré.

—Joder, pues claro. Ahora más que nunca.

¿Qué quería decir con eso?

No tuve oportunidad de preguntárselo porque la siguiente media hora fue un poco frenética. Había un montón de vehículos aparcados alrededor del juzgado, ya que todos habían ido en coche.

Los niños y yo iríamos al restaurante con Nick, en lugar de con Leo.

—Me encanta cómo está saliendo todo —comenté mientras subía al coche.

—¿Sí?

—Es una celebración preciosa, pero sencilla. Nunca me han gustado las bodas ostentosas.

—Qué casualidad, a mí tampoco. Pero ahora que lo pienso, era más que nada por el agobio de que todo el mundo preguntara cuándo me iba a echar una novia y sentar cabeza.

Arqueé las cejas:

—¿Sabes qué es peor que ser soltero?

—¿Qué?

—Ser mujer y soltera. Para mucha gente, es como tener una enfermedad.

—Bueno, ya no —dijo Nick—. Esposa.

—Tienes razón, *marido*. Ahora soy una mujer casada. Seria y todo.

Estaba eufórica. El día que me casara de verdad quería algo así: una ceremonia sencilla en el juzgado con un vestido bonito, seguida de una deliciosa comida con la familia y los amigos más cercanos. *Hablando de eso...*

Me giré para recoger mi bolso, que estaba entre los mellizos dormidos, y revisé mi teléfono. Al leer el último mensaje, fruncí el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Nick.

—Violet y Danielle me han enviado un mensaje diciendo que no pueden venir porque...

—Se han inventado una excusa barata ¿no? —dijo Nick, que entendió perfectamente lo que estaba pensando.

No era una boda real, pero aún así me sentí un poco traicionada. Pensaba que las tres éramos mejores amigas.

—¿Estás bien? —me preguntó unos momentos después—. Te has quedado callada.

—Es bastante duro darse cuenta que tus amigas han dejado de serlo —admití.

—Te entiendo.

—Y es peor de lo que pensaba. No sé muy bien qué ha pasado... Todas han desaparecido y dejado de invitarme a sus salidas. Es cierto que desde que mi vida cambió tuve que rechazar todas las invitaciones, pero no podía salir de forma espontánea a tomar algo o hacer planes con ellas. Aún así... —Suspiré y miré por la ventana—. Creí que, al final, encontraríamos la manera de seguir en contacto. Después de la universidad, Violet, Danielle y yo compartimos piso durante tres años, y con ellas el vínculo fue incluso más fuerte que con las demás.

Nick deslizó su mano sobre la mía. Me sobresalté, no porque no me gustara, sino porque todo mi cuerpo reaccionó a su contacto.

¿Estaba sensible porque era un día especial o por nuestra noche juntos?

—Para que lo sepas, todas las mujeres de mi familia se mueren por incluirte en el grupo.

—¿De verdad?

—Sí, incluso querían organizarte una despedida de soltera.

—Lo sé, Meredith me lo comentó. Pero no entiendo por qué al final no lo hicieron.

—Porque yo dije que no. —Nick parecía desconcertado—. Pensé que no te apetecería lo más mínimo.

—Pues no me apetecía... hasta ahora. Podría haber sido divertido.

—Las mujeres siempre sois un misterio —respondió, negando con la cabeza.

Su comentario me hizo reír:

—No te sientas mal por ello. A veces ni yo misma me entiendo.

—Pues yo estoy deseando descubrir cada uno de tus misterios —dijo Nick.

Su tono de voz era un poco más bajo, pero no veía seducción en su mirada, sino un brillo juguetón.

Un momento. Había visto ese brillo antes de que me asaltara en su vestidor. Sí, su mirada desprendía sensualidad. ¿Cómo podría superar esta y las noches venideras con Nick en mi casa y salir indemne?

No lo sabía. De momento, tenía pensado divertirme y disfrutar del resto del día. Tenía verdadera curiosidad por conocer a los Whitley, y ese almuerzo era una buena oportunidad para empezar.

Pero luego, un problema se me hizo evidente.

—¿Cómo vamos a hacer para que Bob y Sophie no sospechen de nada?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nick.

Bajé la voz porque los niños seguían durmiendo en la parte de atrás y no quería despertarlos.

—¿No les parecerá raro que no conozca a tu familia?

—Yo estaré pendiente de ellos. Además, todo ha ido muy rápido entre nosotros, y apenas has tenido tiempo de conocer a la familia al

completo —sonrió—. A decir verdad, apenas hemos tenido tiempo de conocernos, salvo lo más básico, claro.

¡Ja, no han pasado ni cinco minutos y ya me está soltando este tipo de comentarios! Primero esa mirada sexy en sus ojos y después deslizando insinuaciones. Pero no tuve tiempo de darle muchas vueltas porque llegamos al restaurante unos minutos después.

Tardamos una eternidad en despertar a los niños, aunque pasaron de estar somnolientos a sobreexcitados al darse cuenta de que no íbamos a casa. Les encantaba hacer cosas nuevas. Por las fotos de la asistente de Nick, sabía que el restaurante era muy bonito, pero en persona era aún más acogedor. Estaba decorado con el mismo esmero y profesionalismo que la sala del juzgado, con flores y globos. El fotógrafo también estaba allí con una cámara de vídeo grabando todo lo que sucedía.

Había una mesa larga preparada para nosotros en una pequeña sala con enormes ventanas que daban al patio interior. Era como un sueño, con bonsáis perfectamente recortados y plantas con flores multicolores por todas partes.

—Tendré que enviarle unas flores o algún regalo a tu asistente para darle las gracias —le dije a Nick mientras miraba alrededor de la sala—. ¡Es precioso!

—No hace falta. Le daré un aumento por haberte sacado esa sonrisa.

Quería preguntarle por qué era tan importante para él verme sonreír, pero la pregunta sonaba extraña incluso para mí.

—Pues hazlo, se lo ha currado muchísimo.

—¿Los asientos están asignados? —preguntó Colton.

Nick puso los ojos en blanco:

—No, hermano —enfatizó—. Cada uno puede sentarse donde quiera.

Esperaba que Jeannie y Abe se sentaran junto a nosotros porque quería conocerlos mejor. Y, por supuesto, a Helen, la madre de Nick. La busqué con la mirada, pero fueron Bob y Sophie los que se acercaron:

—Vamos a sentarnos junto a vosotros. No nos quedaremos mucho tiempo, así podemos charlar mientras estemos aquí —dijo

Bob.

Capítulo Veintidós

Nick

Me moría de ganas de echar a Bob y Sophie en ese preciso instante. Se suponía que sería un día ameno con la familia y las amigas de Allison, pero los padres de Jim lo complicaban todo. ¿De qué coño querían hablar? Lo único que conseguían era hacerle pasar un mal rato a Allison.

—¿A qué hora sale vuestro vuelo? —pregunté, para dejar en claro lo *mucho* que quería que se fueran.

—A las cinco —respondió Sophie.

Tuve que contener un gruñido. Era una eternidad.

—Nos sentaremos aquí —dije, señalando los dos asientos al frente de la mesa—. Podéis elegir el lado que prefiráis. Mi madre y mis abuelos pueden sentarse aquí con los mellizos —añadí, y señalé los asientos a los que me refería.

—Creo que los niños quieren sentarse con nosotros y con Ben —dijo Spencer.

Me volví hacia Allison:

—¿Te parece bien, cariño?

—Claro —asintió.

Sus ojos se iluminaron, pero no tuve tiempo de preguntarle el motivo.

Mientras tomábamos asiento, los camareros comenzaron a circular con bebidas, y nos preguntaban qué nos apetecía. Había champán, zumos y agua. Tardamos un rato en acomodarnos todos. Mi madre, que estaba sentada justo a mi lado, no dejaba de observar toda la mesa.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí, sí —respondió con un ademán.

—¿Dónde te sentaste durante la ceremonia? No te vi.

—Estaba justo detrás de tus abuelos, con Leo y Maddox. Todos me han tratado muy bien —añadió en voz baja, sabiendo que esa

era mi verdadera preocupación.

—Me alegro.

Tampoco esperaba que mis medio hermanos bailaran de contentos y que la incluyeran en todos los eventos familiares a partir de ahora, pero me alegraba de que, al menos, no la hubieran hecho sentir incómoda.

Una vez que todos se sentaron, los camareros trajeron la primera ronda de aperitivos.

—Qué raro todo... —dijo Sophie, con la nariz fruncida ante el plato—... esta comida en una boda.

Allison carraspeó:

—Vuelvo a repetirlo: tenemos niños y nos hemos adaptado a sus preferencias. Esta comida es perfecta para ellos.

—Ben se estaba muriendo de hambre —añadió Spencer.

—Has hecho lo correcto, Allison —dijo Colton—. Y yo, por mi parte, estoy muy agradecido de que hayas tenido la previsión de pedir que trajeran la comida nada más llegar.

Le hice un gesto con la cabeza. Mi medio hermano mayor había sido con quien tuve la relación más difícil. De hecho, pensé que nunca lograríamos limar asperezas. Yo tampoco era de insistir en algo que no funcionaba. Pero Colton cambió... *de verdad*. Sabía que contaba con él para lo que fuera.

Sophie frunció los labios mientras comenzábamos a comer. Noté la tensión que había en Allison, así que coloqué mi mano izquierda entre sus omóplatos; ella se relajó al instante con mi contacto. Me habría quedado así todo el día si hubiera sido necesario. Luego, le di un golpecito en la pierna con la mía por debajo de la mesa y me acerqué a su oído:

—¿Estás bien?

Allison asintió con una sonrisa. Era adicto a ella: a su aroma... a todo lo que tuviera que ver con ella.

Mientras comíamos los aperitivos, Sophie dijo:

—Me sorprende que tus padres no estén aquí, Allison. ¿Cómo es posible que se pierdan la boda de su única hija?

Se oyó un ruido metálico: a la abuela se le había caído el tenedor. Debería haberle advertido sobre Bob y Sophie; sobre lo

groseros que podían llegar a ser.

—Es una pregunta muy insensible —replicó la abuela de inmediato.

Se me torció la boca y a Sophie se le transformó la cara. Que la regañara una anciana de noventa años era, probablemente, la mayor humillación posible.

—No lo decía en ese sentido —dijo Sophie, pero por el tono de su voz, estaba claro que sí.

—Mis padres no gozan de buena salud y les cuesta mucho viajar —explicó Allison—. Creía que lo sabías. Sé que Nora te lo mencionó varias veces.

—Pronto iremos a visitarlos —añadí, mientras acariciaba los hombros de mi esposa.

Rápidamente me di cuenta de que lo hacía tanto por tranquilizarla a ella como a mí mismo. No era solo por Sophie y Bob. Sentía una necesidad de tocarla, tanto que acerqué mi silla hasta que nuestros muslos se rozaron. Allison se enderezó ligeramente. *No puedo evitarlo.* Cuanto más la tocaba, más la deseaba. La ceremonia en el juzgado había sido tan real... y pensé que si algún día iba a casarme y tener una familia, me gustaría que fuera así.

—Mmm. Tampoco veo a ninguna de tus amigas —continuó Sophie, dirigiéndose solo a Allison.

—Como fue tan precipitado, muchas no pudieron venir —respondió Allison con naturalidad—. Además, queríamos algo muy íntimo, porque el restaurante tiene poca capacidad.

Sophie entrecerró los ojos. Sabía que Allison estaba a punto de perder los nervios. Joder, yo también estaba a punto de hacerlo. Esos dos capullos ni siquiera se habían molestado en pasar un segundo con sus nietos desde que llegaron, ni en el juzgado ni en el restaurante. Ben y los mellizos estaban corriendo por todo el local y mis hermanos se turnaban para cuidarlos. Pero Sophie y Bob no movieron un dedo ni mostraron el más mínimo interés.

Había pedido al fotógrafo que también grabara vídeos del evento, pensando que podrían ser útiles para un eventual juicio. Tendríamos pruebas contundentes de que si ni siquiera se molestaban en

cumplir su papel de abuelos, que no estaban preparados para ser los tutores legales de los mellizos.

Los camareros circularon con bebidas y también ofrecieron distintos tipos de vino. Miré a mi familia y me sentí muy a gusto con todo lo que estaba ocurriendo. Desde que Leo se había comprometido, me sentía fuera de lugar en las reuniones familiares. Era, literalmente, el bicho raro. Y aunque mi relación con mis hermanos seguía siendo muy estrecha, no podía negar que había cambiado desde que todos tenían pareja. Era inevitable que no compartiéramos tanto, y que pasaran más tiempo en sus casas. Ya no hacíamos salidas de hermanos como antes. Al principio no lo entendía, pero ahora empezaba a comprender.

¿Pero en qué coño estoy pensando? Esto es solo para conseguir que mantenga la custodia.

Sin embargo, no podía quitarme de la cabeza lo bien que me sentía al respecto.

—¿Iréis de luna de miel? —preguntó Sophie, continuando con su interrogatorio.

—No —respondió Allison—, no conseguí que me dieran vacaciones en el trabajo. Quizás planeemos algo para los cuatro el año que viene.

Ya me imaginaba llevando a los niños a Disney World. Les encantaría.

Madre mía, ¿ya estaba haciendo planes para el año siguiente?

—¿Vas a seguir trabajando? —preguntó Bob.

—Por supuesto, mi esposa es una mujer fuerte e independiente —respondí—. No cualquiera llega a ser la directora financiera de una gran empresa.

—No lo entiendo. Ahora estás casada —dijo Sophie, y miró a su marido con tal desaprobación que parecía que Allison acaba de decir que se dedicaría a bailar en clubes nocturnos.

—No hay ninguna razón por la que no pueda tener una carrera *y* estar casada con Nick —respondió con orgullo.

Joder, me encantaba cómo sonaba eso. Estaba casada conmigo. *¡Allison está casada conmigo!*

Sophie se enderezó:

—Ninguna mujer que se preocupe por su familia debería trabajar. Ni siquiera tu hermana...

La furia me invadió y no pude mantener más la calma:

—Para ya, Sophie. Si no puedes mantener los modales tendrás que marcharte ahora mismo.

Con horror, noté el ligero temblor de Allison. Apretaba los puños, agarrando el cuchillo y el tenedor con tanta fuerza que me pregunté si estaba a punto de abalanzarse sobre los padres de Jim.

—¿Nos estás echando? —dijo Bob.

—Ya os habéis quedado más que suficiente —respondió la abuela.

—Sí. Es momento de celebrar —añadió el abuelo—, y vosotros parecéis haber venido aquí buscando una excusa para pelear. No es ni el momento ni el lugar para eso.

—Tienes toda la razón, no es el momento ni el lugar —dijo Bob. Se levantó de la mesa—. Vamos, Sophie, lo resolveremos en los tribunales. Te voy a aplastar como...

—No te atrevas a hablarle así a Allison —dije entre dientes, mientras ella y yo nos levantábamos—. Puede que no sepas mucho sobre los Whitley, pero tenemos acceso a los mejores abogados del estado. Si intentas intimidar a mi esposa, lo lamentarás. —Miré directamente a Bob, y él echó la cabeza hacia atrás ante la sinceridad de mi mirada.

Aunque no eran de Boston, conocían bien el poder del apellido Whitley. Hasta ese momento, creían que podían intimidar a Allison, aprovechándose de su luto por la pérdida de su hermana y su supuesta soledad. Pero mi mujer no estaba sola, joder.

Mejor dicho, mi esposa no está sola. Por más que estemos legalmente casados, Allison no es realmente mi mujer.

—Por favor, iros —dijo Allison.

Los dos se apartaron sin decir nada y salieron de la sala.

Allison exhaló un profundo suspiro que sonó tembloroso. Incliné su cabeza hacia mí:

—¿Estás bien, cariño?

—Ha sido horrible —dijo mi madre con disgusto—. Ni los conozco, pero ya os digo que son de la peor calaña.

—Ya te digo —confirmó Colton.

Entonces me di cuenta de que todos habían presenciado la escena. Era exactamente el tipo de prueba que necesitaríamos para un juicio, llegado al caso. Busqué al fotógrafo con la mirada; tal vez había hecho algunas fotos o, mejor aún, un vídeo. Lo averiguaría más tarde. Seguía pensando que los padres de Jim no cumplirían sus amenazas.

Miré a mis hermanos:

—Todos habéis estado sospechosamente callados.

—Creo que no hacía falta que nos metiéramos: lo teníais bajo control —dijo Jake. Y mirando a Allison, añadió—: Lo que ha dicho mi hermano es cierto: el apellido Whitley tiene peso y ganaréis en el juicio.

Allison suspiró y se encogió de hombros:

—Gracias. Siento mucho toda esta escena.

—Quizá sea lo mejor, al final de cuentas —dijo la abuela mientras Allison y yo nos sentábamos—. Ahora podemos estar tranquilos y disfrutar del almuerzo.

El rostro de Allison se iluminó:

—Tienes razón, Jeannie. Pensaba que se quedarían hasta la hora de ir al aeropuerto. Me alegro de que se hayan ido. —Se tapó la boca y miró a los niños, que por suerte, estaban jugando con Ben, y no parecían haberse dado cuenta de que sus abuelos se habían marchado.

—No sé si ha sido lo más acertado echarlos de ese modo —comentó Colton—. Hugo aconsejó evitar todo tipo de enfrentamientos.

—No se lo podíamos dejar pasar —dije en un tono que no admitía réplica. Me volví hacia Allison y le volví a tocar la mandíbula para que me mirara—. Te estaban provocando. No permitiré que nadie lo haga. Jamás.

Estuve a punto de decir "Ahora eres mía", pero me detuve justo a tiempo. Maldita sea, tenía que controlarme. Ella no era mía. ¿Por qué no me entraba eso en la cabeza?

Tragué saliva con dificultad, asimilando todo aquello.

—Gracias —dijo Allison asintiendo.

Cuando solté su cara y me di la vuelta, me di cuenta de que tanto mi madre como la abuela me miraban con sonrisas muy sospechosas. Entonces eché un vistazo alrededor de la mesa: la mitad de los invitados tenían los ojos puestos en nosotros. ¡Si hasta podía oír la marcha nupcial resonando en la mente de mi abuela! Crucé los dedos para que no dijera nada; no le había avisado a Allison lo intensa que era mi familia. Tenía que prepararla, pero ese día ya había tenido suficiente intensidad.

—Bueno, yo por mi parte, creo que deberíamos disfrutar de este día tan especial. Ha sido un detalle muy bonito contratar a un fotógrafo —propuso mi madre.

—Sí —añadió la abuela—. Ni siquiera sabía que el salón estaría decorado y todo eso. —Me miraba directamente, como buscando información. Iba a satisfacer su curiosidad, pero no en ese momento.

—Ha sido idea de Nick. Yo tampoco lo sabía —respondió Allison.

Yo seguía mirando a la abuela. Su rostro se transformó por completo y supe exactamente lo que estaba pensando. Miró a mi madre, quien le sonrió cómplice. Tramaban algo, pero me alegraba por ellas.

—Ya que se han ido —dijo Meredith en voz alta—, propongo un brindis por dos personas extraordinarias. —Levantó su copa de champán y todos seguimos su ejemplo.

—Gracias a todos por estar aquí —respondió Allison—, y por hacerme sentir tan bienvenida y aceptada a pesar de no conocerme.

—El hecho de que Nick esté dispuesto a implicarse de esta forma —dijo la abuela— dice mucho de ti.

—Pero Nick tampoco me conoce tanto.

—No, pero tiene buena intuición. —Entonces la abuela me miró directamente a los ojos—. Y le hace caso a su instinto.

No fue nada sutil, pero, por suerte, no dijo más nada.

Estuvimos mucho más relajados durante el resto del día. Unos minutos más tarde, nos sirvieron el plato principal, que consistía en entrecot con arroz y verduras asadas. Incluso tuvimos una tarta de boda improvisada que había preparado el restaurante, y disfrutamos todos juntos del postre.

Poco después, los mellizos y Ben se quedaron dormidos en los sofás junto a la ventana, y la hija de Jake dormía en su carrito. Me encantaba estar con mi familia, y me hacía muy feliz que Allison se sintiera tan a gusto con ellos.

Capítulo Veintitrés

Nick

Llegamos a casa a las ocho en punto, la hora habitual de acostar a los niños.

—Te apuesto a que aparcamos y se despiertan —dijo Allison, que no dejaba de mirar hacia el asiento trasero—. Después de la siesta que se han pegado en el coche, les llevará horas volver a quedarse dormidos.

—Allison, mañana es domingo y no tenemos que levantarnos temprano.

—Es verdad —dijo ella, y añadió—: marido.

Jamás en mi vida había querido que alguien utilizara esa palabra para referirse a mí. El origen de mi rechazo probablemente radicaba en la doble vida de mi padre y el caos que siguió al revelarse la verdad. Aunque no lo comprendía, no me molestaba que Allison me llamara "marido". Quizá porque sabía que no era de verdad.

Cuando llegamos a la casa, nos quedamos en silencio durante unos instantes, y ninguno de los dos hizo ademán de salir del coche. Finalmente, Allison susurró:

—No puedo creer que lo hayamos hecho.

—Yo tampoco, pero sí, hemos dado el gran paso —Tras una breve pausa, añadió—: Venga, vamos a llevar a los niños a la cama.

Allisón salió disparada del coche, tan veloz que nunca me daba tiempo a abrirle la puerta.

Su predicción no se cumplió: los mellizos no se despertaron al sacarlos del coche, subirlos a la segunda planta ni al acostarlos en sus camas.

—Con que les quitemos los zapatos está bien. Que se queden con esa ropa... no quiero molestarlos —dijo Allison.

Mientras le quitaba los zapatos a Jack, se me vino a la mente un recuerdo de mi madre: acababa de recogernos a los tres de una fiesta de cumpleaños, y nos decía que a las ocho teníamos que estar

en la cama. Éramos un poco más grandes que los mellizos, pero no mucho. Recordé que nos leía un cuento antes de dormir... pero no atesoraba ninguna vivencia así con mi padre.

Me entristecía que Jack y Annie no tuvieran a sus padres. Pero contaban con Allison y, más adelante, con su verdadero marido.

¡¿Pero qué estoy pensando?!

Me resultaba *inconcebible* la idea de que tuviera otro marido. No entendía por qué me costaba tanto asimilarlo y aceptar que lo nuestro era algo temporal.

Salimos de la habitación y algo cambió entre nosotros. Allison se alejó y dijo:

—Leo ha dejado tus cosas abajo. Podemos hacer espacio para que guardes tu ropa en mi armario, y cuando hayas sacado todo, podemos llevar tus maletas vacías al garaje.

Me pasé la mano por el pelo y respondí:

—Vale, voy a coger solo lo necesario para hoy y dejaré el resto para mañana. No tengo ninguna prisa. ¿Tienes espacio suficiente en tu dormitorio para poner otro armario o cómoda?

—Claro —respondió ella—. Voy a ponerme algo más cómodo y bajaré la ropa de cama.

—Gracias. Yo iré abriendo el sofá.

—Perfecto.

Entró en su habitación más rápido de lo que esperaba. No quería que ese día terminara todavía. Pero tras escuchar sus pasos por su habitación y el inconfundible sonido de una cremallera, decidí que era mejor bajar. De lo contrario, era probable que irrumpiera en su cuarto y acabáramos teniendo una verdadera noche de bodas.

Me dirigí directamente al sofá, que tenía un montaje muy sencillo. No era muy grande, pero el colchón parecía bastante cómodo.

—Creo que estas sábanas servirán —dijo Allison unos momentos después, en voz baja para no despertar a los niños.

Me enderecé y me volví para mirarla. *Joder*. Se había puesto un vestido muy corto, ¿o era un camisón? No, tenía que ser un vestido. Todavía llevaba el peinado de la ceremonia, aunque un poco más suelto. Estaba aún más sexy que con el vestido de novia.

—Puedes darte una ducha si quieres —me ofreció.

—Genial. Seré rápido.

—Mientras tanto, pondré las sábanas.

—No hace falta, Allison. Debes estar muy cansada, yo me encargo.

—Los dos estamos cansados.

—Da igual. Si no sabes qué hacer, siéntate en ese sillón y hazme compañía.

—¿Me estás dando órdenes en mi propia casa? —preguntó.

Me incliné hacia ella y respondí:

—Creía que te gustaba.

—Nick... quedamos en que no volveríamos a sacar el tema —dijo, con la respiración entrecortada.

Inhalé hondo. Llevaba solo un minuto a solas con ella y ya estaba cruzando los límites.

—Tienes razón, vamos a *ignorarlo*. Olvida lo que he dicho.

—Como si fuera tan fácil —dijo, retrocediendo hacia el sillón.

Mientras se sentaba, se pasó la mano por el pelo. Luego levantó las piernas y, por un instante, creí estar alucinando. Al cruzar los tobillos y quedar en posición de loto, alcancé a verle el pubis... No llevaba bragas.

¡Madre mía! Tengo que pensar en cosas que detesto... como el cilantro. Que sabe a jabón.

Pero no había caso.

—¿Nick? ¿Qué pasa? —preguntó.

Bajé la mirada al suelo, tratando de controlarme. Pero estaba teniendo el efecto contrario.

—Voy a darme una ducha.

—¿Qué ha pasado? Te has quedado en blanco. —Se levantó del sillón, repitiendo el mismo movimiento. Gemí y ella se tapó la boca con la mano, con los ojos muy abiertos—. Dios mío. Te lo he enseñado todo, ¿verdad?

—Sí, dos veces.

—¿Qué? No te he entendido.

Me aclaré la garganta y respondí:

—Me lo has enseñado dos veces.

Allison pasó de taparse la boca a cubrirse toda la cara con ambas manos:

—A partir de ahora llevaré bragas las veinticuatro horas.

Enterarme que tenía por costumbre no usar ropa interior me excitó de una forma indescriptible. Por otra parte, *todo* en ella me excitaba.

Quería tranquilizarla, pero si la tocaba, o incluso si me acercaba, la haría mía allí mismo, en ese sillón, y era apenas nuestra primera noche juntos en su casa.

—Voy a darme una ducha.

—Sí, buena idea. ¿Te enseño dónde está?

—No hace falta, encontraré el camino —dije antes de subir los escalones de dos en dos.

Al entrar en su dormitorio, eché un vistazo: no era tan grande como el mío, pero para ser el dormitorio principal, estaba bien. El cuarto de baño también tenía un buen tamaño.

Me quité el traje y lo tiré al suelo, sin importarme que se arrugara. No iba a volver a ponerme un traje de novio en mucho tiempo. Abrí el grifo y dejé correr el agua helada. Fue brutal, como si me cortara la circulación de todo el cuerpo.

Y justo lo que necesitaba.

Había llevado mi neceser y cogí el gel de ducha, con el que me enjaboné el cuerpo. Después de la ducha fría inicial, puse el agua caliente. Estaba claro que vivir con ella sería más difícil de lo previsto. No me había parado a pensar en cómo sería la rutina diaria porque me parecía una pérdida de tiempo, pero puede que me hubiese equivocado. Del mismo modo que jamás se me pasó por la cabeza que terminaríamos follando en mi vestidor. Todo lo que estaba viviendo con Allison era territorio desconocido para mí.

Después de ducharme, me puse unos pantalones, una camiseta y bajé las escaleras. Allison se había cambiado: llevaba unos pantalones largos y una camiseta, y exhalé aliviado. *Menos mal*. Si hubiera seguido con ese vestido corto, no sabía si respondería de mis actos.

—He tenido que cambiar las sábanas porque eran demasiado grandes para el sofá. Estas quedan mejor.

Ni siquiera me había dado cuenta.

—Gracias, Allison.

—Es lo menos que puedo hacer después de haberte enseñado mis partes íntimas, no una, sino dos veces.

Sonreía, aunque sus gestos delataban su nerviosismo, algo que ella ya conocía bien. Permanecía de pie, apoyada en la encimera de la cocina, y jugaba con sus pulgares.

—Allison —dije, y me acerqué a ella—. Todo irá bien. Ya nos acostumbraremos a vivir juntos.

—¿Tú crees?

No tenía ni idea pero me quedé callado.

—Nick... —susurró después de tomar aire.

Maldita sea, ¿cómo es que había acabado pegado a su cuerpo? Bajé la mirada y fue un craso error: no podía apartar la vista de su escote. Di un paso atrás con gran dificultad y rodé los hombros.

—Todo saldrá bien.

—¿Quieres que te prepare una infusión u otra cosa? —Negué con la cabeza y ella exhaló hondo—. No sé cómo manejar todo esto. El salón es ahora tu espacio personal por las noches. ¿Seguro que no quieres dormir en mi habitación? Yo puedo quedarme aquí.

—Allison, estoy bien. Jamás permitiría que duermas en el sofá.

—Pero es que tengo el sueño muy ligero, muchas veces me despierto y no puedo volver a dormirme.

—¿Y qué haces entonces?

—Bajo a beber agua, a comer helado. A veces incluso salgo al jardín.

—Pues no te cortes. Yo duermo como una marmota.

Ella ladeó la cabeza:

—¿No te despiertas con el ruido y la claridad?

—No, y si eso pasa, te haré compañía.

—¿Y si no quiero? —bromeó ella.

—Mmm... ¿tus sesiones nocturnas son privadas?

Se humedeció los labios y yo tragué con dificultad. Nos adentrábamos de nuevo en terreno peligroso.

Allison pareció darse cuenta porque respondió:

—Voy a subir, estoy agotada. Intentaré no despertarte mañana por la mañana.

—Como te he dicho, no pasa nada.

—Lo que sí me costará más trabajo es mantener en silencio a los niños.

Sin apartar la mirada de sus ojos, dije:

—Allison, todo irá bien. Te lo prometo.

—Vale —asintió—. Buenas noches, Nick.

La vi subir las escaleras y, a pesar de los pantalones largos, mi miembro reaccionó al atractivo contoneo de su trasero. Tendríamos que encontrar una solución.

Los fines de semana solía acostarme tarde, pero adaptarme a un horario más temprano era el menor de mis problemas. Mi *mayor* desafío, día y noche, era resistir la tentación de seducir a Allison.

Capítulo Veinticuatro

Nick

A la mañana siguiente, me desperté con el cuello rígido. Cuando empecé a estirarme, me di cuenta de que además me dolía la espalda y el lado derecho de la cadera. Parecía un anciano de ochenta años al que le crujía el cuerpo con cada movimiento. Ese sofá era una tortura y no volvería a dormir en él.

Incliné la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha, y miré el reloj: eran las seis de la mañana. Parpadeé varias veces para asegurarme de que no estaba soñando, porque hacía años que no me despertaba tan temprano. La última vez que madrugué fue probablemente en el instituto, cuando mi madre tenía que arrastrarme fuera de la cama. ¿Por qué demonios me había despertado ahora?

Entonces me di cuenta de que era por el maldito sofá. Mi cuerpo no lo soportaba un segundo más. Dudé si volver a acostarme, pero ni de coña iba a someterme a semejante sufrimiento.

En cambio, fui a prepararme un café. Había una pequeña cafetera *Nespresso* y, por suerte, las cápsulas estaban justo al lado. Era bastante exquisito con el café, así que decidí decirle a Allison que además del puñetero sofá, llevaría la cafetera profesional de mi casa.

Me lo tenía bien merecido: eso me pasaba por no planificar las cosas con antelación. Era meticuloso a la hora de hacer negocios, pero fui un cabezota y no me detuve a comprobar si el sofá era cómodo antes de pasar la noche entera y levantarme con la espalda destrozada.

Elegí el café más intenso y me preparé una taza. Después de unos sorbos, veía el día con más optimismo. Podía con todo lo que se presentara.

Mientras quitaba las sábanas y volvía a convertir la cama en sofá, me pareció escuchar la voz de los mellizos. Me detuve para escuchar

con atención. Sí, era la voz de Annie. Subí corriendo las escaleras y fui directamente a su habitación: los dos estaban acostados en la cama de Jack.

—¡Tío Nick! —dijo Annie con una sonrisa.

—¿Tú duermes aquí? —dijo Jack.

Vaya, era la primera vez que le escuchaba decir tres palabras seguidas... desde el accidente.

—Sí, aquí. —Me senté junto a ellos y les pregunté—: ¿Qué hacéis levantados tan temprano?

Annie se encogió de hombros.

—Vale —dije—. ¿Queréis bajar?

Ella asintió:

—¿Y la tía Allison?

—Todavía está durmiendo. Vamos a dejar que descanse.

—¿Tenemos que estar en silencio? —preguntó Annie, llevándose el dedo meñique a los labios.

Asentí y puso su cara justo delante de la de su hermano:

—Jack, silencio.

El niño asintió con el ceño fruncido, como tratando de procesar esa información tan importante. Eran adorables.

Se levantaron de la cama al mismo tiempo, pero Annie agarró la mano de Jack. No dejaba de hacerle gestos para que se callara, aunque el pobre no decía nada. Los seguí por las escaleras, lo que nos llevó mucho tiempo porque eran muy pequeños y los peldaños enormes. Sin embargo, no pidieron ayuda y estaba seguro de que podían hacerlo solos. Lo único que tenía que hacer era tener paciencia.

—¿Qué coméis por las mañanas? —les pregunté.

—Tortitas —respondió Annie sin dudarlo.

Luego miró a Jack con severidad, que frunció el ceño, pero no respondió.

Apenas pude contener la risa: era evidente que no desayunaban eso todas las mañanas, pero era domingo. Y a mí también me apetecían unas tortitas.

—¿Sabéis dónde están los ingredientes? —les pregunté.

Negaron con la cabeza al unísono. Pero como la cocina no era muy grande, no sería complicado encontrarlos.

Abrí todos los cajones y armarios rápidamente y conseguí lo que necesitaba sin dificultad. Allison tenía una mezcla preparada para hacer tortitas y también una gofrera.

—¿Qué tal gofres en lugar de tortitas? —sugerí.

—¡Sí, gofres! ¡Los gofres son mejores! —exclamó Jack.

Me quedé atónito. Y Annie también, porque se quedó mirando a su hermano con la boca abierta. Un segundo después, corrió a abrazarlo.

Dios mío, qué cosa más bonita. Debería haberles hecho un vídeo. A Allison le habría encantado ver ese momento.

—¡Vale! Voy a empezar con los gofres.

—Quiero ayudar —dijo Annie, y enseguida se dirigió a una de las dos torres de aprendizaje que estaban apoyadas contra la isla de la cocina.

Cada uno se subió a la suya. Eran unas sillas geniales: elevaban a los niños a la altura de la encimera y gracias a las barandillas, se evitaba el riesgo de caídas. Los dos me miraban expectantes.

Vaya, ¿tengo que asignarles una tarea?

—Os daré un poco de masa para mezclar.

Los dos asintieron al unísono, pendientes de cada una de mis palabras. No tenía mucha experiencia con niños, pero lo estaba haciendo de maravilla. Cogí dos cuencos, les eché un poco de la mezcla junto con huevos y leche, y les di unas cucharas de plástico.

Los observé durante unos segundos para asegurarme que no se hicieran daño, pero lo estaban haciendo muy bien. Más tarde le preguntaría a Allison qué cosas solían hacer en la cocina, estaba claro que les encantaba.

Los gofres estuvieron listos en un santiamén. Saqué de la nevera un par de siropes, mermelada y nutella, cuando se oyeron pasos en el pasillo.

—Buenos días —dijo Allison al entrar en la cocina.

Tenía los ojos aún hinchados por el sueño, y se frotó el derecho con un pequeño bostezo. Llevaba el pelo completamente revuelto y el mismo pijama que la noche anterior.

—¡Qué rico! Oh, ya os habéis levantado todos. —Miró a los niños y se volvió hacia mí—. ¿Por qué no me has despertado?

—Ya estaba levantado cuando ellos se despertaron, así que preparamos el desayuno. Hemos hecho...

—Gofres —terminó ella.

—¡Sí! —exclamó Annie.

—Me dijeron que siempre desayunáis tortitas, pero hoy hicimos gofres.

Allison abrió la boca, pero volvió a cerrarla y me miró con una sonrisa cómplice. Le guiñé un ojo, dándole a entender que sabía que obviamente no desayunaban tortitas cada mañana.

—¿Te apetece otra cosa? —pregunté.

—No, ¡me encantan los gofres! —Se acercó, mirando los puestos de trabajo de los niños—. ¿Queréis comer fuera o dentro?

—¡Fuera! —gritaron los dos.

—Tía Allison, Jack ha hablado —dijo Annie con seriedad—. ¿A que sí?

Jack negó con la cabeza. Su timidez era evidente.

—Ha hablado un poco —confirmé.

Allison sonrió de oreja a oreja, y para mi sorpresa, se le empañaron los ojos. Antes de la boda, me había comentado que estaba empezando a soltarse, pero ese día parecía que Jack había vuelto a ser el de siempre.

—Eso es genial, Jack. Sabes que te queremos con locura y que, cuando te sientas cómodo para hablar, lo hagas, ¿vale? Estoy muy orgullosa de ti y estoy segura de que mamá y papá también lo están.

Ahora Allison tenía los ojos llenos de lágrimas.

Annie me miraba confundida, y entonces se fijó en las lágrimas de su tía.

—¿Estás triste, tía Allison?

—Para nada, mi amor, son lágrimas de felicidad —dijo Allison rápidamente, pero Annie se acercó para darle un abrazo—. Chicos, llevad los gofres fuera, por favor. Tío Nick, ¿puedes acompañarlos? —Los ayudó a bajar de las sillas y les dio unos platos. Jack se encargó del plato de gofres.

—Claro —respondí.

Cogí los siropes y los untables y acompañé a los pequeños al jardín.

Me di cuenta de que Allison necesitaba estar sola un momento para recomponerse. Después de que los niños se sentaron a la mesa, entré para ver cómo estaba.

—Allison, ¿estás bien?

Estaba apoyada contra la encimera de la cocina con los ojos aún un poco enrojecidos.

—Sí. Me da mucha tristeza pensar que Jim y Nora no podrán acompañar sus primeras veces, ver cómo aprenden a atarse los cordones, el primer día de colegio... ese tipo de cosas.

—Hoy he presenciado un momento muy bonito. Por eso es tan importante que nosotros estemos con ellos y tengan estabilidad en su vida. —Ella asintió, y le pregunté—: ¿Lista para salir?

—¿Aún tengo los ojos rojos?

—Un poco —respondí, mientras cogía otros dos platos.

—Entonces esperaré unos minutos más. Quiero que me vean fuerte y no se preocupen por mí.

—Allison, eres fuerte y ellos lo saben. De verdad.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —susurró.

Dejé los platos en la mesa y le acaricié la cara con ambas manos:

—Porque los niños tienen buena intuición, y emocionarse no es sinónimo de debilidad. Tómate todo el tiempo que necesites. Yo me ocupo de los niños.

—Estoy bien, gracias —dijo—. Cojo el zumo de granada que a todos nos encanta y salgo.

Cogí los platos y ella salió un minuto después con el zumo y los vasos. Los mellizos ya se habían zampado los gofres, y en cualquier momento iban a pedir más. Por suerte, había suficiente como para un pequeño batallón.

Al mirar la mesa, no pude evitar sentir que parecíamos una familia de verdad. Nunca me había visualizado como padre, y me seguía costando imaginarlo, pero tampoco creía que mucha gente se sentara a pensar en eso antes de tener realmente un hijo. No lo

había hecho tan mal esa mañana, excepto que no les hice cambiarse de ropa.

—Después de comer, vamos a cambiaros y poner la ropa a lavar, ¿vale? —dijo Allison, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¡Noooo! Hoy soy una princesa —protestó Annie.

Jack se encogió de hombros.

—Está bien —cedió Allison—. Puedes ser una princesa todo el día.

Mientras comíamos el resto de los gofres, se volvió y me preguntó:

—¿Por qué te has levantado tan temprano? Me has dicho que te gusta dormir hasta tarde los fines de semana.

—No he podido.

—¿Qué ha pasado?

—Traeré el sofá de mi casa —confesé—. A ver si consigo hacerlo hoy mismo.

Allison se quedó boquiabierta:

—¿Tan incómodo es?

—Es horroroso. No sé por qué me empeñé en que dormiría bien allí; desde luego no fue así.

—Lo siento mucho, Nick —dijo con una mueca de dolor—. Si no encontramos la manera de traerlo hoy, yo dormiré allí, o compartiremos la cama de alguna manera.

—¡Ni de coña! —exclamé.

Al ver que los niños se quedaron *literalmente* boquiabiertos, me volví hacia ellos para decirles:

—Lo siento, he dicho una palabrota. Nunca lo hago —mentí.

—Tío Nick, nada de palabrotas —dijo Annie que le tapó los oídos a Jack.

—Tienes razón.

Quitó las manos de los oídos de su hermano y volvió a sentarse. Qué adorable, parecía una profe en miniatura.

—No lo volveré a hacer.

La expresión de Annie era tan seria que tuve que contener la risa.

Después de terminar el desayuno, los niños empezaron a bostezar al unísono.

—Chicos, ¿qué os parece una siesta?

Para mi sorpresa, que de niño luchaba a capa y espada para no ir a la cama, los mellizos no opusieron resistencia.

—Subo con ellos y luego recojo todo —dijo Allison señalando la mesa.

—No, yo me ocupo —repliqué—. Es lo que corresponde, me he metido en este jaleo.

—Está bien —dijo Allison con una gran sonrisa. Llevaba mucho tiempo haciendo todo ella sola y se notaba que apreciaba recibir ayuda.

En cuanto subieron, llamé inmediatamente a Frances.

—¡Buenos días! —saludé cuando contestó.

—Hola, Nick. ¿Qué tal?

—Necesito que te encargues de hacer una pequeña mudanza... para hoy.

—Claro. ¿Qué necesitas que te lleven?

—El sofá de mi sala de cine.

—Ahora mismo me pongo en ello. Mandaré a alguien en una hora, ¿vale?

—No hay prisa. Con que llegue antes de que se acabe el día está perfecto. —Frances era una trabajadora estupenda—. Y muchas gracias por todo lo de ayer.

—¿A la novia le gustó?

—Le encantó. Hiciste un trabajo maravilloso.

Ya había solicitado un aumento a Recursos Humanos, que vería reflejado en su próxima nómina. Era un gran activo para mí y para mi equipo.

—¡Gracias! Te enviaré el sofá lo antes posible.

—Genial.

Aunque quería mantener en reserva la verdadera naturaleza de mi matrimonio con Allison, le había contado la verdad a mi asistente. De lo contrario, me costaría muchísimo pedirle ese tipo de favores.

Después de terminar la llamada, recogí la cocina. Acababa de poner el lavavajillas cuando Allison bajó las escaleras:

—Se han quedado fritos. Seguían agotados de la fiesta de ayer. —Bostezó—. Yo también. Dios, necesito un café.

—Hablando de eso... —dije, dándome la vuelta—. Me gustaría traer otra cosa además del sofá.

—¿Ah, sí?

—Mi cafetera.

Allison se rió:

—Fue lo primero que pensé cuando conocí tu casa. Cómo harías para sobrevivir con mi humilde cafetera *Nespresso*.

—¿No te importa?

—No me voy a oponer a beber café de barista —me aseguró con un guiño.

De repente, sentí la necesidad de llevar todas mis pertenencias a su casa y quedarme para siempre. *No me reconozco.*

Saqué el teléfono y dije:

—Voy a enviarle un mensaje a Frances. Ya le he pedido que se ocupe de traer el sofá, así que pueden traer la cafetera.

—Qué rápido. Estoy impresionada. Entonces... ¿ella sabe todo lo nuestro?

—Sí, de lo contrario sería muy difícil de encubrir —asentí—. Es muy discreta y sabe guardar un secreto.

Justo cuando terminé de escribir el mensaje, levanté la vista:

—Lo siento. Debería haberlo consultado contigo.

—No, no pasa nada. Es solo que es un poco raro... No sé qué debemos mantener en secreto y qué no.

—Creo que los únicos que deben saber la verdad son las personas más cercanas. El resto debe pensar que es un matrimonio auténtico.

Allison asintió.

Arqueé las cejas y me acerqué a ella, que retrocedió hasta chocar contra la encimera.

—Lo que sí debe quedar en secreto es lo que pasó en el vestidor de mi casa —dije.

Ya era hora de que me hiciera cargo... al menos conmigo mismo. No podía evitar coquetear con ella. Cuanto más lo reprimía, más intentaba seducirla.

—Dios mío, Nick. —Entrecerró los ojos y me dio un suave codazo —. ¿No se lo has contado a nadie de tu familia?

—¿Qué dices? Por supuesto que no.

Se humedeció los labios, lo que solo avivó más mi imaginación. Eran carnosos y perfectos para ser comidos a besos.

—No sé... Ayer me dio la sensación de que todo el mundo sabía más de lo que parecía. —Ella negó con la cabeza—. No sé cómo explicarlo.

—Te entiendo, es algo habitual en mi familia: creen que saben más que tú sobre tu propia vida. Mi madre y mi abuela te soltaron un par de comentarios sospechosos.

—¿Tú también las escuchaste? No sabía si era verdad o me lo había imaginado.

—No, no es tu imaginación. Lo dijeron en voz alta, lo suficiente como para que yo también oyera. Es su forma de meterte ideas en la cabeza.

—¿Para que tú y yo...? ¡No me atrevo ni a decirlo!

—Mejor así —respondí con una risa.

Bajó los brazos y me di cuenta de que se le notaban los pezones, algo que no había pasado antes. Bajó la mirada e inmediatamente se volvió a cruzar de brazos.

—Espero que no se hagan ilusiones con respecto a nosotros, ¿no?

—No es nuestro problema. La abuela lleva años ilusionada con casar a todos sus nietos.

—Pero todos se *han* casado, o al menos comprometido.

—Es cierto, y también es cierto que su papel como celestina ha sido crucial.

—¿En serio? Eso de las abuelas casamenteras viene de antaño. Mi madre solía decir que su abuela era así, pero murió mucho antes de que Nora y yo naciéramos. —Sonrió—. Así que Jeannie tuvo éxito, ¿eh? De una forma u otra, ha conseguido que todos sus nietos se hayan comprometido.

—¿Y no podría ser que mis hermanos simplemente cambiaran de opinión y les apeteciera sentar cabeza? —la desafié.

—¡Ja! Los hombres son más cabezotas que una mula —respondió con un exagerado ademán—. Y no se enteran de nada, aunque lo tengan delante de sus narices.

Delante de las narices, en pijama, con el pelo revuelto y con una camiseta que le trasparentaba los pezones. Empezaba a entender lo que quería decir.

—Tuvo éxito con varios de mis hermanos —admití—. Pero no todos necesitaban su intervención.

—¿Y ella cree que tú sí la necesitas?

—Con la abuela nunca se sabe, pero ayer estaba feliz... de eso estoy seguro.

—No sé si es bueno o malo.

—Yo tampoco —respondí con una media sonrisa.

Capítulo Veinticinco

Allison

Estar casada con Nick Whitley era, sin duda, una de las mejores cosas que me habían pasado en la vida. ¿Era una locura? Sí. ¿Estaba resultando mejor de lo esperado? También.

Y, joder, cada noche me moría de ganas de estar con él.

Temía enamorarme y sufrir cuando llegara el momento de separarnos más adelante.

Toda la situación era un delirio.

Ese mismo día trajo su sofá, que era comodísimo y mucho mejor que el de mi casa.

Un mes después de la boda, recibí el tan temido correo electrónico del abogado de Bob y Sophie: habían presentado la demanda para solicitar la custodia.

Me quedé paralizada, y tuve que releer el correo varias veces. Claro que lo estaba esperando, de hecho, me había estado preparando para recibir esa noticia, pero verlo por escrito disparó mi ansiedad.

—¿Allison?

Me sobresalté al ver a Nick bajar el último escalón. Los mellizos ya estaban durmiendo.

—¿Qué pasa? Te noto muy tensa.

Me limité a enseñarle el teléfono. Se acercó con pasos rápidos y miró la pantalla.

—Tal como lo imaginamos.

—Lo sé... —susurré— aún así me descoloca. ¿Y si se salen con la suya?

—Allison —dijo en tono suave. Me apartó el pelo del hombro y me acarició la cara con ambas manos—. Lo tenemos controlado. Estamos juntos para ganar esa batalla. —Sus palabras calmaron mi ansiedad, pero mi pulso se aceleró por otros motivos. —Reenvíaselo a Hugo para que haga lo que tenga que hacer.

—¿Tendré que enfrentarme a ellos en el juicio? —pregunté, y Nick frunció el ceño.

—Él nos dirá si es necesario.

Mientras reenviaba el correo electrónico a Hugo para pedirle aclaraciones sobre el contenido y los pasos a seguir, el teléfono de Nick sonó y este contestó al instante.

—Hola, Spencer. Sí, estoy con Allison. —Apartó el teléfono de la oreja y lo puso en altavoz.

—Perfecto. Queríamos comentaros una idea: como habréis notado, Ben, Jack y Annie hicieron buenas migas en la boda.

—Sí, es verdad —dije sonriendo, y algunas de mis preocupaciones se disiparon—. Mis sobrinos no paran de preguntar por Ben.

—Entonces se nos ocurrió que, si os parece bien —intervino Penny—, se podrían quedar a dormir aquí una noche.

—¡Su primera fiesta de pijamas! —Una gran emoción me invadió —. ¿Seguro que podéis con tantos niños?

—Entre los dos nos apañamos —dijo Spencer—. También tenemos una niñera que viene de vez en cuando, y podemos pedirle que se quede, pero no creo que sea necesario.

Me encantaba la idea de que fueran a jugar a casa de Ben, y no podía creer que nos acogieran en su familia con tanto cariño. Esperaba que esa amistad continuara después del divorcio.

—Se lo preguntaré mañana a los niños, pero vamos, estarán encantados. ¿Cuándo os vendría bien?

—Este viernes por la noche, y pueden pasar el sábado en casa.

—Perfecto. Otro día organizamos algo para que Ben venga a la nuestra.

Spencer se rió y le dijo a Penny:

—Ya me lo ha pedido.

—Si queréis, este viernes se puede hacer en mi casa —ofrecí.

—Gracias, pero que la primera fiesta de pijamas sea en nuestra casa —explicó Spencer.

—Sí, así tendréis tiempo para... —empezó Penny emocionada, pero se calló.

—¿Qué? —pregunté con el ceño fruncido.

—Todos necesitamos un respiro de vez en cuando —respondió Penny, pero tenía la certeza de que eso no era lo que realmente quería decir.

Miré a Nick, que negaba con la cabeza pero le brillaban los ojos.

—Mañana te confirmo. Muchas gracias por la invitación.

—De nada. Que tengáis buena noche —saludó Spencer.

Después de colgar, dije:

—Qué bonito detalle de su parte.

—Totalmente.

—¿Y esa cara? —señalé—. Parece que hubiese gato encerrado.

—Desde luego que hay gato encerrado. Creo que Penny le está haciendo los mandados a la abuela.

—¿Qué quieres decir? —pregunté confundida.

—¿Recuerdas que te comenté su obsesión por emparejar a sus nietos?

—¡Ah, sí! —exclamé, y acto seguido me tapé la boca—. Pero...

—Visto lo visto, y aunque estoy convencido de que la invitación a la fiesta de pijamas es genuina, no creo que sea del todo inocente.

Tragué saliva con dificultad mientras todo mi cuerpo comenzaba a vibrar. La idea de pasar la noche a solas con Nick era de lo más emocionante. Me costaba admitirlo, pero tampoco podía negarlo.

—Primero veamos si los mellizos se animan a quedarse a dormir en su casa.

Dijeron que sí antes de que terminara la pregunta, así que el viernes por la tarde, después de recogerlos de la guardería, los llevé directamente a la preciosa casa de Penny y Spencer en Beacon Hill. En cuanto llegamos, Spencer condujo a los niños a la habitación de Ben, y me quedé a solas con Penny. Me recorrió una extraña sensación.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó.

Estábamos las dos en la cocina, disfrutando de un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—No, ha sido una semana muy larga.

Había estado muy pendiente del correo electrónico por si tenía noticias de Hugo, que respondió mis preguntas y me aseguró de que las posibilidades de tener que comparecer ante un juez eran

mínimas. Pero, aparte de eso, no sabía más nada. También nos había enviado, tanto a Nick como a mí, el documento estándar de divorcio, que presentaríamos una vez que el asunto de la custodia hubiese terminado. Lo leímos con atención. Me generaba sentimientos encontrados solo de pensarlo, lo cual no tenía ningún sentido. Era un mero trámite, y lo que habíamos acordado desde un principio.

—Entonces, te quedarás en casa.

—Seguramente —asentí—. Y pediré comida a domicilio.

Penny frunció el ceño antes de dar un sorbo:

—¿Nick no está en casa?

Esa fue la primera pista de que algo tramaba. Nick no había exagerado.

—No hemos hablado de si teníamos planes para esta noche. Creo que ha quedado con un amigo.

—Claro —respondió Penny con los hombros caídos—. Admiro mucho lo que estáis haciendo. Tiene que ser muy difícil vivir con alguien que no es... tu pareja.

—Tampoco es tan difícil. Con Nick nos hemos organizado para compartir el baño y las demás cosas de la casa.

Además de fingir que no nos mirábamos con deseo. Pero las cosas iban a llegar a un punto de no retorno tarde o temprano. Lo sabía en lo más profundo de mi ser.

Pero ese no era el único problema. Durante el último mes, habíamos compartido muchos ratos juntos. Me encantaba cuando llegaba ese momento de la noche en que los mellizos se dormían, y nos quedábamos los dos solos conversando sobre cómo había ido el día, hablando de sueños e ilusiones. Cuando estábamos los cuatro juntos, todo parecía tan real que me asustaba.

Me estaba enamorando de Nick Whitley, no tenía ninguna duda.

—Entonces te dejo que disfrutes de tu noche tranquila. Gracias por traer a los niños. Te llamaremos mañana para que los recojas por la tarde.

—Genial, gracias. No dudes en llamarme si pasa cualquier cosa, vendré a buscarlos del tirón.

—No digas tonterías —dijo Penny—. No será necesario; se lo pasarán genial. Que tengas una buena noche.

Después de subirme al coche, empecé a preguntarme qué planes tendría Nick. Había estado tan ajetreada toda la semana entre el trabajo, el asunto de la custodia y preparar a los mellizos para la fiesta de pijamas que ni siquiera se lo pregunté. Decidí enviarle un mensaje mientras volvía a casa.

Allison: Hola, ¿tienes planes para esta noche? ¿Ya te has ido?

Me respondió unos segundos después.

Nick: Lo sabrás en cuanto llegues a casa.

Oh, Dios mío. ¿Eso significa que ya está en casa?

Una oleada de nerviosismo me invadió mientras comprobaba mi aspecto a través del espejo retrovisor. Llevaba un traje tan conservador que podría pasar por directora financiera o profesora, dependiendo de cómo se mirara. Había tenido una reunión importante, y me había recogido el pelo en un moño muy apretado. Normalmente no me gustaba ese *look*, pero me hacía sentir más profesional si tenía que acudir a una reunión importante.

Mientras conducía hacia casa, me quité la coleta y las horquillas en el siguiente semáforo en rojo. Mi cabello cayó en bonitas ondas sobre mis hombros.

Aparqué delante de la casa y salí del coche, sin saber qué me depararían las siguientes horas. Era nuestra primera noche a solas.

—¡Nick! —llamé, pero no hubo respuesta, lo que significaba que no estaba en el jardín.

Subí rápidamente los escalones del porche, abrí la puerta principal, y todo mi cuerpo se relajó de inmediato. Un delicioso aroma a especias provenía de la cocina.

Me quité los zapatos y no volví a llamar a Nick porque ya sabía que estaba allí. Fui de puntillas hasta la cocina y me quedé mirando unos instantes. *Joder*. Quería grabar en mi memoria cada detalle de aquel hombre increíblemente sexy que se encontraba en mi cocina. Llevaba vaqueros y una camisa abotonada con las mangas remangadas, como solía hacerlo. También noté que se había desabrochado los primeros botones del cuello.

Debió de notar mi presencia, porque me miró de reojo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Acabo de llegar.

—¿Quieres que me haga el tonto para que puedas seguir mirando? —Me guiñó un ojo y, en cuestión de segundos, mi cuerpo reaccionó a su presencia.

—¿Qué estás cocinando? —pregunté, acercándome a él.

—Pollo al vino blanco con arroz.

—Qué rico. Me pareció que olía a vino. —Tenía tanta hambre que habría comido cualquier cosa, pero eso tenía una pinta increíble.

—No tardaré mucho.

—Creía que saldrías con un amigo esta noche.

Nick me miró extrañado y arqueó las cejas:

—Iba a salir, pero quería estar en casa contigo.

Tragué saliva. ¿Qué tenía planeado? Nick había estado muy correcto manteniendo la distancia entre nosotros. Pero quizá era por los niños, para no confundirlos.

Por otra parte, yo también estaba muy confundida en lo que a él se refería. ¿Qué estábamos haciendo?

—Pondré la mesa —ofrecí.

—Ya está todo listo.

—¿Qué? —Miré la mesa y respondí—. No me había dado ni cuenta.

Se había encargado literalmente de todo.

—¿Cuánto tardará en estar lista la comida?

—Cinco minutos, más o menos.

—Entonces voy a quitarme este traje y darme una ducha rápida.

Nick asintió y me pareció oír cómo tragaba saliva. Por la expresión de su cara, era evidente que quería venir conmigo, pero se limitó a decir:

—Aquí estaré.

Subí corriendo las escaleras, con el corazón a mil. ¡Tenía una cena con Nick!

No es una cita, me repetí a mi misma. *Cenaremos juntos, al igual que todas las noches desde que se mudó a casa.*

Excepto que esa vez no estaban los niños.

¿Cómo podría agradecerle que se encargara de la cena? ¿Tal vez un masaje? Me encantaría masajear esos hombros musculosos tan irresistibles y luego continuar con...

Uf. No podía pensar en eso.

Nunca me había duchado tan rápido en mi vida; no quería que Nick esperara ni que la comida se enfriara.

Me perfumé con mi fragancia favorita antes de ponerme un vestido amarillo de verano. Como toda mi ropa, era ceñido y muy femenino, aunque sin mucho escote. Me gustaba ponerme vestidos cuando estaba en casa, a diferencia de los trajes que vestía para la oficina.

Bajé las escaleras descalza. Aunque el tema de la custodia seguía inquietándome, un optimismo ineludible me invadía, haciéndome creer que todo se resolvería. Sospechaba que mi entusiasmo estaba directamente relacionado con el buenorro que dormía en mi sofá.

—Ya has servido la comida —dije, atónita.

—Y el vino. —Me guiñó un ojo—. Quiero que lo disfrutes.

Todo era muy romántico, hasta había puesto flores en un pequeño jarrón. Rosas, para ser más precisa.

—Nick —susurré, cuando me detuve para tocar los pétalos—, ¿cuándo las has comprado?

Se acercó por detrás:

—Esta tarde. —Su voz tenía ahora un tono más grave—. Aunque no sabía si te gustaban las rosas.

Me acariciaba los brazos con los dedos. Parecíamos una pareja de verdad, como si estuviéramos realmente casados y disfrutando de una noche juntos sin los niños.

—Gracias. Me encantan.

—La cena está servida. Ni siquiera te lo he preguntado, pero he elegido vino blanco —dijo mientras apartaba la silla. Me senté y la acercó hacia la mesa.

—El vino blanco va muy bien con el pollo. Además, la comida también lleva vino, ¿no?

Nick se sentó frente a mí, con el arroz y el pollo servidos en cuencos separados. Me serví rápidamente, y en cuanto él hizo lo mismo, comencé a comer.

—Tendrías que ser chef —dije.

—Has probado muy pocas cosas hechas por mí como para pensar eso.

—Lo sé, pero todo estaba exquisito.

El arroz estaba cremoso y bien condimentado, y al contrarrestar la nata con vino blanco, no resultaba nada pesado. Al mover los hombros y suspirar de placer, noté que se reía.

—¿Qué? —pregunté.

—Siempre haces ese gesto cuando algo te gusta. Como un bailecito de felicidad.

¿Se había fijado en eso? *Vaya*.

—¿No es lo que hace todo el mundo?

—No lo sé, Allison. No presto tanta atención a los demás como a ti.

Otra vez su tono coqueto y mirada sensual. Estaba perdida. Nick tenía otros planes para esa noche, de eso no tenía duda.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunté, para centrarme en otra cosa—. Por cierto, ¿ya decidiste dónde vas a abrir el nuevo gimnasio?

—Lo voy a dejar para más adelante. Ya tenemos bastante con lo nuestro.

Me quedé boquiabierta:

—Nick, no tienes por qué poner tu vida en pausa.

—Lo sé. Pero abrir un local nuevo requiere muchos viajes, y no quiero perderme ni un minuto de estar contigo y con los niños.

Dios mío. Eso era totalmente inesperado y casi se me saltan las lágrimas. Nick era un hombre maravilloso.

Tomé unos sorbos de vino y pronto todo mi cuerpo se relajó. Y entonces me di cuenta de que Nick me observaba sin pestañear.

—¿Qué? ¿Tengo algo en la boca?

Estiré las piernas debajo de la mesa y sentí que Nick las atrapaba con las suyas. Ambos nos quedamos paralizados, pero no las aparté. Me gustaba su contacto. Más que eso, lo deseaba.

—Penny y Spencer fueron muy amables conmigo y con los niños —comenté, en un desesperado intento por romper la tensión—. Por cierto, Penny parecía muy decepcionada cuando le dije que quizá tú

estarías fuera esta noche. Tenías razón con eso de que quieren emparejarnos.

Nick se rió:

—Yo también recibí una llamada sospechosa de la abuela. Me preguntó con mucha *insistencia* qué planes tenía para esta noche.

—¿Y qué le dijiste?

—Le tomé el pelo y no solté prenda.

—¡Qué malo eres! —dije entre risas.

—Se lo merece. Me gusta compartir cosas de mi vida con ellos, pero se están pasando de la raya. Y no entiendo por qué tanta tabarra si saben que no estoy hecho para el matrimonio.

Sus palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Claro que Nick no quería casarse, y que lo hizo para ayudarme a mantener la custodia de los mellizos. ¿Por qué no me entraba en la cabeza de una vez por todas?

—¿Qué quieres hacer después de cenar? —preguntó.

Me extrañó la indiferencia en su voz, como si no me acabara de echar un cubo de agua helada por la cabeza.

—¿Qué tal si jugamos al póquer? —Fue lo primero que se me vino a la mente.

Capítulo Veintiséis

Nick

—¿Al póquer? —pregunté, convencido de haber oído mal.

—Sí. —Allison asintió enérgicamente—. O a algún juego de mesa.

No me lo esperaba. Pensaba que querría ver una película o una serie, acurrucarnos en el sofá *y* tener sexo. Quería repetir lo que habíamos hecho aquella noche en el vestidor de mi ático. Independientemente de que nuestro matrimonio fuese real o no, aquella noche sí lo había sido. Y desde que firmamos los papeles, otras cosas también habían empezado a parecer reales. Estaba más cerca de Allison que de cualquier otra mujer, y, para mi sorpresa, quería más. Lo quería todo.

—Pues juguemos al póquer. —Lo prefería antes que cualquier juego de mesa.

Allison se levantó de la silla y se dirigió hacia la consola debajo de la televisión. Algo había cambiado en ella, pero no sabía qué; pasó de estar relajada a tensa otra vez. ¿Por qué?

—¡He encontrado una baraja!

Se inclinó para cogerla y me regaló una hermosa visión de su culo perfectamente redondo.

Me apresuré a llevar los platos a la cocina, aunque no tenía pensado fregar en ese momento; ya lo haría más tarde.

Algo en su lenguaje corporal seguía sin encajar, y estaba decidido a llegar al fondo del asunto, aunque tuviera que jugar al póquer. Estaba claro que había dicho algo que la había incomodado, pero por más que lo intentaba, no conseguía averiguar qué era. ¿Le molestaba que mi familia intentara emparejarnos?

Dejé nuestras copas en la mesita delante del sofá mientras se acercaba.

—Te sabes las reglas del póquer, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, pero prefiero hacer una partida de prueba porque hace años que no juego.

—Ajá —dijo—. Pues prepárate para recibir una paliza. Soy muy buena en el póquer.

—¿En serio?

—Estábamos obsesionados con este juego en la universidad. Estoy segura de que todavía lo recuerdo.

—Vale... acepto el reto.

Mientras empezaba a barajar las cartas, decidí no andarme con rodeos:

—Allison, te noto diferente desde que terminamos de cenar. —Me miró y detuvo lo que estaba haciendo—. Estabas relajada y, de repente, eres un manojo de nervios. ¿He dicho algo malo?

Ella negó con la cabeza:

—No, en absoluto.

—Pero algo te pasa.

—Nick... —suspiró y se encogió de hombros—. No sé cómo explicarlo sin parecer tonta.

—Te prometo que no te juzgaré.

Ella apretó los labios:

—Pensaba que después de un tiempo de convivencia, las cosas serían más fáciles...

—Pero no está sucediendo —terminé por ella.

—No, más bien lo contrario. Cada vez que creo que lo tengo bajo control, pasa algo y... —Cerró los ojos—. Me doy cuenta de que sigo sin saber cómo manejar lo nuestro. Y por eso creo que jugar al póquer es lo más seguro para los dos. No da lugar a insinuaciones.

—Bueeeno... —Estaba la opción de jugar al *strip poker*.

Allison me miró, echando la cabeza hacia atrás y haciendo un gesto de negación:

—Mejor no me digas lo que estás pensando.

—No iba a decir nada.

Volvió a barajar, me miró y suspiró:

—Me retracto, ahora quiero saberlo.

—Acabas de decir que no.

—Lo sé, me va a costar un mundo quitármelo de la cabeza. ¿Cómo se puede transformar un simple juego de cartas en algo indecente?

—Se me ocurrió que podíamos jugar al póquer *sin ropa*.

Ella parpadeó rápidamente:

—¿Te refieres al *strip poker*?

—Eso mismo. Pero yo me he saltado la parte de desnudarnos poco a poco para ir desnudos directamente.

Se sonrojó más rápido de lo que creía posible.

—¿Ves? No tendría que haberlo dicho. Cada vez que pierdas, pensaré en qué prenda te pediría que te quites —Me incliné ligeramente hacia delante—. Aunque apenas lleves un vestido.

Allison exhaló bruscamente y supe que me había pasado de la raya. Pero llevaba *semanas* aguantado sin hacer ningún movimiento, estar a solas con ella esa noche lo cambiaba todo.

—Nick... —susurró, y se detuvo. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba más segura—. Sabes, te regañaría por lo que acabas de decir, pero tampoco voy a mentir... fue lo primero que pensé cuando dijiste "póquer sin ropa". Y desde ya te digo que el que se quedará en pelotas, eres tú. Estoy segura de que ganaré.

¡Por fin! Estaba flirteando conmigo. Habíamos acordado una relación platónica, y aunque no debería celebrarlo, sentía que había ganado una batalla.

Estaba tan cerca... a un segundo de inclinarme y besarla. Sus labios eran una invitación irresistible.

Respiré hondo y observé las cartas. Aunque ya la había barajado a conciencia, sus manos no se detuvieron. Decidí tomar las suyas, apartar los naipes y acariciar sus palmas con mis pulgares. Fue entonces cuando me di cuenta de que temblaba ligeramente.

—Allison, soy plenamente consciente de lo que acordamos en el ático. Recuerdo cada palabra. De hecho, recuerdo cada maldito segundo.

—Yo también. —Su voz era apenas audible, como si no quisiera admitirlo.

—Pero no sé cómo hacerlo —continué—. Te deseo tanto que me nublas el pensamiento. Vine aquí con la intención de relajarme y, sin embargo, estoy aquí, tonteando contigo.

—Me he dado cuenta.

—No soy un capullo y te aseguro que no lo hago a propósito. Hay algo en ti, en nosotros, que me resulta imposible contener.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Qué hacemos entonces?

—Juguemos al póquer desnudos.

Ella sonrió:

—Bueno... no estaría mal ver esos músculos.

Y con eso, todo mi autocontrol se desvaneció. Al igual que en el ático, no podía pensar en otra cosa, la necesitaba con cada fibra de mi ser.

Así que, en lugar de hacer una contrapropuesta, la besé. Joder, cómo había echado de menos su boca ardiente. Sabía a vino blanco.

Allisión gimió y se entregó al instante. Su lengua se encontró con la mía con pasión y supe que no íbamos a cumplir nuestro acuerdo. No esa noche. Me gustaba tanto besarla que sería imposible parar.

La senté en mi regazo y un sonido llenó el aire.

—¡Las cartas!

—Olvídate de eso —gruñí. No podía pensar en otra cosa que no fuera lo mucho que la necesitaba.

Deslicé las manos bajo su vestido para tocar su piel suave y tentadora. La quería completamente desnuda.

Gimió contra mi boca y bajé hasta su cuello. La última vez ni siquiera había podido verla bien, pero esa noche lo haría de otra manera. Aunque una vez más, mi desesperación era tal que estaba a punto de apartarle las bragas y penetrarla inmediatamente.

Recorrí su torso con las manos. No parecía haber cremallera, de modo que le saqué el vestido por la cabeza y presioné ligeramente sus hombros para que se recostara.

Llevaba un sencillo sujetador blanco y bragas a juego, pero estaba más sexy que nunca.

—Eres tan jodidamente perfecta. La última vez no pude verte bien.

—Es verdad —dijo ella, con los párpados entrecerrados—, estabas demasiado ocupado con otras cosas... pero no creas que me importó.

—Esta vez quiero hacerlo de otra manera, Allison.

Vi una copa de vino por el rabillo del ojo y se me ocurrió una idea. La cogí y le dije:

—Échate hacia atrás todo lo que puedas.

Se humedeció los labios y se recostó con cuidado. Vertí un poco de vino blanco en su ombligo y ella jadeó. Al darme cuenta de que no podía tenerla como quería, la llevé rápidamente al sofá para poder acomodarme entre sus piernas. El vino que había vertido le chorreaba por la piel y se le humedecieron las bragas. Volvió a gemir, lo que me indicó que ya estaba excitada. Me incliné, y mis labios encontraron su ombligo.

—¡Nick! —exclamó, arqueando la espalda e impulsando sus caderas rítmicamente.

Llevé las manos detrás de su espalda para desabrocharle el sujetador y liberar sus perfectos pechos. Puse uno en mi boca y succioné su pezón. Dejó de susurrar mi nombre para empezar a gritar. Sentí la presión de sus talones en mi trasero y me di cuenta de que había enredado sus piernas alrededor de mis caderas.

—Quiero asegurarme de que no te moverás de aquí —dijo con una sonrisa tímida.

—No te preocupes, Allison. No me iré a ninguna parte.

Me puse de rodillas, mientras le acariciaba ambos pechos, con especial atención en sus pezones.

Agradecí en silencio la perfección del sofá de mi ático para el momento. Tomé un sorbo de vino y descendí a sus pechos, succionando un pezón. Mis caricias la estaban volviendo loca, y el contraste de mi boca fría intensificaba las sensaciones. Joder, yo también me estaba volviendo loco.

Sentí sus uñas en mi espalda. Unos segundos más tarde, me di cuenta de que estaba intentando quitarme la camisa. En nuestro primer encuentro, tampoco me había quitado la ropa, pero no iba a cometer el mismo error dos veces. Quería que me tocara todo lo que quisiera.

No quería dejar de explorar su cuerpo, pero teníamos que quitarnos la ropa, así que me aparté momentáneamente.

—¡Nick! —protestó. Intentó agarrarme del brazo, pero me zafé con rapidez.

—Tengo que quitarme la ropa, Allison. Para ti.

—Mmm... serás mi *stripper* privado —comentó, y se giró hacia un lado, apoyando la cabeza en la palma de la mano y mirándome con ansia.

Empecé por desabrocharme los botones de la camisa.

—Lo estás haciendo despacio a propósito para provocarme —dijo haciendo pucheros.

—Exactamente —admití.

—No es justo. ¿Y qué haces con una camiseta por debajo de la camisa? Le quita emoción al *striptease*.

—No te preocupes, también me la quitaré.

Estaba perdiendo la paciencia con los últimos botones, así que me limité a coger la camisa por detrás de la espalda y quitármela por la cabeza. Hice lo mismo con la camiseta.

—Ahora sí. A eso me refería antes.

Cuando finalmente me quité el resto de la ropa, me di cuenta de que Allison estaba sentada, y su cara me llegaba al abdomen.

—¿Sabes cuánto he soñado con esto? —susurró.

Puso ambos dedos índices debajo de mis pectorales y trazó un patrón por todos mis abdominales mientras yo me ocupaba el cinturón.

En cuanto lo desabroché, me bajó la cremallera con mucha agresividad. Sonriendo, me bajé los pantalones. Me ayudó a quitarme también los calzoncillos y me miró: mi erección estaba prácticamente frente a su rostro. Sin apartar la vista, recorrió mi miembro con la lengua desde la base hasta la punta. Incapaz de contenerme, gemí y empujé mis caderas hacia adelante. Allison repitió el movimiento manteniendo la mirada fija en mí.

—Joder, qué sexy eres. —Mi voz estaba tan entrecortada que dudaba que lograra escucharme. Pero entonces sus ojos se oscurecieron y supe que sí lo había hecho—. Me encantan todas y cada una de tus curvas, tus pechos, tu cintura... tu culo. He fantaseado con eso tantas veces.

Ella jadeó y volvió a posar su boca en mi miembro.

—Tócate, Allison. Sé que lo necesitas y no puedo hacerlo ahora mismo.

Tenía los ojos abiertos, y supe que se estaba tocando porque apretó los labios alrededor de mi polla con más fuerza. Cerró los ojos y gimió, y las vibraciones recorrieron todo mi cuerpo. Empujé hacia adelante por instinto, más profundamente dentro de su boca, hasta que me acogió por completo.

No podía verla bien, pero observaba el frenético movimiento del brazo con el que se estaba tocando. Allison tenía muchas ganas de correrse de esa forma: con mi polla en la boca y la mano en las bragas. Casi exploto al pensarlo.

—Así es, preciosa.

Envolví su cabello con una mano y tiré de él hacia la parte posterior de su cabeza. Quería ver la curva de su cuello mientras deslizaba su boca por mi pene. Sus gemidos se intensificaron y me atravesaron por completo.

No podía creer lo excitada que estaba, al igual que yo. Las últimas semanas habían sido insoportables, separados por tan solo unos escalones y una puerta.

Supe exactamente cuándo empezó a correrse, porque dejó de mover la cabeza, emitiendo un sonido animal y gutural que sacudió todo su cuerpo. Fue un privilegio sentir su clímax recorrer mi propio cuerpo. Me quedé inmóvil, observando cómo descendía de la ola de placer, abría los ojos lentamente y apartaba su boca con una sonrisa.

—Ahora quiero probarte a ti, preciosa. Ya mismo.

—Sí, por favor —respondió con las pupilas dilatadas.

La recosté contra el sofá y le quité las bragas completamente empapadas. Las tiré al suelo y me coloqué de forma tal que pudiera lamer su coño y ella chuparme la polla. Le separé los muslos y, sin más preámbulos, le pasé la lengua por el clítoris y tracé un camino descendiente. El placer era surrealista. De alguna manera, saborearla al tiempo que ella me la chupaba lo intensificaba todo. Nos estábamos propinando un enorme placer el uno al otro.

Volví a estimular su clítoris una y otra vez, atento a las señales de su cuerpo. Eso era lo que necesitaba, así que iba a complacerla. Pero cada vez me costaba más concentrarme. Su boca me acercaba al orgasmo a pasos agigantados.

Cuando supe que no podría aguantar mucho más, me retiré.

—Quiero estar dentro de ti —dije, aún con mi boca en su entrepierna.

—Yo también lo necesito, Nick —susurró—. Ahora mismo.

Le di dos pequeños golpes en el pubis mientras me reincorporaba. Allison gritó tan fuerte que, por un instante, creí que se había corrido. Joder, no tenía permitido correrse de otra forma que no fuera con mi polla dentro.

Le agarré los tobillos y los coloqué sobre mis hombros. Me encantó verla con la boca roja, completamente vulnerable. Le recorrí el contorno de los labios con el pulgar.

—Me encanta ver lo sonrojadas que están tus mejillas.

Ella se lamió los labios:

—Fóllame, por favor.

Irrumpí en su apretado calor y me enterré por completo en ella.

—¡Nick! —gimió y se agarró los pechos con ambas manos.

—¡Qué gozada! *Eres* perfecta, Allison. —Me aparté para bajar la mirada y disfrutar del espectáculo de ver mi polla entrando y saliendo de su cuerpo.

Allison llevó una mano hasta su entrada y la observé durante unos instantes. Me volvía loco que se satisfaciera sin ningún tipo de vergüenza. Pero mi instinto cavernícola se apoderó de mí y aparté su mano:

—Esta noche eres mía. Solo yo puedo tocarte.

Ella levantó los brazos en respuesta, lo cual era increíble porque podía apreciar aún más el movimiento de sus pechos con cada embestida. Acaricié su clítoris con la misma delicadeza que antes había usado mi lengua, y el roce de mi pene con su punto G la estaba volviendo loca de placer.

—Por favor... Necesito llegar ya... lo necesito urgente.

—Para eso estoy aquí, preciosa. Te voy a excitar tanto que cuando te corras habrás perdido el sentido.

Ella jadeó y apretó los ojos con fuerza. Noté la palpitación de su coño en mi polla. Cambié el ritmo de mis embestidas, inclinando la pelvis en un nuevo ángulo para intensificar la estimulación de su punto G. Supe que lo había conseguido por la expresión de su

precioso rostro. La excitación era una tortura creciente, y necesitaba liberarse.

Fue entonces cuando mi propio clímax me golpeó con fuerza. No lo vi venir, a diferencia de la vez anterior en el vestidor de mi ático.

Grité su nombre, y froté su clítoris aún más rápido. Incluso durante el orgasmo, sentí cómo su coño se contraía con fuerza. Se llevó las manos a la cara, tiró de su pelo y gritó hasta que el sudor brotó de sus sienes.

No paré ni un segundo, y le di todo lo que tenía. Cuando ambos estuvimos completamente agotados e intentando recuperar el aliento, me aparté.

***

Nos quedamos un par de segundos acostados antes de subir al baño a asearnos. Al regresar al salón, me deleité con la vista de Allison, completamente desnuda, paseando su irresistible figura por la casa.

De nuevo frente al sofá, me detuve justo detrás de ella y le acaricié ambas nalgas:

—Tienes un culo perfecto.

Ella sonrió y se dio la vuelta:

—Hay que ver las cosas que dices.

Cogió su vestido y se lo puso rápidamente.

—¿Por qué te vistes? —protesté con el ceño fruncido—. Me gusta verte desnuda.

—No sé... me da un poco de vergüenza —respondió, encogiéndose de hombros.

Arqueé las cejas:

—¿Te importa que esté desnudo?

—No —respondió, ladeando la cabeza—: Pero es probable que vuelva a abalanzarme sobre ti para satisfacer mi lujuria. Estás avisado.

Eché la cabeza hacia atrás, riendo:

—Pues mi plan se parece bastante al tuyo. De hecho —dije, rodeando su pezón a través de la tela hasta que se endureció—, casi podría decir que me has robado la idea.

Sin embargo, me puse los calzoncillos antes de sentarnos en el sofá. Luego, la situé nuevamente en mi regazo.

—Todo está yendo demasiado rápido —susurró ella.

—Sí, pero tengo la excusa perfecta para hacer esto —dije, acomodándola sobre mí con el trasero ligeramente levantado—. Ahora tengo lo que quiero.

—Ah, ya veo. Es lo que se conoce como hacer dos cosas a la vez, ¿no?

—Exacto. La vida es demasiado corta para procrastinar.

—Nick, no sé qué decir...

Fruncí el ceño, saqué las manos de debajo de su vestido y le acaricié las mejillas con el dorso de los dedos.

—Al menos, hay una cosa que está clarísima —empecé.

Allison arqueó una ceja:

—Te escucho, porque para mí está turbio como el barro.

—No podemos seguir fingiendo que no sentimos atracción el uno por el otro.

—Tienes razón, es una tontería, ¿no? —respondió, y se enderezó —: Tarde o temprano, iba a salir a la luz. No pensé que fuera a ser tan rápido, aunque tampoco imaginé que tendríamos la casa para nosotros solos. —Se sonrojó y se tapó la boca.

—¿Qué acaba de pasar por tu cabecita?

—Que Penny es un genio. Eligió el día oportuno para invitar a los niños.

Sus palabras me tomaron por sorpresa pero tenía razón.

—Sí, los Whitley somos muy oportunos. Aún así, no deja de sorprenderme.

—Pareces molesto con la situación —comentó con el ceño fruncido.

—No era consciente de lo bien que me conoce mi familia. Es probable que se hayan dado cuenta en la boda de que me moría de ganas de estar a solas contigo. —Al ver que ella se mordía el interior de la mejilla, me preocupé—: Dime qué estás pensando, Allison. Te prometo que me parecerá bien sea lo que sea.

—Justamente en eso —respondió con el ceño fruncido—. No lo sé... Antes acordamos que cada uno haría su vida.

Joder, de eso nada. Quería hacer mi vida con ella.

—Ni hablar, eso está descartado.

Las comisuras de su boca se elevaron, era evidente que le gustaba lo que acababa de decir.

—Y tampoco es realista eso de poner distancias.

Me gustaba el rumbo que iban tomando las cosas. Desde el principio, ella había sido mucho más cautelosa, y no quería que hiciera algo solo para complacerme. No era mi estilo.

Era mía; tenía que protegerla y cuidarla. Nunca había sido tan posesivo con alguien en mi vida. Desde el accidente de su hermana, sentí la necesidad de estar a su lado.

—Además... como has dicho que el matrimonio no era para ti... —inclinó la cabeza y con una sonrisa preguntó—: ¿Qué tal casados con derecho a roce?

Su pregunta me hizo reír. Me gustaba que se lo tomara con humor.

—Casados con derecho a roce. Me encanta. Pero no creo que sea suficiente.

Llevaba toda la vida pensando que sería incapaz de ser un buen marido, pero estaba demostrando ser un excelente marido falso. ¿Y si conseguía al menos ser un buen novio?

—¿Ah, sí? —dijo ella.

—Lo que tenemos es real, Allison.

—Muy real —asintió.

—Tú eres mía, y yo soy tuyo. ¿Qué te parece?

—Parece un sueño —susurró ella—. Me encanta.

Luego cogió su copa de vino y tras beber un sorbo, añadió:

—Se ha calentado, mejor voy a por otra botella.

Bajó la copa y sus ojos, medio cerrados, se posaron en mí. Era evidente que intentaba seducirme con un aleteo de pestañas.

—Me parece genial. ¿Y por qué no subimos al dormitorio?

—Perfecto.

—Lo tomaré como una señal de que además te gustaría pasar toda la noche allí —dijo entre risas.

—El sofá nuevo es muy cómodo, pero no puedo negarme a dormir en una cama como Dios manda.

—Pues ahí tienes otra de las ventajas de nuestro matrimonio.

Capítulo Veintisiete

Nick

Por la mañana me desperté con el ruido del secador de pelo. Qué buena noche había tenido y qué ganas tenía de pasar otro día entero junto a Allison. Me estaba acostumbrando a estar con ella y lo disfrutaba mucho.

Salí de la cama y, cuando entré en el baño, ella se sobresaltó y apagó el secador.

—Espera que lo desenchufo. No suelo usarlo, pero no quería salir con el pelo mojado.

—No te preocupes por mí, puedo quedarme todo el día aquí mirándote. Ahora que no tengo que disimular más.

Me miró a través del espejo antes de girarse hacia mí, como si necesitara contacto visual.

—Buenos días... veo que te has levantado bastante juguetón.

—Allison, te lo advierto desde ahora —empecé, y me acerqué a su espalda. Allison giró la cabeza hacia delante, y volvimos a hacer contacto visual a través del espejo—. Los días que me despierte desnudo en tu cama, seré incapaz de apartar las manos y los ojos de ti.

—Tomo nota.

Le besé el hombro y le puse una mano en el vientre. Si pudiera, me quedaría así con ella para siempre.

—¿Qué se te está pasando por la cabeza? Imagino que nada bueno.

—Que me gustaría verte desnuda todo el tiempo.

Ella se rió:

—Eso va a ser un poco difícil. Tengo que ir a trabajar y esas cosas...

—Tengo una idea —dije, mientras le besaba el otro hombro—. Vente a trabajar conmigo. Me hace falta un buen director financiero.

—¿Y qué pasa con el actual?

—Le buscaré otro puesto en *Whitley Industries*. Y hasta podemos compartir oficina.

—Ahh... ¿así podrías tenerme desnuda todo el tiempo?

—¡Exacto! —respondí, y le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—¿Se te acaba de ocurrir?

—Sí, pero tampoco es una locura. Cuando estés lista para dar ese paso solo tienes que decirlo. A Josh no le importará.

El director financiero de *Whitley Fitness* era estupendo, y aunque no fuera a bailar de alegría por cambiarle el puesto, tenía que mantener esa opción disponible para mi mujer.

Ella me dedicó una sonrisa:

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez que mi jefe o algún cliente me dé el coñazo.

—Exacto. No lo olvides.

Comenzó a cepillarse el pelo con un bostezo.

—¿Tienes planes para hoy? —preguntó.

—¿Estás de coña? Mi plan es pasar todo el día a solas contigo.

—No vas a darme un respiro, ¿verdad, maridito?

—No tienes ni idea.

Observando su piel erizarse, le di otro beso en el hombro antes de alejarme.

—¿Qué tal si tomamos un café y te cuento lo que tengo planeado para hoy?

—Ya me lo puedo imaginar... —susurró, antes de volver a encender el secador.

—Te aseguro que no es lo que piensas.

No estaba del todo errada, pero era más elaborado que eso.

Me duché y me puse una muda limpia antes de bajar. Mientras revisaba mi teléfono, vi un mensaje de Leo. Me dijo que nadie había mostrado interés en mi ático, lo cual me alivió enormemente. Aunque mi idea de fijar un alquiler exorbitante para desalentar a posibles inquilinos le pareció una locura al principio, Leo aceptó ayudarme. De momento, el plan estaba funcionando.

Cuando Allison bajó a la cocina, ya iba por mi segundo café. Le ofrecí uno recién hecho.

—Bueno... ¿qué hacemos hoy? —preguntó mientras cogía la taza.

—¿Qué tal si damos un paseo en barco?

—Vaya —dijo con sorpresa—. Cuando dijiste "lo que tengo planeado"...

—Pensabas que me refería a llevarte a la cama, ¿eh? —sonreí con aire burlón.

—Eh, sí —admitió, ocultando su sonrisa avergonzada detrás de la taza.

—No te preocupes. Eso también está en los planes —respondí con toda la seriedad que pude reunir.

—¿No tenemos que comprar los tickets o algo de eso?

—Ya está todo hecho —le aseguré.

Allison bajó la taza:

—Nick, qué detalle. Iba a sugerir que desayunáramos en casa, pero estoy muy entusiasmada con la excursión. ¿A qué hora es?

—A las diez, aún tenemos tiempo.

Apenas eran las nueve. Me resultaba curioso cómo mi reloj biológico se había alterado desde que vivía en su casa, despertándome a diario a las seis y media con los niños.

—Seguro que encontramos algo para comer en el barco o quizá en el puerto. ¿Voy bien vestida para la ocasión?

Dio una vuelta, ondenado su vestido amarillo corto y vaporoso.

—Mmm... el viento podría levantarte el vestido.

—¿Temes que se me vean las partes íntimas?

—Nadie puede verlas —gruñí—. Son solo para mí. *Solo* mías.

Allison apretó los labios y sus pupilas se dilataron levemente:

—Solo para ti, Nick.

—Si hace viento, te cubriré con mi cuerpo.

—Claro, y así no llamamos la atención de nadie —dijo entre risas.

***

Allison

Era la primera vez que visitaba esa zona del puerto. Por otro lado, había muchas partes de Boston que aún no conocía.

—Me flipa tu sonrisa —comentó Nick mientras hacíamos cola.

Me tapé la boca con una mano para ocultarla.

—Creo que me delata.

—¿Qué quieres decir?

Le hice una señal para que acercara su oreja a mi boca:

—Es obvio que he tenido una noche de sexo salvaje... —Para mi sorpresa, Nick estalló en una carcajada—. Vaya, ahora todo el mundo sabrá que fue *contigo*.

Comencé a beber el zumo que habíamos comprado en un puesto cercano. Nick devoraba el *bagel* que acababa de comprar y su risa me resultó contagiosa.

—Nick, la gente está empezando a mirarnos raro —le advertí.

Se aclaró la garganta, pero le costó varios intentos dejar de reír:

—Que miren todo lo que quieran. ¿Qué hay de malo en ser felices?

Tiene razón.

Sus ojos desprendían alegría. *Dios, ¿esto es real?* La noche anterior me sentía abrumada por la angustia, pero ese día me sentía eufórica, como si un enorme peso hubiera desaparecido. Aunque la situación seguía siendo incierta, la felicidad de mi "matrimonio con derecho a roce" era palpable. ¿Por qué no lo habíamos establecido así desde el principio? Era mucho más lógico.

—¿Cuánto dura el paseo? —pregunté.

—Una hora.

—No está mal. Llegaremos a tiempo para recoger a los niños.

Nick me tomó la mano:

—Lo tengo todo bajo control, no quiero que te preocupes por nada. Déjalo todo en mis manos.

—Eso que acabas de decir, marido, es una de las cosas más sexys que he escuchado en mi vida. —Al ver que él echaba la cabeza hacia atrás, sorprendido, aclaré—: Vale, quizá haya exagerado, pero está entre las cinco mejores.

—Joder —dijo Nick. La señora que estaba a nuestro lado dio un respingo—. Lo siento, señora —se disculpó antes de susurrarme al

oído—: Entonces tendré que hacerlo mejor.

—No, confía en mí. Lo estás haciendo de maravilla. Eres muy... nada, no me hagas caso.

En el trabajo, nunca me costaba comunicar mis ideas. Sin embargo, con Nick, a menudo me quedaba sin palabras.

Cuando por fin llegó nuestro ferry, estaba muy emocionada por embarcar. La fila avanzaba con lentitud, pues la persona a cargo de los billetes examinaba meticulosamente a cada pasajero. Era curioso, pero el nivel de detalle al revisar los tickets sugería la posibilidad de que hubiera falsificaciones.

Minutos después, subimos al ferry y encontramos unos asientos cómodos con mesa. Hubiera preferido sentarme en la parte delantera, pero no importaba; los asientos eran confortables. En el respaldo del banco de enfrente había un menú, poco variado, pero afortunadamente ya había comprado un zumo antes de embarcar.

A medida que el barco se alejaba del puerto, observé a mi alrededor con una gran sonrisa. Hacía meses que no experimentaba tal alegría. Me giré para compartir mi felicidad con Nick, solo para descubrir que él ya me estaba mirando.

—¿Qué pasa? ¿Tengo zumo en la cara? —pregunté.

—No, ¿por qué?

—Te has quedado mirándome.

—Sí, quiero memorizar todo de ti.

—Por cierto... —Me mordí el labio, buscando las palabras adecuadas—. Hacía tiempo que no me sentía así de feliz. De hecho, no sé si alguna vez he sido tan feliz en mi vida. Y menos por un hombre o una cita.

—Me alegro —dijo con una sonrisa.

—La muerte de Nora marcó un antes y un después. —Me temblaba la voz pero continué—: Nunca pensé que volvería a ser feliz. O al menos que dejaría de sentir culpa por su ausencia.

Nick me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja, algo que le gustaba hacer a menudo.

—Pero hoy me siento muy feliz y sin culpa alguna. —Lo miré—. ¿Crees que está mal?

—Para nada, Allison, me alegra verte bien.

—No puedo evitarlo —susurré—. Lo siento... Sé que acordamos no hablar de cosas tristes.

Nick negó con la cabeza:

—Quiero que siempre expreses tus sentimientos. No tienes por qué ocultarme nada.

Guau. Mi falso marido estaba resultando ser el mejor novio que había tenido en la vida.

—Está bien llorar a tus seres queridos, pero no te sientas culpable por seguir adelante. Nora te adoraba y estoy seguro de que ella solo querría que fueras feliz.

—Lo sé. Mi hermana tenía un corazón de oro. —Tras una pausa, añadió—: Nick, eso no es todo. Siento que desde anoche... algo ha cambiado en *mí*.

Eso le hizo sonreír de nuevo:

—Pues déjame que me atribuya el mérito, y lo añada a mi lista de victorias.

—Sí, te lo mereces.

Era como si hubiera desbloqueado algo en mi interior: Nick había liberado mi capacidad para volver a sentir alegría. Y que volvía a ser la de antes. O la nueva versión de mí misma. Me había empeñado en volver a ser la que era, pero quizás ese no debería haber sido nunca mi objetivo.

—Te has quedado pillada —susurró.

—Estaba pensando en todos estos meses en los que me sentí desbordada. Creo que cometí el error de pensar que todo volvería a la normalidad en algún momento, y que retomaría mi vida anterior: soltera, sin hijos, sin más responsabilidad que la hipoteca y mi trabajo. Pensé que saldría con mis amigas más a menudo, pero ahora me doy cuenta de que no se trata de eso. Estoy aceptando mi nueva normalidad. No puedo decir que me he convertido en madre, porque sería una falta de respeto hacia mi hermana, pero *soy* la tía y tutora legal de mis sobrinos.

Nick se acercó a mi oído y dijo:

—No olvides que también eres una esposa falsa increíble.

—Si lo pongo en mi currículum, ¿crees que me pagarán más? —pregunté con una sonrisa.

Nick soltó una carcajada en mi oído, lo que me hizo cosquillas y provocó que riera incontrolablemente, atrayendo las miradas de desaprobación de los demás pasajeros.

¡Ups! En ese momento, caí en la cuenta de que el recorrido incluía una audioguía que explicaba lo que se veía desde la orilla. No había prestado la menor atención, pero no me importaba lo más mínimo. Me limité a contemplar Boston desde el barco.

—Allison, a todos los efectos, tú eres la madre de los mellizos. —Sus palabras me llegaron al corazón. No sabía por qué significaba tanto para mí—. Quiero que sepas desde ahora que no estás deshonrando la memoria de tu hermana. Es lo que ella hubiera querido que hicieras.

—Hay que ver las cosas tan bonitas que dices —susurré—. Pero hagamos silencio, o nos echarán por la borda.

No estábamos hablando en voz alta, pero algunos pasajeros nos miraban con mala cara. No quería ser esa persona molesta que no para de hablar un segundo. *Bueno... en realidad, eso es justamente lo que hemos hecho hasta ahora.*

Nick se mantuvo en silencio, se recostó contra el banco de madera y me rodeó los hombros con un brazo.

Me apoyé en su brazo, pero buscando más cercanía, me pegué a él hasta que mi espalda rozó su pecho. Ansiaba más contacto y, disimuladamente, posé una mano en su muslo. Luego, me acerqué aún más, sintiendo cómo una de mis nalgas se apoyaba casi por completo en su muslo. Nick gimió, y sentí su aliento cálido en mi oreja.

—Allison, si sigues haciendo eso, tendré que llevarte a la parte de atrás del ferry, y preferiría no hacerlo en un baño asqueroso.

Madre mía. Aunque nadie se daba cuenta, a Nick le había afectado más de lo que pensaba.

Me giré para mirarlo:

—Lo siento, no lo he hecho a posta.

—Sí, lo has hecho a posta —replicó con una sonrisa.

—Vaaale... pero no pensé que te afectaría tanto —dije entre risas.

Entonces se inclinó para besarme y explorar mi boca con la lengua. Fue un beso muy lento y maravilloso... me recordó al que me dio en el juzgado. Entrelazó nuestras manos y me apretó los dedos con fuerza. Fue más íntimo que todo lo que habíamos hecho el día anterior en mi casa o en su ático. Perdí la noción del tiempo mientras nos besábamos, deseando que el momento fuese eterno.

Cuando finalmente nos detuvimos para respirar, Nick me miraba con una sonrisa y los párpados entrecerrados. Parecía que los dos estábamos muy excitados. ¿Cómo era posible que siempre me pasara eso con él? ¿Se desvanecería con el tiempo? Lo dudaba. De hecho, sospechaba que cuanto más lo conociera, más querría estar con él. Y eso era complicado porque lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Un pensamiento aún más aterrador cruzó mi mente: ¿y si la batalla por la custodia se prolongaba indefinidamente y, al final, él ya no deseara que estuviéramos juntos? No podía imaginar el calvario de compartir casa con alguien que no quisiera estar conmigo. Ya me había pasado en la universidad: cometí la estupidez de dejar la residencia para mudarme con mi novio de entonces, y cuando rompimos, me vi obligada a vivir con él mientras buscaba un piso nuevo.

Pero esto era completamente diferente, y sabía que Nick se comportaría como un caballero. Por supuesto, sería dramático de todos modos, en especial para mis sobrinos.

Dios mío, los niños. Ni siquiera había pensado en cómo les afectaría todo eso.

Todas las preocupaciones que había apartado de mi mente esa mañana volvieron con fuerza. Pero entonces Nick me atrajo hacia él y no pude pensar en otra cosa que lo mucho que me gustaba.

Parece que tocar estos músculos me priva de todo pensamiento racional.

Nos quedamos en silencio durante el resto del paseo, disfrutando del entorno y escuchando al guía. Al final no pedí nada para comer; sorprendentemente, el zumo me había llenado.

Una vez que bajamos del barco, miré el reloj:

—Deberíamos ir a recoger a los mellizos.

Nick asintió:

—Le enviaré un mensaje a Spencer para que sepa que vamos de camino.

Me abrió la puerta en cuanto llegamos al coche. Había insistido en poner dos sillas infantiles y así no depender solo de mi vehículo para desplazarnos los cuatro.

No tardamos mucho en llegar a casa de su hermano. En cuanto bajé del coche, oí risas y reconocí la voz de Annie, lo que significaba que estaban fuera.

Sin embargo, no se podía acceder al jardín por la parte delantera, así que tocamos el timbre. La puerta se abrió al instante, y para mi sorpresa, me encontré cara a cara con Jeannie Whitley.

—¡Abu! —exclamó Nick, y Jeannie posó la mirada en el brazo alrededor de mis hombros—. No sabía que estarías aquí. Spencer no me dijo nada.

—Abe y yo hemos venido esta mañana. Queríamos ver a los pequeños.

En ese momento, mi corazón estaba pletórico de felicidad. Se comportaban como verdaderos abuelos.

—Entrad —dijo ella—. Están todos en el jardín.

Seguimos a Jeannie por la casa. Afuera había un gran jaleo: Spencer y Penny corrían detrás de los niños en todas direcciones. Tres niños, dos adultos... Estaban totalmente superados en número.

En cuanto los mellizos nos vieron, se detuvieron y vinieron corriendo hacia nosotros, pero no se lanzaron a mis brazos, ¡sino a los de Nick! A ellos también los tenía completamente conquistados.

—¿Has visto? —le dije en tono burlón—. Ahora te prefieren a ti.

Jeannie miraba a Nick con una sonrisa triunfal y luego intercambió una mirada cómplice con Penny.

Nick tenía razón: las dos tramaban algo.

—¿Cómo se han portado? —le pregunté a Penny.

—Genial, se lo han pasado muy bien. Y se acostaron a su hora sin protestar.

—Aunque una hora más tarde los pillamos jugando —dijo Spencer.

—Me suele pasar... —respondí con una risa.

—Al final durmieron toda la noche del tirón.

—Muchas gracias por invitarlos. Ben, puedes venir a nuestra casa cuando quieras, ¿vale?

Ben saltó de alegría:

—¡Sí, sí, sí! Tengo amigos nuevos. ¡Me gusta tener amigos nuevos! ¿Cuándo puedo ir, papi? —preguntó, mientras Spencer le pasaba la mano por el pelo. Se parecían un montón.

—Ya veremos.

—Jeannie, deberíamos reunir a todos en casa —sugirió Abe—. Hace tiempo que no vienen.

Spencer arqueó una ceja:

—Pero si estuvimos hace...

—Dos meses —respondió Jeannie en un tono que dejaba claro que lo tenía *perfectamente* contado.

—Abu, podemos reunirnos en otro sitio. No queremos causaros molestias —dijo Nick.

—Tonterías, chicos. Me gusta que vengáis a casa. —También me miró a mí—. Sobre todo los niños.

A pesar de que tenía más de noventa años, se agachó con facilidad, apoyando las rodillas en la hierba, extendió los brazos y Ben la abrazó.

—Venid vosotros dos aquí —les dijo a los mellizos.

Acto seguido le pidieron a Nick que los bajara y corrieron hacia Jeannie. Últimamente, se mostraban muy receptivos a otros adultos, y me pregunté si se acostumbrarían a vivir con Bob y Sophie si llegara el caso.

—¿Queréis venir a mi casa? —les preguntó Jeannie.

—¡Sí! —exclamaron los tres al unísono, y no pude evitar reírme. Era evidente que Ben era el líder del pequeño grupo.

Luego Jeannie los soltó y se puso rápidamente de pie. Mis padres, que estaban rozando los setenta, no tenían esa agilidad. La abuela de Nick estaba en plena forma. Nos sonrió de nuevo y percibí un brillo de picardía en sus ojos... como si ya supiese lo nuestro.

—¿Qué habéis hecho anoche? —preguntó Penny.

Spencer carraspeó, le echó una mirada de advertencia, y ella se encogió de hombros. Me di cuenta de que Jeannie no quería

perderse una palabra de la respuesta de Nick.

—Terminamos cenando en casa —respondió él.

—¿Los dos solos? —preguntó Penny con una ceja levantada. Spencer volvió a carraspear.

—Sí.

—Creía que habías quedado con un amigo —añadió Jeannie.

Era un espectáculo digno de ver. No me cabreaba lo más mínimo, y aunque no estaba acostumbrada a esas dinámicas, era divertido.

—Lo cancelé, estaba muy cansado —respondió Nick.

—Seguro que ha estado bien tener la casa para vosotros solos una vez —dijo Jeannie—. Por cierto, me encantaría que los mellizos y Ben se quedaran a dormir en casa cuando quieran.

—¿Tres niños, abuela? —preguntó Spencer—. Lo veo muy complicado.

Después de charlar un rato más, le di un golpecito con el codo a Nick:

—Tenemos que irnos.

Nos despedimos y nos dirigimos al coche. Cuando Nick y yo acomodamos a los niños en sus sillitas, ya se habían quedado dormidos.

Cerró las puertas en silencio y se puso a mi lado, con la mano en la manija.

—¿Qué ha sido todo eso? —pregunté.

—¿Te has dado cuenta?

—¿Que Penny y la abuela han hecho un *complot*?

—Es una palabra un poco fuerte, pero sí... tienes razón.

Me reí.

—Parecía que tramaban algo. ¿Crees que sospechan de que estamos juntos?

—Por regla general, en mi familia todo el mundo sospecha de todo.

—Vaya, eso suena siniestro.

—Puede ser, pero hay una cosa que puedo decirte con certeza.

—¿Qué? —pregunté.

—Cuando la abuela te invita a su casa, es para descubrirlo todo.

Capítulo Veintiocho

Nick

La invitación de la abuela llegó mucho antes de lo esperado, y nos invitó a todos a su casa el sábado siguiente.

Aunque llegamos temprano, por los coches que había aparcados supe que muchos de mis hermanos ya estaban allí. Los mellizos estaban muy entusiasmados por ver a mis abuelos. En cuanto abrí la puerta de la casa, entraron corriendo.

—Chicos, ¡esperad un momento, que no conocemos la casa! —les gritó Allison.

Pero no hizo falta, porque la abuela salió al pasillo y los niños le abrazaron las piernas con fuerza.

—¡Bienvenidos! —exclamó.

Allison y yo habíamos decidido vacilar un poquito a la familia. No íbamos a ocultar que estábamos juntos, pero tampoco se lo pondríamos en bandeja.

—Allison, cariño, bienvenida —saludó la abuela.

—Qué bonita es vuestra casa —comentó Allison.

Mientras entrábamos, me preguntó:

—¿Tú has llegado a vivir aquí?

—No, mis medio hermanos se mudaron con ellos tras la muerte de su madre. Pero nosotros nos quedamos en Maine con mi madre hasta que fuimos a la universidad.

—Ah, ya veo. Bueno... ¿sigue en marcha nuestro plan original? —preguntó, moviendo las cejas.

—Sí, pero puede que nos salga el tiro por la culata.

—¿Por qué? —dijo sorprendida.

—No sé cómo explicarlo, pero en mi familia todo es posible.

—Mmm. Entonces, ¿nada de muestras de afecto en público?

Me incliné hacia ella:

—Si podemos evitarlo...

—Ese es el problema —dijo, y se mordió el labio inferior—: No creo que pueda.

—Yo tampoco me veo capaz. —Mi voz sonó como un gruñido. Le acaricié el cuello, le pasé el pulgar justo detrás de la oreja, y ella inclinó la cabeza hacia mí—. O podría besarte ahora mismo para que todos se enteren.

Allison abrió los ojos y se humedeció el labio inferior:

—¿Cómo? Si no hay nadie aquí.

—Confía en mí. En esta casa hasta las paredes hablan.

Empezamos a reír.

Como si de una señal se tratara, escuchamos pasos y la solté, no sin antes guiñarle un ojo. Allison había cambiado mucho en las últimas semanas: la veía más relajada y sonriente. Y sí, me atribuía todo el mérito.

Penny y Meredith aparecieron en el vestíbulo.

—Daos prisa —apremió Meredith, con la mirada fijamente en nosotros como si intentara descifrar algo—. La primera tanda de canapés se acaba y dudo que el *catering* haya traído más quiches. Están para chuparse los dedos.

—¿Hoy también habéis contratado un *catering*? —pregunté mientras nos dirigíamos al salón.

Estuve a punto de poner una mano en la parte baja de la espalda, pero me contuve justo a tiempo.

—Sí —respondió Meredith—. Hemos tenido una semana muy ajetreada, y no hemos podido organizarnos con la comida.

—Creo que no me estoy enterando de nada —comentó Allison.

—No te imaginas lo que nos ha costado convencer a la abuela de que, a su edad, no puede ponerse a cocinar para todo el mundo. Por suerte, ha aceptado a regañadientes contratar un servicio de *catering* para nuestras reuniones familiares, o traemos cada uno algo de casa.

—Qué buena idea.

La mayoría de la familia ya se encontraba en el salón: Jake, Natalie y la pequeña Halsey, Meredith, Cade, Penny y Spencer. Los mellizos estaban junto a Ben, quien, afortunadamente, no sentía celos por la llegada de dos niños más a la familia.

Colton y Zoey, que también estaban allí, interrumpieron su conversación al vernos. Me sorprendió que Colton incluso me sonriera. Nuestro hermano mayor no solía ser muy expresivo ni divertido, pero desde que conoció a Zoey, se había abierto más a la familia, lo que había cambiado las cosas.

Sin embargo, no eran los únicos que nos miraban... toda la familia tenía los ojos puestos en nosotros. ¿La abuela se lo habría contado a todo el mundo?

Desde luego, no sé por qué me sorprendo.

—Hola, chicos —saludó Jake.

—¡Hola! —respondió Allison con un poco de timidez. A veces olvidaba que solo los había visto en una ocasión.

—Hoy es la bienvenida oficial a la familia. No sé si Nick te lo ha contado.

—¡No lo sabía! —respondió, y me dio un golpecito juguetón en el hombro.

La miré, mis ojos lanzando una clara advertencia: "Si me tocas, no me hago responsable de mis acciones". No podía contentarme con solo tocarla o besarla un poco; para mí, era todo o nada.

—Sí, Jake tiene razón —respondí—. Cuando mis abuelos te invitan a su casa, significa que pasas a ser una Whitley.

Antes me resultaba impensable llevar a una chica a la casa de mis abuelos. Era plenamente consciente de que el inicio de mi relación con Allison era de todo menos convencional, pero no lo cambiaba por nada del mundo. Quería que estuviera conmigo en todas las reuniones que organizara la abuela, que celebrara las Navidades y los cumpleaños con mi familia.

Quería que ella y los mellizos formaran parte de mi vida para siempre.

Esa revelación me tomó por sorpresa. No era lo que habíamos planeado, al contrario... se suponía que estaríamos juntos solo hasta que obtuviera la custodia definitiva y, después, cada uno seguiría con su vida. Sin embargo, la sola idea de que otro hombre pudiera ocupar mi lugar me ponía los pelos de punta. Era algo que no podía permitir.

Creía que podría ser un buen novio. Pero, ¿y si también pudiera ser un buen marido?

—Entonces, ¿qué decíais de la quiche? —pregunté.

—Ha costado —dijo Natalie—, pero he conseguido guardarte algunas.

Empecé a reírme.

—Están increíbles, llevan jamón, parmesano y otros ingredientes —explicó, y señaló un plato en la enorme mesa del comedor.

Aunque mis abuelos habían ido sustituyendo la mesa por otras más largas, habíamos llegado a un punto en el que no cabían todas las sillas, así que comíamos por turnos.

Cuando Allison y yo fuimos a coger las miniquiches, puse mi mano en su espalda. Fue puro instinto... necesitaba conectar con ella de alguna manera. No me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que oí a Natalie susurrar a lo lejos. No entendí qué decía, pero las palabras *cariñoso* y *unidos* llegaron hasta nosotros.

Allison me miró y se rió. ¿Para qué continuar con la farsa? Si al final del día todos lo sabrían. Además, ¿cuál sería el problema? Sabía que me estaba exponiendo a planteos para los que no estaba preparado, pero decidí dejarme llevar.

—¡Ha llegado el resto del clan! —exclamó Spencer.

Allison y yo nos giramos al unísono, encontrándonos con Gabe, Leo y Maddox, quienes llegaban acompañados por sus parejas.

—Era la última miniquiche, ¿verdad? —dijo Gabe, señalándome.

—Sí —respondí con orgullo.

—Por eso vale la pena llegar temprano —bromeó Jake.

Cuando escuché el estómago de Allison rugir, dije:

—Ay, perdona, debería haberte dado la mía.

Se oyó un grito ahogado, pero no supe de quién. Sí, me estaba entregando en bandeja.

—Hay mucha comida en la cocina —comentó la abuela—. Los camareros están preparando la siguiente ronda, así que podéis ir a elegir lo que queráis.

—Está bien, voy a ver qué hay —dijo Allison.

—Voy contigo —le aseguré.

Necesitaba establecer algunas reglas si íbamos a seguir adelante con nuestra broma. O descartar el plan y dejarnos llevar.

Por mi parte, prefería la segunda opción. Igualmente, ya lo habíamos estropeado todo.

Cuando entramos en la cocina, los camareros acababan de terminar los aperitivos y se movían con eficiencia por la cocina.

—Robemos algo y vayamos al jardín —dije.

Cogimos dos platos, unos sándwiches de queso fundido y salimos fuera. Nos los comimos mucho más rápido de lo que pensaba, dejando los platos en el columpio de Ben.

—Bueno —dijo ella, mirándome con una sonrisa pícara—, ¿qué me querías decir? Por algo me has traído aquí.

—Sí, tengo un problema —admití—. No puedo apartar las manos de ti.

Allison sonrió y me rodeó el cuello con los brazos:

—Me lo imaginaba. Pero no sabía qué hacer.

—No creo que nuestro plan fuera muy inteligente.

—Creo que tienes razón. Entonces, ¿qué hacemos?

—Ahora mismo, besarte. No tuve suficiente esta mañana, por eso tengo tantas ganas de ti.

Allison se puso de puntillas y acercó la boca a mi oído. La agarré con fuerza por la cintura para que no perdiera el equilibrio.

—No, creo que es justamente al revés. Cuanto más me tocas, más ganas tienes.

No me opuse porque tenía razón: ansiaba su boca. La besé tal y como llevaba deseando hacerlo todo el día. Sus labios eran suaves y deliciosos; podría pasar el resto de mi vida besándola y no sería suficiente. No tenía palabras para describir lo que sentía al estar con ella. Era tan trascendental que escapaba mi comprensión.

Estaba tan perdido explorando su boca que no escuché el sonido de la puerta, pero sí el coro de voces.

—¡Vaya! Creo que los hemos encontrado.

Me enderecé al instante, y al levantar la vista.... nos encontramos con la familia al completo en el jardín.

Maddox sonrió:

—Si tenía alguna duda, ahora me ha quedado clarísimo.

Empecé a reír y Allison se sonrojó.

—Hemos venido a comer aquí fuera. En el salón no había suficiente espacio —dije.

—¡Vaya, vaya! —exclamó la abuela, con una sonrisa de oreja a oreja.

Los únicos que faltaban eran Penny, Spencer, Ben y los mellizos.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo la abuela.

Allison se tapó la boca con la mano. El anillo que le había regalado brilló, y me recordó que estábamos legalmente casados y que podía ser real. Solo dependía de nosotros. Pero en ese momento, me dio la impresión de que se sentía acorralada.

Me acerqué y le rodeé los hombros con el brazo:

—Quiero pediros un favor a todos: absteneos de hacer preguntas.

Varios miembros de mi familia comenzaron a murmurar, y Maddox negó con la cabeza:

—Tío, eso solo lo empeorará todo.

Me pasé la mano por el pelo, observando las expresiones curiosas de todos. Probablemente tenía razón. Joder, ¿por qué pensé que era una buena idea? Debería haberles dicho que Allison y yo habíamos dejado de ser compañeros de piso hacía unas semanas, al menos a mis hermanos.

—No pongáis a Allison en una situación incómoda, por favor.

—Odio tener que decirlo —dijo Leo—, pero tú solito te has encargado de hacerlo. ¿Qué pasa, tío? Deberías haber buscado un rincón más escondido.

Eso sirvió para romper el hielo, por así decirlo, y Allison empezó a reír. Al menos se estaba relajando un poco. Leo y yo también nos reímos. El resto de la familia murmuraba, pero sabía que no iban a insistir. Éramos un grupo muy unido y curioso por la vida de los demás, pero siempre con respeto por la privacidad de cada uno.

Cuando todos se calmaron, el abuelo dijo:

—Cambiemos de tema, y dejad que cada uno viva su vida como quiera. —Miró con severidad a la abuela, quien, para mi sorpresa, asintió.

—Por supuesto, por supuesto —dijo ella.

Pero cuando todos se dispersaron por el jardín, se dirigió directamente hacia nosotros y dijo:

—Solo quiero deciros una cosa: sé que lo vuestro empezó por una causa noble, pero estaba segura de que ya había algo entre vosotros antes de casaros.

—¿En serio? —preguntó Allison.

—No le eches cuenta —le advertí.

—Lo digo en serio —me reprendió—. Ya me había sorprendido la implicación de Nick en vuestras vidas, su deseo de ayudaros... Y en la boda, era innegable que había algo más; no fui la única en percibirlo. Me alegra mucho que os hayáis dado cuenta de la chispa que existe entre vosotros.

Y sin más, la abuela se dio la vuelta y se dirigió al porche, donde los camareros ya habían servido la comida.

Allison estaba muy callada, y eso me puso un poco nervioso:

—¿Estás bien?

—Tu abuela es adorable —comentó, mirándome a los ojos—. Pero creo que tiene una visión demasiado... romántica.

¡¿Qué?! ¿Es que ella no siente lo mismo? Vaya... Era de esperar que me enamorara de alguien que no me corresponde.

—No le hagas caso, ¿vale?

—Es que no quiero darle falsas esperanzas.

Maldita sea. Quizás, a fin de cuentas, lo único que conseguiría sería un matrimonio con derecho a roce.

—Vamos a almorzar y pasar un buen rato. No te preocupes, si se hacen ilusiones, es su problema.

—Pero tú también has alimentado a la bestia...

Gruñí y me incliné hacia ella; ya no me importaba lo más mínimo mantener las apariencias. Todos nos habían visto, y además, no quería seguir conteniéndome.

—¡Nick, compórtate! —me regañó antes de dar un paso atrás y añadir—: Voy a buscar a Annie y Jack.

No fue necesario, porque Spencer salió con ellos y con Ben. Penny los acompañaba. Entonces vi cómo la abuela se acercó a ella y le susurró algo al oído. Me miró con los ojos muy abiertos, lo que

me pareció muy gracioso. Negué con la cabeza y ella me dedicó una sonrisa tímida.

¿Por qué mi familia se hacía tantas ilusiones? Parecía que acabábamos de anunciar que íbamos a casarnos de verdad.

Acto seguido, Penny apartó a Allison hacia un lado.

—Allison —dije en voz alta para que todos me oyeran—, si necesitas que te rescate de Penny o de quien sea, solo tienes que gritar.

Me hizo un gesto de aprobación con el pulgar mientras todos se reían. No perdí de vista a los niños, que corrían por el jardín sin reparar en los adultos.

Mientras comía un perrito caliente, Maddox y Leo se acercaron a mí.

—Llegáis con treinta segundos de retraso —les informé.

—¿Para qué? —preguntó Leo, confundido.

—Para darme la tabarra.

—Te dije que se daría cuenta —comentó Maddox.

—Tío, cuéntanos qué está pasando, ¿no? —insistió Leo.

Negué con la cabeza:

—Dije explícitamente que hoy no admito preguntas.

—Sí, eso era con respecto a Allison, y lo respetamos. Tampoco queremos asustarla y que salga corriendo. Pero contigo no tendré piedad.

—¿Desde cuándo eres tan cotilla? Pensaba que era algo propio de la abuela.

Leo se llevó las manos a la cabeza dramáticamente:

—¿Desde que pasaste de "jamás sentaré cabeza" a casarte con Allison y ahora a estar juntos de verdad?

—Exactamente —asintió Maddox.

—Oye, no queremos entrometernos —continuó Leo—. Solo asegurarnos de que sabes lo que estás haciendo.

Tragué saliva con dificultad mientras daba otro mordisco al perrito caliente:

—Pues, no lo tengo muy claro —admití.

—Joder, lo sabía —dijo Leo—. Te dije que eso de ir de enrollado te pasaría factura en algún momento.

—Mirad, el plan original se mantiene: seguir casados hasta que ella consiga la custodia.

—¿Y luego qué? —preguntó Maddox—. ¿Te mudarás y volverás a tu vida de siempre?

—Es lo más probable.

Lo cierto era que odiaba la idea. No quería volver a mi casa a menos que Allison y los mellizos vinieran conmigo.

Sin ellos, nada tenía sentido.

—Espero que todo salga según tus planes y nadie salga herido —expresó Leo.

—Así será. Allison y yo somos adultos y sabemos lo que está en juego. Sabemos lo que hacemos. —*En verdad, no tenemos ni puta idea*.

—Hace unos segundos has dicho que no lo tienes muy claro —señaló Maddox.

—Es solo que no quiero pensar tan a largo plazo. Apenas hemos tenido novedades del abogado, y la batalla por la custodia sigue en pie. Hugo se está encargando de todo, Allison ni siquiera se tiene que comunicar con Sophie y Bob, así que ahora solo nos queda esperar. Ya veremos qué pasa.

—Entonces, ¿existe la posibilidad de que no vuelvas a tu casa en cuanto ella consiga la custodia?

—Todo está en el aire —comenté—. Ahora mismo, Allison y yo estamos bien con cómo están avanzando las cosas.

—Mientras los dos estéis de acuerdo, perfecto, es lo único que importa. Olvida todo el revuelo familiar —me animó Leo—. Te apoyamos, pase lo que pase. Lo sabes, ¿verdad? Incluso si Hugo necesita que testifiquemos a vuestro favor.

—Por ahora no ha dicho nada de que necesitemos testigos. Aunque vuestro testimonio, al ser de familiares, probablemente tendría poco peso.

—Era solo un ejemplo —intervino Maddox—. Puedes contar con nosotros para lo que necesites. Allison igual.

—Gracias. —Agradecí que su apoyo también se extendiera a ella.

—Por cierto... Tenemos noticias de papá. Hablé con él y le dije que no nos parecía bien que usara el apellido Whitley —comentó

Maddox.

—Supongo que no le hizo mucha gracia.

Maddox resopló:

—Tuvo el descaro de pedirnos dinero a cambio de no usar el apellido.

Puse los ojos en blanco:

—¿Quiere *chantajearnos*? Joder, nunca cambiará. Yo, personalmente, voto por no darle ni un duro.

Leo asintió:

—Es lo que pensamos todos.

—¿Ya lo habéis hablado con los demás? —pregunté, impresionado.

—Sí —respondió con orgullo.

—Es probable que solo buscara provocarnos, así que le diré que se vaya a la mierda. Si quiere usar el apellido, que lo haga —añadió Maddox.

—Y pensar que mamá le creyó cuando dijo que estaba arrepentido. Le contó una milonga en su encuentro en Indonesia hace un tiempo. —Leo negó con la cabeza—. En fin... da igual. Está lo suficientemente lejos como para no causar ningún problema.

—Eso mismo pienso yo —asentí.

—Bueno, te dejamos disfrutar de tu perrito caliente —dijo Maddox.

—¡Qué generoso de tu parte! —respondí con sarcasmo—. Necesitaba ponerme al día con vosotros.

—Esto no ha sido ponerse al día, sino cubrir lo mínimo indispensable. La próxima vez haznos el favor de avisar cuando vayas a soltar una bomba así, para que podamos prepararnos.

—Lo tendré en cuenta —contesté antes de concentrarme en mi perrito caliente.

Después de comer, me di una vuelta por el jardín. Allison estaba charlando y riéndose con Meredith, Natalie y Zoey. La observé, tratando de descifrar su lenguaje corporal: no parecía estar incómoda. Al menos las parejas de mis hermanos estaban cumpliendo su palabra y no la estaban agobiando.

Capítulo Veintinueve

Nick

Nos quedamos en la reunión familiar hasta que los niños se cansaron, momento en el que decidimos volver a casa. Como de costumbre, se quedaron dormidos en cuanto los sentamos en sus sillitas. Ni siquiera habíamos cogido la carretera cuando uno empezó a roncar. Ambos dormían con la boca abierta, pero estaba convencido de que era Jack.

Giré la cabeza para mirar a Allison, que sonreía, y comenté:

—Pareces contenta.

—No esperaba que tu familia fuera tan abierta y tolerante con lo nuestro. Son muy majos.

—Sí, son muy buenas personas.

Me pregunté si ella se habría dado cuenta de que mi familia daba por hecho que seguiríamos juntos después de obtener la custodia. Pero no tenía sentido sacar ese tema ahora. No se sabía cuánto tiempo pasaría, y todo podía cambiar para ese entonces.

Una vez en casa, acostamos muy rápidamente a los niños. Habíamos acordado no despertarlos si se quedaban dormidos en el coche.

Después de cerrar la puerta de su habitación, dije:

—Cada vez que los acuesto, me siento como un padre de verdad.

Allison ladeó la cabeza y me acarició la mejilla con la yema de los dedos:

—Nick, eres un padre de verdad.

Sus palabras me calaron hondo por alguna extraña razón.

—¿Te asusta? —susurró.

—Sí, y no sé por qué. No tiene sentido.

Se mordió el labio y respondió:

—Es normal, sobre todo teniendo en cuenta tu historia con tu padre. A mí también me aterroriza la idea de ser la figura materna de los mellizos. Pero formamos un buen equipo.

De eso no tengo ninguna duda.

Sin más preámbulos, la levanté en brazos y la llevé al dormitorio.

—Veo que hoy me tienes preparadas más sorpresas —dijo entre risas.

—Lo has adivinado.

—¿Qué vamos a hacer ahora que tenemos toda la noche para nosotros?

—Tengo algunas ideas. Casi aplaudo al ver a los niños dormidos; lo había previsto todo en mi cabeza.

—Eres muy seguro de ti mismo, ¿eh?

—Siempre, Allison. Ya lo sabes —respondí con una sonrisa.

—Es verdad.

—Me encanta nuestra vida —solté, sin saber por qué, pero reflejando a la perfección lo que sentía en ese instante.

—Yo también. Sé que es una locura, pero es increíble.

—Lo que tenemos significa mucho para mí, Allison.

—Para mí también. Es mucho más de lo que esperaba —murmuró ella.

Como siempre, estábamos en sintonía.

—Sí, muchísimo más.

No se me daba bien expresarlo con palabras, y menos cuando ni siquiera podía explicar cómo había sucedido. Pero podía demostrárselo. Una vez en el dormitorio, me aseguré de cerrar bien la puerta y girar la llave.

—Vaya... has cerrado con llave. ¿Eso quiere decir que ya vamos a empezar con tus planes para esta noche?

—Por supuesto. Recuerda que...

—Lo sé —susurró ella—. Tengo que estar callada.

Siempre había dado por hecho que la vida sexual en un matrimonio con hijos sería muy aburrida, pero no era nuestro caso. Todo lo contrario: era excitante encontrar el momento para estar a solas. Me encantaba el desafío de mantener a Allison en silencio mientras la colmaba de placer. Disfrutaba cada aspecto de estar casado con ella.

Inmediatamente tiró de mi camisa y me la quitó. Caminamos hasta llegar al alféizar de la ventana, la besé con fuerza, y sonreí al

sentir su mano trazando mis abdominales.

—¿Qué es esto? —preguntó, apartándose.

—¿Qué?

—Tu sonrisa... Te estás riendo de mí.

—Me hace gracia tu obsesión con mis abdominales.

—Es que son perfectos. Sueño con tocarlos día y noche. Y cuando estoy contigo, apenas puedo contenerme.

—Pues tócame todo lo que quieras.

Mordí el lóbulo de su oreja y le besé lentamente el cuello.

—Nick, ¿cómo puedes excitarme tan rápido? —preguntó, subiendo la pierna por mi muslo.

Bien. Era la señal de que ya estaba lista.

—Me vuelves loco, Allison. No sabía que podía sentir algo así... tan intenso. —Me enderecé y la miré a los ojos—. Y no me refiero solo a lo sexual.

—¿No?

—No, aunque el sexo es increíble.

—No puedo estar más de acuerdo.

Observé su precioso rostro un momento antes de hacerla girar.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Quiero besarte la espalda. Este escote me ha torturado todo el día.

Su vestido no llevaba escote delantero, pero sí una V muy profunda en la espalda. Tracé con la boca una línea recta sobre su columna vertebral. Allison gimió, arqueando la espalda y aferrándose al alféizar de la ventana. Abrió las piernas, anticipando lo que venía, lo que solo avivó mi excitación ante la idea de tomarla salvajemente.

Descendí con mi boca lentamente hasta llegar a la tela. De repente, un intenso deseo me invadió, impulsándome a rasgar su vestido y acceder a la totalidad de su cuerpo.

—Quítatelo —le ordené—. Ahora mismo.

—Vale —balbuceó.

Pensaba que se lo quitaría por la cabeza, pero para mi regocijo, se lo bajó por los hombros y cayó a sus pies.

—Es mi vestido favorito —dije.

—¿Por qué?

—Porque es muy fácil de quitar.

—Eres de lo que no hay —murmuró, y se inclinó hacia delante con un jadeo en el momento en que mi lengua rozó su nalga izquierda.

Al ver que se le erizaba la piel, le acaricié la otra nalga con el dedo, repitiendo las caricias con la boca. Su culo era un punto sensible tanto para ella como para mí. Me gustaba venerarlo y ella se excitaba cada vez que lo recorría con mis labios. Alterné besos y lamidas en cada nalga, deslizando dos dedos entre sus piernas. Los presioné contra su abertura, rozando su clítoris pero sin llegar a tocarlo.

—Nick... ¡Nick!

Se quitó el sujetador, y por la postura de sus brazos, supe que estaba acariciándose los pechos. Me encantaba lo desinhibida que era con su sexualidad. Era más excitante que cualquier otra cosa, incluso que su irresistible trasero.

—¿Te estás tocando los pechos, Allison? —gruñí contra su piel.

—Sí.

—¿Los pezones también?

—No.

—Frótate con movimientos circulares, los dos a la vez.

Supe que siguió mis indicaciones cuando sus bragas se empaparon. Comencé a moverme en círculos sobre su clítoris, imitando el movimiento que ella hacía con sus pechos, lo que provocó que sus piernas empezaran a temblar.

Ya tengo a mi preciosa esposa excitadísima y desesperada por mi polla.

Me levanté para quitarme los pantalones y los calzoncillos. Después, le bajé las bragas con tal fuerza que se rompió la costura.

—¡Ups! —dijo Allison, y se rió.

—Joder, solo quería quitártelas.

—Ya... veo...

Una vez más, balbuceó. *Pero pienso dejarla sin palabras.*

Retiré mi mano de entre sus muslos, dejando caer las bragas rasgadas al suelo. Luego flexioné las rodillas, buscando posicionar mi erección entre sus piernas. Un leve roce de mi polla contra su clítoris

bastó para arrancarle un grito, que rápidamente ahogué con mi mano sobre su boca.

—Tienes que estar en silencio, Allison. ¿Lo harás por mí?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces mantendré mi mano en tu boca.

Sentí su respiración agitada mientras lubricaba mi pene con su húmeda excitación. Sabía que eso la ponía a mil. Continué deslizando mi erección lenta y suavemente sobre su entrada, en un movimiento constante de avance y retroceso, sin retirar mi mano de su boca.

Allison seguía tocándose los pechos con frenesí, y sentí cada gemido reverberar contra mi mano. Me encantaba ver cómo llegaba al límite y perdía el control, pero más aún sentirlo contra mi piel.

Mi control pendía de un hilo, y estaba tan duro que dolía. Entonces, sentí el orgasmo gestarse en lo más profundo de mi ser.

Allison empezó a temblar con fuerza entre mis brazos. Sus manos, que antes solo acariciaban sus pechos, ahora recorrían todo su torso. Se inclinó hacia atrás para tocar su lugar favorito: mis abdominales. Cuando una de sus manos descendió hasta mi trasero, indicándome que acelerara el ritmo, dije:

—No, Allison, todavía no. Confía en mí.

Me respondió con un gemido, pero retiró las manos. Luego se puso de puntillas y se inclinó ligeramente hacia adelante, ajustando el ángulo y preparándose. Sabía que estaba al límite, así que dejé de frotar mi pene por sus pliegues. En su lugar, lo agarré por la base y presioné la punta contra su clítoris. Allison gimió guturalmente una y otra vez, a punto de alcanzar el clímax, pero necesitaba la penetración para lograrlo. Introduje primero la punta, y después me fui adentrando centímetro a centímetro.

Con una mano aún sobre su boca, presioné debajo de su nuca con la otra. Allison captó mi señal de inmediato y se inclinó hasta apoyar los codos en el alféizar de la ventana. Era el ángulo perfecto para alcanzar su punto G.

Me retiré y volví a embestirla, cada vez más rápido. Quise acariciar su clítoris, pero tenía ambas manos ocupadas.

—Tócate, Allison. Ahora mismo.

Ella gimió, bajó la mano y sentí el roce de sus dedos al costado de mi miembro. Sabía que se estaba acariciando; la sensación de estar dentro de ella y sentir sus dedos en mi polla era simplemente increíble.

Me apoyé en sus caderas para poder penetrarla con fuerza. Cuando empezó a gritar, ya no pude aguantar más. La embestí con salvaje abandono y le entregué todo lo que tenía.

—¡Joder! —exclamé—. Joder.

Presioné mis labios contra su cuello para intentar ahogar mis propios jadeos, pero no lo conseguí. Allison me apretó la mano con la que le cubría la boca, en un intento de extinguir sus propios gritos. Pero fue en vano. Aquel orgasmo superó a todos los que habíamos compartido.

Le temblaban tanto las piernas que, incluso después de surcar la ola del clímax, necesitaba que la sostuviera. La sujeté por la cintura y la erguí, acercándola a mi pecho para que pudiera apoyarse. Su cabeza cayó ladeada, como si le faltaran las fuerzas para sostenerla.

Lentamente, se dio la vuelta:

—Siento como si las piernas me fueran a fallar.

—Tranquila, Allison. Tómate todo el tiempo que necesites.

Yo tampoco estaba mucho mejor. No me fiaba de mis propias piernas, pero al mismo tiempo me sentía muy fuerte. Estaba tan envuelto en ella, que parecíamos una sola persona.

Unos instantes después, Allison se dio la vuelta y, por la mirada pícara de sus ojos, supe que quería saltar en mis brazos, lo que significaba que había recuperado las fuerzas.

Pero entonces Annie gritó "¡Tía Allisooooooooooon!" y el hechizo se rompió.

Nos quedamos de piedra.

—Siento como si me hubiese pillado con las manos en la masa —comenté mientras nos apresurábamos al baño.

—¿Quizás porque estamos haciendo algo a escondidas? —preguntó entre risas.

Tras asearse rápidamente en el lavabo dijo:

—Voy a ver qué pasa. —Se detuvo en la puerta y con una sonrisa volvió a plantarme un beso en el hombro—: Me he quedado sin

palabras.

—No hace falta hablar —dije antes de besarla—. Tu cuerpo y esa sonrisa ya lo dicen todo.

—Genial. Menos trabajo para mí.

Salió corriendo del baño y, un momento después, oí que destrababa la puerta y se marchaba del dormitorio.

Yo también me aseé con rapidez y decidí que me ducharía más tarde. Allison necesitaría ayuda con los niños.

Pero cuando bajé al salón, parecía tenerlo todo bajo control. Los mellizos estaban sentados en el sofá, cada uno con un bol de helado.

Teniendo en cuenta que acababan de despertarse, no estaban de mal humor.

Al ver que tenía una ceja levantada, Allison me explicó:

—Han comido muy sano en casa de tus abuelos. —Y les besó en la frente antes de sentarse entre ellos.

La imagen me conmovió profundamente.

—¿Nick? —me llamó Allison con cautela.

—Lo siento, estaba distraído.

—¿Qué tal si vemos *Buscando a Nemo*?

—Claro, nunca la he visto —asentí.

—¿Qué? —preguntó Annie—. ¿Nunca? ¿Ni una sola vez?

Allison se reía por lo bajo.

—No, nunca —respondí.

—¡Qué guay! —exclamó Annie con una gran sonrisa.

Miré a Allison mientras me sentaba junto a Jack, que estaba somnoliento y descansaba su cabecita sobre mis costillas.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Es una especie de trampa?

Ella se rió:

—Es que la han visto mil veces. Y ahora que han encontrado a alguien que no lo ha visto nunca, querrán verla contigo mil veces más.

—Entonces será mejor que empecemos ya.

La película estaba chula. Cuando terminó, era hora de acostar a los niños.

—¿Queréis subir? Os leeré un cuento —ofrecí.

Los dos saltaron del sofá inmediatamente. Allison y yo nos turnábamos para acostarlos, y aunque no quería presumir, parecía que preferían hacerlo conmigo.

—¡Síííí! —exclamó Annie.

—Pues vamos.

—Te espero aquí —dijo Allison.

Asentí y subí con los niños. Una vez allí, escogimos un libro. Me senté en la cama de Jack, observándolos mientras se tumbaban boca abajo, apoyando la barbilla en las almohadas, y me miraban con curiosidad.

—¿Estáis listos? —pregunté.

—Sí —respondieron al unísono.

—Entonces voy a empezar.

Los cuentos para niños eran lo más aburrido del mundo, y no creía que fuese casualidad. Entendía que se evitaba una estimulación excesiva, pero me costaba mucho no quedarme dormido.

Annie se durmió primero, pero Jack cayó pocos minutos después. Continué leyendo unas páginas más, con la certeza de que mi voz los tranquilizaba. Me invadió una ola de afecto y un orgullo que jamás había sentido en mi vida profesional. Era, sin duda, la mejor sensación del mundo.

Cuando estuve seguro de que estaban dormidos, me levanté de la cama con el mayor cuidado posible y salí de la habitación.

Al bajar, encontré a Allison en la cocina.

—¿Ya se han dormido? —preguntó.

—Sí. Se han quedado fritos.

—Eres el encantador de niños. Conmigo tardan una eternidad, creo que les gusta más tu voz. A decir verdad, creo que tú les gustas más. —Me sonrió—. Bueno... ¿quieres abrir una botella de vino?

—Lo que mi mujer desee.

Mis hermanos tenían razón. Aunque les había asegurado que, tras la obtención de la custodia definitiva, todo volvería a ser como antes, no quería perderme nada de lo que estaba viviendo. Sabía que podía visitarlos las veces que quisiera, por supuesto, pero no era lo mismo. No quería perderme momentos tan bonitos como esos.

¿Podría ser el novio de Allison una vez que terminara el asunto legal? No lo creía.

No sería suficiente para mí.

Capítulo Treinta

Allison

Algunos días me costaba creer lo mucho que había cambiado mi vida en los últimos meses. Me sentía una persona completamente diferente, y hacía tiempo que había aceptado que era hora de dejar atrás la que era. Me encantaba mi versión actual y era inmensamente feliz.

Con ese pensamiento, conducía hacia el trabajo en una sombría mañana de jueves, mientras cantaba a pleno pulmón. No iba a permitir que nada estropeara mi buen ánimo.

Pero cuando recibí una llamada de Hugo, hice una mueca de disgusto. *Mierda*. ¿Por qué las cosas no pueden ser perfectas? Llevaba tiempo sin recibir noticias suyas, pero me prometió que se pondría en contacto conmigo en cuanto tuviera alguna novedad.

—Hola —respondí, y atendí la llamada por Bluetooth.

—Buenos días, Allison.

—¿Alguna noticia? —pregunté innecesariamente. De lo contrario, no habría llamado.

—Sí, tengo una noticia estupenda.

—¡Dios mío! —exclamé, con la respiración entrecortada.

—Han retirado la solicitud de custodia.

—¿Qué significa eso?

—Que ya no van a reclamarla.

—No puedo creerlo... ¿Se han rendido así sin más? —*No lo entiendo.*

—Bueno, no exactamente. —Y tras una breve pausa, explicó—: El asunto es que descubrí que su situación económica es bastante complicada. Tenían intención de vender la casa de Jim y Nora para salir del apuro.

—Un momento... ¿Bob y Sophie tienen problemas económicos?

Me quedé en *shock*. Hugo ya había mencionado al principio que era probable que estuvieran interesados en la casa, pero yo no

terminaba de creerlo.

—Sí. Y recuerdas que quien tenga la custodia de los niños puede disponer de la casa, ¿no?

—Pero eso no puede ser —respondí perpleja—. ¡La casa pertenece a los mellizos!

—Así es, pero hay atajos legales para sortear eso si quisieran, y créeme, esa era su intención.

—¿Y retiraron la solicitud porque descubriste que tenían apuros económicos?

—Les advertí que su plan de retener a los niños para vender la casa, junto con sus apuros económicos, saldría a la luz. Y resulta que a Bob y Sophie les importa su reputación más que cualquier otra cosa. Aceptaron no pedir la custodia si manteníamos el secreto.

—Muchas gracias Hugo por todo lo que has hecho... No tengo palabras para agradecerte.

No podía creer que fueran tan miserables. Desde la muerte de mi hermana, jamás preguntaron por sus nietos. En algún momento dado hasta me sentí culpable, y empecé a pensar que quizás mantenían el contacto al mínimo en aras de la batalla por la custodia. Ahora me daba cuenta de que no era el caso.

—Hay un pequeño detalle técnico: necesito que firmes una declaración jurada en la que asumes la custodia definitiva de los niños.

—Por supuesto. Creía que ya lo había hecho.

—Así es, pero necesitamos renovarlo.

—Voy ahora mismo para allí, que estoy libre hasta las diez.

—Perfecto.

Su bufete no quedaba muy lejos, lo cual era estupendo. Entré en su oficina rebosante de alegría y con una sonrisa de oreja a oreja. Aún recordaba la ansiedad que me había invadido la primera vez que visité su despacho con Nick.

—Allison, enhorabuena —me saludó con una sonrisa.

—Lo mismo digo. No es poca cosa intimidar a Sophie y Bob.

—Tampoco hizo falta mucho. Estaban muertos de miedo de que alguien se enterara de sus problemas económicos.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedan volver a presentar la solicitud más adelante?

—Técnicamente, sí, pero tienen todas las de perder: cambiar de opinión en casos de custodia de menores demuestra falta de compromiso. Y para los jueces lo más importante es que exista un adulto comprometido que salvaguarde los intereses de los niños.

Me senté donde me indicó, frente a él. Ya tenía el documento listo para que lo firmara, y lo hice sin siquiera leerlo.

—Si quieres, puedes firmar el otro documento aquí, o llevártelo a casa para leerlo con tranquilidad.

—¿Qué otro documento? —pregunté.

—Los papeles del divorcio, por supuesto, tal y como os prometí.

Me quedé paralizada e inmediatamente dejé el bolígrafo en la mesa. Sentí como si me quemara los dedos.

—Claro... los papeles del divorcio. —Mi euforia se desvaneció por completo y se me hizo un nudo en el estómago.

—Si lo prefieres, puedes traerlo firmado otro día. Es el mismo documento que te envié hace meses. No os casasteis en gananciales, así que ambos terminaréis con los mismos bienes anteriores al matrimonio.

Mi corazón latía con fuerza. Estaba a punto de vomitar o desmayarme, o ambas cosas.

—¿Tienes alguna pregunta?

—¿No es demasiado pronto para hacerlo? ¿No parecería sospechoso si...?

¿Si qué? Dios, ¿qué se supone que debía decir? Había perdido completamente el hilo de mis pensamientos. Intenté recuperar la compostura, pero no pude. Era como si Hugo me hubiera dado un puñetazo en el estómago y echado un cubo de hielo en la cabeza. ¿Nick estaba al tanto de todo esto?

—Quiero decir, si tramitamos el divorcio tan rápido...

—Podemos esperar un tiempo. No es urgente y es vuestra decisión.

Estuve a punto de preguntarle si ya lo había hablado con Nick, si ya había firmado, pero no pude. Ni siquiera me atreví a mirar los

papeles para comprobar si su firma estaba allí. No podría soportar verlo.

Maldita sea. Era lo que habíamos acordado y no tenía derecho a seguir atando a Nick a mi vida. Seguramente él deseara recuperar su libertad y, por supuesto, su ático.

—Allison, ¿te encuentras bien? —preguntó Hugo con voz preocupada.

—No... No sé qué me pasa.

—Quizá te ha bajado la tensión. Es normal cuando la gente tiene la adrenalina a tope durante mucho tiempo esperando un resultado. Te prepararé un café.

—Vale. Gracias. —Ni siquiera podía levantarme de la silla.

Se levantó de su silla y oí que encendía la cafetera.

Con dedos temblorosos, revisé los papeles. La página para firmar estaba en blanco. Nick aún no lo había hecho. Sentí como si me hubieran quitado un peso de encima, pero luego volvió a recaer y era aún más pesado que antes. Lo más probable era que Hugo me hubiese llamado primero a mí. Era imposible que hubiera llamado a Nick antes, porque no había dicho nada en casa esa mañana.

Tenía la cabeza hecha un lío cuando Hugo me entregó la taza. Tomé un sorbo y, milagrosamente, me sentí un poco mejor. Quizás solo era la presión arterial baja.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Sí. Debería marcharme de una vez y dejarte seguir con tu trabajo.

—Quédate un rato más, por si acaso.

—Por desgracia, tengo que irme. —Señalé los papeles del divorcio y dije—: Me llevaré todo esto, y lo hablaré con Nick.

Pero mientras pronunciaba esas palabras, me di cuenta de que no había nada de qué hablar... Él y yo lo estábamos pasando muy bien juntos. Pero nunca, ni una sola vez, habíamos dejado caer que seguiríamos juntos después de ganar la custodia.

—No esperaba que fuera tan rápido —admití.

—Si no hubieran retirado la solicitud, habría durado un poco más. Tal y como están las cosas, nos han hecho un favor: ningún juez

volverá a tomarlos en serio si cambian de opinión. No tienes nada de qué preocuparte.

En ese momento comprendí por qué Hugo repetía lo mismo. Estaría pensando que estaba descompuesta porque aún temía que pudieran volver a solicitar la custodia. Pero no era por eso, y entendía que ellos no tenían ninguna posibilidad de salirse con la suya. Ahora, toda mi preocupación se centraba en Nick.

—Te los pondré en una carpeta —dijo, notando que yo seguía tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera reaccioné.

—¿Tienes fundas de plástico? —pregunté, recuperando un poco la compostura—. Son más flexibles y las puedo guardar en mi bolso.

—Claro.

Abrió un cajón debajo de su escritorio y colocó una funda sobre la mesa. Aún temblando, guardé los papeles del divorcio.

No podía creerlo. El divorcio.

Esto es justamente lo que hemos acordado. No debo hacerle perder más tiempo a este pobre hombre.

Me temblaban aún más las manos mientras metía la carpeta en mi bolso y me ponía de pie.

—Gracias por todo.

—No hay de qué.

—En cuanto a tus honorarios...

—Olvídalo. Nick se ha encargado de todo.

—¿Cómo? Si me has asesorado en un caso personal, se supone que yo debo pagar la factura —repliqué.

—Así es, Allison. Pero si Nick se ha ofrecido, ¿por qué no aceptar su gesto?

Porque ya le debo mucho.

Tendríamos que hablarlo con Nick.

—Vale... me voy entonces.

—Claro. Avísame cuando tengas listos los papeles... del divorcio. —Por primera vez, pareció dudar al pronunciar las palabras, y frunció el ceño.

—Por supuesto —asentí—. Gracias.

Era como si me hubiesen apuñalado las entrañas y el corazón, y estuviera a punto de implosionar. Al salir de su oficina, esa sensación

solo se intensificó. Cuando llegué a mi coche, dejé caer mi bolso en el asiento del copiloto. Me ardían los ojos.

Maldita sea, no puedo estar así. Tengo la custodia, que es lo más importante, y por lo cual me casé con Nick. Tendría que estar celebrando ahora mismo.

Pero no tenía ánimo para eso. Más bien todo lo contrario.

Capítulo Treinta y Uno

Nick

Estaba eufórico desde que Hugo me dijo que Bob y Sophie habían retirado la demanda. La verdad era que me había mentalizado para que la batalla durase mucho más tiempo, así que iba a celebrarlo con Allison esa misma noche.

Le había enviado un mensaje para felicitarla, pero no me respondió, lo cual no me sorprendió ya que sabía que había tenido un día muy ajetreado. Pero esa noche, en cuanto los mellizos estuvieran en la cama, sería toda mía.

Para el día siguiente tenía planeado algo más elaborado. Era viernes por la noche y los niños se quedaban a dormir en casa de mi hermano. Mejor imposible.

Mi día fue aún más largo que el de Allison. Cuando llegué a casa, ya habían cenado, de hecho, ya los estaba acostando.

Me quité los zapatos, subí las escaleras, y me detuve en la puerta de su habitación. Allison estaba de pie pidiéndoles a los niños que se taparan antes de leerle un cuento para dormir.

—¡Hola! Enhorabuena —dije.

Ella me dedicó una pequeña sonrisa:

—Gracias. Todavía no lo he asimilado.

Le di un beso en la mejilla y le susurré al oído:

—Bueno, ya lo asimilaremos cuando estos dos se hayan dormido.

Allison asintió, pero al separarme de ella, noté que apartaba la mirada. Quizás le había dado un poco de vergüenza. Debería controlar mi comportamiento delante de los niños.

Entonces les di un beso en la frente a cada uno:

—Perdón por llegar tan tarde, chicos.

—No pasa nada. La tía Allison nos va a leer un cuento esta noche.

Miré a Allison por el rabillo del ojo:

—¿Necesitas algo? Si no, te espero abajo.

Allison negó con la cabeza. Algo no iba bien.

—Luego hablamos, cuando logre dormirlos.

—¿Qué es "logre"? —preguntó Annie.

Allison se rió, pero seguía sin mirarme. Me pareció extraño, pero los dos habíamos tenido un día intenso.

Bajé las escaleras, abrí la nevera y rebusqué algunas sobras para calentar. Comí mientras enviaba algunos correos electrónicos que había pospuesto durante todo el día. También metí una botella de champán en la nevera. No era la que tenía pensada para esa ocasión —había comprado un *Dom Perignon* cuando Allison y yo decidimos seguir adelante con nuestro plan—, pero lo había dejado en mi ático. Me tendría que apañar con lo que había.

Después de cenar, me di cuenta de que era muy tarde y Allison aún no había bajado. ¿Acaso los niños le estarían dando guerra?

Subí las escaleras, y al no escuchar ningún ruido, abrí la puerta. Me contuve para no reír al ver a Allison dormida en la cama de Annie. Debía de estar agotada. Solo tenía una pierna cubierta, así que fui al dormitorio principal, cogí una manta de la cómoda y la arropé. No tenía sentido despertarla.

Annie estaba acurrucada bajo su brazo. Allison había puesto su mano protectora sobre el hombro de la pequeña. Las observé durante un instante antes de cerrar la puerta y bajar. Estaba seguro de que cuando se despertara vendría a hablar conmigo.

Pero eso no sucedió. Cuando me desperté a la mañana siguiente, me di cuenta de que había dormido solo. Miré el reloj y, al ver que eran las ocho y media, resoplé: yo también me había quedado dormido.

Me di una ducha rápida y me vestí antes de bajar a tomar café. Al dar el primer sorbo, vi un fajo de documentos detrás de la tostadora. *Qué raro, Allison nunca trae documentos a casa. ¿Se le habrá olvidado llevarlos al trabajo?*

Los revisé y me quedé de piedra al ver que eran los papeles del divorcio. *¿Qué es esto?*

Dejé la taza y hojeé rápidamente las páginas. Era el mismo documento que Hugo nos había enviado meses atrás. ¿Por qué Allison lo tenía en la cocina?

Fruncí el ceño y sin más dilación llamé a Hugo.

—Hola —dije.

—Buenos días, Nick.

—Una pregunta: ayer, cuando Allison estuvo en tu oficina, ¿hablasteis de algo más aparte de la custodia?

—Sí, del divorcio.

Exhalé con fuerza, y me apoyé contra la encimera:

—¿Qué hablasteis exactamente?

—Le dije que los firmara cuando quisiera. Se llevó los papeles en el bolso.

Maldita sea. Cerré los ojos por un momento. Me había olvidado por completo del divorcio.

—¿Tienes alguna pregunta? ¿Pudisteis hablar sobre ello?

No, joder, no hablamos nada.

—Sí, tengo una pregunta. ¿No sería más inteligente esperar un poco?

—Mira, te diré lo mismo que al principio: nadie va a acusaros de disolver un matrimonio. Es algo que ocurre todos los días. E incluso si a *ellos* les resulta sospechoso, ya están fuera del caso y ningún juez los tomará en serio.

Tragué saliva y empecé a dar vueltas por la cocina:

—Está bien. Gracias por todo.

—En cuanto al divorcio, no tienes que preocuparte por la división de bienes ni nada por el estilo. Está todo cubierto y blindado.

Eso es lo que menos me importaba.

—Gracias. Tengo que irme.

—Claro. Si necesitas algo, llámame.

Después de colgar, volví a echarle un vistazo a los papeles. ¿Era eso lo que quería? ¿Seguir adelante con el divorcio? Por otra parte, ¿no era lógico? Si era lo que habíamos planeado desde el principio. Ahora las cosas podrían volver a ser como antes.

Pero la idea me entristecía.

Recorrí con la mirada el salón: me gustaba su casa. Vivir solo en el ático me parecía impensable. ¿Para qué quería tantas habitaciones? Quizás debería alquilarlo y buscar algo más pequeño.

¡No! No quería buscar ningún otro sitio. ¡Quería estar allí con Allison y los niños!

Mi mente iba a mil por hora, pero no podía ordenar mis pensamientos. Estaba demasiado desconcertado y me resultaba imposible elaborar un plan.

Pero, ¿por qué? Si era lo que habíamos acordado desde el principio... Y dado que había traído los documentos a casa, lo más probable es que quisiera dar ese paso.

Era lo correcto. No tenía sentido darle más vueltas, ya que me esperaba un largo día. Salí de casa sin siquiera terminar mi café.

Tenía la agenda tan apretada que no tuve tiempo de llamar a Allison. Necesitaba que acabara el día para poder hablar con ella y asegurarme de que eso era realmente lo que quería.

A las cinco en punto, salí de la oficina para recoger a los niños de la guardería. Allison tenía una reunión de trabajo en la otra punta de la ciudad, por lo que me ofrecí a buscar a Annie y a Jack. Lo había incorporado como parte de mi rutina y no me entraba en la cabeza que esa etapa de mi vida estuviera llegando a su fin.

Cuando llegué, estaban felices y eufóricos por ir a la fiesta de pijamas en casa de Ben.

—¿Qué habéis hecho hoy en la guarde?

—Aprendimos a pintar un árbol. ¡Ha sido chulísimo! —respondió Annie con entusiasmo.

—¡Qué bien!

La miré por el espejo retrovisor. No quería renunciar a las pequeñas cosas: hablar con ellos todas las tardes, preguntarles qué tal la guarde, pasar tiempo con Allison después de que se acostaran...

¿En qué momento me había encariñado tanto con esa vida? ¿Y por qué no me veía haciendo otra cosa? Al fin y al cabo, llevaba años soltero y saliendo con quien me venía en gana, y siempre lo había disfrutado. Pero ahora me parecía vacío y no era lo que quería para mi futuro.

Llegamos a casa de mi hermano poco después. Annie y Jack estaban tan emocionados que me llevó un rato sacarlos de sus sillitas. Saltaron solos del coche y corrieron hacia la puerta principal.

Spencer debió de oírnos, porque la puerta se abrió de par en par. Para mi sorpresa, la abuela estaba allí.

—Qué sorpresa —saludé con una sonrisa.

—Bueno —dijo, llevándose una mano a la cadera—, como has ignorado mi invitación para que los niños vengan a mi casa, aproveché la oportunidad para volver a verlos.

—Se me pasó completamente, abu.

Aunque no era del todo cierto. Me parecía mucha tela para la abuela, y Allison estuvo de acuerdo.

Penny y Spencer abrieron los brazos y Annie corrió hacia Penny, y Jack hacia él. Ben me miró con sus grandes ojos y extendió las manos, así que lo levanté.

Sin embargo, ninguno de los niños quería estar en brazos demasiado tiempo, y nos pidieron que los dejáramos jugar en el jardín. Aunque el patio era grande, los podíamos vigilar desde el salón.

—Pareces nervioso —comentó mi hermano, al ver que me masajeaba el hombro derecho.

—Sí.

—¿Problemas en el trabajo? —preguntó Penny.

—No, no es eso. Tengo algo que contaros: los padres de Jim han retirado la demanda por la custodia.

—¡Qué buena noticia! —exclamó la abuela—. La pobre Allison podrá respirar tranquila.

—Ya ves.

—Genial, entonces ¿por qué estás tan tenso? —preguntó Spencer — ¿O no tiene nada que ver con eso?

—Sí, por ahí vienen los tiros —admití.

—No te entiendo —dijo con el ceño fruncido.

La abuela intercambió una mirada con Penny antes de dedicarme una sonrisa empática y decir:

—Eso significa que ahora toca divorciarse.

Ni siquiera pude admitirlo en voz alta. Me limité a asentir y volví a presionar ese sitio en el hombro que tanto me aquejaba. ¿En qué momento había empezado el dolor?

—Es lo que acordamos. Y ayer, Allison recogió los papeles en la oficina de Hugo y los trajo a casa.

—Vaya. —Penny parecía atónita.

—¿Ya lo has firmado? —preguntó la abuela.

—No, no hemos tenido tiempo de hablarlo. Encontré los papeles esta mañana.

—Parece que no lo tienes muy claro —comentó Spencer.

Me pasé una mano por el pelo y me levanté para pasear por el salón. Me gustaba consultar las decisiones importantes con mi familia, y como llevaba todo el día desconcertado, quizás me vendría bien su consejo.

—Creo que el problema es que me ha pillado por sorpresa. Se me había olvidado por completo lo del divorcio.

—¿De verdad? —preguntó Penny.

—Sí. Supongo que ha sido porque todo iba sobre ruedas —respondí, y me encogí de hombros—. Además, pensé que tardaríamos bastante tiempo en solucionar todo el lío legal.

—Y no quieres volver a tu vida anterior —dijo la abuela.

Como de costumbre, tenía la capacidad de llegar al fondo de la cuestión en tiempo récord.

—Exacto —admití—. Y eso que siempre me ha gustado mi vida.

—Pero has probado algo diferente y te ha sorprendido para bien —terminó Spencer por mí.

Penny aplaudió:

—Lo siento, pero esto es exactamente lo que quería que pasara.

—Lo que todos queríamos —añadió la abuela.

—¿Quieres una copa de vino o algo? —preguntó Spencer.

—No, gracias. Tengo que conducir.

—Bueno, pues yo sí que necesito una copa para continuar con esta conversación —comentó mi hermano, antes de dirigirse a la cocina y servirse un whisky con hielo.

—No estoy entendiendo... ¿Cuál es el problema? —preguntó Penny.

—Que no sabemos qué quiere Allison —dijo la abuela.

Sentí que mi cabeza estaba a punto de estallar.

—Exactamente.

—Pero parece que estáis muy unidos —continuó ella—. Es obvio, todos nos hemos dado cuenta.

—Una cosa es estar muy unidos...

—Y otra es querer estar casado —interrumpió Spencer.

Miré a mi hermano, con la certeza de que entendía a la perfección lo que pasaba por mi mente. Penny y la abuela parecían ver todo color de rosa, lo cual entendía, pero yo no era tan soñador. Spencer podía ponerse en mi lugar más fácilmente.

—Mi opinión —dijo Spencer, dando otro sorbo—, es que deberías seguir con ella y los niños.

—Tienes razón.

No dejaba de impactarme la capacidad de mi familia para poner en palabras los confusos pensamientos que se agolpaban en mi mente. Aunque, por otro lado, siempre era más fácil cuando se miraba desde afuera.

—Sinceramente, me alegro de que te haya pasado todo esto —dijo la abuela.

—¿De verdad? Si sabes que siempre he sido muy feliz con mi vida de soltero.

—¿Crees que podría ser solo una etapa? —preguntó Spencer.

Negué con la cabeza:

—No lo creo, aunque como todo está sucediendo muy rápido, no lo descarto del todo.

—Es verdad —asintió la abuela—. Pero en el fondo, cada uno sabe lo que quiere y lo que nos dice nuestro corazón. A veces, es mejor dejarse guiar por los sentimientos, para que el ego no se interponga en nuestro camino hacia la felicidad.

Madre mía, ¡cuánta razón llevaba mi abuela! Me estaba ahogando en un vaso de agua.

Iba a hacerle caso: yo sabía lo que quería. ¿Por qué coño le estaba dando tantas vueltas? Si siempre había sido un hombre decidido que iba tras lo que quería. Y tenía clarísimo lo que deseaba en la vida.

Relajé los hombros cómo si me hubiera quitado un peso de encima:

—Gracias, me ha venido muy bien hablar con vosotros.

Penny me señaló con una sonrisa:

—Estás maquinando un plan.

—Desde luego.

—Estoy muy emocionada —murmuró, y la abuela me sonrió radiante.

Spencer terminó su copa y dijo:

—No te entretenemos más. Vete de una vez.

—Ya me voy.

Después de salir de su casa, miré el reloj: sabía que la reunión de trabajo de Allison duraría otra hora. Tenía tiempo suficiente para coger la botella de *Dom Perignon* del ático.

Era increíble que después de hablar con mi familia, viese las cosas con tanta claridad. Debería haberles pedido consejo a primera hora de la mañana.

Conduje directamente al ático, pero no me molesté en aparcar en el garaje, para no perder tiempo. Dejé el coche en la plaza reservada para taxis, y entré rápidamente en el edificio.

El portero me saludó:

—Señor Whitley, hace tiempo que no lo veíamos.

Asentí:

—¿Puede echarle un ojo a mi coche, por favor? Asegúrese de que no se lo lleve la grúa. Subo un momento, y bajo.

—Claro. Yo me ocupo.

Le tiré las llaves y subí.

Frances iba al ático regularmente para llevarme ropa, pero hacía tiempo que yo había dejado de ir. Eché un vistazo alrededor: parecía un hotel, como si no fuera mi hogar, a pesar de que llevaba cinco años viviendo allí. Fui a la nevera y cogí la botella de *Dom Perignon*, que era lo único que había dentro. Antes de irme, eché un último vistazo al salón.

La única manera en la que volvería a vivir allí, sería con mi familia. Con Allison y los mellizos.

Capítulo Treinta y Dos

Nick

El coche de Allison ya estaba aparcado en la entrada cuando llegué a casa. *Perfecto*. El champán todavía estaba frío y podía poner mi plan en marcha de inmediato.

—¡Allison! —llamé en cuanto entré por la puerta.

—Estoy en la cocina —dijo con voz muy suave.

Me dirigí directamente hacia allí y me detuve en seco para contemplarla: llevaba uno de sus trajes formales y conservadores, pero que me volvían loco de deseo. Era extraño que me excitara de ese modo.

—¿Qué tal los peques? Llamé a Penny, pero no contestó. Luego me envió un mensaje para decirme que todo iba bien.

—Sí, todo bien.

—¿Y eso? —preguntó con los ojos puestos en la botella.

—La guardé especialmente para celebrar —respondí mientras la apoyaba sobre la encimera.

—He visto otra en la nevera.

—Pasé por el ático a coger esta. —Me incliné hacia ella, y bajó la mirada al suelo.

Otra vez evitaba mi mirada. Maldita sea, ¿y si *realmente* quería el divorcio?

Entonces tendría que conquistarla, porque la separación no estaba sobre la mesa. Quería que fuera mi verdadera esposa más que nada en el mundo.

Levantó la vista mientras yo miraba la tostadora. Los papeles seguían ahí detrás.

—¿Quieres hablar de eso primero? —dije señalando la funda de plástico.

—Lo has visto, ¿verdad? —dijo encogiéndose de hombros—. Traje el documento a casa porque...

Esperé expectante cada palabra. Quería saberlo todo.

—¿Sí? —la animé, al ver que se quedaba callada.

—No lo sé... Hugo ya tenía los documentos preparados y me dijo que los firmara allí mismo. Pero pensé que primero deberíamos hablarlo entre nosotros.

Respiré hondo. Había llegado el momento de la verdad. No podía posponerlo más. Por mucho que quisiera pasar el resto de mi vida con Allison, tenía que saber qué pensaba.

Le toqué la barbilla, pero ella seguía mirando obstinadamente hacia abajo, así que flexioné las rodillas hasta quedar a la altura de sus ojos.

—¿Y qué quieres hacer, Allison? —pregunté.

Se humedeció los labios antes de responder:

—¿Qué quieres *tú*?

Por primera vez desde que la conocí, parecía acojonada. Pero estaba dispuesto a dar el primer paso si hacía falta.

—Quiero romper esos malditos papeles y olvidar el divorcio. Todo ha cambiado, ¿no crees? Te amo tanto que no puedo imaginar la vida sin ti. Tú y los niños sois lo único que quiero, Allison. Quiero que seas mi esposa por el resto de mi vida.

—Nick, ¿hablas en serio? —Sus ojos estaban llenos de incertidumbre.

—Sí, ¡joder! Nunca he estado tan seguro de algo en toda mi vida.

Allison cerró los ojos y yo respiré hondo. Si decía que no sentía lo mismo...

Pero entonces las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba y sentí una oleada de alivio.

—Yo también es lo único que quiero. Cuando Hugo mencionó el divorcio, me quedé sin palabras... no sabía qué hacer ni qué querías tú. —Poco a poco, abrió los ojos llenos de lágrimas.

—Pero cariño, ¿por qué lloras?

—Porque jamás imaginé esto —susurró—. Nunca pensé que me enamoraría de ti de verdad... ni que tú sentirías lo mismo.

—No te imaginas cuánto te amo. Y *no* lo supe hasta que vi los papeles esta mañana, y lo primero que pensé fue "ni hablar". Contigo, con Annie y con Jack lo tengo todo. La vida que tenemos es

perfecta. *Tú* eres perfecta. Jamás imaginé que podría amar así, Allison.

—Yo también te amo, y me siento muy querida por ti. Nunca me lo habías dicho, pero lo sentía en lo más profundo de mi ser. Y me encanta cómo eres con los pequeños.

—Son parte de nosotros.

Allison me rodeó el cuello con los brazos y saltó sobre mí. La agarré por el culo y la senté en la encimera, separándole las piernas. Un ruido desgarrador nos sobresaltó a los dos.

Ella se echó a reír, echando la cabeza hacia atrás:

—Que le den a esta falda, le pasa por ser tan recatada.

—Estos trajes tan formales que tienes me encantan... me ponen muchísimo.

—¿Qué? —preguntó con la respiración entrecortada—. Debería ser al contrario, ¿no?

—Es perfecto. Así nadie fantasea con lo mismo que yo.

—Mmm... no creo que puedas controlar las fantasías de los demás.

—Claro que puedo. —Di un paso atrás con gran dificultad y dije —: Descorchemos la botella. Quiero celebrar con mi mujer que nos hemos quedado con la custodia de los niños.

Allison se inclinó para tirar del cuello de mi camisa y besarme.

Dejé que tomara la iniciativa, me deleité en el ansia con que devoraba mi boca, y hasta se me escapó un gemido. Estaba empezando a ponerme duro y quería que abriéramos el maldito champán antes de perder completamente la cabeza. Pero entonces se me ocurrió otra idea.

Di un paso atrás, cogí la botella y un abridor, y moví las cejas de forma sugerente:

—Venga, tú coge las copas y montamos la fiesta arriba.

Sus pupilas se dilataron y abrió la boca con asombro:

—Nick Whitley, siempre consigues sorprenderme.

—Y prometo hacerlo toda la vida.

En lugar de dejar que bajara de la encimera de la cocina, volví a dejar la botella en su sitio y la besé con más intensidad que antes. Mi deseo se avivaba a cada segundo que pasaba. Le quité la

chaqueta del traje, acariciándole la cintura antes de subir hacia sus pechos. Necesitaba tenerla desnuda en ese mismo instante.

La cogí en brazos y decidí dejar el champán para más tarde. Estaba desesperado por estar con ella.

La llevé escaleras arriba, directamente al dormitorio principal. Cuando la tumbé en la cama, separé sus piernas y la falda se rasgó aún más.

—Te has empeñado en arruinarme la falda, ¿eh? —comentó entre risas.

—Ya te he dicho que nada me haría más feliz que tenerte desnuda las veinticuatro horas del día. Pero me conformo con saber que serás mi esposa toda la vida.

Allison sonrió y se incorporó en la cama con las manos apoyadas contra el colchón.

—Entonces déjame ponértelo un poco más fácil. —Se inclinó hacia un lado para bajar la cremallera, y yo tiré de la falda hacia abajo.

—Me encanta la blusa abotonada hasta arriba. —Di un paso atrás —. Pero quítatela para mí.

Se enderezó y llevó las manos a la parte inferior de la camisa. Levantó la mirada de forma seductora:

—¿Por dónde quieres que empiece?

Mi polla palpitaba. Me gustaba que me pidiera instrucciones.

—Por arriba.

Inmediatamente llevó las manos al cuello y desabrochó los botones. No la interrumpí ni le dije que fuera más despacio porque no tenía paciencia. Todo lo contrario, tenía que darse prisa o explotaría en ese preciso instante.

Con cada centímetro de piel que revelaba, mi excitación aumentaba. Cuando me quité los pantalones y los calzoncillos, una sonrisa traviesa apareció en su rostro. Sabía que podía sentir mi desesperación, pero tampoco pensaba ocultársela. No quería secretos con ella, nunca. No le quité los ojos de encima mientras me desnudaba, y Allison me sostuvo la mirada, hasta que se sonrojó intensamente y apartó la vista.

—Allison, quiero que sigas mirándome. —No entendía esa necesidad de mantener el contacto visual, pero así lo sentía.

Se le dilataron las pupilas cuando me quité la camisa. Esa mirada lo decía todo. Le bajé las bragas de un tirón y sin mucha delicadeza, pero al menos no las rasgué. Acto seguido, me incliné para desabrocharle el sujetador y liberar sus pechos. Sostuve la base de mi pene y lo usé para trazar un círculo alrededor de su ombligo, antes de cambiar el ángulo y tocar su pubis. Allison se contoneaba al acariciarle el clítoris con movimientos circulares, y empezó a gemir. Deslicé mi miembro más abajo, hasta su entrada, para empaparme de su humedad.

—Me encanta excitarte y saber que me deseas tanto como yo.

—Me tienes loca.

Seguí alternando mis caricias entre su entrada y su clítoris. No podía saciarme. Cuando estuvo completamente mojada, me enderecé para cambiar de posición.

Empezó a tocarse los pechos, y al bajar la mirada para ver mi polla, se humedeció los labios.

—No, preciosa. Quiero estar ya dentro de ti.

Su sonrisa pícara me indicó lo mucho que ella también lo deseaba.

Me senté en la cama y la coloqué a horcajadas:

—Tú mandas.

—Oh.

Quería que tomara las riendas y satisficiera su deseo, al menos al principio. Además, yo quería estar en una posición en la que pudiera moverme.

Me agarró la polla con una mano y eché la cabeza hacia atrás, gimiendo. Esperaba que me acogiera en el próximo segundo, sin embargo, empezó a bombear arriba y abajo.

Abrí los ojos y le advertí:

—Allison...

Ella volvió a humedecerse los labios:

—Ya me has provocado bastante. Ahora es mi turno.

Mientras movía la mano, también frotaba su clítoris contra mi glande.

Un temblor sacudió mi cuerpo.

—¡Joder!

Verla disfrutar de ese modo era abrumador.

—Dios mío, Nick.

—Eso es, cariño. Soy todo tuyo.

Necesitaba penetrarla más que el aire para respirar, pero también quería que alcanzara el orgasmo.

Se corrió tan rápido que me tomó por sorpresa, y a juzgar por su mirada, ella tampoco se lo esperaba. Apenas pude ver un destello de su preciosa cara antes de que se inclinara para descansar la frente sobre mi hombro.

Apenas se había corrido cuando ella tomó mi pene, atrayéndolo a su cálido y apretado interior. Mi visión se nubló durante unos segundos, y ella se mantuvo inmóvil. Puse una mano en su espalda, sintiendo cómo se estremecía su cuerpo. Era exquisito. Experimentar su orgasmo fue una experiencia surrealista.

Entonces empezó a menear las caderas arriba y abajo. Sus paredes internas aún palpitaban, pero ya estaba persiguiendo su siguiente liberación. Lo deseaba con desesperación, al igual que yo.

Quería que se corriera una vez más antes de entregarme al placer. Sabía que necesitaba mi ayuda para eso, de modo que aparté las manos de su cintura y puse las palmas sobre el colchón. Contraje las nalgas para poder moverme con más facilidad. Empujé hacia arriba, y Allison abrió los ojos de par en par al ver que la había penetrado con más fuerza de la que pensaba.

—¡Nick!

Me encantaba esa posición. Bajé la mirada para ver mi polla entrar y salir de ella, sus pechos botando delante de mi cara. Los dos estábamos frenéticos. Presionaba su clítoris con cada embestida, y vi cómo cambiaba su cuerpo al acercarse a otro clímax.

Cuando ya casi no podía contenerme, dijo:

—Nick... Dios mío.

Se tocó los pechos, echó la cabeza hacia atrás y gritó tan fuerte que juraría que las ventanas temblaron. Sus gritos eran salvajes, como si ya no controlara su propio cuerpo.

Sentí que mi polla se endurecía y una descarga de energía por todo el cuerpo. Me corrí al segundo siguiente, obligándome a mantener los ojos abiertos y frunciendo el ceño por el esfuerzo, para no perderme ni un detalle: ni un movimiento de su cuerpo, ni el vaivén de su cabeza.

Se enredó un mechón de pelo entre los dedos y con la otra mano, se pellizcó el pezón. Esa estampa no hizo más que intensificar mi clímax. Creía que sería imposible sentir más placer, pero el orgasmo simplemente no terminaba. No mientras ella seguía disfrutando del suyo.

Cuando percibí que su cuerpo se relajaba y que recobraba el sentido, bajé de la cima. Me senté en el colchón y la abracé con fuerza. Estaba temblando. Un segundo después, me di cuenta de que yo también. Nuestros cuerpos aún tenían mucha adrenalina, y sabía que no era solo por aquel polvo tan increíble. Ambos teníamos mucha tensión acumulada.

Sentir su respiración caliente y entrecortada contra mi hombro era un placer. Una vez que se calmó por completo, enderezó la espalda y me miró con una sonrisa descarada:

—Ha sido impresionante. Solo ha faltado el champán.

Me reí:

—Ahora lo traigo.

—O podemos beberlo abajo.

—No solo es para beberlo, cariño.

—Por suerte, tenemos toda la tarde y la noche para nosotros —susurró.

—¡Tenemos toda la vida! Te prometo que siempre te haré gritar de placer...

Se tapó la boca con la mano y se rió:

—Oh, Dios mío. He gritado demasiado, ¿verdad?

—Sí, y me ha encantado.

—Mmm... vaaale, acepto que hagas lo que quieras conmigo durante el resto de nuestras vidas con una condición.

—¿Qué condición?

—Que traigas el champán lo antes posible.

—Eso es pan comido —respondí entre risas—. Pero yo también tengo una petición.

—Soy toda oídos.

—Quiero que tengamos una boda de verdad.

—¿Qué? —preguntó perpleja, llevándose una mano al pecho.

—Sí.

—Pero si la nuestra fue preciosa —murmuró.

—Ya, pero quiero una en la que podamos expresar lo que sentimos sin restricciones —dije—. ¿Tiene sentido?

—Sí, entiendo lo que quieres decir —asintió. Entonces su rostro se iluminó con una amplia sonrisa—. Nick, es una idea maravillosa. ¿Cuándo la podríamos hacer?

—No lo sé. Pero podemos debatirlo entre champán y orgasmos.

—Cuenta conmigo —respondió con una sonrisa.

Primer Epílogo

Allison

—¿Estás lista, tía Allison? —preguntó Annie—. Puedo ir delante de ti. Ya soy mayor.

—Yo también quiero —dijo Jack.

Nick y yo decidimos celebrar nuestra auténtica boda en el aniversario de la primera. Que fuera justo un año después, lo hacía muy especial. Los mellizos ya eran lo suficientemente mayores como para llevar los anillos, aunque no sabía si se pelearían por el camino.

Muchas cosas habían cambiado en los últimos meses. Nick y yo estábamos más unidos que nunca, y una vez que apostamos por nuestro matrimonio de forma consciente, nos sincronizamos aún más, en especial con la crianza de los niños. Derek, mi jefe, se puso muy contento cuando le dije que contara conmigo la próxima vez que quisiera adquirir una nueva empresa. Y Nick abriría el primer gimnasio en Texas el año siguiente.

Entre todo eso, también organizamos nuestra boda. Con ayuda de los Whitley, claro está.

La fiesta se celebraría en el restaurante del hotel de Maddox y Gabe, pero la ceremonia en el precioso bosque exterior. Nick y yo llevábamos mucho tiempo pensando dónde celebrar el evento, hasta que conocí aquel sitio en un picnic familiar y me enamoré por completo de esos árboles centenarios.

En ese momento, esperaba la señal de mi madre para salir. Mis padres se habían empeñado en estar presentes en la boda. Parecían más saludables que nunca. Después de obtener la custodia y de que todo el papeleo se hizo oficial, Nick nos llevó a los niños y a mí en avión a verlos; también estaba pensando en adoptarlos.

Cada día que pasaba lo amaba más.

Mi madre asomó la cabeza:

—Cariño, tu padre te espera. Annie, Jack, venid conmigo —les dijo a los pequeños.

Asentí y se me hizo un nudo en la garganta.

Mi padre entró en la habitación un momento después con lágrimas en los ojos:

—Estás preciosa, mi niña.

Llevaba un bellísimo vestido rojo con detalles en negro en el bajo de la falda. Ninguno de mis padres se sorprendió al ver mi atuendo.

—Gracias, papá. Me alegro mucho de que estés aquí.

Caminamos detrás de mi madre y los mellizos. Me habían asignado una habitación en la planta baja del hotel para prepararme, solo debía salir al jardín y cruzar la zona común hasta el camino del bosque. Mi padre caminaba muy despacio, pero no importaba. No tenía prisa.

—Me alegro mucho de que hayas encontrado la felicidad, mi niña.

—Yo también, papá.

—Los cuatro formáis una familia preciosa.

Se me hizo un nudo en la garganta:

—Sí... aunque echo mucho de menos a Nora.

—Todos la echamos de menos. Pero tenemos a los pequeños para recordarla.

Apoyé la cabeza en su hombro y encontré confort en su calor. Cuando era pequeña, era un hombre fuerte, y sus brazos me hacían sentir segura. Y ahora, incluso en su vejez, y a pesar de su salud, me hacía sentir a salvo. Era la sensación más maravillosa del mundo.

Se les oía discutir a los mellizos a lo lejos, y sonreí.

—Me recuerdan a ti y a Nora —dijo mi padre—. Vosotras también os peleabais todo el tiempo.

—Lo recuerdo. Si nos peleábamos hasta cuando nos regalaban el mismo juguete, por cuál era más bonito. —Le apreté el brazo—. Me alegro mucho de que mamá y tú hayáis podido venir.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo, cariño.

Cuando llegamos al bosque, suspiré profundamente. Al principio, pensé que sería una pequeña ceremonia. Luego recordé la cantidad de Whitley que había en la familia, y supe que sería imposible. Mis amigas, Violet y Danielle, sí estuvieron presentes esta vez. Se

deshicieron en disculpas por haberse perdido la primera ceremonia. No quería guardarles rencor, pero me costaría olvidarlo.

Nick me esperaba al final del camino flanqueado por bancos. Los niños dejaron de pelear cuando mi madre se agachó y les dijo que avanzaran lentamente por el pasillo. Luego se sentó con una sonrisa. Estaba junto a Helen, que tenía los ojos llorosos. Le tenía mucho cariño a mi suegra. Aunque solo la había visto unas pocas veces en el último año, me conmovía que quisiera a Annie y Jack como si fueran sus propios nietos.

Cuando empezó la música, solo tenía ojos para Nick. Estaba guapísimo en esmoquin. El cura que oficiaba la ceremonia esta vez era un hombre joven, de nuestra edad, y sonreía de oreja a oreja. Todo lo contrario al malhumorado funcionario del juzgado.

Nick me desnudó con la mirada sin el menor pudor. Por suerte, los imponentes árboles filtraban la luz, creando un juego de sombras que, para mi alivio, parecían ocultar su mirada pícara a los demás.

Jack y Annie estaban a un lado, tal y como les había indicado varias veces, y nos miraban con ojos grandes y expectantes.

Adoraba a esos dos renacuajos.

Nick se inclinó, me besó en la mejilla y me susurró:

—Estás sexy de cojones y preciosa a partes iguales.

Me sonrojé al instante.

El cura carraspeó:

—¿Empezamos?

Nick y yo asentimos. Los susurros entre los invitados se detuvieron.

—Nos hemos reunido aquí para celebrar el primer aniversario de la boda de Allison y Nick. —Le había sorprendido que quisiéramos renovar los votos al año de la boda, y su voz aún denotaba cierto asombro—. Esta pareja se quiere tanto que ha decidido celebrar su aniversario por todo lo alto.

Escuché a alguien silbar, y pensé que sería Leo.

—Sin más preámbulos, es el turno de Nick de decir unas palabras.

Nick me sonrió, moviendo ligeramente las cejas.

Más le vale que no diga nada fuera de lugar. Nick es capaz de cualquier cosa, pero están mis padres... su madre... y sus abuelos.

—Allison, el año pasado en el juzgado ya tenía la certeza de que lo nuestro sería mucho más que un simple trámite. Al menos para mí.

Por el rabillo del ojo, vi que el pobre cura fruncía el ceño, sin entender nada. Lo cual no me extrañaba porque no conocía los detalles de nuestra historia.

—Lo único que quería era hacerte feliz. Y es lo mismo que me motiva hoy: verte contenta, feliz, enamorada de mí —añadió, como si hubiese alguna duda—. Te prometo que serás la mujer más feliz del mundo. Seré el mejor marido y la mejor figura paterna para Jack y Annie.

Escuché los pequeños suspiros de sorpresa de los mellizos, que probablemente no esperaban escuchar sus nombres.

—Aunque empezamos este viaje con un objetivo totalmente diferente, los tres habéis cambiado mi vida por completo. No podría estar más feliz con cómo han salido las cosas, con la vida que tenemos ahora juntos. Te amo.

—Yo también te amo —susurré.

Nick miró al cura y asintió.

—Ahora damos paso a los votos de Allison —me dio pie el cura.

Tragué saliva con dificultad, y por instinto, intenté apartarme un mechón de pelo detrás de la oreja, cuando recordé que lo llevaba impecablemente recogido en un moño.

—Nick, nunca he amado a nadie tanto como a ti, con todo mi corazón y cada fibra de mi ser. Es como si mi alma hubiera estado vagando todo este tiempo, a la espera de que aparecieras. Y cuando llegaste a nuestras vidas, jamás imaginé que algo así podría pasar entre nosotros —confesé—. Pero a medida que pasábamos más tiempo juntos y descubría lo increíble que eres, me enamoré completamente de ti y... —Mi voz se quebró y me detuve un momento para recomponerme.

Nick me apretó la mano y conseguí continuar.

—Y cada día me enamoro más de ti. Cada vez que pienso que mi amor no puede ser más grande, me demuestras que estoy

equivocada. Estoy feliz de saber que pasaremos el resto de nuestras vidas juntos. Será un viaje maravilloso.

—Claro que sí —aseguró Nick, y el público se rió. El cura se limitó a sonreír.

Había pensado en un discurso más largo, pero era incapaz de hacerlo sin romper a llorar.

—Está claro que estáis más enamorados que nunca —dijo el cura —. Espero que nos volvamos a ver cuando queráis renovar los votos. Os deseo un matrimonio muy feliz y una vida maravillosa junto a estos dos niños. ¿Estáis listos para entregar los anillos? —preguntó a los mellizos, que asintieron con entusiasmo.

Aunque ya teníamos nuestras alianzas, Nick insistió en comprar unas nuevas, y no pude llevarle la contraria. Es más, me tomé muy en serio la búsqueda, incluso más que Nick. Cuando le mostré la opción número quinientos, ví cómo ponía los ojos en blanco, y me dijo con toda razón, que cualquier alianza le vendría bien. Nos decidimos por unas de platino con un diseño sencillo de hojas entrelazadas.

—Repetid después de mí —indicó el cura, y volví a notar la confusión en su voz. Le habíamos dicho exactamente lo que queríamos que dijera durante el intercambio de alianzas.

—Con esta alianza, te tomo como mi esposa —dijo, y Nick repitió con voz firme.

Cuando me puso el anillo en el dedo, y sin ninguna explicación lógica, sentí que nuestro vínculo se hacía más fuerte.

Cogí el anillo de Jack y el cura dijo:

—Con esta alianza, te tomo como mi esposo.

—Con esta alianza, te tomo como mi esposo —repetí. Mi voz era apenas un susurro.

—Por la presente, os declaro marido y mujer.

—Creo que lo hemos confundido por completo —susurré con una sonrisa, mientras se inclinaba para besarme.

—Ya te digo —dijo justo antes de sellar el beso.

Para mi sorpresa, fue un beso mucho más suave que el que me había dado en el juzgado un año atrás. Pero entonces, cogió mis

manos y las puso sobre sus hombros para que le rodeara el cuello, y profundizar así el beso.

Ahora lo entiendo. Quería que mis brazos cubrieran nuestras bocas. Me besó descaradamente, con lengua y todo, y por un momento casi olvido que estábamos rodeados de familiares.

Cuando por fin nos detuvimos, oí aplausos y me di cuenta de que todo el mundo estaba de pie. Alguien estaba silbando de nuevo. Era Leo, obviamente. El cura también aplaudía y sonreía.

Sentí que algo tiraba de mi vestido y bajé la vista para ver a los mellizos con los ojos muy abiertos.

—Queremos preguntaros algo —dijo Annie. Nick y yo nos agachamos, y los dos se miraron. —Hablamos con la abu. —Al igual que Nick, llamaban a Jeannie "Abu". —Ella nos ayudó.

—¿Qué nos queréis preguntar? —dije.

—Sabemos que mamá y papá nos querían mucho y que están ahí arriba. —Annie señaló al cielo.

—Pero vosotros también sois nuestra mamá y nuestro papá —dijo Jack.

Annie lo miró con el ceño fruncido:

—No, Jack. —Luego nos miró rápidamente—. Tenemos que *preguntarles*.

Dios mío. Se me derritió el corazón.

Nick carraspeó y dijo:

—¿Qué queréis preguntar, Annie?

—¿Podéis ser nuestra mamá y nuestro papá?

¡Me muero de amor! Había hecho un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas durante la ceremonia, pero ahora estaba segura de que rompería a llorar. Mis pequeños eran lo más bonito del mundo.

Los atraje hacia mí y pusieron sus manitas sobre mis hombros. Entonces sentí que Nick nos abrazaba a los tres con fuerza.

—Sí, por supuesto que seremos vuestros padres —respondió él.

—Claro —añadí, pero me quedé sin voz.

—¡Yupi! —exclamaron los dos.

Cuando nos pusimos de pie, me di cuenta de que Nick tenía los ojos llorosos. Me besó el dorso de la mano y entrelazó nuestros

dedos.

—Como has dicho, es un viaje maravilloso, cariño.

—Lo es —susurré.

Los invitados aplaudían mientras se acercaban a felicitarnos. Aunque ya habíamos pasado por eso el año pasado, ahora revestía de un significado completamente diferente, y disfruté cada abrazo. Me dejé llevar por aquel momento tan bonito y no me detuve a pensar en nada más.

Helen esperó hasta el final para acercarse:

—Chicos, no dejáis de sorprenderme nunca. Estoy muy contenta por vosotros. Sois una familia maravillosa.

—Gracias, mamá —dijo Nick.

—No es por presionaros, pero en cuanto me digáis que necesitáis ayuda con los pequeños, o con los que tengáis pensado tener, me mudo a Boston.

Empecé a reír.

—Menos mal que no quería presionarnos —susurré.

Nick me besó en la sien:

—No hagas caso a mi familia, ya sabes que les gusta planificar la vida de todo el mundo.

—Pero los planes han funcionado, ¿no? —dijo Jeannie, antes de abrazarnos.

—Sí, tengo que reconocerlo —respondí.

Mientras los mellizos se lanzaban sobre mi madre, Nick preguntó:

—¿Lista para empezar la celebración?

Le sonreí:

—Sí, lo estoy deseando. Será un día para recordar.

Segundo Epílogo

Nick

Cinco años después.

—Jack, Annie, tened cuidado. David no debe subirse ahí, es peligroso. Recordad que apenas tiene dos años.

Los mellizos me miraron con inocencia fingida.

—Vaaale —dijo Annie.

—Vamos todos al salón.

El ático estaba a reventar con toda la familia al completo, que había crecido exponencialmente en los últimos años. Allison, los mellizos y yo nos mudamos al ático hacía tres años, cuando ella se quedó embarazada... de mellizos. Tuvimos que adaptar todo el piso por la seguridad de los niños, y me sorprendió ver la cantidad de cosas que tuvimos que modificar.

David y Dina seguían a Annie y Jack a todas partes, que se tomaban muy en serio su papel de hermanos mayores, aunque a veces los llevaran por el mal camino. No estaba seguro de si lo hacían a propósito o no.

Mi esposa estaba en el salón con el resto de la familia, sentada justo al lado de mi madre y hablaba en voz alta. Dina corrió para darle un abrazo y acurrucarse con ella. Era la más mimosa de los cuatro.

Me gustaba que Allison y mi madre estuvieran tan unidas. Cuando Leo y Tori se enteraron que esperaban un bebé, un año antes que Allison y yo, mi madre cumplió su promesa y se mudó a Boston. Maddox y Cammie tuvieron una niña al mismo tiempo que nacieron nuestros mellizos, así que la abuela estaba muy ocupada. Al principio, no sabíamos cómo sería el vínculo con nuestros medio hermanos, pero, afortunadamente, la recibieron bien en el grupo. No solo eso, sino que la hicieron sentir a gusto. No esperaba menos de la abuela, el abuelo y Gabe, pero hasta Jake y Colton tenían bonitos detalles con ella.

—Aquí tienes tu bebida favorita, Helen —ofreció Colton.

—Gracias. Haces el mejor margarita del mundo —respondió ella.

—Gabe me enseñó su receta.

Zoey tenía en brazos a un bebé de seis meses, y Colton lo cogió para hacerlo eructar mientras caminaba por la sala de estar, que era un paraíso infantil.

Spencer y Penny también habían tenido una niña dos años atrás, y Ben era el hermano mayor más feliz del mundo.

Jake y Natalie eran padres de cuatro hijas. Cuando le pregunté a Natalie si pensaban tener más, su respuesta fue:

—Creemos que seis es un buen número. —Y no lo decía en broma.

Cade y Meredith esperaban su primer hijo, y la abuela estaba tocando el cielo con las manos.

Vi a Allison dirigirse a la cocina y la seguí. Sabía que necesitaba ayuda.

—Hola, guapísima. ¿Qué haces aquí?

Me miró de reojo y sonrió:

—Tienes un sexto sentido. Estoy viendo a qué hora llega la comida... los niños están desmayados de hambre.

—Pues a asaltar la nevera.

—No te haces problema por nada, ¿eh? —dijo entre risas.

—Ya lo sabes.

Abrió la puerta de la nevera y me acerqué por detrás para darle un beso en la nuca.

—Te amo —le dije, y ella se derritió.

Aprovechaba cualquier oportunidad para decírselo y su reacción siempre era la misma.

—Yo también te amo, cariño —me susurró y se acurrucó contra mí.

Nunca sabía con qué faceta de ella me encontraría: si la atrevida o la romántica, pero ambas me gustaban.

Cuando empezamos a sacar cosas de la nevera, Spencer, Cade y Maddox se unieron a nosotros.

—¡Menos mal que estás sacando comida! Buen instinto de supervivencia —comentó Maddox.

—Es que si no le doy a Ben algo de comer pronto, se pondrá como loco. Lo mismo con el resto de los niños —añadió Spencer.

—Y pensar que cuando compraste este ático creías que estarías solo eternamente —bromeó Cade mientras sacaba los platos. Como mis hermanos me visitaban con frecuencia, sabían dónde estaba todo en la cocina.

—No me importa haberme equivocado —repliqué.

Solíamos organizar fiestas de pijamas, y nos turnábamos entre todos para que cada pareja tuviese tiempo libre. Y a los niños les encantaba; era una aventura dormir en casa ajena.

Dina empezó a llorar y Allison suspiró:

—Voy a ver qué le pasa.

—Claro, nosotros nos encargamos —dijo Spencer con tranquilidad, y le hizo un gesto con la mano mientras ella se dirigía al salón. Como había sido el primero en ser padre, era un experto en todas las etapas de desarrollo de los niños. —Me alegro de que te guste recibir visitas en tu casa. Aunque creo que la abuela está celosa porque ya no puede recibir tanta gente como antes.

La abuela y el abuelo estaban demasiado débiles para organizar una reunión. Pero no se perdían ninguna invitación, menos si era en mi ático, o a casa de Spencer. Tenía la sensación de que por dentro estaba aliviada de no tener que lidiar con toda la familia dentro de su casa.

El resto de mis hermanos también entraron y Spencer se rió entre dientes:

—A ver si adivino, ¿están todos los niños a punto de liarla parda a menos que les demos algo de comer?

—No podrías haberlo dicho mejor —dijo Colton—. Es como una bomba a punto de estallar.

—Exacto —dijo Jake.

Durante los siguientes diez minutos, preparamos la comida para nuestros respectivos hijos. Yo tuve que trabajar un poco más y preparar cuatro platos por separado... había aprendido por las malas que compartir *no* funcionaba.

—Me encanta ver a mis chicos así —dijo mi madre. No la había oído acercarse a la cocina. Me miró a mí, luego a Maddox y Leo, y

después al resto de nuestros hermanos—. Sois unos padrazos.

Hubo un momento de silencio en el grupo antes de que Colton respondiera:

—Lo somos.

Por suerte, en nuestro caso, la manzana cayó muy lejos del árbol. Nuestro padre no utilizó el apellido Whitley para su restaurante, pero hizo algo peor: malversó fondos de su inversor y terminó en la cárcel. El *karma* finalmente había hecho justicia.

—Estoy muy orgullosa de todos vosotros. Nick, creo que te hacen falta un par de manos.

—Me has quitado las palabras de la boca, mamá. Gracias.

Cogió dos platos y nos dirigimos a los sofás, donde las chicas estaban luchando con los niños hambrientos.

Todos las parejas conformábamos buenos equipos. ¿Qué más podía pedirle a la vida?

Me senté entre Jack y Annie; mi madre y Allison se ocupaban de los dos más pequeños. Por los pelos conseguimos evitar una rabieta. Para cuando sonó el timbre, todos los niños estaban sorprendentemente callados.

—¡Debe ser el *catering*! —exclamó mi madre—. Yo voy —dijo, y se dirigió a la puerta principal.

Esa vez, ella se había encargado de toda la comida. Normalmente lo hacía Allison, pero había tenido muchas reuniones durante la semana y no daba abasto. Ya no era solo la directora financiera de la empresa, ahora era la directora general. No podía estar más orgulloso de ella: era inteligente, ambiciosa y luchaba por lo que quería. Me enorgullecía que su esfuerzo se viera recompensado. En cuanto a mí, había abierto diez gimnasios más en los últimos años. Con Allison a mi lado, me sentía en la cima del mundo.

—Tu madre es increíble —comentó ella.

—Lo sé.

Cuando entraron los camareros, los niños se dieron cuenta de que llegaría más comida y dejaron de comer los *snacks* que les habíamos preparado.

Lo típico.

La hora de la comida fue un caos absoluto, pero todos parecieron calmarse cuando Allison y yo anunciamos que traeríamos la tarta. Annie y Jack estaban muy orgullosos de celebrar su cumpleaños. Y yo también. Los quería como si fueran mis hijos, por eso estaba más que feliz de haberlos adoptado. Se dirigieron directamente a la isla de la cocina y toda la familia se reunió alrededor.

—¿Listos para cantar el cumpleaños feliz? —pregunté.

Toda la sala respondió al unísono:

—Síííí.

Los dos estaban eufóricos mientras le cantaban el "Cumpleaños feliz". Jack no esperó a que terminaran y apagó la vela antes de tiempo. Como siempre, Leo desafinaba, incluso al entonar una canción tan sencilla.

Por una vez, Annie no regañó a Jack, una costumbre que había mantenido durante años. A cambio, sopló su propia vela.

La abuela caminaba con una sonrisa. Sus ojos se humedecieron un poco cuando se acercó y dijo:

—Estoy muy feliz por todos vosotros, por ser unos padres tan dedicados. Me encanta estar aquí.

—Gracias, abuela.

Sabía por qué estaba tan emocionada. Durante muchos años, todos nos jactamos de no querer sentar cabeza, formar una familia ni ser padres bajo ningún concepto. Sin embargo, con el paso de los años, eso cambió drásticamente. Nosotros habíamos cambiado. Y se lo debíamos todo a las increíbles mujeres que habíamos conocido.

—Bien, ¿quién quiere apagar las velas ahora? —preguntó Colton.

Habíamos hecho un trato con los niños: en cada cumpleaños, después de que los cumpleañeros soplaran las velas, cada niño tenía la oportunidad de soplar una velita. Con lo cual había que esperar un buen rato para comer la tarta.

***

Cuando todos se marcharon, eran casi las diez y los niños estaban dormidos. Allison y yo estábamos tumbados en el sofá, en silencio, mientras yo le acariciaba la espalda.

—Cariño, ¿estás dormida? —susurré.

—No, pero me encanta estar así, sobre ti.

Me reí:

—¿Después de tanto tiempo, mis abdominales siguen siendo tu parte favorita?

—Por supuesto. Hay cosas que nunca cambian.

Le besé la frente y rocé mis labios con los suyos.

—¿Sabes cuál sigue siendo mi lugar favorito de la casa para tener sexo? —preguntó ella.

—No... ¿cuál?

—El vestidor, obviamente.

—No me lo digas dos veces —dije entre risas, y la levanté lentamente del sofá—. Tus deseos son órdenes para mí. Ahora y siempre.

Este es el final de la historia de Nick. Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.

Lista de Libros:

Los Hermanos Whitley

Los Hermanos Maxwell

La Familia Bennett

La Familia Connor

Solteros Muy Irresistibles

Contacto de la Autora

Suscríbete a mi boletín aquí

Únete alGrupo de Lectores de Layla